



AÑO V.

NÚM. LIV

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

~~~~~  
JUNIO—1893  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

MADRID



*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es indis-
pensable el permiso del Director de LA
ESPAÑA MODERNA.*

VICTORIANO SARDOU

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU MANRESANES DEL

Había en cierta ocasión una hada, ya muy vieja, que se llamaba Virginia Déjazet; y un autor dramático, muy joven todavía y casi desconocido, que se llamaba Victoriano Sardou...

En verdad, parece que voy á contar un cuento y es una historia, la valerosa historia de uno de los maestros del teatro de estos tiempos, una historia verdadera, aunque en ella no faltan los genios ni las hadas. Lo interesante, y á veces conmovedor, en la vida de un hombre en la plenitud de su gloria, no es su existencia actual, toda ella poderío y triunfo, sino más bien la narración de los ásperos comienzos, de las animosas luchas, de esas magníficas horas de juventud con bríos que prepararon los honores y las alegrías de hoy. Nunca se ha hecho de pies á cabeza el retrato literario de Victoriano Sardou; y

sólo él sería capaz de pintarse relatando su vida, evocando en sus conversaciones, llenas de chispa, de verdadero ingenio, de ciencia profunda y de amena erudición, un pasado en que aparecen tantas figuras y se agolpan tantos recuerdos. Sin embargo, después de muchos bocetos bosquejados por mí mismo acá y acullá, y tantos juicios diversos, voy á acometer el ensayo de caracterizar de un modo definitivo, á mi antojo, el hombre y sus obras á la vez; el hombre más bien que las obras, pues todo el mundo las conoce, las aplaude, se las sabe de corrido, al paso que, en resumen, poca gente ha podido introducirse en lo íntimo de su pensamiento y de su vida.

Y no es que Victoriano Sardou no sea gustosamente afable ni se halle rodeado de amigos devotos suyos; pero su existencia de prodi-

giosa labor y de acción incesante, no siempre le deja tiempo para evocar pasados días. En alguno de los venideros escribirá sus *Memoorias*, como debe escribir sus *Paseos alrededor de Marly*, y la muchedumbre sabrá, con detalles más cautivadores que una novela, cómo se pelea cuando se tiene bravura y cómo se triunfa cuando el talento está á la altura del valor. Ese día se romperán las hojas que voy á escribir, pero las cuales mientras tanto serán el primer capítulo de una gloriosa historia, el principio de un hermoso cuento de hadas. Pero no. Ya no hay hadas en este mundo; sólo hay hombres, obreros de su destino, y que ellos mismos se crean su puesto y su porvenir.

Victoriano Sardou nació el 5 de Setiembre de 1831, en una vieja casa de la calle Beautreillis. Es un parisiense, hijo de un provenzal, cuyo padre, un erudito que publicó en otro tiempo una notable edición de *Rabelais* con notas, era entonces profesor de teneduría de libros en la Escuela de Comercio de Charonne, fundada por M. Pinel Grandchamp. M. A. Sardou, al nacer, no parecía destinado á dar lecciones. Tenía un padre rico, el abuelo de Victoriano Sardou, antiguo voluntario del 92, cirujano del ejército de Italia; y el cual, gran propietario de olivares en el Cannet, poseía

un vasto comercio de aceitunas con Marsella y Grasse. Una helada le arrebató en una noche la fortuna, y por efecto de esto, á su hijo mayor; el padre del futuro autor dramático vino á París á los diez y seis años de edad á probar fortuna.

Dando lecciones de día, por la noche trabajaba en escritorios mercantiles. Vivía en el *Hotel du Gail-lardbois* en casa de un buen hombre cuyos libros llevaba; y en 1829, un viajero de Troyes, como preguntase al padre Lecerf si conocía un buen tenedor de libros para poner en claro sus cuentas, Lecerf le indicó á Antonio Sardou, un muchachote de veintinueve años, dispuesto á irse á la Champagne. El viajero troyense llamábase M. Viard, y ejercía en Troyes la profesión de *pañero*, una de las grandes industrias locales. Tenía dos hijas: M. Sardou se enamoró de una de ellas, la pidió en matrimonio, se la trajo á París, y no hace tres años aún, bajo los grandes árboles de Marly los dos esposos de 1830 celebraban, como en un cuadro de Greuze, sus *bodas de oro* entre las alegres risas de sus nietos.

Después de un año transcurrido en Charonne, Victoriano Sardou, nacido en París, fué llevado á una pequeña ciudad borgoñona, Briennon-l'Archevêque, una de las estaciones actuales del ferrocarril de

Lyon, cerca de Joigny. Su padre fué allí director del colegio, y las sencillas gentes de Briennon sostienen todavía que el autor de *Patria* nació entre ellos. La verdad es que en Briennon aprendió el niño á leer y á escribir; y el viejo maestro de escuela de Briennon-l'Archevêque tiene derecho, si vive aún, á estar orgulloso: no se han perdido sus lecciones.

En 1837 regresó á París M. Antonio Sardou, prosiguió sus estudios en la Escuela de Comercio, y escribía libros de educación. Es digno de notarse que fué uno de los más antiguos autores editados por la casa Hachette; recuerda haber visto al fundador de esta admirable librería en una tiendecita de la calle Pierre-Sarrazin, con una blusa puesta sobre la levita, y por todo ayudante un solo mancebo. M. Sardou publicó en esa casa un tomo de *Teneduría de libros* y una *Gramática*. Parece que contamos algo como una leyenda—interesante y conmovedora en su misma sencillez burguesa—del buen París antiguo de otros tiempos.

Y mientras el padre explicaba en la Escuela comercial, Victoriano Sardou iba á clase en la calle Juvenal-des-Ursins, donde encontró precisamente á su maestro de escuela de Briennon.

En 1838 entra por un año en la

Escuela de comercio de Charonne, instalada en la calle de Charonne, en la misma casa de Ricardo Lenoir. Al año siguiente, una violenta fiebre escarlatina le pone á las puertas de la muerte; le salva un buen médico, quien, padre también, al hacer tres ó cuatro visitas al enfermito, repetía: «Yo también tengo un mocito, que si no llega á ser un buen químico, me quedaré muy asombrado; los domingos de salida se los pasa revolviendo sustancias y frascos en mi laboratorio.» El doctor Berthelot, que cuidaba á Sardou, veía claro: su *mocito*, es hoy M. Berthelot, el gran químico.

Una recaída de la escarlatina obligó á los padres de Sardou á enviar á éste á la tierra, á tomar el aire saludable del Mediterráneo, á casa de un tío, en Cannet. Allí se zambulliría á sus anchas, crecería de lo lindo y recobraría las fuerzas. Eso era la salud para él, pero también era el destierro. Amaba ya á París y su plaza de la Bastilla, con el gran elefante hoy demolido. Cuando cruzaba por la plaza Real, parábase bajo los balcones de Víctor Hugo y miraba pasar los hijos del poeta, los cuales iban allí cerquita, al colegio Carlomagno. ¿Y había que abandonar todo aquello? Al llegar á orillas del Mediterráneo, el que llamaban *el pequeño parisiense* se

puso á vivir al aire libre la vida de los chicuelos nicenses. Hablaba en *patoá*, corría tras de las sillas de posta, bañábase en el mar, aspiraba el aire de ese país, donde no se conoce el fuego en el invierno, donde apenas echan en la chimenea unas cuantas piñas desgranadas, y se encontraba amo en aquella comarca en que sólo se había construido entonces una *villa*: la de lord Brongham.

Transcurrió un año muy pronto de esa manera. Sardou regresó á París. Alojóse en la calle Garancière, y el sonido de las campanas de San Sulpicio arrulló sus infantiles sueños. Acaso volviera á oír sus lejanas voces cuando en *Patria* puso en escena el admirable episodio del campanero Jonás. Su padre daba entonces lecciones particulares en su propia casa á cinco ó seis jóvenes del barrio de San Germán, cuyos apellidos históricos suenan muchísimo menos que este nombre magnífico nacido ayer: *Victoriano Sardou*. Iba entonces al colegio de Enrique IV.

Mudáronse de casa y fueron á vivir á la calle del Infierno, número 47. Aquí comienza, si así puede decirse, la vida pública de Sardou. En la calle del Infierno tiene por vecinos á un granujilla, que se llama Carlos Chaplín y llegará á ser el pintor exquisito de las rosadas

carnes femeninas, y al hijo de un notario de Argenteuil, que será con el tiempo el coleccionista y comerciante en muebles Récapé. Hay en esto predestinación. Sardou, es perito ducho en cachivaches, tiene por compañero de su infancia un insigne *cachivachero*; y (¡cosa más notable todavía!) en el viejo estudio del notario de Argenteuil, en casa de M. Récapé, es donde se descubrirán un día los documentos acerca de la hija de Molière, Mad. Montaland, por un incomparable erudito, Eudoro Soulié, quien comenzará precisamente en Argenteuil sus búsquedas acerca de Molière y será el padre de la señora de Victoriano Sardou.

En aquella casa de la calle del Infierno habitaba también una mujer de mucho talento y de una existencia novelesca, Mad. de Bawr, autor de *Las consecuencias de un baile de máscaras*, quien había tenido á Graty como profesor de música cuando se llamaba ella la señorita de Champgrand, y cuyo retrato nos llevaría muy lejos, nada más que bosquejado. Viuda de un M. de Bawr, y también del reformador Saint-Simón, Mad. de Bawr educaba como á un hijo á un adolescente apellidado Vernier, camarada de infancia de Sardou y que, como suele decirse, llegó á ser un pintor de *lo moderno*, un Gavarni,

un Eugenio Lami. Sardou representaba con él comedias en casa de Mad. de Bawr; y los recuerdos dramáticos de la excelente señora, sus narraciones de antaño, tuvieron la mayor influencia en la dirección de la vida de Sardou, como él mismo lo ha confesado.

¿Seguiremos á través de sus habitaciones parisienses á Sardou mientras crecía? Habita en la calle de Postas, junto á la plaza de la Estrapada, á diez pasos de la casa de Michelet el ciego, en el callejón sin salida de las *Monjas fuldenses*, donde le asalta constantemente el recuerdo de Víctor Hugo. Ve de cerca todas las luchas armadas de Junio de 1848, y cuenta este capítulo de la historia en un periódico que ya ha desaparecido: *Los sucesos ilustrados*. Tiene diez y siete años; ha visto la toma de las Tullerías, oído gritar: «¡Viva Lamartine!», visto pasar las Vesubianas, penetrado en los clubs, y, siguiendo con la vista el espectáculo como un curioso, trabaja mientras tanto, es bachiller y hace versos.

—Ahora—le pregunta un día su padre—ya estás en edad de empezar á ser hombre. ¿En qué quieres ocuparte?

—¿Yo? ¡Quiero escribir!

El padre soñaba con verle ingresar en la Universidad; pero la Escuela normal disgustaba á Sardou.

Vaciló entre el derecho y la medicina, porque podía adelantar allí más desde el punto de vista literario; y durante diez y ocho meses estuvo de practicante *benévolo* en la clínica de Lenoir, del hospital Necker. Pero la clínica no bastaba á su actividad; había escrito ya su primera obra, *Los amigos imaginarios*, comedia moderna donde puede hallarse una vaga idea de *Nuestros íntimos*. Luego emprendía un asunto histórico y extranjero, una tragedia sueca, *La reina Ulfra*, donde por una innovación estupenda las sílabas de los versos estaban en razón directa de la importancia social de los personajes, hablando la reina en alejandrinos, los ministros en versos decasilábicos y el pueblo en jácara. Había un extraño revoltillo de Corneille y de Shakespeare en esa *Reina Ulfra*, donde oíanse á la vez como ecos de la antigua Roma y de la terraza de Elseneur.

Ese romanticismo atenuado tenía que parecer aún en extremo romántico á los universitarios que rodeaban á Victoriano Sardou y á su familia. Sin embargo, encontrábase entre ellos un doctor Londe, bibliotecario del Luxemburgo en 1848, amigo de Luis Blanc y que daba alientos al joven *trágico*, diciéndole: «¡Hay que enseñar esta obra á la Raquel!» ¡Claro es! La Raquel era omnipotente á la sazón. ¿Pero cómo

llegar hasta la Raquel? Sigue Sardou entonces el consejo de un pintor amigo suyo, Mouillard, y marcha en derechura á llamar á la puerta de Chotel, director del teatro de Belleville, quien había representado algunas veces con la Raquel en provincias. Asombro del cómico viejo al ver presentársele aquel joven, que de buenas á primeras le pide que presente á la Raquel ¡nada menos que una tragedia!

—¡Pero si aburren á tragedias á la señorita Raquel! ¡Pero si autores de nombradía hacen antesala en su casa, con los manuscritos debajo del brazo! ¡Pero si el mismo Musset!...

—¿Pero qué le cuesta á V. intentarlo? —dice Sardou.—A mi *Reina Ulfra* precede una *dedicatoria* á la señorita Raquel. ¡Acaso pueda ablandar esto á la gran artista!

Y desplegaba ante los ojos de Chotel los cinco actos de su tragedia. Al cómico parecióle, en efecto, la *dedicatoria* capaz de lisonjear á la Raquel.

—Bien, sea; dese V. una vueltecita por aquí dentro de ocho días. En ocho días, la señorita Raquel habrá leído la tragedia de V.

Al cabo de ocho días vuelve Sardou á casa del director del teatro de Belleville. Chotel le da noticias de los pasos que ha dado: la *dedicatoria* ha complacido á la Raquel; el comienzo de *La reina Ulfra* le in-

teresaba, pero muy pronto interrumpió á Chotel, que leía, para decirle: «No. ¡Una obra cuya acción pasa en Suecia, imposible! Diga V. á ese joven que me escriba una obra griega y... ¿quién sabe?... ¡tal vez la represente!»

Tal era el fallo de la señorita Raquel. Pero Chotel añadióle, con una profunda sencillez bondadosa que aún recuerda Sardou, consejos muy de apreciar en boca de un actor viejo: «¿Quiere V. que le diga mi parecer? He leído su *Reina Ulfra*. No le digo que sea una obra maestra, pero hay en ella instinto del teatro, vida teatral; logrará V. ser autor. ¡Siga, trabaje, vuelva á empezar! Y nada de café, de vida de bohemio, nada de perder el tiempo entre bastidores. Ante la mesa de trabajo es donde se sube. ¡Y V. subirá!» Sardou se llevaba consigo, además de su manuscrito, estas palabras confortantes del cómico. No conseguiría hablar nunca con la Raquel; pero (¡cuán extraño es el destino!), la trágica había de morir en casa de un primo rico de ese joven desconocido entonces, en Cannel, en la *villa* Sardou.

El consejo de Chotel era bueno. Para *subir*, era preciso trabajar; y para encontrar tiempo de trabajar, era preciso tener posibles para vivir. El padre de Sardou, triste por la pérdida de dos hijas, una de ca-

torce años y otra de doce, muertas de fiebre tifoidea en la misma semana, y desanimado de aquella vida parisiense en que treinta años de asiduo trabajo no le habían producido una fortuna, ni siquiera un buen pasar, habíase vuelto á su país; y el autor de *Ulfra* se encontraba solo, á la edad de veinte años, en medio del arroyo en París, sin más recursos que su instrucción y no pudiendo contar en adelante más que consigo mismo. Aquí comienzan para él los siete años de terrible lucha y á menudo de negra miseria, las siete vacas escuálidas y hambrientas.

El periodismo le parecía su salvación. Un buen muchacho llamado Mille-Noé, hoy difunto, le puso en relaciones con un empresario de periódicos teatrales, Carlos Desolme, quien dirigía la *Europa artística*. Desolme le pidió una crítica de la Exposición de pinturas. ¡Magnífico! Corre Sardou á la Exposición, vuelve á su casa, escribe su primer artículo, lo lleva al periódico y éste lo inserta. Pero al siguiente día, le dice el redactor en jefe: «No va mal el asunto; pero no es eso. Habla V. de Corot, elogia á Corot, va V. en derechura á los artistas que se cotizan alto en el mercado. En cualquiera otra parte estaría ese bien. ¡Pero aquí!... Yo no escribo un periódico de arte, sino un *recla-*

mo de filfa. Quiero establecer junto á mi periódico un almacén para la venta de cuadros; y como no puedo tenerlos de los Delacroix, ni los Decamps, ni los Dupré, ni los Corot, quiero que se «pegue» á los cuadros de los *famosos* y que se pongan en los cuernos de la luna los lienzos de los desconocidos, los cuales lanzaré y venderé. No me dirijo al lector, sino al consumidor. ¿Está V.?»

Tan enterado quedó Sardou, que plantóse allí mismo. De la mañana á la noche, entró en la prensa periódica y se salió de ella. Su único artículo de revistero de Exposiciones se encuentra en la colección del año 1852.

Desanimado para siempre del oficio de *gacetillero*, Sardou sacó partido de su erudición. Trabajó para los *Diccionarios* y colaboró en la *Biografía general* de Fermín Didot. Sabía hasta lo más recóndito de la Reforma, Erasmo, Cardán. Manejaba en las bibliotecas montones de libros, para escribir veinte líneas concisas y profundas. Vivía entonces con un amigo en el muelle Napoleón, en una buhardilla, como Bonaparte en las horas famélicas. M. Huilard-Bréholles le encontró un discípulo, un niño egipcio hijo de un francés, el coronel Selve, á sueldo de la Puerta, y de una musulmana; un niño criado en el harén

y transplantado en pleno París, con M. de Luynes por *encargado*; un ser medio mahometano y semicristiano, á quien Sardou enseñó los clásicos de la antigüedad y le hizo explicar el *De Officiis*. Esa educación duró dos años. Sardou recibía cinco francos cada dos días por inculcarle el espíritu moderno. El alumno de Sardou ha crecido. Parece ser que por allá abajo es uno de los más feroces enemigos de los cristianos, tiene horror á París; es un *Viejo Turco*, en toda la extensión de la palabra. Cicerón, ni aun comentado por un agudo parisiense, no ha podido triunfar de Mahoma.

En esta época, Victoriano había escrito ya *La taberna de los estudiantes*, que guardaba en cartera, no desesperando de hacer ante todo representar *La reina Ulfra*. A falta de la Raquel, por un momento creyó haber encontrado su trágica en una señorita Desfossés, que Romieu y sus amigos querían oponer á aquélla; Sardou fué presentado por una Mad. Mercier, comerciante en paraguas. ¡Oh comedia de las comedias! Buscábase una obra para la señorita Desfossés, y Sardou buscaba una trágica para su tragedia. Sardou había decretado ya que la señorita Desfossés representaría la obra, que sería ella una gran actriz y él un grande hombre. Y bruscamente, como por escotillón, desaparece la

señorita Desfossés y se queda inédita *La reina Ulfra*. El autor pensó entonces en *La taberna*. La lleva al Odeón, donde iba á estrenarse una nueva dirección, la de Gustavo Vaez y Alfonso Royer, con M. Carlos Narrey como asociado. El portero Constant se echó á reír al ver llegar con su manuscrito á ese hombre joven, flaco y de larga melena: «¡Ja, ja, ja! ¡Otra más! ¡Quizá haga el número cincuenta de las del día de hoy!» Y enseñaba al aterrado Sardou el enorme paquete de manuscritos.

La taberna de los estudiantes se encontró por casualidad (¡de qué depende la gloria!) la segunda en ese montón de papelotes salidos de manos del copista. Los directores se repartieron los primeros manuscritos para leerlos, y á la primera quedaron recibidos: *La conquista de mi mujer*, de Luis Leroy, *A la primavera*, de Laluyé, y *La taberna*.

¡Recibida! M. Camilo Doucet, siempre complaciente y bueno, fué quien hizo saber el resultado á León Pillault, el crítico musical amigo de Sardou. ¿Y á qué debía Sardou esa acogida? A su letra, fina, legible, femenina, que había chocado á la señorita Bérengère, una encantadora actriz enredada entonces con uno de los directores: «¡Ah, qué letrita tan mona!», había dicho. Y se puso á leer *La taberna*. ¡Cuánto

ha cambiado la letra! Luego, quiso la casualidad que Gustavo Vaez encontrase entre los versos de Sardou una chacota acerca de los cambios de domicilio; y precisamente él mismo había hecho la misma burla en una de sus comedias. El principiante, que tenía las mismas ocurrencias que él, no podía menos de ser un hombre de infinito ingenio. ¡Obra aceptada! En los grandes destinos hay azares infinitamente pequeños.

Ya tenemos á Sardou loco de contento. A la sazón habitaba precisamente en la calle de las Bellas Artes, el cuarto ocupado antaño por Ponsard, ignorado, pero en visperas de *Lucrecia*. ¡Ponsard, *Lucrecia*, el Odeón! Había allí algo de predestinación, y de seguro, antes de poco tiempo el autor de *La taberna* iba á ser aclamado en este mismo escenario, como lo había sido el poeta del Delfinado. Mientras tanto, Sardou seguía trabajando en las *Biografías*. Había dado la de *Jerónimo Cardan* al doctor Hoefer, para Didot. Seis ó siete meses de investigaciones condensadas en unas cuantas páginas. Preséntase en la caja y recibe *treinta y dos francos*. ¡Treinta y dos francos! Eso era un sarcasmo. Renunció á los trabajos de erudición, como había renunciado al periodismo.

Por otra parte, el teatro iba á

vengarle de estos sinsabores. El 1.º de Abril de 1854, el Odeón daba á la vez la obra en verso *A la primavera*, de Laluyé, y *La taberna*, de Sardou. La dirección había tenido el mal acuerdo de hacer añadir estas tres palabras en el cartel: *La taberna de los estudiantes*. Esparcióse el rumor en el barrio Latino de que la obra de ese principiante, *protegido* por la Administración, era un ataque *encargado por el gobierno* contra la juventud escolar. ¡Oh estulticia de esos chismes de cervecería! Parece ser que el buen Filoxenes Boyer no era del todo extraño á la leyenda. Si no la había inventado, la propagaba por el *barrio*. Los estudiantes eran entonces los amos del Odeón. Aún había allí *paraíso*. El paraíso estaba resuelto á silbar, y al primer pretexto silbó:

¡No existe juventud, ya no hay pudor!
¡Y hay quien se cree sabio y soñador!

¡Qué tempestad! Insulto á la juventud. Estrépito, protestas. El estreno fué un temporal deshecho; la segunda representación fué más lamentable. Durante una escena de amor entre el actor Buthiau y la señorita Bérengère, apágase de pronto el gas. Enseguida estalló un formidable griterío: «¡Esto es inmoral! ¡Es odioso! ¡Insultáis á la juventud! ¡La besará! ¡No la besará!» La obra tuvo cinco representaciones.

Esto era derrumbarse desde lo alto muchas esperanzas. Pero el autor era joven y animoso; además tenía como consuelo esta frase de M. Narrey, dicha en el saloncillo de los artistas después de la tormenta: «Esta noche se ha representado á Laluyé y Sardou; han aplaudido á Laluyé y silbado á Sardou. Pues bien: ¡el autor dramático es... Sardou!»

Lo que entristeció más hondamente á este hombre de veintitrés años, que venía ya luchando algunos, fué el haber rechazado una nueva empresa, un *Bernardo Palissy* en verso, que figuraba en el registro oficial con la palabra «aceptado» tres veces escrito por Gustavo Vaez y borrada tres veces por Alfonso Royer. «Si el *Palissy* de V. se hallase aceptado, lo representaría yo — dijo M. de La Rounat á Sardou; — pero, ya lo ve V., ¡no lo está! «Por un momento se desalentó Sardou, destrozándosele el corazón. ¡Qué hundimiento! Pero no era hombre de estériles tristezas. Tenía fe en su buena estrella, y arrojó de nuevo el grito de Julián Sorel: «¡A las armas!»

En el Odeón se había relacionado con el profesor Boudeville, una especie de *Sobrino de Rameau* del arte dramático, quien había representado un papel en *La taberna*. Boudeville conocía á Paul Féval.

Sardou, presentado al novelista, escribía entonces un drama, *Flor de liana*, cuya acción pasaba en el Canadá, y que aceptado en el Ambigú por Carlos Desnoyers, iba á representarse por Dumaine y Mad. Laurent. Pero muerto Desnoyers, el Ambigú ya no representaba *Flor de liana*; ni tampoco el Odeón, después de marcharse Vaez, representaría *Bernardo Palissy*. Sardou llevó su drama canadiense á Féval, quien tal vez no lo leyera; pero habló á su joven visitante de un papel de jorobado, que deseaba representar Fechter. El guapo-mozo Fechter, el Armando Duval de *La dama de las camelias*, tenía ese capricho de presentarse ante el público feo y contrahecho, con una joroba en la espalda y con ingenio en los labios. «Había en la calle Quincampoix, en tiempo de Law — dijo Féval á Sardou — un jorobadito que alquilaba su joroba á los banqueros bolsistas (*Mississippiens*) y que hizo fortuna. ¡Piense V. en ese personaje!» Sardou pensó tanto y tan bien, que de ahí resultó *El jorobado*, con Co-cardasse, Passepoil y el famoso desenlace, el culpable entregado por sí mismo gracias á una falsa prueba, excelente recurso tomado de *La gallina negra*, de Berquin. Fechter iba, pues, á representar *El jorobado*; pero cambia de idea, toma por su cuenta la dirección del

Odeón, representa el *Tartufe*, y ¡adiós drama!

Todo crujía en torno de Sardou y se despedazaba entre sus manos. Del infeliz drama colgado, sacaba Féval una novela para el folletín de *Le Siècle*; luego trató de que representase la obra.

Mélingue, cuya mujer, la excelente Teodorina, asustábase ante la idea de ver á su marido jorobado, y el cual, solicitado para *Fanfán el Tulipán*, escrito entonces por Paul Meurice, prefería *Fanfán* á *El jorobado*. Victoriano Sardou daba entonces lecciones al hijo de un comerciante en vinos de Charenton, adonde iba á pie hiciera el tiempo que hiciese. ¡Pensad en estas pruebas, vosotros los que soñáis desde el primer paso con el buen éxito y el dinero en la literatura! ¡He aquí cómo se llega! Se necesita tener para ello don y ánimos. ¡Lo que es éste no ha robado su gloria!

El jorobado cayó en el olvido. Sardou había escrito una comedia moderna, *El reverso de París*, de donde luego ha tomado más de un episodio (entre otros, la gran escena amorosa de *Nuestros íntimos*), y había llevado la obra á Montigny. Confuso el director del Gimnasio, viendo en ella cualidades sobresalientes, pero asustado de muchos detalles atrevidos, no tenía valor para rechazar ni aceptar la

obra. Pide á Sardou permiso para enseñársela á Scribe, el cual la lee y se subleva contra aquella escena. Escribe á Montigny: «¡Eso es inmundo! ¿Adonde vamos á parar?...» Era cosa de desesperarse. Sin embargo, estaba ya escrita con una maestría asombrosa *Las patas de mosca*, esa obra maestra de agilidad escénica, de gracia y de fantasía. Sardou lleva la obra al Vaudeville, destinándola á la señorita Fargueil. Luis Lurine ni siquiera la lee. El autor la lleva al Gimnasio. Montigny la lee y la acepta. ¡Vamos; Sardou ya ve un poco de azul entre las pardas nubes! Y aún más que eso. Un rayo de sol viene á iluminarlo todo. La *buena hada* entra en escena.

En unas páginas en cierto modo primaverales, rozagantes de juventud y vibrantes de emoción, ha referido Victoriano Sardou su primera entrevista con la *Déjazet* en Seine-Port y cómo la entregó, con el corazón palpitando con fuerza, su primera obra. No creo que el admirable autor de *Patria* y de *El odio*, haya escrito nada más hondamente sentido:

«Era muy problemático, pero me jugué el todo por el todo.

»Desde que cuatro años antes habíase venido abajo *La taberna*, ¡había yo llamado inútilmente á tantas puertas! Estaba harto de dar

pasos inútiles, de esperanzas fallidas; y, agotada al fin la paciencia, agarré la carta que me daban para la Déjazet, y partí con dirección á Seine-Port. ¡Cuántas reflexiones me hice durante el largo trayecto! ¡Extraño paso, después de todo! ¡Y cuán poco me fiaba del buen éxito de mi empresa! ¡Cuántos otros, y con la misma intención, debían de haber recorrido antes que yo ese mismo camino, sin más efecto que hacerse inoportunos! ¿Por qué había yo de ser más afortunado?

» En Cesson, donde se apea, no hay ómnibus. Pero tomando informes, vi que era cuestión como de unos tres cuartos de hora de fácil camino á través de los bosques. Además, un tiempo radiante... ¡Qué sol! Conservaré siempre el recuerdo de aquel sol, el primero que luciera en mi camino.

.....

» En las primeras casas de la aldea, dos campesinas, que caminaban con banastas en la cabeza, me saludaron como á un conocido. Más adelante, un perrazo tumbado junto á una fuente, vino á lamerme amistoso la mano. Un niño me indicó la casa de la Déjazet. Aquella verja de allá abajo, en la plaza... ¡Sólo Dios lo sabe, con qué palpitaciones de corazón tiré de la campanilla! No acudió nadie; y advertí que la verja no estaba cerrada.

Todo parecía abrirse delante de mí, como á un golpe de la varita de un hada. Una sirvienta de rubia cabeza me gritó desde lejos, sonriéndose (también ella):

—» Entre V. en el salón; voy á avisar á la señora, que está en el jardín.

» Entré en aquella sala que la emoción no me impidió mirar con mucha curiosidad. Sabía yo que aquella casa había pertenecido á Bosio y después á la marquesa de La Corte; y que, en el sitio de honor, un gran cuadro representaba *El Amor* ¡con las facciones de Julio Janin! Examinaba ese buen mueblaje del Imperio, esos sillones de terciopelo de Utrech, y las tazas amarillas puestas en veladores con cerco de cobre, cuando abrióse una puerta detrás de mí. Dije en mi interior: «¡Es ella!» Y reuniendo todo mi ánimo para soltarla el discursito preparado en el camino, me volví. En efecto; era ELLA, y permanecí quedo, con la boca abierta y mudo como un pez.

» Traía llenas de yeso las manos, lo cual me desorientaba por lo imprevisto para mí. Vió mi estupor, y me dijo riéndose:

»—¡Dispense V. ¡Estaba ocupada en componer una pared!

» Tartamudeando no sé qué, la dí mi carta, que produjo maravilloso efecto. Roto el hielo, ignoro lo que

dije... Sin embargo, parece ser que no anduve muy torpe... Presenté con bastante fortuna mi *Cándido* (porque era un *Cándido* en cinco actos), por supuesto, haciendo resaltar lo que tendría de picante ver colaborar á Voltaire y Déjazet, etc.

»Deposité mi manuscrito encima de la mesa, estreché sus *blancas* manos con entusiasmo y tomé el tole sin volver atrás la cabeza.

»¡Ah, qué ligero iba entonces!... El cielo me parecía más azul, el aire más tibio, las aves más alegres y las flores más aromosas que á mi llegada. Es que una voz secreta me decía: «¡Queda roto el encanto, ha llegado tu hora!» Y mi suerte juvenil, aprisionada hasta entonces, rompía su capullo y por vez primera batía sus alas... Corría yo, volaba, saltaba las zanjas (me parece estar viéndolas) llenas por completo de gordolobos blancos y flores campestres, de que hice cosecha y me llevé buena copia religiosamente. Han transcurrido de entonces acá doce años largos (1869), y aún duran sus aromas.»

¿No es verdad que esto es hechicero y exquisito (1)?

(1) Falta saber qué se hicieron esos cinco actos de *Cándido* que llevaba Sardou. Cogniard no quiso admitirlos en Variedades; Déjazet los admitió para su teatro. Pero intervino la censura, y prohibió la obra. Déjazet pidió á Sardou otra comedia en reemplazo de *Cándido*; y dió *Las primeras armas de Figaro*,

Ahora ya estaba hecho. Sardou era Sardou. Abrumado á pedidos, podía dejar ya *El jorobado* á Paul Féval, sin percibir un cuarto; podía desafiar á la suerte, aclamábase el nombre del autor de *Patas de mosca*; corrían á ver *El señor Garat*; iban á aplaudir sin cansarse *Nuestros íntimos*. Sardou era al presente, dueño de su vida. Aún más. ¡Era un maestro; tenía gloria, popularidad, triunfos, y no había cumplido treinta años!

En adelante, tiene trazado el camino. Acomete con inaudita felicidad, un ingenio de mil demonios, una viveza y una energía prodigiosas, la comedia satírica, alegre y dramática á la vez, con *Nuestros íntimos*, *Nuestros buenos aldeanos*, *El tío Gam*; entra en batalla, con raro ardimiento, con un supremo desdén y como apetencia del peligro, con *Los Ganaches*, *Rabagás*, *Daniel Rochat*; escribe los dos más hermosos dramas de estos tiempos, *Patria* y *El odio*; triunfa además con la comedia íntima, *Fernanda*,

asunto del cual habia hecho una especie de melodrama donde Fígaro tiraba contra Almaviva por encima de una tapia, mientras que Sardou hizo una comedia brillante, nerviosa, movida y ligera como una verdadera comedia de Beaumarchais. Y el mismo día que en el bulevar del Temple se aplaudía *Las primeras armas de Figaro*, Teodoro Barrière daba lectura á los actores del Palais-Royal de *Las personas nerviosas*, cinco actos escritos por él y por Victoriano Sardou.

Serafina, *Odette*, donde la dulzura de las lágrimas únese con el gozo de las sonrisas; mezcla, con arte admirable, la arqueología de las *Maravillosas* ó de su drama flamenco, con el vivo sentimiento contemporáneo, actual, que le induce á pintar su tiempo, apoderarse de él y fustigarlo al paso. ¡Con qué flexibilidad incomparable, este parisien-neto que ha escrito *La mariposa* y *Casa nueva*, que pasmará con el estro de esa obra maestra de burla, donosura y aticismo ¡*Divorciémonos!*, se doblegará á la ciencia, á la evocación, al mismo lenguaje de una época ó de un pueblo! *El odio*, traducido al italiano, tiene enteramente todo el sabor de una verdadera crónica de Siena.

Sardou sabe de todo, ha leído de todo, habla como nadie. Al autor dramático iguala en él—y no es poco decir—el asombroso conversador, erudito, rápido en concebir, ligero, profundo, incomparable. Es un cuentista exquisito y *dice* con perfección. Bien se ha visto cuando leyó en la Academia su discurso acerca de los premios á la virtud, brillante como una de sus comedias; y cuando ha sucedido á José Autran en la compañía.

Logró un gran triunfo de estilista y de *lector*, en una palabra, por su manera de *decir*. Pudiera aplicársele la frase de M. Villemain al

recibir la Academia á M. Scribe: «Caballero, el discurso de V. ha tenido tan gran éxito como una comedia suya.» M. Sardou, que hubiera sido un magistral novelista á lo Dumas, con la precisión más la erudición, este enciclopédico Sardou es, como M. Legouvé, un *lector* de primer orden. Diga él cuanto quiera, es un gozo para los artistas á quienes destina los papeles oírle leer una de sus obras. Las detalla, las interpreta de una manera extraordinaria. Su voz se pliega á todas las entonaciones de los personajes. Hasta *pinta* los mismos apuntes de las decoraciones, las manifiesta, las hace ver en realidad. Es un maestro en eso, como en todo. Así, puede decirse á los que aplauden sus comedias, aun representadas por asombrosos artista: «¡Ah, si se las hubierais oído leer á él!»

Después de haber contado los ruidos comienzos de Sardou, quisiera yo representarle feliz, aclamado y respetado por los literatos, popular entre el público, en plena madurez y en plena gloria, descansando bajo sus grandes árboles de Marly, con París en el horizonte, entre sus hermosos hijos y la que, siendo hija de un sabio sin par, lleva tan dignamente el brillante nombre del dramaturgo. ¡Descansando! Me equivoco; trabajando sin cesar, leyendo, clasificando sus grabados,

compulsando los viejos pergaminos, ideando construcciones en Niza, nuevos edificios en Marly; artista y curioso, que pasa de un grabado de Debucourt á una novela de Walter-Scott, y va de Felibiano á Molière, y de Beaumarchais á Shakespeare; y escribiendo todos los días hasta las tres en ese gabinete de trabajo en la planta baja, lleno de sol, con los blancos tableros adornados con obras de arte, la ancha puerta abierta hacia el verdor del parque, con la blancura de las estatuas, riéndose allá lejos entre los macizos de árboles...

Quisiera mostrar á este maestro encantador en el coronamiento de su vida de lucha y de renombre bien ganado, paseándose por los bosques vecinos, ó puesto de codos en el blanco mármol de su terraza, y mirando á lo lejos en el horizonte ese París domeñado, conquistado, ora entretenido, ora atenaceadas sus entrañas por sus estupendas invenciones, la risa clara é incomparable de sus comedias ó la subli-

me voz magistral de sus dramas. Pero todo el mundo conoce á este Sardou aclamado. Desde *Nuestros íntimos* hasta *Fedora*, todo el mundo, sin equivocarse, puede citar la larga lista de sus obras, que algún día reunirá él bajo la forma definitiva de *Teatro completo*. El Sardou de hoy, que es también el Sardou aplaudido del mañana, pertenece á la historia literaria de estos tiempos. He creído más interesante, más atractivo y conmovedor á la vez, mostrar cómo se vence cuando se tiene los demonios en el cuerpo, el genio de la vida, el corazón en su sitio y el fuego sagrado.

Lo más curioso en la existencia de un hombre es la formación misma de su ser moral y de sus obras. Victoriano Sardou escribió *Las primeras armas de Figaro*. Yo he tratado de contar *Las primeras armas de Victoriano Sardou*. Y, conforme con el voto de Goethe, saludo á ese «hermoso ensueño juvenil» realizado por la edad madura de este hechicero y de este valiente.

JULIO CLARETIE.

LA PERLA NEGRA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AGENCIO BARCELONES.

I

Cuando llueve en Amsterdam, llueve que es una bendición; y cuando hay truenos, trueno de lo lindo. Esto pensaba una tarde de verano, al anochecer, mi amigo Baltasar Van der Lys, corriendo á lo largo del Amstel para llegar á su casa antes que se echara encima la tormenta. Por desgracia, el viento del Zuyderzée corría más deprisa que él. De pronto saltó una racha espantosa por el muelle, sacudiendo postigos, rompiendo muestas, retorciendo veletas; buen número de tiestos de flores, tejas, *espías* (1) y tablas desprendidas de los aleros ó de las ventanas fueron á parar en confuso tropel al canal, y tras ellos el sombrero de Baltasar,

(1) Llámense así unos espejos colocados en los balcones y ventanas, para iluminar más las habitaciones y para ver desde dentro á los transeuntes.—(N. DEL T.)

quien pasó las grandes fatigas del mundo para no seguir á su sombrero. Después de lo cual retumbó el trueno; después de lo cual desgajáronse las nubes; después de lo cual quedó Baltasar calado hasta los huesos, y echó á correr á más y mejor.

Sin embargo, á la altura del Asilo de huérfanos recordó lo peligroso que es producir corrientes aéreas cuando hay tempestad; sucedíanse los relámpagos sin cesar; rugía trueno sobre trueno; pronto sucede una desgracia. Esta observación le espantó de tal manera, que se refugió á ciegas debajo del toldo de una tienda, donde alguien le recibió en sus brazos y á pique estuvo de rodar con él por el suelo, un caballero tranquilamente sentado en una silla—y ese caballero no era otro sino nuestro común amigo Cornelio

Pump, que presento á Vds. como el primer sabio de la ciudad.

—¡Caramba!... ¡Cornelio!... ¡Qué demonios haces ahí en una silla?— dijo Baltasar, sacudiéndose.

—¡Eh, eh!—respondió inquieto Cornelio.—¡No te agites así, que me vas á romper el hilo de mi cometa!

Volvióse Baltasar, creyendo que su amigo se burlaba de él; pero no sin asombro, le vió seriamente ocupado en cobrar, por medio de un cordoncillo de seda, la más hermosa cometa que jamás haya visto Amsterdam suspensa en los aires. Ese majestuoso juguete cabeceaba á prodigiosa altura sobre el canal, y parecía descender á tierra de mala gana. Cornelio tira que tira, la cometa tira que tira; y el viento, complicando las dificultades, divertíase mucho con esa pequeña porfía. Pero lo más admirable era la cola de la cometa, dos veces más larga de lo usual, y adornada toda ella con un sinnúmero de tirillas de papel.

—¡Qué demonio de idea te ha dado—exclamó á la postre Baltasar—de jugar á la cometa con un tiempo como este?

—Bobo, no juego á la cometa—contestó Cornelio, sonriéndose de lástima;—estoy comprobando la presencia del ácido nítrico en las nubes cargadas de electricidad... Testigo (añadió el sabio, quien pudo

por fin apoderarse de la cometa, resueltamente vencida, y echó una mirada á los papelitos que guarnecían la cola), testigo mi papel de tornasol, que se ha enrojecido como ves...

—¡Ah, bueno!—replicó Baltasar con esa sonrisa un poco guasona del ignorante que no comprende una jota de esas puerilidades de la ciencia.—¡Ah, es para estudiar!... ¡Bonito momento!

—¡Ya lo creo!—respondió cándidamente Cornelio.—¡Y qué observatorio!... ¡Mira bien eso! ¡No hay casas próximas! ¡Magnífico horizonte! ¡Diez pararrayos á la vista, y todo echando chispas! ¡Bastante tiempo hace que vengo atisbando á esa pícara tormenta, y prometíendome venir aquí á mirarla cara á cara!

Tras estas palabras, estalló el violento estampido de un trueno.

—¡Anda, anda!—prosiguió Cornelio.—¡Regaña y gruñe cuanto quieras, que al fin te tengo y te haré desembuchar!

—¡Y qué ves ahí tan interesante?—dijo Baltasar, á quien empezaba á alcanzarle el agua del arroyo y no estaba de buen temple.

—¡Pobre hombre!—replicó Cornelio con una sonrisa de compasión.—Respóndeme, ¿qué es aquello?

—¡Vaya una cosa! ¡Un relám-

pago!—dijo Baltasar deslumbrado.

—¡Sí! Pero ¿de qué naturaleza?...

—De la naturaleza de los relámpagos.

—No me entiendes: hay relámpagos y relámpagos—repuso Cornelio.—Tenemos el relámpago de *primera clase*, en forma de surco luminoso, contraído, de marcadísimo contorno, en forma de ziszás y de color blanco, purpúreo ó violáceo; además, el relámpago de *segunda clase*, difusa capa de luz, generalmente roja, que puede abarcar todo el ámbito del horizonte; y, por último, el relámpago de *tercera clase*, que rueda y rebota, elástico y de forma esférica por lo común. Pero éste ¿es globular en realidad, ó sólo se trata de una ilusión óptica?... ¡He ahí el problema que tanto tiempo ha me preocupa! Verdad es, me dirás, que los globos de fuego han sido perfectamente observados por Howard, Schubler, Kamtz...

—¡Oh, no digo ni pizca de eso!—respondió Baltasar.—Lo que digo es que crece el agua y quisiera irme de aquí.

—Espérame—dijo Cornelio.—En cuanto haya visto mi relámpago esférico...

—No, á fe mía. Estoy nada más que á trescientos pasos de mi casa; me arriesgo. Y si quieres buena lumbre, buena cena, buena cama

en caso necesario, y, en materia de globo luminoso, el de mi lámpara, te ofrezco todo eso. ¿Está dicho?

—Espera un poco; no puede tardar mi relámpago...

Baltasar iba á lanzarse á la calle sin responder, cuando de pronto un relámpago siniestro y cobrizo desgarró la nube, y en el mismo instante, á unos centenares de pasos, cayó un rayo con horrible estrépito. La sacudida fué tan violenta, que Baltasar dobló las rodillas y poco le faltó para caerse.

—Positivamente, hay globo—dijo Cornelio;—ahora lo he visto bien. ¡Vamos á cenar!

Baltasar, cegado y aturdido, se encogía.

—¡El rayo ha caído por la parte donde está mi casa.

—¡No!—contestó Cornelio.—¡Es en el barrio de los judíos!

Sin escucharle, Baltasar echó á correr, á despecho del peligro; y Cornelio, recogiendo los papelitos y cubriéndose la cabeza con la silla, decidióse á seguirle á pesar de ir la lluvia en aumento.

A la entrada del Zwanerburgers-straat, donde está su casa, Baltasar quedó tranquilo por completo. Ninguna llama iluminaba la calle, y aún estaba en su sitio la casa. Subió de un salto la escalerilla del pórtico y dió dos ó tres aldabazos de amo. Sin embargo, se dieron tan poca

prisa para abrirle, que Cornelio tuvo tiempo de alcanzarle. Baltasar repicaba con alma.

—¿Por qué no abre esta Cristiana?

Al fin, Cristiana se decidió. Estaba tan pálida, que metía miedo, temblaban sus manos, y apenas podía hablar.

—¡Ah, señor!—dijo.—¿Ha oído V. ese trueno?...

—¿Acaso te ha dejado sorda?—respondió Baltasar, metiéndose á escape en casa.—¡Hija mía, pronto, ropa, un buen fuego y los cubiertos!...

De una zancada subió los cuatro ó cinco peldaños de la escalera; y empujando la puerta del salón, fué á arrellanarse en una butaca con un suspiro de alivio. Cornelio le seguía con su silla...

II

Una hora después ambos amigos acababan de cenar; y, puestos de codos en la mesa, se mofaban del viento y de la lluvia que se oían con furia por afuera.

—He aquí—dijo Cornelio—el mejor momento del día. Una buena botella de curasao blanco, un buen fuego, buen tabaco y un buen ami-

go con quien charlar: no hay como eso. ¿No es así, Cristiana?...

Cristiana iba y venía, poniendo en la mesa el pesado frasco de barro y las copas antiguas, de esbelto pie. Su nombre, pronunciado por Cornelio, la hizo ruborizarse; pero no respondió nada, temblando aún de miedo.

Ya es hora de decir á Vds. que Cristiana era una joven recogida por caridad en la casa de nuestro amigo Baltasar; y os pido permiso para contar su historia tan pronto, que no daré tiempo á la impaciencia. Poco después de la muerte de su marido, la señora de Van der Lys, madre de Baltasar, estaba un día en misa, cuando sintió en la falda un leve tirón; y figurándose que alguien trataba de limpiarla el bolsillo, calculó con tanto acierto, que cogió en el acto la mano del ladrón. Era una mano de niña, regordetilla, sonrosada y fresca. A la buena señora llenáronsele de lágrimas los ojos al ver esos deditos de querubín ejercitados tan pronto en hacer mal. Su primera intención fué soltar á la niña, por lástima; la segunda, retenerla por caridad. ¡A esto último se decidió su noble alma! Llevóse consigo á la pequeña Cristiana, que lloraba de miedo á que la pegase su tía. La señora Van der Lys la consoló, la hizo hablar y supo lo suficiente para com-

prender que el padre y la madre de la criatura eran unos de esos bohemios que recorren las ferias; que la niñita se había acostumbrado desde la más tierna infancia á todos los ejercicios de los saltimbanquis; que el padre se había matado al ejecutar un arriesgado ejercicio; que la madre había fallecido de miseria; y, por último, que la pretensa *tía* era una meguera que molía á golpes á la niñita y la enseñaba á robar, esperando á que creciera para enseñarla otras cosas.—Yo no sé si Vds. han conocido á la señora Van der Lys, pero era tan buena mujer como buen muchacho es su hijo. Conservó á su lado la niña, que, como se figurarán Vds., no fué reclamada por su *tía*; la educó, la enseñó á leer, escribir y contar; y bien pronto fué modelo de dulzura, decencia y buenos modales. Y luego, ¡qué dispuesta para el arreglo de la casa!... Cuando murió la buena señora, al menos tuvo el consuelo de dejar á su hijo, á la vez que su cocinera, la vieja Gúdula, sorda y un poco torpe ya de piernas, una joven de quince años, despierta y vivaracha, que jamás dejaría apagarse el fogón de Baltasar ni enfriarse la comida, y que sabía dónde encontrar la mantelería buena y la hermosa vajilla de plata para los días de gala. Además de eso, atenta, de buen componer, dulce y bonita:

á lo menos, tal era la opinión de Cornelio, quien había descubierto en aquellos ojos unos relámpagos mucho más interesantes que los de la *tercera clase*...—Pero, ¡chito!... Hago aquí punto por no murmurar.

Sin embargo, debo añadir que Cristiana dispensaba buena acogida á Cornelio, quien la prestaba buenos libros; en su calidad de sabio, el joven hacía más caso de una mujer casera, como Cristiana, que de las más lindas muñecas de la ciudad, las cuales á menudo para nada sirven. Pero aquella noche parecía que la tormenta paralizó la lengua de la joven. Habíase negado á sentarse en su puesto á la mesa, donde estaba su cubierto como de costumbre; y so pretexto de servir á los dos amigos, iba y venía, sin escuchar apenas, contestando á tuertas y haciendo la señal de la cruz á cada relámpago... hasta el momento en que, al volver la cabeza Baltasar, no viéndola, creyó que se había retirado á su cuarto.

Pocos minutos después acercóse á escuchar á la puerta de aquella alcoba, que daba al salón paralelamente al gabinete de estudio; y como nada oyese, quedó convencido de que la joven dormía ya, y volvió á sentarse junto á Cornelio cargando la pipa.

—¿Qué tiene esta noche?— dijo

Cornelio señalando con un gesto al cuarto de la joven.

—Es la tempestad—respondió Baltasar.— ¡Son tan miedosas las mujeres!

—Si no lo fueran, amigo Baltasar—contestó Cornelio—no tendríamos la inmensa dicha de protegerlas como á unos niños... sobre todo esta, ¡que es tan delicada y poquita cosa!... No puedo mirarla, de veras, sin que se me llenen de lágrimas los ojos: ¡es tan dulce, tan buena..., tan tierna! ¡Ah, qué hechicera criatura!

—¡Vamos, profesor Cornelio—replicó sonriéndose Baltasar— casi tiene V. tanto entusiasmo por Cristiana como por los truenos!

Ruborizóse Cornelio un poco y murmuró:

—¡No es lo mismo!

—Naturalmente—repuso Baltasar soltando la carcajada y cogiendo afectuoso ambas manos de Cornelio.— ¡Vaya! ¿Crees que no veo lo que pasa?—le dijo con esa placida sonrisa que nace del corazón y por la cual es imposible no querer á ese muchacho.—No sólo juegas á la cometa sobre el Amstel (como un niño grande que eres), sino que además juegas á la pala con Cristiana... y vuestros dos corazoncitos hacen de volantes...

—¡Cómo! ¿Crees tú...?—tartamudeó desconcertado el sabio.

—Ya va para tres meses, amigo Cornelio (y no creo que sólo por mis lindos ojos), tres meses que vienes aquí dos veces diarias: al mediodía, cuando vas á tu cátedra del Jardín Zoológico, y á las cuatro de la tarde, cuando sales de allí.

—Es el camino más corto...—dijo con timidez Cornelio.

—Sí, para hacerte amar...

—Pero...

—Vaya, razonemos—repuso Baltasar sin escucharle:—Cristiana no es una chica como otra cualquiera; tiene un corazoncito y una cabecita muy inteligentes, te lo aseguro; y basta con eso para dejar lelo á un sabio como tú. La estrechas las manos, te inquietas por su salud, la prestas libros que ella devora. La das un pequeño curso de química con motivo de una mancha en su traje, de historia natural acerca de un tiesto de flores, ó de anatomía comparada con ocasión del gato. Y ella te escucha haciéndose toda oídos, toda ojos; ¿y no quieres que meta la pata el amor, entre un profesor de veinticinco años y una discípula de diez y ocho?

—Pues bien; ¡la amo! ¿Y qué?—contestó con resolución Cornelio.— ¿Qué quieres hacerle?

—Yo nada. ¿Y tú?

—¡Pues bien; quiero casarme con ella!

—¡Pues bien; entonces díselo!

—¡Pues bien; se lo digo!

—¡Pues bien; entonces abrázame!—exclamó Baltasar.—¡Viva la alegría! ¡Yo también me caso!

—¡Oh!—exclamó conmovido Cornelio.

—Y me caso—continuó Cornelio con el entusiasmo de un enamorado que no ve ni oye más que á sí mismo—y me caso con la señorita Susana Van Miellis, la hija del banquero.

Cornelio hizo un ademán que podía expresarse por «¡Diablo!» con signo de admiración. Baltasar prosiguió:

—Cornelio, fíjate en que la amo desde seis años ha, y con pasión. Pero la señorita Susana, que es hoy hija reconocida de un gran banquero, no era entonces más que su hija natural. Era tan pobre su madre, que ambas venían á coser en casa. ¿Te acuerdas?... Si por aquel tiempo me hubiese atrevido á decir en voz alta: «He aquí mi mujer», ¡vaya una de gritos que hubiese armado mi familia. Por tanto, decía para mí: «Más tarde, más adelante...» Y ha llegado el *más tarde*. Cuando menos lo pensaban, un día hicieron á Susana y á su madre subir á un coche, y ¡arrea, cochero! Ese gran egoísta de Van Miellis, que jamás había querido á su hija, la había encontrado por casualidad; habíase conmovido; le daban remordimien-

tos, según su dicho; lo que yo creo es que tenía gota y necesitaba quien le cuidase; pero, sea lo que fuere, sabes lo demás lo mismo que yo. Ha muerto el invierno último, dejando á su hija una de las mayores fortunas de la ciudad.

—¡La más redonda!—dijo gravemente Cornelio.

—Pues bien; eso es lo que me molestaba, Cornelio, y lo que me impedía ver á Susana; el que era demasiado rica. No me atrevía á presentarme en su casa; hubiera creído parecer que iba allí por su dinero. ¡No puedes formarte una idea del diluvio de gente que ahora quiere casarse con ella! La vez primera que me la encontré, después de su cambio de posición, fué en el Jardín Zoológico. Alrededor de ella había media docena de caballeros de todas las edades, ¡qué galantes... qué obsequiosos!... Jamás me hubiera yo atrevido á acercarme á ella. Hay que ser justo, ella fué quien me llamó: «¡Eh, caballero Baltasar! ¿No saluda V. ya á sus antiguos amigos? Yo me deshacía en cumplidos: ¡Señorita!... ¡Señora!...» Los otros reíanse quedo; pero cuando ella me tomó del brazo y su madre me convidó á comer, ya no se reían ni pizca aquellos á quienes no se invitaba... ¡Y pasé una velada aquel día!... ¡Ay, Dios, qué hermosa velada!...

—¿Y después?—dijo Cornelio.

—Después... ya no abandoné su casa. La amaba como un loco, pero nunca me hubiese atrevido á decir ni una palabra. La madre fué quien me incitó á que hablara... Ya sabes, una buena mujer que me quiere porque yo era atento con ella cuando era pobre. Días atrás me dijo, al acompañarme hasta la puerta: «Pero hable V., don Baltasar; vale V. mucho más que toda esa gente. ¡Cuán feliz sería yo llamándole hijo mío!...» A fe que esto me decidió; me cogí el corazón con entrambas manos, ¡y aquella noche, cuando me quedé á solas con Susana, le dije la gran palabra! Tenía el aspecto de quien se la estaba esperando; pero eso no era óbice para que estuviese tan conmovida como yo... Ruborizábase... y, sin embargo, me miraba. ¡Oh! Me miraba hasta el fondo del alma; tanto, que todo daba vueltas en torno mío. Al fin me respondió: «Baltasar, no se ofenda V. por lo que voy á decirle; pero, desde que soy rica, le aseguro que soy muy desgraciada. Ya no sé distinguir los que me quieren y los que no me quieren. Veo tanta gente que me adora, que desconfío de todo el mundo. Y antes que casarme con un hombre en quien supusiera yo un vil cálculo, ¡primero arrojaba mi fortuna en el Amstel!...

—¡Ah, señorita—exclamé (¿com-

prendes?) —¡Oh! —repuso ella— bien sé que V. no es de esos, caballero Baltasar... ¡Sería muy triste cosa!... Pero no basta; voy á decir á V. mi bello ideal. No quisiera aceptar por marido sino á quien me hubiese amado cuando pobre... ¡Ah, cuán segura estaría del amor de éste, y cómo habría de devolvérselo con creces!... Pues entonces—exclamé—¡ese soy yo!... señorita, yo soy quien ama á V. desde hace más de seis años; y si nunca me he atrevido á decírselo, V. ha debido de advertirlo. Me respondió con dulzura: «Tal vez, sí...» Y continuó mirándome de una manera extraña... Bien veía yo que ella anhelaba creerme y que no se atrevía...

—Oiga V.—replicó;—¿quiere V. que me convenza de lo que me dice? ¡Recuerda V. aquel día de verano que trabajaba yo en su casa con mi madre? Trajeron unas flores nuevas para el jardín... ¡Ah, bien me acuerdo, señoritas! Eran orquídeas. Sí; y me permitieron ir á ver con V. aquellas flores. Las había de todas formas ¡y tan raras! Una parecía una mariposa, otra una avispa, otra parecía una figurita; pero sobre todo, había una que superaba á las demás, que de diez flores del mismo pie, ni una se le asemejaba: era como un corazoncito de color de rosa, con un par de alas azules á

cada lado... ¡de un rosa y un azul tan bonitos!... Nunca he visto otra igual... ¡Y después?... Y después, déjeme V. que diga la continuación, señorita... Después, al inclinarnos ambos para ver más de cerca la flor, no sé cómo sucedió que los cabellos de V. hubieron de rozarme un poco en los míos, y con el brusco movimiento que hizo V. para retirarse, su mano, que tenía cogida la flor para verla mejor, la hizo desprenderse de su tallo... Aún me parece oír el grito de V.; aún la veo próxima á echarse á llorar por aquel accidente y á pedirme perdón...; cuando su madre la llamó á V. desde la ventana, y yo... ¡Y V.? Y yo ¡recogí del suelo la flor caída! ¡La recogió V.? Y la guardé en memoria de aquel brevísimo momento de ventura, tan fugaz y tan dulce... ¡Con que la tiene V. guardada?... Como una reliquia, señorita; ¡y se la enseñaré cuando V. quiera!

Amigo mío, ¡si hubieras podido ver entonces á Susana! Ya no era la misma, Cornelio, no; era una nueva criatura, y cien veces más hermosa, si cabe... Refulgían sus ojos, su cara esplendía. Me tendió ambas manos con un movimiento tan lindo, que un ángel no lo hubiese hecho mejor. «¡Ah!—me dijo;—eso es lo que yo quería saber, amigo mío: ¡qué dichosa soy!... Si recogió V. la flor en memoria mía,

es que me amaba V. ya; y si la ha guardado hasta ahora, es que todavía me ama V. Traígame mañana nuestra florecilla de alas azules: ¡es el regalo más bonito que puede V. poner en mi equipo de boda!» ¡Ay amigo, así que hube escuchado estas palabras de «*el equipo*» y «*la boda*», á poco me desmayo de golpe... Me levanté, y de fijo hago una locura si no entra la madre. Me eché al cuello de la buena señora y besé una docena de veces á su hija en las mejillas: eso me calmó. Cogí el sombrero y eché á correr, con la esperanza de llevar la florecilla á Susana esta misma noche... Pero ese monstruo de tempestad lo ha echado todo á perder, y tengo que aplazar hasta mañana mi ventura... ¡Ahí tienes toda la historia!...

—¡Ah, santos del paraíso—exclamó Cornelio, echándose en sus brazos:—dos bodas á la vez!

Y aquí el buen muchacho, imitando á los pilluelos á la puerta de la iglesia, tiró su gorra al aire gritando:

—¡Viva la boda!... ¡Que vivan los novios!... ¡Viva la señora de Baltasar!... ¡Viva la señora de Cornelio!... ¡Vivan los pequeños Baltasares!... ¡Vivan los pequeños Cornelios!

—¡Quieres callarte?—dijo Baltasar, riéndose y tapándole la boca.—Vas á despertar á Cristiana.

—¡Ah—dijo Cornelio bajando la voz;—no despertemos á Cristiana! Ahora enséñame tu flor de alas azules, para que la admire...

—Está—dijo Baltasar—en un cofrecillo de acero, en el fondo de mi mesa de despacho, con todas las alhajas de mi pobre madre. La engasté en un medallón de cristal, con marco de oro y perlas negras. Esta misma mañana la estuve mirando. Es una cosa hechicera... ¡Ya verás!

Al decir esto, cogió la lámpara, sacó del bolsillo un manojito de llaves y abrió la puerta de su gabinete.

No había hecho más que entrar, cuando Cornelio le oyó dar un grito... y se levantó... Baltasar reapareció pálido en el quicio de la puerta.

—¡Cornelio!... ¡Ay, Dios mío!...

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?—exclamó asustado el sabio.

—¡Ay, Dios mío!... ¡Ven!... ¡Mira!... ¡Mira!...

Y Baltasar levantó la lámpara con objeto de alumbrar el interior del gabinete...

III

¡Lo que vió Cornelio justificaba, en efecto, el grito de Baltasar!... El piso estaba sembrado por com-

pleto de papeles de todas clases; y aquella profusión de papelotes explicábase al ver dos carpetas verdes arrancadas de su casillero de madera, y vaciadas encima de la alfombra. Añádase á eso una gran cartera de tafilete, donde guardaba sus cartas Baltasar, abierta y desencajada á pesar de su cerradura de acero... ¡y enteramente vacía, después de haber desparramado acá y allá algunos centenares de cartas!...

Pero esto no era sino una mínima parte del mal. Al ver ese estrago, de que aún no trataba de darse cuenta, lo primero que á Baltasar se le ocurrió fué ir corriendo á la mesa de despacho. ¡Estaba forzada!... La cerradura de acero había resistido, sin embargo, mejor que la de la cartera; y el pestillo permanecía valientemente dentro de su caja. Así, pues, en la imposibilidad de arrancar la cerradura, tuvieron que destrozar el frente del cajón. Toda la parte de la madera adherida á la cerradura estaba—al pie de la letra—picada, recortada, hecha hilas; y la misma cerradura, suelta por todas partes, colgaba miseramente, con los clavos retorcidos y rotos. En cuanto á la tapa, redondeada y movable como las de todos los escritorios de sistema Tronchin, estaba levantada tres cuartas partes de su abertura; lo suficiente para permitir á la mano

registrar todos los cajones y escondites del mueble.

Pero... ¡cosa extraña!... la mayoría de los cajones no protegidos por nada contra la violencia y que contenían valores en papel, habían sido respetados por el ladrón, y hasta parecía que no se tomó el trabajo de abrirlos. Toda su atención se había concentrado en aquél donde estaban las monedas de oro y plata; unos mil quinientos ducados, doscientos florines y el cofrecillo de acero lleno de alhajas, de que había hablado Baltasar. Ese cajón, salido de su hueco, estaba absolutamente vacío como si lo hubiesen vuelto boca abajo. Todo había desaparecido de él, oro, plata, joyas, sin dejar ni rastro. Y lo que fué para Baltasar el golpe más cruel es que, habiendo levantado del suelo el cofre de acero, se cercioró de que también estaba vacío, ¡y que el medallón había sido robado como todo lo demás!...

Esta cruel pérdida, que le afectaba más que la de todo su dinero, hizo suceder á su primer estupor un verdadero acceso de locura. Abrió bruscamente la ventana que daba á la calle y se puso á gritar como un energúmeno: «¡Ladrones!» Toda la ciudad iba á responderle, como acostumbra: «¡Fuego!» si ese primer grito no hubiera llamado la atención á una escuadra de agentes

de policía puestos en campaña para descubrir y arreglar los estragos producidos por la tormenta. Corrieron al pie de la ventana, donde Baltasar, gesticulando y vociferando, no supo acabar de explicarse. Sin embargo, M. Tricamp, su jefe, comprendió muy claro que se trataba de objetos robados. Luego de decir á Baltasar que hiciese menos ruido, por conveniencia de sus propios intereses, apostó dos agentes en la calle para vigilar los alrededores, y rogó á esos caballeros que le introdujesen en la casa sin despertar á nadie; lo cual hizo Cornelio en el acto mismo.

IV

Una vez que le abrieron sin ruido la puerta, entró de puntillas M. Tricamp, seguido por su tercer agente, á quien dejó en el zaguán con orden de que á nadie permitiera entrar ni salir. Serían poco más ó menos las doce de la noche; dormía toda la ciudad; y por lo tranquila que estaba la casa, comprendieron que un poco sorda Gúdula y fatigada Cristiana por las emociones de la tormenta, no habían oído nada de aquella tramoya y descansaban tranquilamente.

—Ahora—dijo M. Tricamp bajando la voz—¿de qué se trata?

Baltasar le condujo al gabinete; y, sin fuerzas para decirle una palabra, le enseñó aquel cuadro.

M. Tricamp era un hombrecillo un poco rechoncho, pero no obstante, muy vivo y muy ligero; añádase á esto una cara de pascuas, aire de satisfacción personal justificada por su gran renombre de hábil... ¡pretensiones de elegancia, de buen lenguaje y de saber!... Por lo demás, un hombre mañoso, astuto y sin más defecto para su profesión que el de una excesiva miopía: molesta contrariedad que le obligaba á mirar las cosas muy de cerca, lo cual no siempre es el verdadero medio de verlas bien.

Evidentemente se quedó sorprendido; pero es de regla en todos los oficios el no parecer asombrado ante los *clientes*. Limitóse á murmurar: «¡Muy bien, muy bien!» sonriéndose y echando á todos lados miradas de profesor perito.

—¡Vea V., caballero!—le dijo sofocado Baltasar.—¿Ve V.?

—¡Muy bien!—respondió M. Tricamp.—¡Forzada la cartera, forzado el escritorio! ¡Muy bien, perfectamente!...

—¿Cómo, perfectamente?—dijo Baltasar.

—Han cogido el dinero, ¿no es así?—continuó M. Tricamp.

—Sí, señor, todo el dinero.

—¡Bueno!

—Y las alhajas... ¡Y mi medallón!

—¡Bravo! Robo con fractura, en casa habitada... ¡Excelente!... ¿Y no sospechan Vds. de nadie?

—¡De nadie, caballero!

—¡Tanto mejor! Así tendremos el gusto del descubrimiento.

Baltasar y Cornelio se miraron con sorpresa. Pero M. Tricamp continuó tranquilo y sin asombrarse:

—¡Veamos la puerta!

Baltasar le enseñó la única puerta del gabinete, provista de su magnífica cerradura del tiempo viejo, una obra maestra como las que sólo se hallan ya en nuestros buenos Países Bajos. Tricamp hizo funcionar la cerradura: ¡*cric, crac!* El cierre era limpio, sonoro, fácil... Sacó la llave, y de un solo vistazo se cercioró de lo imposible que era abrir aquella cerradura por medio de las ganzúas corrientes. La llave tenía la forma de un doble trébol, complicada con un secreto que, por excepción, no conocía todo el mundo.

—¿Y la ventana?—dijo M. Tricamp, entregando la llave á Baltasar.

—La ventana estaba cerrada—dijo Cornelio—y nosotros la hemos abierto para llamarle á V. Además, caballero, repare que está provista de fuerte reja, con los barrotes muy juntos.

M. Tricamp se convenció, en efecto, de que los barrotes no hubieran podido dejar paso ni á un niño de dos años, y volvió á cerrar él mismo la ventana. Después de lo cual, naturalmente, encaminóse á la chimenea. Baltasar seguía sus movimientos sin decir nada, con idéntica confianza á la del enfermo que mira al médico escribir su receta.

M. Tricamp se inclinó y se puso á mirar con atención la chimenea; pero también allí quedóse despistado. Una reciente obra de albañilería había rellenado tres cuartas partes del conducto, no dejando más que la abertura necesaria para dar paso al tubo de una estufa. Esa estufa, desmontada todos los años por la primavera, para limpiarla y volverla á armar á los primeros fríos, estaba á la sazón en el desván, y la chimenea vacía en absoluto. Ni por un solo instante se le ocurrió á Mr. Tricamp que ese tubo de estufa pudiera permitir el paso á nadie, y se levantó más confuso de lo que pretendía representar.

— ¡Muy bien! — dijo. — ¡Diablo!

Y miró al techo, después de reemplazar su antejo por un par de gafas.

— Tampoco hay nada sospechoso por esta parte, ni aun dudoso.

Cogió la lámpara de manos de Baltasar y la puso encima del es-

critorio, quitando la pantalla; y, de pronto, esa maniobra le hizo descubrir un detalle que hasta entonces habíasele escapado...

V

A tres pies por encima del escritorio y á distancia casi igual del piso y del techo, estaba clavado en el tabique una especie de cuchillo; reconocido ese cuchillo, resultó ser de Baltasar. Era un arma extranjera, regalo de un amigo, la cual estaba por costumbre encima del escritorio; pero lo sorprendente era el extraño uso que de ella se había hecho. ¿Con qué fin se habría hincado ese cuchillo en la pared?—En el mismo instante, Tricamp hizo notar que el alambre de la campanilla que iba á lo largo de la cornisa, por encima del escritorio, habíase roto y retorcido, y ambos fragmentos colgaban en dirección al cuchillo. Saltó con presteza en una silla y luego en el tablero del escritorio, disponiéndose á examinar más de cerca la cosa. Pero apenas se puso de pie en aquella escala improvisada, cuando exhaló un grito de triunfo. En efecto; no tuvo más que extender el brazo entre el cuchillo y la escocia del techo, para

levantar un trozo del empapelado desprendido por tres partes, y para descubrir debajo una ancha abertura circular hecha en el tabique, tapada hasta entonces como con una válvula por ese papel.

Este descubrimiento era tan inesperado, que los dos jóvenes lo presenciaron con la boca abierta. Sin embargo, el asombro no fué de larga duración; Baltasar se acordó bien pronto y explicó que aquella abertura, condenada y olvidada de mucho atrás, había servido primitivamente de ventanillo para dar luz á la estancia vecina, la cual no era más que un gabinete de tocador. Más tarde, una reconstrucción parcial de la casa había permitido á M. Van der Lys transformar ese tocador en alcoba, dándole luz por medio de una ventana á la calle; y el ventanillo, inútil ya, se había tapado, pegando encima por las dos habitaciones, un lienzo y un trozo de papel igual al de cada una de ellas. M. Tricamp les hizo notar que el trozo cuadrado de papel puesto antiguamente por la parte de acá había sido despegado con suma habilidad, lo cual hacía suponer en el operador la intención de volver á pegarlo más tarde. Empinándose un poco, pudo meter el brazo por la abertura y se cercioró de que igual trabajo habían hecho por la parte de allá en el papel de

la alcoba inmediata, con las mismas precauciones, idéntica maña y evidentemente con iguales propósitos.

Ya no cabían dudas; con seguridad, por ese sitio era de presumir que se introdujera el ladrón, siendo el ventanillo redondo bastante ancho para dejarle pasar. Bajándose M. Tricamp de su pedestal, creyóse en el deber de explicar de un modo sumamente fácil toda la conducta del malhechor, desde su llegada hasta su partida. — «El cuchillo — dijo — puesto á igual distancia de la mesa y del agujero redondo, claro se ve que es un escalón dispuesto para la subida de retorno, más difícil que la bajada. El alambre de la campanilla, roto desde el principio, cuando estaba al alcance de su mano, ha podido servirle de cuerda y punto de apoyo, no por la parte que hubiese movido la campanilla, sino por la otra que sólo podía agitar el cordón; y, en efecto, sólo parece retorcido por este uso el fragmento de alambre que va á parar al cordón. En cuanto á los cartapacios deshechos encima de la alfombra y cuyo saqueo nada justifica, fácil es comprender que nuestro ladrón, al trepar para salir, ha podido escurrirse y perder el equilibrio; en cuyo caso se agarró al primer objeto que estuviese á su alcance. Pues bien; estando la taquilla más alta que la mesa, respondía preci-

samente á esta necesidad. Mientras el pie derecho se apoyaba en el cuchillo, el pie izquierdo, balanceándose en el vacío, iba por un momento á apoyarse en la taquilla, la cual hubo de moverse y cayeron dos carpetas al suelo...; las dos carpetas superiores, como Vds. ven, que naturalmente habían de caerse las primeras. Después de lo cual, afirmándose en este ligero apoyo, pudo alcanzar sin obstáculo hasta la claraboya; y la taquilla, después de la impulsión, ha recobrado naturalmente el equilibrio. — A este trastorno causado por la caída de las carpetas, atribuyó la negligencia del ladrón, dejando sin volver á pegar los trozos del empapelado, que no hubiese desprendido con tanto esmero á no proponerse dejarlos en su primitivo estado.—¿No les parece á Vds. todo eso racional, evidente, claro como la luz del día?

Baltasar y Cornelio escucharon con cierta admiración esa ingeniosa requisitoria. Mas el primero no era hombre para extasiarse mucho tiempo; no veía más que una cosa, su medallón; y, seguro ahora del modo cómo había penetrado el malhechor, ya no deseaba saber sino por dónde había salido...

—Paciencia—le respondió M. Tricamp, regodeándose con un polvito de rapé y con todo el orgullo del triunfo;—ahora que conocemos el

modo de proceder el ladrón, estudiemos su temperamento.

—¿Su temperamento!—exclamó Baltasar.—¿Tiempo tenemos para ocuparnos de eso!...

—¿Oh, dispense V.!—replicó Tricamp—no podemos hacer nada mejor; y este caballero, que es un sabio, me comprenderá en seguida. La aplicación de los conocimientos fisiológicos á los sumarios, informaciones y exámenes judiciales es un hecho consumado ya, señor, y que arruina de arriba abajo todo el empirismo de la añeja rutina...

—¿Pero mientras V. habla, mi ladrón corre!—dijo Baltasar.

—¿Déjelo V., que ya le atraparemos!—respondió M. Tricamp.—Digo que no sabrán Vds. remontarse con seguridad á las fuentes del crimen, si se privan voluntariamente del estudio de los caracteres por los cuales se afirma el criminal y se denuncia á sí propio en cierto modo. ¿Y qué carácter, qué marca, qué sello hay, señor, tan infalible como los del temperamento, el cual se revela por completo en los *matices del acto*? Nada se parece menos á un robo que otro robo, á un asesinato que otro asesinato. El autor, estad seguros de ello, firma su nombre con todas sus letras en el modo cómo se comete el delito, en el más ó menos ingenio, talento, brutalidad y limpieza con que se ejecuta.

No se trata más que de irlo delectando. Por ejemplo: ayer mañana, entre dos criadas igualmente sospechosas de haber robado un chal á su señora, pude indicar á primera vista cuál era la culpable. La ladrona podía elegir entre dos cachemiras, una azul y otra amarilla: ¡había escogido la azul! Una de las criadas era rubia y la otra morena, de suerte que estaba seguro de no equivocarme deteniendo á la rubia; evidentemente, ¡la morena hubiera elegido el chal amarillo!

—¡Eso es admirable!—dijo Cornelio.

—Pues bien—añadió Baltasar—dígame V. el nombre de mi ladrón... y pronto, porque tengo una impaciencia febril.

—No le diré á V. en seguida el nombre—replicó M. Tricamp—pero sí puedo afirmar desde ahora mismo que el culpable hace sus primeras armas... La habilidad con que ha sido despegado este papel de la pared, pudiera engañarnos por un momento acerca de *sus facultades*; pero el papel puesto hace cinco ó seis años en un sitio se despega por sí solo con tanta facilidad, que no hay en ello gran talento. La abertura estaba hecha y el mérito consistía en descubrirla; pero el papel sobrepuesto para taparla era un indicio más que suficiente. ¡No digo nada de esa cartera tan

burdamente despanzurrada, ni de ese mueble forzado de un modo brutal y salvaje! Todo eso es cuestión de encogerse de hombros; está *trabajado* sin gracia y sin gusto. ¿Dónde me dejan Vds. esa cerradura que cuelga? ¡Eso es deplorable!... Ni siquiera han sabido hacer saltar el pestillo de su muesca. Preciso es que gaste herramientas de zapatero. ¡Y eso es imperdonable, hoy que la industria inglesa nos fabrica instrumentos tan ligeros, tan delicados, tan cómodos!... ¡Ah, señores; yo les haré conocer, cuando quieran, artistas que os forzarán los escritorios de una manera que les entusiasmará á Vds!

—De modo—dijo Cornelio—que ¿es un novicio?

—Evidentemente... Y además un zafio. Un ladrón que se respeta á sí mismo un poco, tiene el cuidado de no dejar tal desorden en una habitación, pone en ello más coquetismo... Saundersen, á quien hemos ejecutado días atrás, hubiera vuelto para dejar cada cosa en su sitio, caballero. ¡Eso es un artista! Añadiré que esta persona no debe de ser muy alta ni muy robusta. No necesito más pruebas que el empleo de ese cuchillo y del cordón de la campanilla, cuando un hombre de un vigor y de una estatura razonables se hubiese empinado con facilidad á pulso. Además, una mano

robusta hubiese clavado el cuchillo de un solo golpe, mientras que nuestro ladrón ha tenido que golpear mucho tiempo para que penetrara en el tabique; y si no, vean Vds. en la punta del mango este aplastamiento reciente.

—¡Es verdad!—dijo Baltasar, deslumbrado por aquella profundidad de miras.

—Pero sin embargo—objetó Cornelio.—¿Y ese escritorio con la madera hecha hilas?

—¡Ah, caballero—exclamó Tricamp—en eso precisamente se revela la debilidad! La verdadera fuerza es tranquila y serena, porque está segura de sí mismo. Da un puñetazo, ¡uno solo!, en un escritorio de tapa convexa, fácil de saltar, ¡y salta! Al paso que esto es obra de un impotente que pierde la cabeza. Resistía el objeto, lo ha golpeado, hecho picadillo á diestro y siniestro, lo ha reducido á astillas, á migajas, á papilla... ¡No hay músculos ni nervios!... Trabajo de niño ó de mujer.

—¿De mujer?—exclamó Baltasar.

—Caballero—respondió Tricamp—desde que estoy aquí, no he dudado de eso ni un minuto.

Baltasar y Cornelio se miraban...

—Y, para resumir—añadió Tricamp tomando otro polvo de rapé—es una mujer joven... porque trepa; pequeña... puesto que necesita

escala; morena... porque es rabiosa; familiarizada con vuestras costumbres, puesto que ha aprovechado el momento de estar Vds. fuera para obrar á sus anchas... puesto que ha ido derecha al cajón que contenía el dinero, sin hacer caso de los otros. Y, por último, para concluir en breves palabras, si tienen Vds. aquí alguna querida joven, ó alguna joven sirviente... no busquen Vds. más lejos, ¡ella es!

—¡Cristiana!—exclamaron á un tiempo ambos jóvenes.

—¡Ah! ¿Conque hay aquí una Cristiana?—dijo M. Tricamp.—Pues bien: ¡es Cristiana!

VI

Baltasar y Cornelio mirábanse pálidos... ¡Cristiana!... ¡La linda Cristiana!... ¡Su Cristiana, tan buena, tan dulce... una ladrona!... ¡Ni por pienso!—Y, sin embargo, recordaban su origen y la manera cómo había entrado en la casa... Después de todo no era más que una bohemia...—Baltasar se había dejado caer en una silla, como un hombre embriagado. En cuanto á Cornelio, le parecía que acababan de quemarle el corazón con un hierro hecho ascua, y que iba á morir de resultas...

—¡Veamos, pues, á esa Cristiana—dijo M. Tricamp, sacándoles de pronto de su estupor—y visitemos su alcoba.

—¡Su alcoba!—respondió Baltasar, tratando de levantarse.—¡Pues ahí está su alcoba!

Y señaló á la ventanilla redonda del tabique.

—¿Y no lo han adivinado Vds. todo?—replicó sonriéndose el agente de policía.

—Pero—dijo Cornelio haciendo un esfuerzo por hablar—¡ha tenido que oírnos!

Tricamp agarró la lámpara, salió de prisa, empujó la puerta de la habitación próxima, y entró en el dormitorio de Cristiana seguido por los jóvenes... ¡El cuarto estaba vacío!...

Los tres prorrumpieron el mismo grito: «¡Ha huido!»—M. Tricamp se cercioró en un periquete de que no se había deshecho la cama, y al mismo tiempo, de que nada habían escondido en el colchón ni en el jergón.

—Ni siquiera se ha acostado—dijo.

En el mismo instante oyeron ruido en el zaguán; abrióse bruscamente la puerta del salón y entró el agente puesto por Tricamp de centinela, empujando hacia adelante á Cristiana, quien parecía sorprendida más que asustada...

—Señor Tricamp—dijo el agente—es una joven que iba á salir y á la cual he detenido cuando describía el cerrojo.

Cristiana los miraba á todos con un asombro tan natural, que todo el mundo se hubiera compadecido de ella... excepto M. Tricamp.

—Pero ¿qué quieren Vds. hacerme?—dijo ella al agente, que cerraba la puerta.—¡Don Baltasar, dígameles V. quién soy!

—¿De dónde vienes?—dijo Baltasar.

—De arriba—contestó ella.—Gúdula tiene miedo á los truenos; como retumbasen aún cuando subió á acostarse, me rogó que la hiciese compañía, y he dormido en su cuarto sobre una butaca. Me desperté, he visto que había mejorado el tiempo y he bajado para meterme en la cama, iba á cerciorarme de que no se le había olvidado á V. echar el cerrojo, cuando ese señor me ha detenido... ¡Buen miedo me ha hecho pasar!...

—Miente V.—replicó bruscamente M. Tricamp.—Iba V. á describir el cerrojo para salir, y no se ha acostado V. por no tomarse la molestia de volver á vestirse, y para atisbar más fácilmente el momento oportuno de huir.

Cristiana le miró con el aire más cándido del mundo.

—¡De huir! ¿Qué fuga es esa?

—¡Ah! —murmuró M. Tricamp
—¡Tenemos aplomo!

—Ven aquí — dijo Baltasar, á quien aquella escena daba fiebre—
¡Acércate y te contestaré!

Cogió del brazo á la joven y la llevó al gabinete.

—¡Jesús, Dios mío!—exclamó la joven desde el umbral.—¿Quién ha hecho esto?

Parecía tan sincero el grito, que hubo un segundo de vacilación; pero las emociones de M. Tricamp duraban poco. Condujo á Cristiana hasta el escritorio; y, señalándola la tapa rota, la dijo brutalmente:

—¡Eso es cosa de V.!

—¡Yo!—exclamó Cristiana, dando muestras al pronto de no saber lo que la querían decir.

Miró con aire alhelado á Baltasar y luego á Cornelio... Después, volviendo la vista á la mesa de escribir, reparó en el cajón vacío... Y entonces, cual si de pronto comprendiese, gritó con desgarrador acento:

—¡Ah...! ¡Dice V. que yo le he robado!

Nadie tuvo valor de contestar. Cristiana dió un paso hacia Baltasar, quien bajó los ojos ante su mirada... De repente, llevóse la mano al corazón, como si se ahogara... trató de hablar, pronunció dos ó tres palabras incoherentes, entre las cuales sólo se distinguían las de

«¡Robado...! ¡Yo...! ¡Robado...! ¡Yo...!» y desplomóse en el suelo como una muerta. Cornelio precipitóse encima de ella y la levantó, estrechándola entre sus brazos.

—¡No!—exclamó.—¡No... es imposible...! ¡Esta criatura no es culpable!

Corrió á la alcoba inmediata y acostó á la joven en la cama. Baltasar le seguía conmovido; M. Tricamp, siempre risueño, iba á entrar en pos, cuando uno de los agentes le tiró con suavidad de la manga...

—Con su permiso, señor Tricamp; ya tenemos una noticia acerca de esta joven.

—Veamos la noticia—dijo Tricamp, bajando la voz.

—Mientras mi compañero estaba de ojeo en la calle, el panadero de enfrente le ha contado que esta tarde, poco antes del trueno gordo, ha visto asomarse á la señorita Cristiana por la ventana de la habitación grande que da á la calle. Echó un bulto á un hombre de capa y sombrero ancho...

—¡Un bulto!—dijo con presteza Tricamp.—¡Bien, perfectamente! Apunte el nombre del testigo y continúe vigilando los alrededores de la casa; pero antes, vaya á buscarme el ama de gobierno... Duerme en el primer piso.

Los agentes se alejaron y mon-

sieur Tricamp entró en el cuarto de Cristiana.

Cristiana seguía echada en la cama, desvanecida aún, á pesar de los esfuerzos de Cornelio para reanimarla. Sin detenerse á verla, M. Tricamp se puso á examinar la alcoba y vió en primer término, encima de la cómoda, el ventanillo redondo que daba al gabinete de Baltasar, y el papel de la pared tan hábilmente despegado como en la otra pieza. Cogió una silla, la puso encima del mármol de la cómoda, y, midiendo la distancia, convenciése de que por medio de esta improvisada escalera era lo más fácil del mundo el escalamiento.

Al cabo de algunos minutos de reconocer la misma cómoda, volvióse á Baltasar con la sonrisa en los labios...

—Después de todo—dijo este último, quien contemplaba tristemente á la joven inmóvil y yerta—¿qué pruebas hay de que haya sido ella?

—Pues... ¡esta!—respondió M. Tricamp, poniéndole en la mano una de las perlas negras, desprendida del medallón.

—¿Dónde la ha encontrado V.?—dijo Baltasar.

—¡Ahí!—contestó el agente de policía.

Señalaba á un cajón de la cómoda, todo lleno de objetos pertene-

cientes á Cristiana, y el cual había quedado abierto por descuido.

Baltasar corrió al mueble, sacudió los vestidos y la ropa blanca, lo revolvió de arriba abajo todo en aquel cajón y en los demás... pero inútilmente... El medallón no estaba allí. Miró en torno suyo; aquella cómoda, la cama y una mesa sin cajón eran todo el ajuar de Cristiana. No había cofre, ni armarios, ni nada que pudiera servir para guardar los objetos robados.

Reanimábase la joven. Abrió los ojos y miró á todos los circunstantes; haciendo al fin memoria, volvió la cabeza y se deshizo en llanto, escondiéndose bajo la almohada.

—¡Ah!—murmuró Tricamp.—
¡Ya hay lágrimas!... ¡Vamos á confesar!

Y suavemente se inclinó hacia ella, diciendo con voz más dulce:

—¡Vamos, hija mía, un buen impulso!... ¡Confiese V. que no ha podido resistir una mala tentación!... ¡Ah, Dios mío, no hay nadie perfecto!... Tendremos á V. todas las atenciones que se le deben á una muchacha encantadora... Conque un poco coqueta, ¿eh?... ¿Nos gusta adornarnos para estar aún más guapa?... ¿Con que queremos agradar á alguien?...

—¡Ah! ¡Por Dios, caballero!...—dijo Cornelio.

—¡Chito, joven!—replicó á media

voz M. Tricamp.—Tenga V. la seguridad de que hay un cómplice.

E inclinándose de nuevo hacia Cristiana, añadió:

—¿No es cierto, querida mía, que V. es?...

—¡Ah!—exclamó Cristiana irguiéndose de pronto.—¡Máteme V...., pero no lo repita!

Fué tan vivo el apóstrofe, que M. Tricamp saltó hacia atrás.

—Caballero—le dijo Baltasar—haga V. el favor de dejarnos solos con esta criatura; la presencia de V. la irrita, y nosotros sacaremos de ella mejor partido que V.

M. Tricamp hizo una reverencia.

—Como V. guste, caballero; pero desconfíen Vds. ¡Qué buena pieza!

Y salió de allí...

VII

Cornelio cerró bruscamente la puerta tras él. Después ambos jóvenes se acercaron con dulzura á Cristiana, la cual se había sentado en la cama, mirando de frente, con los ojos fijos y ya sin lágrimas, estremeciéndose de fiebre todo su cuerpo.

—Vamos, Cristiana, hija mía—dijo Baltasar, tratando de cogerle

la mano crispada sobre el lecho—ahora estamos ya solos; está V. entre amigos, nada más... ¿Hablará V.?

—¡Yo no quiero estar aquí!—dijo Cristiana, con voz ronca y seca.

—¡Quiero irme!... ¡Déjeme V. que me vaya!...

Cornelio la hizo con dulzura volver á sentarse, diciéndola:

—No puede V. salir, Cristiana; no puede V. hacerlo, sin contestarnos.

—Díganos V. la verdad—añadió Baltasar—se lo suplico, Cristiana; toda la verdad, hija mía... Nada le harán á V.; se lo juro por mi honor... Yo la perdonaré, y nadie lo sabrá; se lo juro á V., Cristiana, delante de Dios... ¿No me oye V?...

—Sí, señor—contestó Cristiana, que no le escuchaba.—¡Ay! ¡No puedo ya llorar!... ¡Ah, si pudiese llorar!... ¡Hagame V. llorar!...

Cornelio miró á su amigo con aire inquieto. Cogió á la joven las manos ardorosas, y estrechándolas dulcemente entre las suyas la dijo con toda la ternura posible:

—Cristiana, hija mía; hay misericordia para todos, y nosotros la queremos demasiado para no ser compasivos. Escúcheme, se lo ruego. ¿No me conoce V. ya?

—Sí—dijo Cristiana mirándole; y se la humedecieron los ojos.

—Pues bien; yo la quiero, yo... bien lo sabe V.... ¡yo la quiero con todo mi corazón!

—¡Ah!—exclamó la joven, enternecida y derramando lágrimas. —¡V. es quien dice que yo he robado!

—Pues bien; ¡no!—respondió Cornelio con presteza.—¡No, yo no lo digo! ¡No, yo no lo creo! Pero, niña querida, ya ve V. que necesito ayuda para justificarla y encontrar el culpable. Y por eso hay que ser franca conmigo y decírmelo todo ¡todo!...

—¡Sí; V. es bueno, V.!—respondió Cristiana llorando. —¡V. se apiada de mí, y no cree lo que dicen! ¡Defiéndame V!.... ¿No ve V. lo estúpidos que están con su robo?... ¿Y qué quieren que robe aquí yo?... ¿Es que esta casa no es todo mi corazón?... ¿Hay en esta pared—prosiguió con más exaltación, golpeando en la pared—hay una sola piedra que yo no adore?... ¿Hay quien robe su propia vida y su propia sangre?... ¡Y decir que ya no está aquí mi buena madre!... — Es el nombre que daba á la señora Van der Lys.

—¡Ah, si ella estuviese aquí... os haría meter bajo siete estados de tierra con vuestro robo!... Pero, estoy sola ¿no es así?... Y se me acusa porque soy una bohemía... porque he robado cuando era pe-

queña... Y me llaman ¡ladrona!... ¡ladrona!... ¡ladrona!... ¡Me llaman ladrona!

Volvió á desplomarse en la cama sollozando.

Baltasar no pudo contenerse más. Se echó de rodillas ante la cama, y con la voz más humilde y suplicante, como si él mismo hubiera sido el culpable, exclamo:

—¡Cristiana, hermana, hija, criatura mía, mírame!... ¡Estoy de rodillas, ya lo ves! Te pido perdón por todo el daño que te he hecho. No hay más que decir, no se hablará más de esto, ¡se acabó!... ¿Oyes?... Pero puesto que me quieres... no querrás mi desgracia, ¿no es así?... ¿No querrás compensar con penas y tormentos los beneficios que has recibido? Pues bien; si sabes dónde está mi medalloncito, conjúrate, no te pregunto donde está, ¿entiendes?... no quiero saberlo... me da lo mismo...—Pero si tú lo sabes, te lo suplico, por el nombre de mi madre á quien tú llamabas madre tuya, haz que yo lo encuentre... ¡nada más que él sólo!... Toda mi vida depende de él, y quien me lo quitó me ha privado de toda mi ventura... Devuélveme mi medallón... ¿quieres, dí?... ¿quieres devolvérmelo?

—¡Oh!—dijo desesperada Cristiana.—¡Si en la sangre de mis venas estuviese, ya lo tendría V!...

—¡Cristiana!...

—¡Pero yo no lo tengo!... ¡No lo tengo!... ¡No lo tengo!—dijo ella, retorciéndose las manos.

Desesperado Baltasar, se enderezó de un salto.

—¡Pero, desdichada!...

Cornelio le detuvo... y Cristiana se llevó ambas manos á la frente, y dijo, riéndose:

—¡Ah! Cuando me haya vuelto loca... se concluyó, ¿no es así?

Y desfallecida, tapándose la cara, como resuelta á no contestar más, doblóse sobre sí misma.

VIII

Cornelio se llevó á Baltasar fuera de la alcoba; le veía tambalearse como un hombre que sufre un vértigo. En el salón encontraron á M. Tricamp que no perdía el tiempo. Había hecho bajar á la vieja Gúdula, quien, despertándose con sobresalto, medio sorda y sin comprender nada de lo que pasaba, respondió á sus preguntas, llorando y lamentándose.

—Vamos, vamos, buena mujer—la dijo M. Tricamp—tranquilícese V.

—¡Jesús, Dios mío! ¡Mi buen

amo!—exclamó Gúdula al ver á Baltasar. — ¿Pero qué sucede?... ¡Me han despertado tan bruscamente!... ¡Ay, Dios mío! ¿Para qué me quieren?

—Serénate, mi buena Gúdula—respondió Baltasar.—No se trata de ti... Pero me han robado, y buscamos al culpable.

—¿Han robado?

—Sí.

—¡Ay, Dios mío!—prosiguió desesperada la pobre sirviente anciana.—¡Pero si jamás de los jamases ha ocurrido eso! ¡Treinta años llevo en la casa, y nunca ha faltado un alfiler!... ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Y había de suceder eso antes de que yo me muriera!...

—Vaya, veamos—replicó M. Tricamp—respóndame V. sin lamentarse, buena mujer.

—Hable V. un poco alto—dijo Baltasar—ya sabe V. que está sorda.

—Queremos saber—dijo Tricamp alzando la voz—si estaba V. en casa cuando han robado.

—Pero, señor, ¡si no he salido!

—¿Nada, nada?

—No, señor; porque presentía la tempestad, y á causa de mis muchos años no tengo piernas esos días.

—Entonces—dijo Baltasar—¿estabas en tu cuarto?

—No, señor; toda la tarde he estado en el salón haciendo media junto á la lumbre.

—¿Y ni siquiera te has movido para ir á la cocina?

—No, señor.

—¿Tiene V. buena vista, mujer? preguntó Tricamp.

—¿Señor?...—dijo Gúdula, que no oía bien la pregunta.

—Pregunto—repitió Tricamp—¿si tiene V. buenos ojos?

—¡Oh! En cuanto á eso, sí, señor. Oído, no; es un poco duro. Pero los ojos aún marchan bien, lo mismo que la memoria.

—¡Ah, tiene V. buena memoria!

Pues bien; ¿qué personas han venido por la tarde?

—Señor, ha venido el cartero; y luego, una vecina para pedirme un rodillo de amasar pasteles... y después Petersen, que ha venido á pedir no sé qué cosa á Cristiana.

—¡Ah!... ¿Quién es ese Petersen?

—Es un vecino, señor; un vigilante nocturno, mi amo le conoce mucho.

—Sí—dijo Baltasar á Tricamp—es un pobre diablo que ha perdido la mujer hace un mes, y tiene enfermos á sus dos hijitos... Un buen hombre, á quien se le hacen aquí algunos favores...

—Y ese Petersen—continuó Tricamp—¿ha entrado?...

—No, señor;—respondió Gúdula—solamente ha hablado con Cristiana por la ventana.

—¿Para decirle...?

—No he oído, señor...

—¿Y después de él?... ¿Nadie?...

Gúdula se hizo repetir la pregunta, y respondió:

—¡Nadie!...

—¿Y dónde estaba Cristiana—prosiguió Tricamp—mientras V. hacía calceta?

—Pues bien, señor; esa criatura iba y venía como siempre; cuidaba de la cocina por mí, puesto que yo no podía. ¡Es tan complaciente!

—Pero ¿no estaría siempre en la cocina?...

—No, señor; al cerrar la noche ha entrado en su alcoba.

—¡Ah! ¿Conque ha entrado en su cuarto, no es así?

—Sí, señor; para componerse un poco, á causa de la cena.

—¿Y estuvo mucho rato en su habitación?

—Una hora, señor.

—¿Una hora?...

—Sí, señor, ¡una hora larga!

—¿Y nada oyó V. en ese tiempo?

—¿Qué dice V., señor?

—Pregunto si no ha oído V. algún ruido... por ejemplo, martillazos sobre madera.

—No, señor.

—Sí—dijo Tricamp volviéndose hacia los jóvenes—es sorda.

E inclinándose hacia Gúdula, dijo alzando la voz:

—Y luego, ¿zumbaba ya la tempestad, no es así?...

—Sí, señor; ¡oh, bien se oían los truenos!

—Ha confundido ambos ruidos— murmuró Tricamp.

Y prosiguió, alzando la voz:

—¿Y después?...

—Después, señor, hacía una noche como boca de lobo; estalló la tormenta; el amo no regresaba á casa... Tuve mucho miedo, me hincé de rodillas, recé mis oraciones... y entonces salió de su alcoba Cristiana, toda temblorosa... muy pálida... y en aquel momento estalló el trueno ¡con una fuerza!...

—¡Ah!—dijo con presteza Tricamp.—¿Reparó V. que estaba pálida y temblorosa?

—¡Caramba, como yo, señor! Esa tempestad me tenía destrozados los brazos y las piernas. Yo no podía levantarme... y entonces comenzó á pegar aldabazos el amo... y Cristiana abrió... ¡Señor, eso es todo lo que sé... tan cierto como soy cristiana y mujer honrada!...

—No llores, buena Gúdula—repitió Baltasar.—¡Ya te dije que no es á ti á quien se acusa!...

—¿Pues entonces, á quién señor? ¿A quién, entonces?... ¡Virgen santísima!—exclamó acudiéndole de pronto una idea... ¿Acaso será á Cristiana?

Nadie respondió.

—¡Ah!—repuso Gúdula.—¡No

contesta V.!... ¡Ah, señor, eso no es posible!...

—¡Mi buena Gúdula!

—¡Cristiana, señor!—continuó la buena mujer sin escucharle.—¡Una criatura como Dios manda!...

—¡Vamos, vamos!—dijo Tricamp.—¡Puesto que no es V...!

—¡Ay, señor, más lo querría!—replicó Gúdula desesperada. ¡Mejor quisiera que me acusasen á mí... ¡Vaya, que me acusen!... Una vieja como yo... que estoy *acabadita*... ¿qué me importaría?... Iré á dar mis cuentas allá arriba, y eso no tardará... ¡pero esta criatura! Yo no quiero que la toquen, señor... ¡Ay; señorito Baltasar, no deje V. que la toquen! ¡Es sagrada! ¡No haga V. caso de ese mal hombre; él es quien todo lo arma!

A un gesto de M. Tricamp, impaciente, los agentes agarraron cada cual de un brazo á la vieja para llevársela de allí.

Gúdula dió algunos pasos; luego se dejó caer de rodillas junto al fuego, sollozando y lamentándose de no haber muerto antes de *semejantes maldiciones*, y M. Tricamp hizo señas á sus agentes para que la dejaran allí rezando...

IX

—Pues bien—dijo el agente de policía, dirigiéndose á Cornelio;—

ya lo ve V., nadie ha venido de quien razonablemente puedan caber sospechas... ni del cartero, ni de la vecina, ni de ese Petersen. De modo que quien ha robado es la *vieja*, ó la *joven*; y como no creo á la *vieja* en estado de hacer esa gimnasia, ruego al señor sabio que saque él mismo la consecuencia...

—¡No me pregunte V. más!— dijo Cornelio.—¡Ya no sé qué pensar; me parece que estoy soñando, y que todo esto es una horrible pesadilla!

—Yo no sé—replicó Tricamp— si esto es un ensueño; pero, sin embargo, me parece que estoy muy despierto, y que ratiocino muy bien.

—¡Sí, sí—dijo Cornelio, yendo y viniendo con fiebre;—ratiocina V. bien!

—¡Y mi lógica es bastante rigurosa!

—¡Sí, sí, rigurosa!

—¡Y hasta aquí, todo me da la razón!

—¡Sí, todo le da á V. la razón!

—Pues bien... ¡No!—respondió con calor Cornelio, parándose en firme delante del agente de policía.—¡No! ¡Eso no lo creeré, en tanto que no la oiga á ella misma acusarse!... ¡Y Dios sabe!... Había de decirlo ella en este instante... aquí... ante nosotros... ¡y aún juraría yo su inocencia!...

—De verdad—objetó estupefacto el agente— ¡eso de su inocencia!... Pero ¡qué demonio de prueba!...

—¡Ay! No la tengo, lo sé—replicó Cornelio.—Y conozco todas las que V. invoca... Y mi razón está pronta á confesar que son ¡evidentes... terribles... implacables!...

—Pues bien, ¿y entonces?...

—¡Pero mi conciencia se subleva al punto contra mi razón!... Pero mi corazón está aquí diciéndome: «¡No, no; esas palabras, ese rostro, esa desesperación!... ¡No, todo eso no es de una culpable; y, te lo juro, es inocente! ¡Yo no puedo probarlo... pero lo presiento...; estoy seguro de ello, y te lo grito con todas mis fuerzas, con todas mis angustias, con todas mis lágrimas!... ¡No escuches á los que la acusan!... ¡Mienten!... Su lógica es la de la tierra, que se engaña... la mía es la del cielo, que no miente. ¡Ella se llama la *razón*! ¡Yo me llamo la *fe*!...»

—¡Pero y qué!...

—¡No los escuches—continuó Cornelio con más exaltación—y acuérdate de que en esos malos días en que tu orgullo de sabio está dispuesto á negar al mismo Dios... basta un estremecimiento de tu corazón para afirmártelo!... ¡Y cómo quieres que te engañe acerca de la inocencia de una criatura... ese corazón que no miente, cuando se trata de Dios?...

— ¡Muy bien! — dijo Tricamp. —
¡Si la policía discurriese así!...

— ¡Oh! No pretendo convencerle á V. — replicó Cornelio. — ¡Pero cumpla V. con su oficio, que yo cumpliré con el mío!...

— ¿El de V.?...

— Sí, sí... ¡Busque, revuelva, registre! ¡Acumule V. prueba sobre prueba, para aplastar á esta desventurada criatura!... ¡Yo también sabré, por mi parte, reunir todas las que puedan defenderla!

— ¡Entonces — respondió Tricamp — no le aconsejo á V., caballero, que cuente entre estas últimas lo que acabo de hallar en el cajón de la señorita!...

— ¿Qué? — preguntó Cornelio.

— ¡Esta perla negra, desprendida del medallón!...

Cornelio cogió la perla... Temblaba.

— ¿Dentro de su cajón?...

— Sí, amigo mío, sí — exclamó Baltasar. — Dentro del cajón de su cómoda... hace poco... ¡delante de mí!...

¡Cornelio estaba pálido, inmóvil, anonadado! Era tan convincente, tan espantosa, la prueba!... ¡Aque-lla desdichada perlita le quemaba la mano y le aplastaba con su pesadumbre!.. Mirábala maquinalmente sin verla... ¡y sin poder apartar de ella los ojos!... Baltasar le cogió la mano... pero Cornelio no sintió

nada...: ¡parecía estupefacto, y no cesaba de mirar la perla!...

— ¡Cornelio! — exclamó inquieto Baltasar...

Pero Cornelio le rechazó vivamente, y se inclinó como para ver mejor la perla, haciéndola brillar á la luz.

— ¿Pero qué es? — murmuró Baltasar.

— ¡Quítate de ahí! — respondió Cornelio.

Y apartándole bruscamente, corrió á la ventana y miró la perla más de cerca.

Baltasar y Tricamp cambiaron una mirada de sorpresa. Y, en el mismo instante, Cornelio se lanzó al gabinete, sin decir una palabra.

— ¡Está loco! — murmuró M. Tricamp, siguiéndole con la vista. — Don Baltasar, ¿me permite V. echar una copita de curasao á mi gente? Empieza á amanecer, y la calle debe de estar un poco fresca.

— Hágalo V., caballero — dijo Baltasar.

Salió Tricamp. Al volverse Baltasar, vió á la anciana Gúdula arrodillada y rezando en un rincón; y fué á reunirse con presteza al gabinete con Cornelio.

X

El sabio miraba con la mayor atención el mango del puñal y el

aplastamiento advertido por M. Tri-camp. Este examen duró algunos segundos; durante los cuales, abrumado y desalentado Baltasar, miró maquinalmente á su amigo, sin tomarse el menor interés por su conducta. Cornelio, sin pronunciar una palabra, se subió en una silla y observó con el mismo cuidado los alambres de la campanilla y la manera cómo habían podido romperse...

—¿Dónde está la campanilla?—preguntó bruscamente.

—En la sala grande —respondió Baltasar.

Cornelio tiró del alambre que debía estar puesto en comunicación con ella, pero no se oyó ningún campanillazo.

—¡Ah!—dijo Baltasar.—¡Ella lo había previsto todo; había desenganchado el tirador!

Cornelio, sin responder, miró con atención el sitio por donde pasaba el alambre: era por un tubito de hoja de lata, del diámetro de un cañón de pluma; el alambre corría con facilidad, y, evidentemente, el obstáculo no procedía de allí.

—Vete á ver la campanilla—dijo á Baltasar.—¿Se mueve cuando tiro del alambre?

Baltasar fué al umbral de la puerta, y obedeció sin comprender.

—¿Se mueve?—repitió Cornelio, tirando varias veces del alambre.

—Un poco—dijo Baltasar;—pero no puede tocar. Está derecha y vuelta, con la boca hacia arriba. Parece como si alguna cosa la retuviese en esa posición.

—Está bien—dijo Cornelio;—luego lo veremos. Sujétame la mesa de escritorio, para que me suba en ella.

Baltasar volvió al gabinete é hizo lo que le mandaban. Cornelio pasó de una pernada desde la silla á la mesa; y ayudándose con el cuchillo, se empinó trabajosamente hasta el ventanillo redondo, como si hubiese querido juzgar por sí mismo las dificultades de la empresa.

Baltasar abría la boca para interrogarle, cuando oyó á Gúdula llamarle desde la pieza inmediata. Salió á escape y encontró á la vieja emocionadísima, y á los agentes de policía que habían acudido á su llamamiento.

—¡Señor—gritaba—acaba de escaparse!

—¿Cristiana?

—Sí, señor. Acababa yo de levantarme; la he visto atravesar la habitación y huir por la parte del jardín. ¡Ay, Dios mío! ¡Corran ustedes, á escape, que va á ocurrir una desgracia!

—¡Ah, viborilla!—exclamó monsieur Tricamp.—¡Cómo se hacía la muerta! ¡En marcha; vosotros por el jardín!

Todos los agentes salieron, con M. Tricamp á la cabeza. Y Baltasar entró corriendo en la alcoba de la joven para cerciorarse de que Gúdula decía la verdad.

En efecto, Cristiana había desaparecido; pero encontró en la alcoba á Cornelio, quien había bajado por el ventanillo redondo. El sabio tenía apartadas las cortinas de la cama, y su actitud demostraba la más viva estupefacción.

—¡Sí, sí! ¡Anda... búscala!—le dijo Baltasar furioso y convencido de que la causa del estupor de su amigo era la desaparición de Cristiana.—¡Echala un galgo! ¡Bien ves que es culpable, puesto que huye!

—Lo que veo—respondió volviéndose Cornelio, temblando de emoción y echando lumbre por los ojos—lo que veo es que la inocente es ella, ¡y nosotros los culpables!... ¡y nosotros somos los estúpidos!

—¿Estás loco?

—¡Y tengo cogido á tu ladrón!—añadió Cornelio con exaltación creciente.—¡Voy á decirte yo todo cuanto ha hecho, y cómo ha entrado, y cómo ha salido!... ¡Y te diré su nombre!... Y, en primer lugar, no ha entrado por esta alcoba, ni por este agujero; sino por la chimenea de tu gabinete.

—¿Por la chimenea?

—¡Sí, por la chimenea!... Y como, según costumbre, iba tras el

metálico, en pos de tu oro y de tu plata, ha corrido en primer término á tu cartera, forzando su cerradura de acero; luego á tu escritorio, rompiendo la cerradura de hierro; y haciendo un bulto con tus florines y tus ducados y tus alhajas, se lo ha llevado todo, dejándote por despedida el puñal en el tabique... Y desde ahí, despegando el papel de la pared, ha saltado á la alcoba de esa infeliz criatura, donde ha dejado caer una perla... ¡Y si quieres ver lo que ha sido de tu medallón, ven!

Separó las cortinas de la cama y mostró á Baltasar el pequeño crucifijo de cobre de la joven, enteramente dorado de pies á cabeza, y resplandeciente en ese nuevo estado...

—¡He ahí lo que ha hecho con el marco de oro!...

Y metiendo la mano en la concha que servía de pila de agua bendita en el crucifijo, sacó de ella las dos placas de cristal del medallón, fundidas en una sola pieza, con la flor en el centro:

—¡Y he aquí lo que ha hecho con lo demás!...

Baltasar miraba á su amigo con aire extraviado.

—¡Y si quieres también saber cómo ha salido—prosiguió Cornelio, llevándole á la ventana sin darle tiempo ni para respirar—mira!...

Y señalaba al vidrio más alto, horadado por un agujerito del diámetro de una bala común; y tan limpio, tan redondo, tan perfecto, que el operario más hábil no hubiera podido hacerlo mejor.

—¡Pero—exclamó al fin Baltasar, que creía estar en sueños—¿quién ha hecho todo esto?...

—¡Ah, majadero!... ¿No ves que ha sido EL RAYO?

Uno que hubiese caído á los pies de Baltasar no le hubiera atontado más... E iba á pedir explicaciones á Cornelio, cuando éste le impuso silencio, y se puso á escuchar. Un gran clamoreo alzábase por la parte del muelle, y parecía subir desde la calle al aproximarse. Abrieron la ventana y vieron agitarse la muchedumbre, gritar y refluir hasta la escalinata del pórtico, donde se detuvo para abrir paso á una camilla conducida por agentes de policía... ¡y en la cual estaba tendido el cuerpo de Cristiana!...

XI

La desdichada criatura se había arrojado al Amstel, de donde acababa de sacarla Petersen, el vigilante nocturno.

Al ver ese pálido rostro, esos ojos al parecer cerrados para siempre,

y esos brazos rígidos, por donde corría el frío de la muerte, Baltasar y Cornelio precipitáronse al encuentro de la camilla, cogieron en brazos á la joven, y la transportaron al salón, delante del fuego, sobre un colchón que M. Tricamp tuvo cuidado de hacer que extendieran allí. Trataron de reanimarla, la calentaron entre sus brazos, suplicándola y llamándola como si hubiera podido oírles; pero las manos estaban heladas... el corazón ya no latía. Al ver la desesperación de ellos, no hay nadie que teniendo alma no se hubiera deshecho en llanto. ¡La pedían perdón, se acusaban á sí mismos! Todo el mundo lloraba; porque la multitud había invadido la estancia y los rodeaban. Al fin, en medio de su dolor, Cornelio tuvo un rayo de luz; y pegando sus labios á los de Cristiana, se puso á aspirar y respirar con fuerza, facilitando con las manos el juego de los pulmones. Durante ese tiempo, M. Tricamp hacía calentar botellas de barro, planchas y todo cuanto pudiese valer lo mismo para ponerle debajo de los brazos y las piernas de la joven... ¡Hubo un terrible momento de angustia y de silencio!... Las mujeres rezaban en voz baja, los hombres miraban alargando el cuello...

—¡Bah!—dijo alguien.—¡Demasiados afanes por una ladrona!...

Baltasar dió un salto; pero no tuvo nada que hacer. Habían puesto ya al hombre á la puerta.

—¡Respira!—exclamó Cornelio jadeante.

Hubo un clamor de alegría. Todo el mundo creía en el robo. Pero ¿de qué serviría la desgracia si no fuese para tener compasión de los culpables?

Algunos minutos después Cristiana suspiró, y reapareció un poco la vida en sus mejillas. Un médico que acudió dijo que estaba salvada, y que era preciso conducirla á su alcoba. Quedáronse solas con ella las mujeres, la desnudaron y la metieron en la cama. Cornelio y Baltasar iban y venían llenos de gozo, dando consejos á través de la puerta, preguntando qué hacía falta, yendo en su busca, y en medio de todo esto, felicitándose y apretándose la mano. En cuanto á los hombres, disertaban gravemente al rededor de la lumbre, acerca de la mejor manera de reanimar á los ahogados.

—Don Baltasar — dijo M. Tricamp — voy á retirarme con mis hombres, porque la muchacha no está hoy en estado de ir detenida...

—¡Detenida!—exclamó Baltasar. —Pero ¿no le ha dicho á V. Cornelio...? Pero ¿si es inocente...! Conocemos al ladrón.

—¡El ladrón!—replicó M. Tricamp.—¿Pues, quién es?...

—¡El trueno!—dijo Baltasar.

M. Tricamp abrió unos ojos de á palmo.

—¿El trueno?...

—Sí, señor Tricamp—dijo Cornelio con burla:—el trueno, ó más bien ¡el rayo! V. aplica la fisiología á la investigación de los delitos... Yo aplico la física...

—¿Y me sostendrá V.—exclamó M. Tricamp exasperado — que el rayo es quien ha hecho todo esto?

—¡Ha hecho mucho más! — replicó Cornelio.—¿Y los clavos que planta en un espejo sin romperlo; y la llave que saca de la cerradura y deja colgada en su clavo; y el papel de cigarrillos que aparta delicadamente del bronce puesto en fusión; y la plata que volatiliza á través de las mallas de la bolsa que permanece intacta; y las herramientas de zapatero que clava en el techo, y las imana tan bien que las agujas corren como locas tras del martillo; y la pared que arranca de su sitio y transporta en una sola pieza á veinte pasos más allá; y el bonito agujero que ha hecho en la vidriera de Cristiana, y el papel del tabique despegado con tanta pulcritud; y ese medallón cuyos dos cristales ha fundido sin estropear la flor, para dejar galantemente á nuestro amigo el más delicioso esmalte que pueda verse, y á su futura un regalo de boda que ningún obre-

ro hubiera sabido hacer ; y, en fin, el oro del marco con el cual ha dorado todo el crucifijo de Cristiana!...

—¡Vaya! —replicó M. Tricamp. —¡Eso no es posible!... ¡Y el bulto... ese bulto que ella entregó por la ventana á un hombre!...

—¡Presente! —exclamó Petersen.—¡Ese hombre era yo!

—¿V.?

—Sí, señor Tricamp. Y el paquete es ¡ropa blanca que ella me había preparado para mis hijitos, que están enfermos!...

—¡Bueno, bueno : ropa blanca! —dijo Tricamp exasperado.—Pero ¿y el oro, la plata, los ducados y florines, y las demás joyas, dónde están?...

—¡Pardiez! —dijo Cornelio, dándose una palmada en la frente.—Ahora me lo recuerda V....

Saltó sobre la mesa arrimada á la pared, y volviendo boca abajo la campanilla, con un violento esfuerzo, exclamó:

—¡Aquí están!

Un gran lingote de oro, plata y pedrería cayó de la campanilla, con el badajo suelto, todo ello fundido y aleado, como sabe el rayo fundir y alear. El metal en fusión, acarreamo las piedras finas y las perlas, había seguido el alambre conductor de la campanilla, con esa facilidad de transporte y ese capri-

cho de recursos que sólo tiene la electricidad, y que participa del prodigio y del milagro.

M. Tricamp recogió el lingote y quedóselo mirando con asombro.

—Pero, en fin—dijo dirigiéndose á Cornelio;—¿qué le ha puesto á V. en la pista?...

Cornelio se sonrió.

—Aquella misma perla negra que me puso en la mano V. mismo, señor Tricamp, desafiándome á que viesse en ella una prueba de inocencia.

—¡La perla negra!

—Sí, señor Tricamp: mire V. ese puntito blanco imperceptible... ¡Es una quemadura! La Providencia no necesita más para salvar á una criatura humana.

—A fe mía, señor—dijo Tricamp saludándole — el sabio es mucho más fuerte que yo. Me inclino... y ahora mismo voy á ponerme á estudiar física y meteorología... Pero nada menos que esta prueba hacía falta para alejar de mi espíritu una sospecha que comenzaba á ir en aumento, y que ruego á V. que me perdone... Y es la de que ¡V. era el cómplice de la señorita!

—En último caso—dijo Cornelio riéndose—lo que puede servir á V. de consuelo es que no se equivocó en el sexo :

—¡Era la *chispa* eléctrica!

M. Tricamp se marchó, por no oír

más, seguido por la muchedumbre ansiosa de propalar la extraña noticia; y Gúdula se presentó á anunciar que Cristiana iba mejor, que lo sabía todo y que deseaba verles.

¿Qué decir de aquella escena? Baltasar reía, Cornelio lloraba; Cristiana, á quien le estaba prohibido hablar, reía y lloraba.

—Mi pequeña Cristiana — dijo Baltasar de rodillas junto á la cama; —si no quieres darme un disgusto, no rechaces el regalo que te voy á hacer.

Y dejó encima de la cama el lingote de oro, plata y pedrería.

Cristiana hizo ademán de rehusarlo.

—¡Oh!—dijo con presteza Baltasar, tapándola la boca.—Necesitas una dote...

—... Si me quieres por marido—añadió Cornelio.

Cristiana no respondió nada; pero miró con húmedos ojos al buen sabio que la había salvado el honor y la vida... Y yo, que estaba allí presente, les aseguro á Vds. que aquella mirada no quería decir que «¡No!»

V. SARDOU.

LA MARQUESA DE AUREBONNE

I

En la playa de Hyères, á orillas de un mar tan azul y tan bello como el golfo de Bayas, hay unas ruinas que los habitantes del país llaman indiferentemente *la Manare* ó *Almanare*, y que los sabios hacen remontarse hasta los romanos. Estas ruinas, muy mal conservadas, se reducen á algunos lienzos de muralla, algunos arcos de bóveda mutilados y un recinto cuyas líneas principales aún pueden reconocerse entre las malezas, las plantas trepadoras y los altibajos del terreno.

Como si la naturaleza hubiese querido á la vez humillar é indemnizar á los hombres por el contraste entre su inmortal juventud y lo deleznable de sus obras, ha cubierto esos informes escombros con galas que renueva cada primavera y cuya magnificencia nada

puede igualar. Entre las piedras desparramadas brotan citisos, cambroneras, alfónsigos, granados, higueras silvestres, que animan con sus frondas vivaces esos tétricos restos. De los demolidos arcos cuelgan, entrelazándose, parietarias, glincinias, clemátidas, toda una vegetación exuberante que festonea con sus randas incontables los restos de una arquitectura olvidada. La baya del madroño, la rosa de los bosques, la elegante campanilla de la pervinca, la madre selva, el jazmín, constelan cada grieta de esas bóvedas que se hundén, de esas murallas que se caen.

Entre las ruinas y el mar álzase un grupo de pinos gigantescos, que se ven desde todos los puntos del paisaje y no dejan penetrar ni un rayo de sol, no permiten crecer ni una mata de hierbas á sus pies.

Cuando sopla la brisa de la tarde, esos pinos seculares responden con armoniosos murmullos con los de la costa y mezclan su penetrante aroma con el acre olor de las olas.

A la derecha de este macizo, en la falda de una colina frondosa, cuyas últimas ondulaciones van á morir á la playa, se han edificado algunas casas blancas y presumidas, que se destacan vivamente sobre el fondo oscuro de los verdes árboles. Por lo común son de dos pisos, las precede un pórtico saliente, las corona un terrado con balconcillo, y las adorna un par de esbeltas columnas que sostienen una galería exterior, bastante parecida á la de las casitas rústicas suizas, y de la cual sobresale en forma de sobradillo un alero de tejas encarnadas. Los propietarios de estas casas no suelen ocupar más que el segundo piso y alquilan el principal á extranjeros que, por motivos de salud ó amor á la soledad, gustan más de alojarse á esta distancia de la villa; ó que, seducidos por aquella posición admirable, esperan encontrar allí el suave calor del Mediodía, atemperado por el aire fresco del mar y de las colinas. Es muy raro que, al cabo de algunos días, no se establezca amable familiaridad entre propietarios é inquilinos. ¡Tanto trabajo es el que costaría permanecer taciturno bajo un cielo tan hermoso,

y conservar el *cant* británico ó la frialdad parisiense en aquel país encantador donde todo es flores, verdor, aromas, azul y sol!

Hace quince años, la más linda de esas casas pertenecía al doctor Assandri, médico de origen milanés naturalizado en Francia hacía mucho tiempo, donde se había casado. Viudo y con una hija, el doctor Assandri repartía su existencia entre su hija y sus enfermos. En veinte leguas á la redonda disfrutaba de una grande y legítima reputación. Lo más notable en él era el ojo médico, fruto de una larga experiencia y que le servía á las mil maravillas en el estudio de esas enfermedades del pecho, para las cuales los médicos del Norte no han inventado mejor remedio que un viaje á países cálidos. Todos los años veía llegar por otoño, como bandadas de aves fríoleras impelidas por la proximidad del invierno, pálidas y delicadas jovencitas, fugitivas *estrellas* de Almack ó de West-End, huyendo de los miasmas helados de sus nieblas y de los ardores febriles de sus salones; hombres de Estado, rendidos de fatiga por una campaña parlamentaria ó enfermos de nostalgia ministerial; muchachos agotados por esos excesos que les hacen viejos á los treinta años de edad; luego los más infelices, los más desesperados de todos, los que, portadores de

un germen hereditario de consunción y de muerte, vagan de playa en playa, pidiendo á las regiones donde florecen los limoneros una salud que nunca lograrán, y sintiendo escapárseles la vida en el momento mismo en que respiran esas vivificadoras atmósferas: á semejanza de esos hijos de criminales que ven pesar sobre su frente el anatema y lo irreparable, hasta en medio de sus esfuerzos por bañarse en las fuentes del honor y del bien.

El doctor Assandri tenía para todos palabras consoladoras, consejos bienhechores, cuidados infatigables; su habilidad obtenía á veces hasta ruidosos triunfos, y burlaba las previsiones siniestras de sus célebres colegas de Londres ó de París. Y sin embargo, á pesar de sus trabajos y de sus triunfos, era muy mediana su fortuna; y la casa de Almanare, con el jardín, algunas yugadas de viña y unos cuantos pies de olivo, formaban lo más saneado de sus bienes. Y es que con una mano daba á los pobres lo que con la otra recibía de los extranjeros y de los ricos.

Durante la *estación muerta*, que en Hyères dura desde Mayo á Octubre, recorría el campo, tratando y curando las fiebres endémicas en la comarca á causa de la proximidad de las marismas. Todos sus ahorros del invierno convertíanse entonces

en ropa blanca, en caldo, en vino de Burdeos, en provisiones de todas clases, preparadas con inteligencia por su hija y conducidas de cabaña en cabaña por este singular médico que tenía la costumbre de pagar así las visitas á sus enfermos. Después de todo, no se entristecía por eso; y si cada noche encontraba un poco ligera su bolsa, consolábase repitiendo que la alegría del corazón y la paz de la conciencia valen más que el placer de atesorar. Un solo motivo de preocupación anublaba de vez en cuando la faz inteligente y dulce del doctor Assandri: era su hija, su hija Susana, á quien adoraba, próxima á cumplir diez y ocho años. Al pensar que no podría dar más que una pequeñísima dote á Susana, costábale trabajo reprimir un suspiro, y de buena gana hubiera exclamado con nuestro sublime José de Maistre: «¡Ah! ¡Si cualquier hombre novelesco quisiera contentarse con la felicidad!»

Por supuesto, ninguna joven hubiera justificado esta exclamación paternal mejor que Susana Assandri. Decir que era hermosa no sería dar suficiente idea de aquella belleza en que se confundían los dos tipos más perfectos de la naturaleza meridional. Tenía de su madre, arlesiana de la más pura sangre, esos cabellos rubios con reflejos de

oro, esas líneas admirables, ese perfil de camafeo, ese busto á la vez espléndido y esbelto, eterno arro- bamiento de artistas y poetas. Al mismo tiempo revelábase el origen italiano de su padre, en sus ojos gar- zos, rodeados de largas pestañas negras, en la palidez mate y sana de su rostro, en la expresión de su fisonomía, que hubiera parecido tal vez demasiado seductora y viva en extremo si no hubiesen templado su fuego una languidez deliciosa, un encantador velo de castidad y de dulzura. A pesar de aquella belleza incomparable, Susana era tan mo- desta y tan buena que desarmaba á la envidia. Caritativa como su padre, pero añadiéndole esa gra- cia femenina que es el aroma de la caridad, los pobres la saludaban como su bienhechora, los ricos como honor y gala de la comarca; los enfermos fijaban en ella una mi- rada sonriente y reanimada. Entre sus compañeras no contaban más que amigas. Si en un acceso de galantería madrigalesca decían á una joven de su edad que era la más bonita del país, al punto contestaba: «¡Oh, después de Susana Assandri!» Y esto sin despecho, sin amargura; se la hubiese honrado como un án- gel más bien que envidiarla como una rival.

Una mañana, á fines de Octubre de 1838, el doctor Assandri advirtió

á su hija y á Juanilla, su sirviente, que fuesen á preparar, limpiar y poner en buen estado el piso prin- cipal, porque aquella misma tarde esperaba inquilinos. A pesar de todas sus perfecciones, Susana era hija de Eva. Interrogó á su padre acer- ca de sus nuevos huéspedes. «A fe mía—respondió—no estoy mucho más enterado que tú: he aquí la carta que me ha escrito el duque de Givry, mi enfermo del invierno último:

«GINEBRA, 25 de Octubre...

»Querido doctor: Guardo tan buen recuerdo de sus atenciones y tengo tal confianza en su talento, que ha- blo de V. á todos mis parientes y amigos. A fuerza de oirme ensalzar los méritos de V. y elogiar el clima de su hermoso país, mi prima, la marquesa de Aurebonne, se ha de- jado convencer. Parte mañana, con su único hijo Raúl, para pedirle á V. hospitalidad. Le recomiendo á V. ambos. Hay pocas situaciones más interesantes y más tristes que la de esos dos seres, á quienes el cielo parece haberles prodigado todo: nacimiento, riqueza, distin- ción de espíritu, buena figura. Ten- drá V. una buena ocasión para ejer- citar su talento observador, esa se- guridad de vista de que tantas prue-

bas tiene dadas. Devuelva V. el sosiego á esa pobre madre, y merecerá V. una vez más que le bendigan los que sufren.

»Dígnese V. recibir, querido doctor, etc..., etc...»

—Según esta última frase—prosiguió M. Assandri—parece ser que Raúl, el hijo de la marquesa, es quien está enfermo y necesita de mí; pero ¿en qué condiciones? He aquí lo que no me dice el duque de Givry, y lo que no tardaremos en saber...

—¡Pobre joven!—murmuró Susana, conmovida ya sin saber por qué.

El día pasó en preparativos. Acercábase la caída de la tarde y comenzaban á creer ya que sería preciso esperar al día siguiente, cuando el doctor vió en la rada una falúa procedente de Tolón y tripulada por doce marineros de la marina real. Bien pronto pudo distinguir, con anteojo de larga vista, una mujer y un joven sentados á popa en la falúa, destacándose sobre las blusas azules de los remeros. Recordó entonces que el duque de Givry era contraalmirante; comprendió que probablemente, al llegar á Tolón, habría dado órdenes para que su prima pudiese hacer por mar aquella corta travesía; y dedujo que esos dos pasajeros eran

la marquesa de Aurebonne y su hijo.

Nada era menos lúgubre, ni dado á promover ideas tristes, que aquella escena iluminada por los rayos del sol poniente. Sabido es con qué rítmica precisión levantan y dejan caer los remos los marineros de nuestra armada. La falúa avanzaba hacia la costa, con un movimiento uniforme y veloz, deslizándose sobre esas olas azules acariciadas por tibia brisa. Cuando estuvo á pequeña distancia de la playa, el doctor Assandri acudió corriendo con su hija para recibir á los que llegaban, y desde ese mismo instante pudo hacer sus primeras observaciones.

La marquesa de Aurebonne (porque era ella) parecía tener unos cuarenta años. Aún era muy guapa, con una belleza robusta y sana que alegraba la vista y alejaba todo pensamiento siniestro. Sin embargo, mirándola con más atención, descubriase en sus ojos una expresión de inquietud que turbaba la serenidad de su rostro y que se hacía más intensa cuando se dirigía hacia su hijo. Pero esta ansiedad, que parecía habitual, no había podido alterar los firmes contornos de su cara, ni las vigorosas proporciones de su busto, ni ese aire de fuerza y salud que en ciertas naturalezas resiste hasta los mismos dolores morales; como esos robles

que, combatidos por la tempestad, no entregan á ésta sino las hojas y conservan todo el invencible vigor del tronco y de las ramas.

Su hijo Raúl se parecía tanto á ella, que se hubiese dicho que era un hermano joven puesto bajo la protección de su hermana mayor. Tenían la misma abundancia de cabellos negros, los mismos hombros cuadrados, la misma apariencia de fuerza difundida por toda su persona. Sólo su mirada, en vez de manifestar una especie de angustia casi febril, como la de su madre, tenía una expresión lánguida y desalentada.

Todos estos detalles fueron observados por el doctor Assandri en mucho menos tiempo del que hemos necesitado para bosquejarlos. La embarcación atracaba, y bien pronto cruzáronse entre la falúa y la orilla las palabras de rigor.

—¿El señor doctor Assandri?

—¿La señora marquesa de Aurebonne?

A una seña de su padre, Susana ofreció el brazo á la marquesa, quien la dirigió algunas frases llenas de graciosa cordialidad. Por su parte, el doctor se apoderó de Raúl, y con pretexto de desterrar desde los primeros instantes toda frialdad ceremoniosa, le cogió las manos con ademán amistoso y diligente. Esas manos estaban tibias y flexi-

bles; el pulso no tenía más que esa rapidez regular que resulta del movimiento y del ejercicio. Raúl de Aurebonne acababa de ser mecido por el oleaje durante más de dos horas; y, sin embargo, su respiración era tan libre como si acabase de salir del dormitorio; su pecho no daba indicios de sobrealiento y de fatiga. Todos esos síntomas tranquilizadores dieron que pensar al doctor, quien recordaba la carta del señor de Givry. Cuando llegaron al umbral de la linda casa de Almanare, el crepúsculo, tan rápido en aquella estación y en ese clima, invadía ya el mar y el paisaje. El doctor condujo á la señora de Aurebonne á su habitación, donde la esperaba un buen fuego, y donde Juanilla sirvió una cena modesta pero sustanciosa, á la cual hicieron grande honor sus huéspedes. Luego se despidió de éstos y les dijo que una buena noche era la primera cosa que recetaba á todos sus enfermos. Al pie de la escalera encontró á Susana.

—¿Qué te parece la marquesa de Aurebonne?— la preguntó.

—Es encantadora: me ha hablado con una gracia exquisita, con una bondad afectuosa, como si fuésemos ya antiguas conocidas. ¿Y Raúl?— añadió con voz menos segura.

—Simpático y buen muchacho— respondió el doctor con cierta brusquedad.—Sólo que no lo entiendo

ni pizca: ¡desde hace treinta años que ejerzo la medicina, jamás he visto un enfermo tan bueno y sano!



II

Al siguiente día, un poco antes de salir el sol, Raúl de Aurebonne entreabrió la ventana de su cuarto, y de pie detrás de la cortina, se puso á contemplar el paisaje que la víspera medio le habían ocultado las primeras sombras de la noche.

Presentóse á sus ojos un cuadro lleno de grandeza y de gracia. No había en el cielo una nube; y el ligero vapor que flotaba en el horizonte, entre ese cielo tan puro y aquel mar tan tranquilo aumentaba la serenidad de esta hora del amanecer, armonizando con un tinte uniforme de ópalo y de oro ese doble infinito, ese doble azul. Un viento fresco hacía correr por la ensenada, como fugaces escalofríos, pequeñas olas que iban á expirar suavemente en la playa, y cuyas crestas irisaban espléndidas con los rayos del sol naciente. Acá y allá destacaban algunas barcas pescadoras sobre ese fondo azul su blanca vela, semejante al ala de una gaviota. En el último término, medio envuelto por la bru-

ma, balanceábase con indecible majestad un buque de la marina de guerra, el *Valmy*, el mismo cuya falúa se había puesto á las órdenes de la señora de Aurebonne. Al mirar más cerca de sí, no quedaba menos encantado Raul. A pocos pasos de la costa veía los magníficos pinos de Almanare, cuyo tono vigoroso y oscuro hacía resaltar mejor la transparencia y la frescura del horizonte, las lejanas islas, el cielo y las olas. Junto á ese macizo, las ruinas, agrandadas y embellecidas por la distancia, prodigaban á la brisa y al rocío del alba sus arcos de bóveda, sus columnitas, sus capiteles de verdor y de flores. Sin embargo, después de vagar complacidos los ojos de Raúl por aquel armónico conjunto, siguieron otra dirección, y bien pronto absorbióse en ella por completo.

En el jardín del doctor, que hubiera hecho las delicias de un botánico, y donde se hallaban reunidas con tanto gusto como ciencia las plantas tropicales y las indígenas, una joven jugaba con una gacela; graciosa hija del desierto que le había regalado como recuerdo de gratitud, al marcharse, un inglés hipocodriaco casi curado por Assandri. Había tal acuerdo entre esas dos encantadoras criaturas, tal familiaridad de movimientos y actitudes, que un pintor hubiera que-

rido fijar al instante en el lienzo aquella linda escena con tan delicioso fondo de cuadro. El ágil animal, hostigado por Susana, se le escapaba bruscamente dando leves gritos despavoridos; luego volvía á acercársele con aire zalamero, y frotaba contra las faldas de la joven su fina cabeza, con ojos tristes y dulces. Sacaba entonces Susana del bolsillo un pedazo de pastel y se lo enseñaba á la gacela; adelantábase ésta á cogerlo; pero su ama, levantándolo ó bajándolo con rápido ademán, no la entregaba el objeto de su gula sino después de mil evoluciones en que ambas sostenían un asalto de gracia, elegancia y flexibilidad.

Al mirar el magnífico panorama del mar y de las islas, Raúl había murmurado muy quedo: « ¡Qué hermoso es! » Luego, cuando fijó los ojos en Susana, súbito rubor le enrojeció las mejillas y dijo á media voz: « ¡Qué hermosa es! »

Pero de pronto, como si un pensamiento terrible, desolador, mortal, le hubiese atravesado el corazón, cerró la ventana, corrió la cortina, y echándose atrás con violencia, se dejó caer en un sillón; después, cubriéndose el rostro con ambas manos, exclamó con aguda expresión doliente y desesperada: « ¡Para qué? ¡Para qué sirve todo esto? ¡Qué importan la naturaleza

y sus maravillas, el paisaje y sus esplendores, la mujer y sus gracias, cuando sólo le quedan á uno dos años de vida! »

Durante este tiempo celebraban una larga y dolorosa conferencia, en una alameda apartada, la marquesa de Aurebonne y el doctor Assandri. Contábale aquélla á éste su historia. El marqués de Aurebonne, su marido, había muerto á la edad de veinticuatro años, de una enfermedad del pecho. El padre del marqués había muerto á la misma edad y de idéntico mal. Y desde luengos años había habido casi en cada generación, en la línea masculina de los ascendientes de Raúl, un retorno casi periódicamente regular de esa dolencia, á la misma edad y con igual desenlace. Como la mayoría de las jóvenes que se dejan casar sin saber nada de lo pasado ni de lo venidero que se encierra para ellas en el nombre de su marido, la señora de Aurebonne, cuando fué pedida por el marqués, ignoraba todos esos detalles. Era de ilustre cuna é inmensamente rico; mientras que ella era de familia antigua, pero numerosa y pobre. Deslumbrados por las ventajas de esta alianza, sus padres, si nada hicieron por ocultarla ese triste secreto, tampoco hicieron nada para advertirla de esa herencia de luto y muerte que se cernía sobre la cabeza jo-

ven y pálida ya del señor de Aurebonne. Cuando lo supo, era demasiado tarde; apenas faltaban algunas horas para el momento de casarse. Retirando de golpe su consentimiento y rechazando á su futuro, temió no poder explicarle el motivo de esa brusca negativa y recordarle de una manera harto cruel el germen de muerte que llevaba consigo. Prefirió ir al altar con resolución y unir su hermosura, su juventud y su fuerza con aquella frágil vida, condenada de antemano.

Así había comenzado para la señora de Aurebonne una existencia de abnegación y sacrificio, continuada desde el ataúd de su marido á la cuna de su hijo. Sin embargo, Raúl no se parecía á su padre. Tan débil y enfermizo como éste había sido siempre, otro tanto pareció Raúl desde la infancia vigoroso y robusto. La marquesa agotó todas las estratagemas de la más ingeniosa ternura para que ignorase, al crecer, bajo qué siniestros auspicios había nacido. Pero si en una familia existe algún secreto que se trate de ocultar á los hijos, puede estarse en la seguridad de que precisamente ese es el que bocas indiscretas les revelarán; Raúl lo supo todo en el momento de entrar en la adolescencia. No se alteró su salud, pero quedó herida su imaginación. Logró que un criado viejo é imbécil le

contase todas las circunstancias, todos los detalles de la muerte de su padre y de su abuelo; y bien pronto se persuadió de que no pasaría de la edad en que ambos habían sucumbido. Apoderándose de él esta idea con una fuerza siempre creciente, reaccionó sobre su inteligencia, que era viva y pronta, paralizó sus estudios seguidos hasta entonces con asombrosa facilidad, y acabó por introducir en todos sus pensamientos un fondo de desaliento y de tristeza, enfermedad moral que parecía preludio de la otra. Amaba apasionadamente á su madre, la idolatraba; y este sentimiento, tal dulce y consolador por lo común entre los hijos únicos y las madres que temprano quedan viudas, llegó á ser para la marquesa y Raúl un manantial de nuevos dolores. No había escatimado ella ningún medio de tranquilizarle y distraerle; pero estaba demasiado preocupada por el mismo temor para no hacerse traición á sí propia de vez en cuando; y ya se sabe con qué terrible sagacidad, los que se creen atacados de una enfermedad incurable, tienen el arte de adivinar y sorprender, en las personas que les rodean, indicios de fúnebres previsiones que responden á sus propios presentimientos. Por eso, todos los esfuerzos de la señora de Aurebonne iban á estrellarse contra

la secreta y obstinada convicción de Raúl. Había recorrido con él los países más hermosos del mundo, permanecido en todas las capitales de Europa, bebido las aguas minerales más bienhechoras y célebres, ensayado todos los medios para halagar su imaginación y ocupar su mente. ¡Vanas tentativas! No había logrado encontrar sosiego, ni dársele á él.

El doctor Assandri escuchó este relato con profunda atención. Reflexionó largo rato, y después preguntó á la señora de Aurebonne qué edad tenía su hijo.

—Veintidós años y unos meses— respondióle ella.

—Y durante estos últimos años, ¿nunca ha notado V. en él ninguno de los síntomas que, sin duda, precedieron á la enfermedad y á la muerte de su abuelo y de su padre?

—Ninguno. Desde su más tierna edad, todo en él indica fuerza, salud, vida. Temiendo aumentar aún más sus negras ideas con cuidados exagerados, le he permitido cometer algunas imprudencias en estos últimos tiempos; ha salido de ellas tan sano y tan dispuesto como el joven más robusto. En los raros instantes en que consigue aturdirse y olvidar, le veo hacer prodigios de agilidad y de vigor. Algunas veces, en Suiza ó en los Pirineos, le ha ocurrido desafiar de pronto á sus

compañeros de viaje á subir con paso ligero y firme durante largas horas los senderos más abruptos, las cuestas más escarpadas. Llegado á la cima, tenía húmeda de sudor la frente, pero no le latía más deprisa el corazón, las piernas no se le doblaban; su pecho, amplio y tranquilo, aspiraba á plenos pulmones el aire vivo y salutífero de las montañas. Entonces, por un instante más fugaz que el relámpago, me miraba con aire de triunfo; pero si veía brillar en mis ojos el gozo y la esperanza, la cruel criatura parecía recordar al punto que aquel regocijo era falaz, que aquella esperanza era vana. Con una palabra, un gesto, una mirada, volvíame á poner frente á este pensamiento implacable, que forma entre los dos un lazo más. ¡Vínculo fatal parecido á esa cadena que aherroja á dos presidiarios con un mismo esfuerzo y un mismo dolor!

—¡Desdichada madre!—murmuró el doctor, vivamente conmovido.

—¡Sí, desdichada madre!—prosiguió la señora de Aurebonne con lúgubre energía.—Desdichada entre todas las madres, porque lo que constituye su felicidad es mi suplicio. Cada vez que mis ojos se encuentran con los de mi hijo, siento un íntimo sufrimiento que va desde su corazón al mío y que desmiente las palabras indiferentes ó frívolas

que cruzamos. No hay una fibra de su alma desconocida para mí, ni un repliegue de la mía oculto para él; lo que le atormenta, me desgarrar; lo que me consume, le mata. A menudo tratamos de engañarnos ambos; él aparenta una alegría juvenil, y yo me esfuerzo por estar alegre como él. Pero cada uno de nosotros dos sabe lo que disfrazan esas sonrisas; y á veces aún se sonríen nuestros labios, cuando una lágrima semivelada humedece ya mis párpados y los suyos... ¡Oh, sí, desdichada madre! ¡Y el que me consolara, el que me devolviese mi hijo, sería para mí el representante visible del Dios clemente y bondadoso!

Hubo otro rato de silencio. El doctor consiguió dominar su emoción, y dijo á la señora de Aurebonne:

—¿Es V., señora marquesa, quien amamantó á su hijo?

—¡Sí por cierto!—respondió con un relámpago de orgullo materno.

—Pues bien... no quisiera tranquilizarla demasiado en absoluto y exponer á V. á que más tarde cayese desde lo alto de sus esperanzas á una horrenda realidad... Pero en cuanto es posible fiarse de la más conjetural de las ciencias, creo, creo sinceramente que su hijo no está ni estará nunca enfermo del pecho...

—¡Oh, señor! —interrumpió la marquesa con tal explosión de júbilo que se quedó él espantado.

—No se apresure V. demasiado pronto á regocijarse—prosiguió con presteza.—Todos los síntomas son tranquilizadores: lo que ha tenido V. la bondad de decirme y lo que yo mismo pude observar ayer tarde en el momento de llegar Vds., todo confirma mis esperanzas. Señora marquesa, ha recibido V. del cielo una salud admirable; y ese Dios á quien invoca, el Dios de los huérfanos y de las madres, se habrá dignado hacer que esa salud se transmita sin alteraciones á ese hijo querido, que lo es de V. dos veces, por la maternidad y por la lactancia. Sé que existen ejemplos de familias entregadas durante varias generaciones á una enfermedad hereditaria, y que de pronto se templan, se regeneran, se reavivan por la mezcla con una sangre vigorosa y pura. La entrada de V. en la familia de Aurebonne habrá producido ese milagro. Pero junto al riesgo que le preocupa á V., y que tengo por imaginario, hay otro muy real; y es ese espíritu absorto sin cesar en la misma idea, ese permanente temor que en el alma del hijo de V. resiste á todo lo que debiera disiparla, creándole, en vez de un mal que teme y no tiene, otro mal que pudiera alterar ¡ay! su razón,

amenazar sus días, prepararle una lenta y dolorosa agonía...

— ¡La idea fija, la locura, la muerte! ¡Ah, me lo sospechaba! — exclamó la señora de Aurebonne con voz ahogada por las lágrimas.

— Lo importante sería, pues, curar esta imaginación enferma; lo esencial sería, sobre todo, que pudiese llegar más allá de esa edad de veinticuatro años que considera como el término fijado de antemano á su vida, sin que su estado físico y moral reciba de aquí á entonces un menoscabo demasiado grave, demasiado irreparable. Una vez que transcurriese ese término, cada día que pasara le parecería un venturoso mentís dado á sus presentimientos y temores; cada semana, cada mes que ganase á ese enemigo invisible, le devolvería poco á poco esta seguridad que me parece su único medio de salvación. Vería V., señora, levantarse su hermosa frente, brillar en sus ojos la esperanza y la vida, reanimarse la sonrisa en sus labios; y de la noche á la mañana, despertaría su hijo tranquilo, apaciguado, sereno, curado...

— Pero ¿qué es preciso hacer para eso? — preguntó la señora de Aurebonne, con las manos juntas y la mirada suplicante, como si hablase con un ser dotado de un poder sobrehumano.

— ¡Ay señora marquesa! — respondió el doctor; — si yo fuese un charlatán, le ofrecería á V. al instante diez medios á cual más infalibles; pero no soy más que un médico, lo cual no es lo mismo, á despecho de las malas lenguas, y no puedo indicarle á V. sino las recetas más vulgares... Sería preciso hallar distracciones que divirtiesen á Raúl, ó bien un trabajo que le ocupase; ó, aún mejor, despertar en él un gusto, un sentimiento que hiciese de derivativo y le ayudase á recorrer, sin él notarlo mucho, ese temible intervalo, esos diez y ocho meses, durante los cuales todo es de temer, y pasados los cuales todo es de esperar.

— Pero ¿no se lo he dicho á V.? Nada hay que yo no haya intentado por conseguir ese fin. A Raúl parecían gustarle los viajes: le he llevado á Italia, á Suiza, á Grecia, á España, á Escocia, á todas partes donde los recuerdos ó los paisajes pudieran apoderarse de su imaginación y librarle de ella misma. Algunas veces creí haberlo conseguido. Entregábase con ardor á las emociones que excitaba en él la vista de un monumento, de un sitio, de unas ruinas. Pero bien pronto veía yo palidecer y extinguirse esa llama ficticia. A los transportes, á las admiraciones de los primeros momentos sucedía una especie de impa-

ciencia nerviosa, de sorda irritación, como si el desgraciado hubiese tomado tierra á la naturaleza por ser tan hermosa, y á los hombres por haber dejado en la tierra tan hondas huellas de su fuerza y de su vida; esta irritación calmábase á su vez; no tardaba en abrumarse, y su mirada sin brillo y lánguida me decía: «¿Cuándo partimos?»

—¿Y las ciencias? ¿Y las artes? ¿Y los placeres mundanos?

—Las mismas tentativas é idénticos desengaños. En la buena sociedad, donde su gran fortuna, su ilustre apellido y sus ventajas exteriores le han hecho acoger bien, con facilidad, ha tenido horas, menos que eso, minutos de aturdimiento y de olvido; durante esos breves ratos estaba animado, encantador, irresistible; luchaba en verbosidad con los demás, por su brillante conversación y en bríos con los bailarines más intrépidos; tenía un capricho en dejar sin aliento á las valsadoras más infatigables. Un instante después, iba á sentarse en el rincón más oscuro de la estancia. Allí le encontraba yo, sombrío y solo, con la cabeza entre las manos y la frente cargada de nubes. «¿Me ahogo, vámonos!» —me decía. Admirablemente dotado para las ciencias, deteníase desalentado en el momento en que iban á des-

plegar ante él sus misteriosos tesoros. Murmuraba con amargura: «¿No tengo tiempo de acabarlas de aprender; prefiero ignorarlo todo!» —Las mismas artes, esas admirables consoladoras, convertíanse para él en cómplices de sus dolores é instrumentos de su suplicio. Al verle apasionado por la música, conseguí por gran favor que Chopín le diese lecciones. Al principio quedé absorta de sus progresos, del interés que parecía tomarse por este nuevo estudio, y me felicitaba de haber hallado por fin una distracción poderosa. Me equivoqué: en lugar de distraerle de su idea fatal, la música le reconducía á ella. Chopín y él habíanse sentido recíprocamente atraídos por esa especie de doloroso magnetismo que une entre sí las organizaciones enfermizas, las almas dotadas de una sensibilidad peligrosa, dedicadas á una predestinación melancólica, ó puestas en una situación excepcional. Maestro y discípulo se causaban mutuamente un mal horrible; y para convencerse de ello, bastaba oírles tocar juntos aquella música que parecía el ensueño ardiente ó desolado de un enfermo, y á la cual obligaban á interpretar sus angustias y sus tormentos. Pretexté un viaje, y quedaron interrumpidas las lecciones. Con la poesía no me ha ido mejor. Uno tras otro,

Raúl leyó, devoró, saboreó á lord Byron, Goethe, Lamartine, Víctor Hugo. Pero en las obras de esos grandes poetas, jamás ha cesado de buscar, interrogar y releer los pasajes que responden á su constante pensamiento y suministran al fantasma que le acosa un lenguaje melodioso. Un día cogió uno de esos tomos, se lo llevó como una presa á su cuarto y lo guardó allí largo tiempo; cuando pude recordarlo, encontré una página casi borrada á fuerza de ser leída: era *El joven enfermo*, de Andrés Chénier...

—Pero en esa poesía arrebatadora—interrumpió el doctor, sonriéndose á través de su tristeza—me parece que el joven enfermo no muere, y que se encuentra un medio de curarle...

Al decir estas palabras, y antes de que la señora de Aurebonne tuviese tiempo de contestarle, vieron venir hacia ellos á Susana, quien después de haber dado el desayuno á la gacela iba á abrazar á su padre. Estaba tan linda en su ligero traje de mañana, en medio de las flores que parecían sus compañeras y sus vasallas, que una misma idea hizo estremecerse al mismo tiempo al señor Assandri y á la marquesa. Sólo que esta idea, muy vaga, muy remota aún, fué para aquél un temor y para ésta una esperanza.

III

Raúl de Aurebonne y su madre habían pasado parte del otoño á orillas del lago de Ginebra. Antes de regresar á Francia, la marquesa había escrito á su servidumbre que fuese á buscarla á Hyères; pero sea por descuido ó por error de fecha, no habían llegado aún. Sería mentir el afirmar que la molestase ese contratiempo que la permitía vivir algunos días más en familia con sus huéspedes. Apoyóse, pues, con una familiaridad amistosa en el brazo de Susana, y significó casi alegremente al señor Assandri que no le bastaba que estuviesen alojados bajo su techo, sino que le pedía un sitio en su hogar y á su mesa. Susana se apresuró á responder con regocijada premura; mas con gran sorpresa de la señora de Aurebonne, se anubló la frente del doctor, quien clavó en ella una mirada tan profunda y penetrante, que, á pesar suyo y sin saber por qué, notó que se ponía encarnada. Por lo demás, aquella vacilación fué momentánea; y como si sintiera que se le hubiese adelantado su hija, respondió á su noble locataria en los términos más

cumplidos que todo estaba á sus órdenes en la casita de Almanare.

¿Había esperado en verdad la marquesa, al ver aparecer á Susana cual comentario vivo de la consulta del doctor, que Raúl la amaría y encontraría en ella esa distracción poderosa é infalible, que en vano perseguía tantos años? ¿Había adivinado el doctor aquella inspiración del egoísmo materno y se había estremecido de antemano su corazón de padre, pensando que lo que quizá salvase á Raúl fuese probablemente la desgracia de Susana? Este doble pensamiento, nacido al mismo tiempo en dos almas igualmente rectas y puras, fué más bien instintivo que reflexivo; y, aparte de todo, nada lo justificó durante los primeros días que siguieron. Todo ocurrió del modo más natural y sencillo: la señora de Aurebonne colmaba á Susana de muestras de amistad. ¿Qué tenía de particular esto? ¿Era posible resistirse al encanto que aquella amable joven ejercía en torno suyo? ¿No hubiera sido, por el contrario, inexplicable que la marquesa, buena y afectuosa para todos, no tratase con particular distinción á aquella niña, cuya belleza y cuya sonrisa parecían desvanecer todo sombrío presagio, y cuyo padre la había dejado oír palabras de consuelo y de esperanza á propósito de Raúl? — Susana manifestaba afec-

tuoso interés por Raúl; pero ¿qué persona enferma ó desventurada le había sido nunca indiferente? ¿A qué aflicción había jamás negado su dulce y simpática conmiseración? Desde el primer día comprendió que estaba amenazada la vida de aquel joven, que había en su destino un secreto de melancolía y de duelo; ¿no era eso suficiente para inspirarla ese misterioso atractivo que en las mujeres superiores se mide por los sufrimientos que tienen que calmar y las heridas que tienen que curar? El principal interesado, aquel que servía de centro á todas sus preocupaciones, tenía con el señor Assandri y su hija una reserva rayana con la frialdad ó la contención: hubiérase dicho que evitaba todo lo que le pusiera en contacto demasiado directo con Susana. El doctor, después de observarlo todo con su habitual sagacidad, sintió aminorarse poco á poco sus aprensiones y desconfianzas; bien pronto, llamado por otros enfermos, obligado á volver á su vida de trabajo y sus caminatas por la villa ó los contornos, ya no vió ningún inconveniente en dejar á Susana hacer los honores de aquel bello país á Raúl y á su madre. Los tres tuvieron allí días hechiceros. En ausencia del señor Assandri, la señora de Aurebonne, algo cortada desde entonces en adelante con su huésped, sea porque hubiese

comprendido que éste la había adivinado ó porque realmente su propia conciencia la acusara de algo, tenía el mayor placer en ver juntos á Raúl y Susana, en abarcar con una misma mirada esas dos fisonomías coronadas ambas por la juventud y la belleza. Había en ella tales tesoros, tanta riqueza de amor materno que, sin empobrecerse, derramaba una parte sobre aquella joven, invocada en voz baja, en lo más recóndito de sus ensueños, como el ángel visible de su hijo; y, por una ilusión complaciente, imaginábase á veces experimentar por Susana algo de lo que sentía por Raúl.

Así, pues, comenzaron bajo gratiosos auspicios sus paseos por esas márgenes encantadas, á las cuales sólo les falta, para igualar en renombre á los sitios más célebres, el estar á quinientas leguas de París y separadas de nosotros por Océanos. Los países del Norte no tienen más que una primavera ¡y gracias! Los países del Mediodía tienen dos. La segunda primavera de Hyères comienza en el mes de Octubre, cuando las primeras lluvias del otoño han refrescado la atmósfera, reavivado las hierbas y las plantas todas, y renovado al borde de los senderos, en las vertientes de los barrancos, en las faldas de las colinas, mil florecimientos que sólo esperaban una gota de agua y

un soplo de aire para renacer. Momentos había en que Raúl, á pesar suyo, á despecho de sus siniestras previsiones, dejábase penetrar por ese sentimiento de bienestar universal, que parece la temperatura propia de esta suave estación. Todos los objetos que se presentaban á su vista le ligaban á la vida, haciéndosela ver bajo sus más risueños y simpáticos aspectos. Veía junto á él á su madre y Susana, unidas las dos en la misma tarea, esforzándose ambas por distraerle y dichosas casi por igual cuando lograban llevar á su frente un reflejo de aquella deliciosa serenidad que irradiaba en el exterior. Asombrábase entonces Raúl de experimentar sensaciones desconocidas, y se preguntaba á sí mismo si esos bosques y valles, el verdor de esas colinas y lo azul de aquel mar poseían una magia, un talismán misterioso, vanamente buscados hasta entonces á través de paisajes tan hermosos, frente á espectáculos tan magníficos como estos. La marquesa, para quien el corazón de su hijo era un libro abierto, y en el cual leía ella mejor que él mismo, ponía en claro sus impresiones confusas, no explicadas, ese sentimiento nuevo que se infiltraba gota á gota en el corazón de aquel alma enferma; y, con una gratitud apasionada, atribuía á Susana esos primeros

fulgores de la esperanza, entenebrecidos aún con muchas angustias.

Al cabo de diez días llegó la servidumbre de la señora de Aurebonne, con los caballos, los carruajes y todo el tren de las grandes fortunas. Esa llegada produjo cierto trastorno en la humilde y tranquila casa de Almanare. Fué preciso buscar en las cercanías cuadras y alojamientos suplementarios, doblegarse á las exigencias del cocinero y del cochero, aguantar los aires de importancia que, en tales casos, no dejan de tomar los criados de los grandes señores, como para corregir el efecto de la sencillez y llaneza de sus amos. Pero sea el que fuere ese trastorno exterior, no fué tan grande como el que agitó el ánimo de Susana. Este incidente tan natural y tan previsto, le recordaba la inmensa distancia que la separaba, á ella pobre hija de un médico de provincia, del heredero de uno de los más ilustres apellidos y una de las más grandes fortunas de Francia. No fué su vanidad quien sufrió, porque desconocía ese sentimiento; ni mucho menos su simpatía hacia Raúl, porque se hubiera muerto de vergüenza y de dolor, antes que sospechar que pudiera darse otro nombre á aquel compasivo afecto. Su alma cándida no fué á buscar tan lejos los motivos de su tristeza. Lo que

la afligió fué el sentirse tan inferior al hombre á quien hubiera querido proteger, serenar, distraer; fué el ver disiparse aquella igualdad aparente, dulce ilusión que la familiaridad de los primeros días había hecho nacer y que se completaba más por el modo casi maternal con que la señora de Aurebonne trataba á Susana.

Desde entonces hubo más respeto y reserva en las maneras de la joven para con sus huéspedes. Estos notaron el cambio sin adivinar la causa; ya se sabe, y nuestros modernos novelistas lo han olvidado harto á menudo, que los advenedizos, los ricos improvisados, son los únicos que dan importancia á los signos exteriores de la riqueza y del lujo, los únicos que gustan de ostentarlo como un medio de realzar su propia valía, de asegurarse una superioridad ficticia sobre los demás hombres. Para Raúl y su madre, vivir en esta atmósfera privilegiada, verse rodeados de todos los refinamientos de la elegancia secundada por el dinero, tener un excelente jefe de cocina, magníficos caballos y carruajes, era una cosa tan perfectamente natural, que no pensaban ni recordaban haber pensado nunca en ello. Además, ambos estaban dominados por una preocupación demasiado dolorosa, harto potente, para no absorber y anoda-

dar esos detalles de la vida real. ¿Qué le importaba á la señora de Aurebonne esos bienes que se envidian? ¿Sería menor su desesperación por eso si perdiese su hijo, y más feliz si lo salvase? ¿No hubiera sacrificado todos ellos, no hubiera aceptado con júbilo las privaciones de la pobreza, á cambio de un día de sosiego y un rayo de esperanza para Raúl? Al encontrar en su camino una aldeana llevando de la mano un niño alegre y mofletudo, ¿cuántas veces no había murmurado en voz baja que su ventura suprema sería trocar su destino brillante por ese humilde destino!

La marquesa y su hijo no podían, pues, comprender lo que pasaba en el corazón de Susana, y atribuyeron á otra causa su reserva y su frialdad. Sobre todo Raúl, más ardiente, más pronto á recaer en sus ideas siniestras, imaginóse que Susana se había cansado de mostrarse halagüeña y atenta con un ser desdichado, excepcional, importuno para los demás y para sí mismo, atormentado por fúnebres presentimientos; y que su belleza y su juventud temían el contagio de esa tristeza y de ese duelo. No hizo falta nada más para que en Raúl hubiese una de esas frecuentes reacciones que desesperaban á su madre, y que, después de algunos días serenos, después de algunos esfuer-

zos para adherirse á la vida, le rechazaban atrás violentamente, más tétrico y más desanimado. El dolor de la señora de Aurebonne fué tanto más profundo esta vez cuanto más viva había sido su esperanza y más había contado con la influencia de Susana. Injusta, como lo son los corazones dominados por un solo afecto, acusó mentalmente á la joven de haberse cansado demasiado pronto de su tarea reparadora, y tuvo menos expansión y ternura en su trato con ella. Susana lo notó; era altiva. Creyó que la marquesa se arrepentía de haberla manifestado desde el principio demasiada familiaridad y hartó abandono; acrecentóse su reserva. Pero todos esos cambios no se efectuaban sin ajar y marchitar en sus fibras más íntimas á esas almas en quienes jamás había germinado un mal pensamiento, que se habían sentido un instante atraídas una hacia otra, y á las cuales separaban ya funestos errores. Ciertamente, cualquiera que desde la orilla de aquel mar límpido hubiese visto en aquella blanca terraza, bajo los rayos de un alegre sol de invierno, entre matas de geránios y limoneros, á aquel guapo mozo junto con aquellas dos mujeres, la una en todo el esplendor de la hermosura maternal, la otra con todo el verdor de su virginal belleza, hubiera dicho: « ¡He ahí unas

personas felices! » Y se hubiera engañado: todo era gozo y luz en torno de esas frentes; todo oscuridad y duelo en el fondo de esos corazones.

Sin embargo, es privilegio del amor materno el ser siempre el primero en temer y el último en desesperar. Un irresistible instinto arrastraba á la marquesa de Aurebonne hacia Susana, y bien pronto halló otro pretexto para aproximarse á ella: entre los caballos que Raúl había hecho venir, había dos de sangre árabe, de suprema elegancia, de una docilidad perfecta, y que las mujeres más tímidas podían montar sin peligro. Habiendo aconsejado el señor Assandri el ejercicio á Raúl y obstinándose éste en no montar más que sus caballos más difíciles, convínose entre el doctor y la señora de Aurebonne que acompañara ella á su hijo, sin lo cual se hubiera muerto de inquietud durante sus ausencias. Sólo que como aún no conocían bien el país, la marquesa obtuvo, no sin trabajo, que fuese algunas veces con ellos Susana, montada en el otro caballo árabe.

Este arreglo les permitió llevar más lejos sus excursiones á través de los campos, y esos nuevos paseos no carecieron de encantos. Cuando Raúl iba á caballo, transfigurábase, por decirlo así. Ya no era el som-

brío y melancólico joven, con la vista baja y la frente mohina, atormentado por el demonio de sus pensamientos. Su arrogante talle se erguía, reanimábanse sus negros ojos. Tenía un extraño placer en domar al noble bruto que sentía estremecerse bajo su mano, en dominar su fogosidad y sus caprichos, y, finalmente, en lanzarse con él á través del espacio, en cortar aquel aire vivo que corría por entre sus cabellos y le secaba el sudor de las sienes. En esos momentos estaba tan guapo que su madre le contemplaba embebida; y á veces, impulsada por un doloroso orgullo, hasta lo mostraba con la vista á Susana, quien volvía á un lado el rostro ruborizándose. Así recorrieron los encantadores valles de Sauvebelle y de la Roquette, las deliciosas márgenes del Gapeaux, riachuelo virgiliano, digno de que en él bebieran las cabras de Melibeo ó de ofrecer sus rústicos ecos á las melodiosas luchas de Menalcas y de Damoetas.

Una mañana, seducido por uno de esos hermosos días de Marzo, fugaces preludios de las magnificencias primaverales, ensancharon el círculo habitual de sus paseos y se encaminaron á algunas leguas de allí, hacia la Cartuja de Monrieux. Raúl aún estaba más triste que de costumbre, sea porque le turbase la presencia de Susana, ó porque el

presentimiento de una muerte próxima le pareciese más cruel y lastimosa en frente de esas laderas y llanuras, de donde se escapaban ya mil gérmenes de renovamiento y de vida. Conforme avanzaban, reflejábanse en los objetos exteriores aquella impresión de tristeza. Abandonaron el camino para meterse por una garganta estrecha, formada por grandes peñascos grises cortados á pico y festoneados acá y allá de retamas y brezos. El camino trazado entre esas peñas retorciábase en innumerables revueltas, ora dominando profundos barrancos, ora serpenteando á lo largo de un torrente, ó atravesándolo por un frágil puentecillo formado por un tronco de encina y algunas ramas de pinabete. Poco á poco aumentaban la soledad y el silencio en derredor de nuestros tres paseantes, quienes no oían más que el trote regular de sus caballos apretados unos contra otros, ó el ruido de las piedras desprendiéndose bajo sus pies y rodando por el precipicio. A pesar suyo, apoderábase de la marquesa y de Susana un vago sentimiento de inquietud, que iba en aumento cuando miraban el pálido rostro de Raúl, cuya expresión pasaba á cada instante de un abatimiento doloroso á una exaltación febril. Al cabo les anunció el término de su carrera una cruz de palo, puesta á la entrada de un es-

peso macizo de arces, y el sonido lejano de una campana. Ensanchóse el paso ante ellos, se apartaron las rocas; encontráronse en un vallecito plantado de árboles frutales y se les apareció el humilde monasterio, pegado á esas montañas que lo separaban del resto del mundo. Ese monasterio no era más que una ruina, en la cual sólo habían dejado las revoluciones una capilla, un trozo de claustro y algunas celdas. Sin embargo, seis cartujos vivían allí y fertilizaban en torno suyo un terreno escatimado con mano avara por la municipalidad vecina. La religión es una flor que languidece en los palacios y prospera en las ruinas.

La señora de Aurebonne, Susana y Raúl llamaron en la puerta exterior y se sentaron en un banco de piedra, fuera del recinto consagrado; en seguida fueron acogidos por una hospitalidad atenta aunque invisible. Un criado del convento les trajo una frugal refacción, cuidó de sus caballos y dijo á Raúl que, si quería visitar el interior de la Cartuja, el superior tendría mucho gusto en enseñarle todos los detalles. El joven aceptó y las dos mujeres se quedaron solas.

El momento hubiera sido favorable para una de esas conversaciones íntimas que curan todas las heridas y disipan todas las nubes. Sin embargo, sólo se dijeron palabras in-

significantes; un apuro indefinible, una especie de pudor instintivo detenía en sus labios las expansiones y confidencias que en secreto pedían sus almas. Deslizábase con trabajo la conversación en observaciones comunes acerca de la hermosura de los cielos, las promesas de la primavera, el efecto melancólico de aquel sitio silvestre, y la rígida regla de los cartujos que les prohíbe dejarse ver de las mujeres. Ese doloroso contraste entre el interés profundo de lo que hubieran querido decir y la ociosa futilidad de lo que decían, hacía les más pesado y lento el curso del tiempo. Sin embargo, pasaban las horas y Raúl no volvía; ya se sabe lo fatigoso y penoso que es el esperar en esos momentos. La señora de Aurebonne se quejaba de esa larga ausencia, primero con una impaciencia nerviosa, después con extraño temor. En vano se esforzaba Susana por tranquilizarla enseñándole aquella hospitalaria puerta, esos delgados tabiques, y repitiéndola mil veces que los claustros no retienen sino á quienes quieren quedarse allí. En vez de destruir la inquietud de la marquesa, estas últimas palabras la redoblaban. «¡Infeliz y cruel criatura!»—murmuraba con una agitación creciente que se comunicó á Susana.

Por fin, en el momento en que el

sol comenzaba á inclinarse al horizonte, y en que grandes sombras descendían envolviendo la techumbre de la Cartuja, reapareció Raúl; un fuego sombrío brillaba en sus pupilas y estaba pálido, pero resuelto.

—¡Madre mía!—dijo con voz firme—vengo á despedirme; me quedo aquí.

—¡Qué dices!—exclamó la marquesa palideciendo.

—¡Digo que estoy rendido de disputar mi vida al germen fatal que me consume y mata; hastiado de recorrer el mundo para buscar en él impotentes paliativos y de no hallar allí sino implacables fantasmas! Cuando se está condenado como yo, no hay mejor asilo que un claustro como este; al menos aquí nos halla listos la muerte: ¡no hay más que pasar del reposo y el silencio de un día al eterno silencio y al descanso eterno!...

—¡Pero y yo, tu desventurada madre! ¿No me tienes ya en nada? ¿Qué será de mí?

—¿Y qué será de ti el día en que tengas que recibir mi último suspiro, echar el sudario sobre mi cabeza, oír la última paletada de tierra caer lentamente sobre mi ataúd? ¡No te separo de un hijo vivo sino de un moribundo á quien cada hora le acerca la inevitable agonía! ¡No te privo de una felicidad; te libro de

una angustia! A lo menos aquí, la sombra de este claustro, ese muro que me separará del mundo y de ti, te ocultarán los progresos de esa terrible enfermedad que me ha sido legada con la sangre; no verás abrumarme de semana en semana esa funesta herencia, y el día en que todo haya concluido no lo sabrás... ¡Podrás creer que aún estoy arrodillado en estas losas, cuando me encuentre ya echado debajo de estas piedras!

A pesar de toda su energía, la señora de Aurebonne estaba abrumada; y murmuró con voz extinta.

—¡Raúl, Raúl! ¡No harías eso si supieras todo lo que he sufrido para ti, por ti, contigo! ¡Desde que naciste, tu alma es mi alma, vivo de tu vida, respiro con tu aliento, y nada hay que al desgarrar tu corazón no haya desgarrado el mío! ¡Harto he sufrido, y merezco que me escatimes sufrimientos! ¡Eso que me dices, no es posible! ¡No es posible que de ese modo te separes de mí, de golpe, sin preparación, sin motivo; de mí, que jamás te he abandonado, y que soy tu madre! ¡Mira, dime pronto que eso era una broma, una broma cruel; arrójate en mis brazos, y vámonos!

—¿Con que yo no sé lo que has sufrido?—contestó Raúl con indecible amargura.—¡Ah! Para saber-

lo no he necesitado más que consultar mis propios sufrimientos. ¿Crees haberme engañado ni una sola vez? ¿Te figuras que ni un sólo momento me he equivocado al ver tu aire de seguridad y de esperanza? ¿Y te he engañado nunca yo mismo? ¿Me has creído jamás cuando afectaba delante de ti alegría é indiferencia cuando parecía triunfar de mis presentimientos? Todo eso era un papel, un disfraz, una mentira. En el fondo, cada uno de nosotros dos sabía lo que pasaba en el alma del otro. Pues bien, ya es hora de concluir con eso; ese papel me cansa ese disfraz me pesa, ese embuste me irrita; prefiero sepultarme vivo en este monasterio, donde no me veré obligado á engañar á nadie y donde me dirán todas las mañanas: «¡Hermano, morir habemos!»

—¡Oh, Raúl! ¡No tienes lástima de los que te aman!

—¡Los que me aman!—prosiguió el joven, exaltándose.—¡Si los hay quiero huir de ellos, huir para siempre! ¿Qué soy para ellos, madre mía? Una víctima y un verdugo. Me entristecen con su conmiseración, los desconsuelo con mis tristezas; á pesar mío, los hago cómplices de esta lúgubre comedia que se representa junto á mí; por eso se cansan pronto, y tienen razón. ¡No puedo acusarles ni quejarme!

Al pronunciar estas últimas palabras, Raúl dió algunos pasos hacia la puerta de la Cartuja. La marquesa, loca de desesperación, dirigióse hacia Susana, que había guardado silencio durante toda aquella escena. En vano se esforzaba la hija del doctor en contener las lágrimas que surcaban su pálido rostro; había en su actitud y en su mirada tanto dolor y tal angustia, que eso fué para la señora de Aurebonne una revelación repentina. Sin decirla una palabra, señaló á su hijo con aire suplicante.

Entonces adelantóse con timidez Susana hacia Raúl, y le dijo con voz temblorosa:

—Raúl, ¿qué le hemos hecho para que nos cause una pena tan grande?

Hubiera sido preciso ser de mármol para resistirse á aquel acento tan dulce, á aquella fisonomía encantadora, á la cual prestaba nuevos encantos una emoción casta y contenida. Raúl se detuvo brusca-mente y permaneció inmóvil un instante, fijos los ojos con ardor en Susana, como para darse cuenta del sentimiento que esas palabras acababan de delatar; luego volvió pies atrás, y dijo con un tono casi feroz:

—¡Está bien! ¡Puesto que las dos lo quieren, obedezco!... ¡Pero

no me dejéis un momento más... ya no tendría fuerzas para irme de aquí!

Trajeron los caballos. Mientras Raúl montaba en el suyo, la marquesa se acercó á Susana y murmuró á su oído, apretándola la mano:

—¡Gracias, hija mía!

No había llegado el término de las alarmas de la señora de Aurebonne. Como si le hubiese pesado haber cedido á la súplica de Susana, apenas montó á caballo Raúl, lo lanzó á todo galope por el estrecho camino que bordeaba el torrente y el precipicio. Las dos mujeres exhalaban un grito de espanto al verle, suspenso sobre el abismo, seguir en su furiosa carrera aquella estrecha línea blanca que se dibujaba á lo lejos sobre el saliente de los peñascos. Incapaz de dominar su inquietud, la marquesa dió un fuerte latigazo al caballo que montaba; y el dócil bruto partió con un galope tan rápido, que en diez minutos la señora de Aurebonne casi alcanzó á Raúl. Pero ¿cuál no sería su enternecimiento y su sorpresa, cuando al salir de aquel desfiladero peligroso y tranquila ya respecto á su hijo, que había llegado á la carretera, vió á Susana, quien la había seguido tan de cerca, que iba á galope junto á él!

IV

Al regresar á la casa de Almanarre, nuestros paseantes encontraron allí al doctor Assandri. Les chorreaban de sudor las frentes; sus facciones descompuestas, sus cabellos en desorden, la emoción que aún vibraba en sus rostros y en sus palabras, todo probó al doctor que acababa de ocurrir algo extraordinario, algún drama misterioso de que habían sido protagonistas Raúl y Susana. Acometiéronle de nuevo con más fuerza sus primeras sospechas; penetró con una mirada en el corazón de la señora de Aurebonne, y dijo para sí con secreta amargura que ésta no retrocedería ante nada por salvar á su hijo; pero se prometió á sí mismo á la vez ponerse en guardia, y ser en lo sucesivo tan vigilante en su amor á su hija, como intrépida era la marquesa en su ternura hacia Raúl.

No se necesitaba una perspicacia muy grande para notar los estragos que en el alma pura y amante de Susana había hecho un sentimiento tanto más peligroso cuanto que ignoraba ella su alcance, su naturaleza y sus riesgos. Sin saberlo ella, la pobre niña había sido atraída por lo que

había de extraño en la posición de Raúl, á la par bella como un héroe de novela é interesante como un enfermo, concentrando en su persona los prestigios de la vida y los privilegios de la muerte; en una palabra, hecho para ser amado en el momento en que sólo se creía compadecerle. Por eso, ¡adiós la alegría de Susana, adiós la encantadora serenidad que se retrataba en sus ojos, como la luz de aquel cielo, como el reflejo de aquel mar! Hundíanse sus mejillas, sus ojos se esforzaban en vano por ocultar las huellas de las lágrimas. ¿Por qué lloraba? No lo sabía; pero su padre sí, y experimentaba por ello un sufrimiento horrible, con mezcla de resentimiento y de cólera. Por primera vez, aquel hombre tan sencillo y tan bueno sentía penetrar en su corazón algo parecido al odio. Ya hemos dicho que Susana era su único bien y su única alegría; viudo y padre casi al mismo tiempo, había amado doblemente á su hija, por la felicidad que recordaba y por la que ella misma le producía. Háblele visto crecer á su lado, engalanarse cada día con una nueva gracia, desarrollarse en belleza y juventud, tal como esas plantas que recompensaban sus cuidados con tantas magnificencias y tan exquisitos aromas. Interrumpir el sosiego de Susana era atacarle á él en lo

más íntimo de su ser, en aquella fibra siempre viva y pronta á sangrar que lleva cada cual dentro de sí, y que no puede tocarse sin que todo se desgarre y se marchite. Algunas veces la irritación y el dolor del señor Assandri se volvían contra él mismo, y se acusaba de ceguedad y negligencia; preguntábase cómo no había previsto qué recomendar á la marquesa que distrajesse á *toda costa* á su hijo hasta que pasara de los años fatales, era designarle de antemano aquella joven que justamente tenía allí á su alcance, bastante graciosa y bella para que después de haberla visto no se quisiese ya morir.

Sin embargo, cuando el doctor dirigía sus miradas á Raúl y su madre, sentíase desarmado: ¡tan desventurados parecían! El episodio de la Cartuja, que al parecer debiera haber provocado una explicación y aproximado esos corazones dolientes, por el contrario, había concluido por entristecerlos y desunirlos. Raúl había comprendido mejor que Susana la naturaleza del sentimiento que les arrastraba uno hacia otro: hábale asustado, como una nueva desgracia que llevaba al colmo su infortunio. No conocía el amor aún; y, con mucha frecuencia había dicho para sí, que si en el corto tiempo que le parecía quedarle de vivir le aconteciera ena-

morarse, cerraría su corazón y sus labios herméticamente primero que hacer traición á su secreto y asociar su breve y triste destino á un porvenir joven y risueño. Por eso, después de la escena de Monrioux, en que había dejado adivinar á sus dos acompañantes el imperio que sobre él ejercía Susana, no desperdiciaba ocasión de hacerlas creer que se habían equivocado de medio á medio, que no había obedecido más que á un fugaz capricho, á una de esas extravagancias sin consecuencias á que están sujetos los enfermos. Buscando más que nunca la soledad, salía á caballo con el alba, sin decir á dónde iba, sin querer que le acompañase su madre y hasta ningún criado, y no regresaba hasta muy entrada la noche, mohino, maltrecho, taciturno, indiferente á la fatiga de su caballo, que volvía jadeante y blanco de espuma. La señora de Aurebonne estaba desesperada; y el dolor de Susana, más silencioso y contenido, reflejábale día por día como en un espejo harto fiel en el alma y en las facciones de su padre.

Una tarde habíase prolongado aún más que de costumbre la ausencia de Raúl. A la puesta del sol había estallado una de esas violentas tempestades que en el Mediodía produce la desigual temperatura del mes de Abril. Hacía largo tiempo

que las barcas pescadoras, echadas de alta mar por el viento y la lluvia, se habían refugiado á lo largo de la playa, replegando las velas desgarradas. Algunos aldeanos de las cercanías de Almanare, que trabajaban en el llano, habían vuelto precipitadamente y muy asustados, gritando que el Gapeaux se desbordaba y que sería muy peligroso vadearlo en cuanto entrase la noche. La inquietud de la señora de Aurebonne, muy viva siempre que salía Raúl solo, llegó entonces al colmo, porque sabía que los paseos de su hijo eran, por lo común, más allá del curso del Gapeaux y llegaban hasta el extremo de los valles de Sauvebelle; su consternación era tan honda que al mismo doctor le hubiera dado lástima, si no hubiese tenido fija la atención en Susana, tan conmovida como la marquesa. Por fin, cuando se oyó á lo lejos el galope de un caballo, las dos mujeres se levantaron á la vez, el mismo relámpago brilló en sus ojos y poco faltó para arrojarse una en brazos de otra, cuando apareció Raúl en el umbral de la puerta.— ¡Ah! ¡Por fin estás aquí!—exclamó la marquesa, con acento de queja en que se mezclaba una alegría nerviosa. Susana no dijo nada; volvió á caer en su asiento, y el súbito rubor que había reanimado un momento sus mejillas desapareció, sus-

tituyéndolo aquella palidez mate que se había hecho habitual en ella.

En ese instante, el doctor Assandri se situó entre su hija y la señora de Aurebonne, y con un tono autoritario que ésta no le conocía, la dijo á media voz:

—Señora marquesa, ¿tiene V. la bondad de concederme mañana por la mañana un cuarto de hora de conversación?

La señora de Aurebonne le miró con fijeza y dirigió luego los ojos á Susana. Lo comprendió todo y dijo al doctor con una dignidad afectuosa y triste:

—Se lo iba á rogar á V.

Al día siguiente, temprano, el doctor llamó á la puerta de la señora de Aurebonne, la cual estaba dispuesta y le esperaba.

—Señora marquesa—dijo—la felicito á V.: seis meses han transcurrido desde su llegada á Hyères, y la salud de su hijo no se ha perturbado ni un momento. Lo que tuve el honor de decir á V. desde el primer día, creo podérselo repetir hoy con más certidumbre; la enfermedad que él teme y que teme V. por él, no le atacará.

En cualquiera otro instante, una declaración tan precisa y positiva hubiera embriagado de gozo á la señora de Aurebonne; sin embargo, había en la actitud y en el tono del señor Assandri algo que probaba

que no había ido sólo á tranquilizarla. Guardó silencio ella, y continuó él diciendo:

—Pero junto á ese joven que se cree condenado, hay otra persona que no sospecha el peligro que ella corre, la desdicha que la amenaza; una persona á quien veo desmejorarse ante mis ojos, ante los de V., señora marquesa... ¿Sabe V. á quién me refiero?

—¡Susana!—murmuró la señora de Aurebonne.

—Sí, Susana; mi hija única, como Raúl es hijo único de V.; Susana, mi único bien y mi único amor como Raúl es el único amor y el único bien de V. Hace seis meses, cuando vino V., Susana era feliz y estaba tranquila. Bastaba mirarla para leer en su frente la paz de la inocencia de su alma. Inclinado sobre esta alma encantadora como sobre un agua límpida, no veía yo otra imagen sino la del ángel de su guarda, que la sonreía como á una hermana.

Hoy está destruida esa felicidad, turbado para siempre ese reposo: esta alma pura forcejea contra el mal desconocido que la consume y devora... ¿Sabe V. por qué, señora marquesa?

—Porque ama á Raúl—respondió la señora de Aurebonne sin vacilar.

—¡Ah! ¡Sabía V. eso, señora—replicó el doctor animándose.—¡Lo

había V. previsto, deseado, esperado quizá! ¡Qué necio é insensato soy, al no haberlo adivinado!... Sí, el médico ha absorbido en mí por un momento al padre; no he visto más que una mujer desolada, que me mostraba su hijo rogándome que le salvase; la he dicho, como es verdad, que la imaginación de ese hijo estaba más enferma que su cuerpo, que era preciso derivar esas ideas siniestras, y que si con ayuda de una distracción poderosa se conseguía hacerle pasar de esos veinticuatro años que creía no poder cumplir, ese joven estaba salvado... ¿Una distracción dije? ¿Había alguna más poderosa y dulce que unos amoríos con la hija de este médico, viviendo bajo el mismo techo y obligada á estar en continuo roce con sus huéspedes? ¿Qué importaban ya el reposo, el honor, la vida de esta criatura? Lo que podía ser la perdición de mi hija, podía ser salvación del hijo de V.; no tenía V. necesidad de ningún otro pretexto, ni excusa... ¡Oh, señora marquesa! ¡No soy más que un pobre médico de pueblo; pero por todo el lustre de la alcurnia y toda la inmensidad de las riquezas de V., no querría yo haber hecho eso!

—¿Y quién le dice á V.—replicó la señora de Aurebonne—que esas riquezas y alcurnia sean un obstáculo entre Raúl y Susana?

Pronunció estas palabras con un aire tan sencillo y tan noble, que el doctor sintióse dominado, á su vez, y se calló; y prosiguió ella:

—¿Con que tanto me desprecia V.? ¡V., el mejor y más leal de los hombres, me ha creído capaz de semejante infamia! ¡Ah, sin embargo, era V. digno de comprenderme del todo! ¿No se lo he dicho á V. desde el primer día? Desde veintitrés años ha, desde que existe Raúl, soy presa sin cesar del mismo pensamiento, del mismo temor; de continuo veo pasar entre Raúl y yo como una sombra de luto, el recuerdo de su padre, de su abuelo, de toda esa estirpe fúnebre que parece llamarle desde el fondo del sepulcro... Es el suplicio de mis días, el espectro de mis noches; de tal modo se ha identificado ese perpetuo terror con mi ternura maternal, que ya no puedo separarlos. ¿Y cree V. que en medio de esas angustias, que son toda mi alma y toda mi vida, puede haber un hueco para las preocupaciones ordinarias de nacimiento y de fortuna? ¿Cree V. que esta madre, que se pregunta mañana y tarde si salvará ó perderá á su hijo se inquiete mucho por saber si le casará con una noble y rica heredera ó con la hija de un médico, rica con sus buenas obras y noble con sus virtudes? Y cuando dijo V. á esa madre que una distracción

poderosa, un sentimiento apasionado, podrían salvar á su hijo ayudándole á triunfar de los fantasmas que le fascinan, á pesar de aquel momento más allá del cual no vislumbra más que un féretro; cuando, apoyada en el consejo de V., ha puesto los ojos en una doncella que, por su hermosura y su gracia, parecía predestinada á esa obra de salvación, ¡ha supuesto V. que esa madre, una mujer honrada que nunca ha hecho daño á nadie, que aloja V. bajo su techo y que sienta á su mesa, había esperado, combinado, calculado... ¿qué? una seducción vulgar, unos amoríos de algunos meses, para distraer y ocupar á su hijo, *mientras tanto!*... ¡Oh, caballero, eso está mal, está muy mal pensado: le creí á V. más justo y perspicaz!

—¡He hecho mal, señora... perdóneme V.!—tartamudeó el doctor confundido.

—¡Esta alcurnia, estas riquezas! —prosiguió la señora de Aurebonne con una especie de violencia.— ¡Pero si las odio, si las detesto! ¡Esta herencia de oro y pergaminos es también una herencia de muerte, esa sangre que ha hecho rico y noble á Raúl, es también una sangre que mata!... Además, ¿qué soy yo? Una madre, y nada más. ¡Conservar mi hijo, eso es todo; el resto no es nada! No pido

más sino que Raúl sea feliz y esté tranquilo, que un amor correspondido le ayude á esperar y vivir... ¿No ha creído V., doctor, que su hija me pareciese digna de casarse con mi hijo? ¡Ah! Si Raúl amase y me pidiese á la última moza del pueblo, con tal de ser honrada, y si al casarse con ella encontrara la seguridad y el sosiego, yo la amaría, la bendeciría, la serviría de rodillas.

Ante este lenguaje tan expresivo, tan irresistible, ocurriósele al perturbado espíritu del doctor una idea, y dijo á la señora de Aurebonne:

—La creo á V., señora marquesa. Pero ¿y entonces?...

—¡Ah, sí!—le interrumpió ella con dolorosa precipitación.—Sé lo que tiene V. derecho á decirme; puesto que es así, puesto que no veo ningún obstáculo entre Raúl y Susana, ¿por qué no ir en derechura al fin? ¿Por qué no pedirle á V. para mi hijo la mano de su hija, que V. no me negaría?... ¿Es eso lo que iba V. á decirme?

—Sí, señora—respondió con timidez el señor Assandri.

—Tiene V. razón, y hubiera debido confiarle antes el nuevo dolor que me desgarrá...

—¿Que Raúl no ama á Susana?

—La quiere con toda su alma, con un ardor que me asusta; con un amor apasionado, profundo, infini-

to, tal como tenía que sentirlo una naturaleza joven y fuerte, largo tiempo comprimida y entenebrecida; sus mismos esfuerzos por luchar contra este amor, lo hacen penetrar más hondamente en su alma, como esas flechas que el león herido siente penetrar más adentro conforme se sacude de ellas. Pero la idea de hacerse amar por Susana, de obtener de ella una confesión amorosa, de casarse con ella tal vez, asusta á Raúl como una desventura y como un delito. Durante estos últimos tiempos, veinte veces he intentado hacerle hablar, provocar una confianza, ponerle en el caso de que me pidiese un consentimiento que se revela ya con claridad en mis miradas, en mi conducta, en mi lenguaje; veinte veces he sido rechazada por ese sentimiento funesto, por esa inflexible idea que opone Raúl al amor, á la esperanza, á la dicha, y que se resiste á todo, hasta á mis ruegos, hasta á las aspiraciones de su corazón, ¡hasta á la hermosura de Susana!...

—¿Y cuál es esa idea?—interrumpió con espanto el doctor, que harto la comprendía.

—¡Oh, caballero! ¿No la acierta V.? Raúl se cree destinado á morir dentro de un año; desde ahora hasta entonces dispónese á arrastrar la vida como el presidiario arrastra la cadena, contando las

horas y las minutos; y se acusaría de egoísmo y cobardía si tratase de unir á su corazón marchito ese corazón radiante de esperanza y juventud, de proyectar de antemano la sombra de su agonía sobre esa existencia que principia, fresca y lozana como la primavera.

—¿No me engaña V.?— dijo el doctor Assandri, clavando en la marquesa una mirada penetrante.

—Jamás he engañado á nadie— respondió ésta.

—Pues bien, señora— prosiguió él con acento de dolorosa conmiseración—yo, que vine para acusarla á V., no puedo menos de condolerme: es V. más desventurada que yo, y podemos darnos la mano.

—¿Y eso por qué?— dijo la señora de Aurebonne.

—Sí—continuó— si su hijo, menos preocupado aún que V. en lo que atañe al nacimiento y á la fortuna, apasionadamente prendado de Susana, casi seguro de hacerse amar y de no ver obstáculos en ella ni en V., ni en mí, lucha contra ese amor y rechaza esa ventura; si está hartado dominado por su imaginación, hartado persuadido de su próximo fin para imponer silencio á su corazón y preferir el sufrimiento á la felicidad, entonces el mal es más grande de lo que había yo creído; entonces el mal es irreparable...

—Y morirá de él, ¿no es así?—

exclamó la marquesa con toda la energía de la desesperación.

—Sí, morirá... Pero no de la enfermedad cuyo germen cree tener dentro de sí, sino de ese mal extraño, misterioso, destructor, que engendran á la larga las imaginaciones enfermizas. Marasmo ó locura, languidez ó idea fija, sea cual fuere el nombre que demos á esa predisposición fatal, ni su razón ni su vida podrán resistirla...

—¡Ah, eso, eso es lo que me dijo V. el primer día que le hablé de Raúl!— murmuró la marquesa, cuyos ojos secos y ardientes revelaban horrible angustia.

—Sí, señora, entonces esperaba yo; ahora no espero ya nada. No conozco ningún remedio contra esa dolencia.

—¡Pues yo conozco uno, yo!— exclamó la señora de Aurebonne, cuyo rostro iluminóse con una claridad repentina, á la vez radiante y terrible.

—¡V., señora!—dijo el doctor, en el colmo de la sorpresa.

—¡Sí, yo!—replicó ella, con creciente exaltación.—Pero para eso es preciso que Susana y V. me dejen sola... sola con Raúl; es menester que mientras le hable no puedan Vds. vernos ni oírnos; estas mismas paredes, esta casa, estos objetos inanimados que me rodean, es necesario que ahoguen y olviden

lo que voy á decir. ¡Y yo, yo que voy á hablar, quisiera poder extinguir cada una de mis palabras al pronunciarlas, ó morir después de haberlas pronunciado!... Salga V., doctor, salga V. á escape; váyase con Susana á esperarnos en el jardín. No dé V. tiempo á que mi resolución vacile y se debilite; no hay que perder un momento, si no quiere V. que mi ánimo decaiga antes de estar consumada mi obra...

El señor Assandri la contempló un instante con aire de duda y de inquietud, como si temiese que aquella serie de pruebas hubieran perturbado su razón. Luego salió con lentitud y se oyó en la escalera el ruido de sus pasos.

Entonces la marquesa cayó de rodillas.

—¡Dios mío!—dijo con las manos juntas y los ojos alzados al cielo.—¡Dios mío, no hay más medio que éste! ¡Tú, que castigas la mentira, ten piedad de mí! ¡O si alguien ha de ser castigado, hiéreme á mí sola! ¡Toma mi vida y que se salve Raúl!

En seguida, corriendo á la puerta é inclinándose hacia afuera, gritó con voz vibrante, que resonó en toda la casa:

—¡Raúl! ¡Raúl!

Raúl estaba todavía en su cuarto; acudió corriendo, y encontráronse frente á frente el hijo y la madre.

—¡Raúl!—dijo la señora de Au-

rebonne, con una tranquilidad que el temblor de sus labios desmentía —permíteme que me regocije contigo por el feliz resultado de nuestra estancia en Hyères. A menos de querer atormentarnos por capricho, es imposible negar que en tu estado nada justifica nuestras inquietudes de otros tiempos. Cuanto más te vas aproximando al término que antes mirabas como fatal para ti, más se robustece tu salud, más seguridades hay de que la misericordia de Dios, conmovida por mis ardientes oraciones, te habrá protegido y salvado...

—¿Lo crees así?—replicó Raúl con tétrica ironía.

—Esa es la opinión del doctor y la mía propia. Ahora, Raúl, para vivir no tienes más que quererlo. ¿Y por qué no lo habías de querer? ¿Qué te falta para ser dichoso? Un poco más de fe en lo futuro, un poco más de confianza en tu madre... ¡Escucha! Desde hace algunos meses, he adivinado que un sentimiento nuevo se había apoderado de tu alma... ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Por qué no me has hablado de eso como á un amigo, á un camarada? Tal vez temas que haya, por mi parte, objeciones y resistencias fundadas en no sé qué desigualdades de posición y de fortuna... Desengáñate: todo hubiera podido arreglarse, todo se pudiera arreglar aún...

—No te comprendo — dijo Raúl.

—¡Oh! Dispensa, me comprendes muy bien — repuso la marquesa, á quien poco á poco le abandonaba su calma ficticia. Comprendes muy bien que estoy hablando de Susana. Tú la quieres, y ella te quiere á ti... ¿Tratarás de negarlo?

—No, madre mía.

—Pues bien — prosiguió ella esforzándose por sonreirse; — por lo común, cuando un joven noble y rico ama á una joven de condición inferior, él es quien va á suplicar á sus padres que no se opongan á ese enlace desigual. Hoy trueco los papeles, y yo soy quien viene á conjurarte que no te opongas á nuestra felicidad y que consientas en casarte con Susana.

Un relámpago de alegría y de agradecimiento brilló en los ojos de Raúl; pero al punto recobró su aire sombrío y resuelto, y respondió á su madre:

—Eso es imposible.

—¡Imposible! — exclamó la señora de Aurebonne, sin poder disimular apenas el sordo estremecimiento que la agitaba. — ¿Y por qué? ¿Quizá estoy equivocada? ¿Tal vez no amas á Susana?

—¡Oh! ¡Puesto que tan bien me adivinas — replicó él con horrible sonrisa — ya sabes con qué pasión, con cuánto ardor la amo! ¡Sabes que hacerme amar por ella y darla

mi nombre sería el deseo más ardiente de mi corazón, la ventura más grande de mi vida!

—¿Y por qué callarte ese deseo tan querido y rechazar esa dicha tan grande?

—¡Ah, también lo sabes, tú que me sabes adivinar! — repitió él con más fuerza y amargura.

—¿Es porque crees estar seguro de morirte á la edad de veinticuatro años, y languidecer de aquí á entonces?

—Sí, madre mía.

—Pero ¿y si te engañas? — insistió la marquesa, cuya palidez y miradas anunciaban una resolución suprema. — ¿Te casarías con Susana si te probasen que tus inquietudes no tienen fundamento, que estás al abrigo de esa funesta herencia, que la sangre que corre por tus venas no tiene esos gérmenes mortales que te figuras?

—¿Si me casaría con ella? — exclamó Raúl con delirante acento de amor y desesperación. — ¡Ah! Pregúntale á un condenado si seguiría al ángel que de pronto le abriese el camino del cielo. ¡Si me casaría con ella! Desde el primer día en que la vi, todas mis fuerzas han sido pocas para combatir el invencible atractivo que me impele hacia esa divina criatura. Tal como soy, con la horrible certidumbre de que nada puede librarme, viendo de

continuo la fecha fatal, el término inexorable erguirse ante mí como mi sentencia de muerte, cien veces he estado á punto de caer á los pies de Susana y decirla con lágrimas que tal vez me hubieran aliviado: «¿Me quieres? ¿Quieres mi vida? Será corta; pero después serás rica y llevarás un título ilustre. Viuda de Raúl de Aurebonne, serás saludada y festejada en el mundo de los felices; y no te pediré en tu memoria más recuerdo que el puramente preciso para no turbar tus placeres ni tu reposo.» Quizá hubiera yo dicho y hecho esto si la amase menos, si Susana fuese otra mujer... ¡Pero á ella! La conozco, madre mía... La arrastraría conmigo en mi mortal destino; esa alma llena de amor y abnegación quedaría destrozada por el mismo golpe que me destrozaré, y la misma losa nos cubriría á los dos en la misma tumba.

En lugar de responder, la señora de Aurebonne se arrodilló delante de su hijo.

—¡Santo Dios! ¿Qué haces?—exclamó éste.

—Raúl—respondió ella acentuando cada palabra con una energía que parecía tomar de su mismo dolor;—me arrodillo para revelarte un secreto que va á cambiar al instante todas tus determinaciones. Hubiera debido hacértelo saber mucho antes, y te hubiera evitado tor-

mentos muy crueles... No he tenido valor para hacerlo... Raúl, si entre Susana y tú no hay más obstáculo que esa enfermedad hereditaria á que de antemano te crees condenado, puedes casarte con ella sin temor; no eres hijo del marqués de Aurebonne.

—¿Qué dices?—murmuró Raúl tan turbado, que no comprendió al pronto el alcance de esta revelación.

—¡Oh, hijo mío; por favor, no me preguntes más! ¡Apiádate de mí, de este rubor que la vergüenza hace subir hasta mi frente!... Ni un detalle, ni una palabra más... Ya sabes ahora lo suficiente... Perdóname dos veces: por haber cometido esta falta, y por no habértela revelado en cuanto vi apoderarse de ti la idea fija que te consumía... ¡Perdón, Raúl, perdón!

Pero Raúl no la atendía; conforme se presentaban con más claridad á su espíritu las consecuencias de la confesión de su madre, una delirante alegría se retrataba en su rostro. Con un ademán hizo callar á su madre; precipitóse de un salto hacia la ventana, y la abrió con violencia, exclamando:

—¡Oh! Por primera vez, desde que estoy en el mundo, veo, siento, respiro, existo. Tomo posesión con delicia de esta vida, que creí próxima á apartarse de mí; ¡este aire, que me asfixiaba, trae á mi pecho

los balsámicos aromas de aquella playa y de esas flores!... ¡Yo no conocía ese cielo, esos árboles, esas colinas, esas islas, ese mar! Todo eso no se me aparecía sino á través de un velo negro: el velo ha caído. ¡Salve, naturaleza encantadora, que admiraba yo con amargura, y cuyas bellezas me irritaban como un insulto á mi desgracia! Recobro mi puesto entre los seres creados para comprenderte y amarte; ya no soy una criatura maldita, fuera de la ley común, y que en cada día encuentra una parte de su agonía... Soy joven, soy fuerte, soy feliz...

—¡Gracias, madre mía!

La señora de Aurebonne se había levantado, y, con paso vacilante habíase arrastrado hacia la ventana. Con uno de los brazos enlazó á Raúl, como para saborear más de cerca su embriaguez y sus transportes; y con la otra mano le mostró, medio ocultos tras de un macizo, en el fondo del jardín, al doctor y su hija que dirigían inquietas miradas hacia el sitio de la casa.

—¿No le corresponde á V. llamarlos, madre mía?—preguntó Raúl con ese aire zalamero que tan bien sienta á las personas felices.

Hizo ella una seña; acudieron el señor Assandri y Susana; pocos segundos después, ambos estaban en la habitación.

—Doctor—dijo la marquesa con

una dignidad incomparable—tengo el honor de pedir á V. la mano de la señorita Susana Assandri, su hija, para mi hijo, el marqués Raúl de Aurebonne.

Y cayó desmayada.

V

«Las existencias felices no se narran» ha dicho nuestro más simpático cuentista, al terminar uno de sus más hechiceros relatos. No tendríamos, pues, nada que añadir, y aquí concluiría nuestra tarea si sólo se tratase de narrar y describir la dicha de Raúl y de Susana.

Después de la terrible escena que salvó á Raúl, la marquesa de Aurebonne se sintió presa de una de esas languideces que suelen seguir á las grandes crisis de la vida. Ya no quiso abandonar ese modesto rincón de tierra donde en algunos minutos había agotado todos los dolores, angustias, humillaciones y alegrías que caben en el corazón de una madre.

A pocos pasos de las ruinas de Almanare hizo edificar á media ladera una linda casa, parecida á la del doctor Assandri y bastante espaciosa para alojar bien á su hijo y á su nuera. Establecióse allí y se

resistió á las instancias de Raúl y Susana, que querían llevarla consigo en sus viajes y á París, donde todos los años pasaban el fin del invierno y el principio de la primavera. Con gran pesar de Susana se habían arreglado así las cosas. Tampoco ella hubiera querido perder de vista jamás aquella risueña colina donde dejaba á su padre, donde había crecido, amado, sufrido y pasado en un momento desde la más honda tristeza á la felicidad más embriagadora. Era hija de los campos y de la soledad; los placeres del mundo la atraían poco, y con gusto hubiera trocado todo el ruido y el esplendor de sus fiestas por un paseo en la playa de Hyères, con su padre, su marido y la señora de Aurebonne.

Pero este arreglo había parecido agradarle á Raúl, y bastaba eso para que ella se apresurase á aceptarlo. Al adherirse á la vida, había tenido prisa por reparar el tiempo perdido, sacudir la inacción en que tanto tiempo le habían retenido sus presentimientos, y recuperar en la sociedad el alto puesto que le asignaban su cuna, su riqueza, lo distinguido de su persona y de su talento. Como esos convalecientes que, al salir de una larga enfermedad, están ávidos de todo lo que les prueba que están curados y vivos, Raúl hubiera querido abarcar en

esos primeros tiempos con un abrazo todo lo que podía ser visto, pensado, dicho recorrido y admirado. Poesía, bellas artes, libros, conversaciones, placeres mundanos, espectáculos de la naturaleza: á todo hubiera querido prodigar las riquezas desterradas hasta entonces de su imaginación y de su alma, los retrasos de su entusiasmo y de su juventud.

Esos primeros años fueron dulces para la señora de Aurebonne. Después de sus viajes de veraneo, hacia el mes de Octubre y como para festejar un precioso aniversario, Raúl y Susana regresaban junto á ella y permanecían en Hyères hasta fines de Febrero. Encontraban con encanto esos dos hogares hospitalarios, casi fraternales, que les aguardaban con igual impaciencia, y en cuyos umbrales les acogían la más indulgente sonrisa, el más tierno abrazo. La señora de Aurebonne gozaba con los relatos de su hijo, con sus triunfos en la buena sociedad, con sus proyectos de trabajo, con su aire de salud y de fuerza, con todo lo bueno y encantador acerca de los involuntarios triunfos de Susana, de cuya casta y angelical belleza se hacían lenguas en todas partes. Con tan bienhechor influjo se disipaba entonces el velo de melancolía y de tristeza con harta frecuencia echado sobre la frente

de la marquesa, desde su decisiva entrevista con su hijo.

Transcurrieron cinco años. Había pasado con mucho el término fatal que en otro tiempo tan horriblemente habían temido Raúl y su madre; y esos años habíanse deslizado sobre él sin otro efecto más que el de hacerle más vigoroso y más robusto. Dos hermosos hijos habían venido á aumentar y consagrar su amor por Susana, y á dar á la señora de Aurebonne esos goces de la *abuela*, que son á los goces maternos lo que una hermosa velada del otoño á los ardores del estío. Parecía, pues, que tras tantas pruebas nada había de faltar para su ventura, que ya sólo la quedaba descansar en su bendita obra; y, sin embargo, hacia aquella época, el doctor Assandri, que tenía por ella una admiración apasionada y la veía casi á diario, advirtió con doloroso asombro que iba quedándose muy desmejorada.

Al pronto creyó que sufría por las largas ausencias de Raúl, y que ese sufrimiento se agravaba con sus esfuerzos por no aparentarlo. Pero muy luego notó con creciente sorpresa que ese desmejoramiento se hacía más visible precisamente al aproximarse el regreso de Raúl y mientras duraba su estancia en Hyères. Entonces imaginó que luchaba contra ese sentimiento ¡ay!,

demasiado común en las madres, que las hace tener celos de sus nueras y ser desdichadas al no ocupar ya en el corazón de sus hijos más que el segundo lugar. Pero algunos días de atenta observación le bastaron para reconocer que aquel alma superior era inaccesible á ese sentimiento vulgar, y que no había pasado ni una nube por el afecto de la señora de Aurebonne para Susana. Entonces fijó la atención en Raúl, y su asombro no tuvo límites cuando leves pero irrecusables indicios le demostraron que Raúl ya no era tan tierno ni tan respetuoso con su madre.

En los primeros tiempos posteriores á la revelación de la señora de Aurebonne, la dicha de librarse de una funesta herencia había borrado en su hijo todas las demás impresiones. Vivir, ser feliz, casarse con Susana, arrojar lejos la abrumadora carga bajo la cual se doblegaba desde tantos años atrás: no había visto nada más que eso. Pero á medida que el recuerdo de sus angustias fué haciéndose poco á poco más lejano en su memoria, y que al salir del mundo de los muertos se aclimató en el mundo de los vivos, verificóse en él un cambio extraño, imperceptible, pero real, sin embargo; á pesar suyo, se fueron apoderando de él los sentimientos y las ideas de su nueva existencia. En

lugar del enfermo, del condenado que saludaba con un grito de gratitud la voz que le redimía y salvaba, volvióse lo que sin su idea fija hubiera sido siempre: el aristócrata de puro y antiguo linaje, partícipe de todas las susceptibilidades del honor, y pronto á lavar con sangre la menor mancha arrojada sobre sus rancios blasones. Desde entonces sintió menos hondamente lo que para él había tenido de beneficiosa y salvadora la confesión de su madre, y reparó más en su lado humillante y culpable. La primera vez que su pensamiento se extravió por esa pendiente, estremeciéndose como un hombre que despertándose de pronto en medio de un acceso de somnambulismo se encontrara al borde de un tejado ó de un precipicio. Enseguida se repitió á sí mismo que eso no era posible; y, para probarse á sí propio, redobló los halagos á su madre. Sin embargo, ese sentimiento, tan vago al principio y rechazado luego con tanta fuerza, volvía sin cesar á su espíritu y se implantaba en él con tanta mayor persistencia cuanto que nadie podía confiárselo. En vano se acusaba de ingratitud y se avergonzaba de sí mismo.

Insensiblemente se acostumbró, y bien pronto no tuvo vergüenza de él solo. Prometiéndose, á lo menos, que la señora Aurebonne no podría sos-

pechar lo que pasaba dentro de su corazón. ¡Se olvidaba de que nada se les oculta á las madres, y que es más fácil matarlas que engañarlas!

Ya hemos dicho que la marquesa leía en el alma de Raúl como en un libro abierto; asistió día por día, hora por hora, á ese trabajo interior, á esa transformación gradual, que en vano trataba él de disfrazar ó de combatir. Renunciamos á pintar lo que sufrió ella por esa causa: este dolor fué más agudo que todos cuantos la habían desgarrado mientras temblaba por la vida de su hijo. El primer movimiento de aquél enérgico carácter fué el de sublevarse, romper violentamente contra ese holocausto que le robaba hasta su último bien, desengañar á Raúl y reconquistar con una palabra su amor. Pero ¿lo creería Raúl? Y si no la creía, ¿qué humillación! Y si la creía, ¿no sería eso lo bastante para devolverle esas inquietudes y esos temores que estuvieron á pique de matarle? La señora de Aurebonne esperó, reconcentróse en sí misma, comprendió que moriría por eso, y desde entonces se resignó. Una vez resignada, se produjo en su corazón una claridad maravillosa, y así como hubo un momento supremo en que la madre había vencido á la cristiana, ahora la cristiana dominó á la madre. Dijo para sus adentros que toda mentira,

sea cual fuere el motivo y la excusa, era una falta; que la suya merecía castigo, é inclinándose ante la voluntad divina, dando gracias á Dios por haberla elegido para la expiación, le suplicó como última gracia que no castigase más que á ella sola.

Se necesitó tiempo para quebrantar aquel organismo fuerte y sano. Transcurrieron muchos años, durante los cuales, absortos en su dicha Raúl y Susana, no advirtieron el desmejoramiento de la señora de Aurebonne. ¡Admirable superioridad del amor materno sobre todas las demás ternuras! Raúl no había conseguido ocultar á su madre un pensamiento que apenas se confesaba á sí mismo; y ella conseguía ocultarle un sufrimiento que la llevaba al sepulcro. Sólo el doctor hubiera podido delatarla, porque éste no se llamaba á engaño; pero á la primera palabra que la dijo él acerca de eso, lo rechazó de tal modo, le probó tan bién que estaba á las mil maravillas y le suplicó con tanto ardor que se callase y no intranquilizase á sus hijos, que dominado el señor Assandri por aquel invencible ascendiente que había tomado la marquesa sobre él, y comprendiendo además que había allí un doloroso misterio contra el cual nada podían sus medios usuales, se decidió por guardar silencio.

Por fin, al cabo de tres ó cuatro años, en otoño, en el momento en que Raúl y Susana desembarcaban, según su costumbre, ante las dos blancas casas de Almanare, encontraron sólo al doctor esperándoles en la playa; estaba tétrico, y fijaba en Raúl miradas casi iracundas.

—Pues ¿qué pasa?—preguntó con espanto el señor de Aurebonne.

—Pasa... que su madre de V. está enferma—respondió el doctor con tono brusco.

Desde ese momento, todo lo que en el corazón de Raúl no era amor y veneración por su madre borróse y desapareció; algunos instantes después, cuando arrodillado junto al lecho de la señora de Aurebonne, que no había tenido fuerza para levantarse, vió los estragos de la enfermedad en ese noble rostro, el grito de su desesperación fué tan irresistible y tan verdadero, que la marquesa comprendió que recobraba por completo á su hijo y sintióse perdonada y consolada. Tal vez, si hubiera podido penetrarse en lo hondo de su alma, hasta se hubiera reconocido que ese momento y los sucesivos fueron los más dulces de aquella vida tan duramente probada. Parecíale á la señora de Aurebonne que sus sufrimientos y su próximo fin la purificaban por entero ante los ojos de Raúl, que acababan de desarmar en él ese sentimiento

de susceptibilidad caballeresca que tanto la había hecho sufrir y del cual estaba orgullosa en adelante, porque aquella inflexible apreciación de la honra revelaba un alma grande. Al mismo tiempo, por una especie de superstición consoladora, persuadía la marquesa de que su vida rescataba definitivamente la de Raúl; y de que, al aceptar Dios aquella sustitución y ese sacrificio, la anunciaba que se había apiadado de sus ruegos y sus lágrimas.

Por eso, durante esas últimas semanas los ojos de la señora de Aurebonne se fijaban en Raúl con una expresión inefable en que el amor materno parecía ya iluminado y santificado por el amor celestial. Ella le animaba y consolaba, repitiéndole sin cesar que nunca había sido más dichosa. Bajo el impulso de su dolor, dos ó tres veces estuvo Raúl á punto de decírselo todo, de confesarla como un crimen el sentimiento cruel de que no había podido defenderse; adelantósele ella, consiguió detener en sus labios la confesión, y nada turbó la tranquilidad melancólica de esos días de reparación y de luto.

El último día de Octubre, en una hermosa y suave tarde, la señora de Aurebonne, sin quejarse de sufrimientos más vivos, pidió que la llevasen junto á la ventana. El cielo estaba puro; el sol poniente difundía

tintas inflamadas por el mar y las lontananzas, una brisa tibia y embalsamada llegaba hasta la habitación; las facciones de la enferma se iluminaban con serenidad divina.

El doctor había advertido con una mirada á Raúl y Susana que se acercaban los últimos instantes. Acababa de salir el sacerdote, después de haber pasado con la señora de Aurebonne parte del día. Los dos niños, juntando las manitas, recitaban las oraciones que su madre les había enseñado y lloraban de ver llorar en torno suyo.

En ese momento, la marquesa, reuniendo sus fuerzas, hizo señas á su hijo y á su nuera de que se retirasen al fondo de la estancia, y al doctor de que se acercase.

—Señora—murmuró éste á su oído—¿no tiene V. nada que mandar decir... más tarde... á Raúl?

—Doctor—le preguntó muy quedo—¿hay alguna edad en que el hijo de un hombre muerto del pecho pueda creerse irrevocablemente preservado de la enfermedad de su padre? ¿Hay certidumbre de eso?

El señor Assandri reflexionó un instante, y luego respondió:

—Probabilidad sí; certeza, nunca.

—Pues bien; entonces nunca tendrá V. que decir nada de mi parte á Raúl—repuso la moribunda, dejándose caer.

Era el postrer sacrificio, y fueron

también las últimas palabras que pronunció. Durante algunos minutos, viéronse moverse sus labios como para rezar. Luego fijó la vista, velada ya por las sombras de la muerte, en Raúl, que sollozaba sostenido por Susana. Y expiró.

—

En el cementerio de Hyères, modesto recinto que señala á los ojos del transeunte oscuras pirámides de ciprés, se ve un sepulcro muy sencillo, con esta inscripción :

AQUÍ YACE LA MARQUESA DE AUREBONNE,
MUERTA EN HYÉRES,
DE EDAD POCO AVANZADA,
EL 31 DE OCTUBRE DE 1846.
«¡ORAD POR ELLA!»

Un poco más abajo, otra mano ha grabado con caracteres irregulares, pero legibles :

«¡Mártir y santa!»

Raúl no sabe, ni sabrá nunca, que estas tres palabras han sido escritas por el doctor Assandri, quien todo lo ha adivinado.

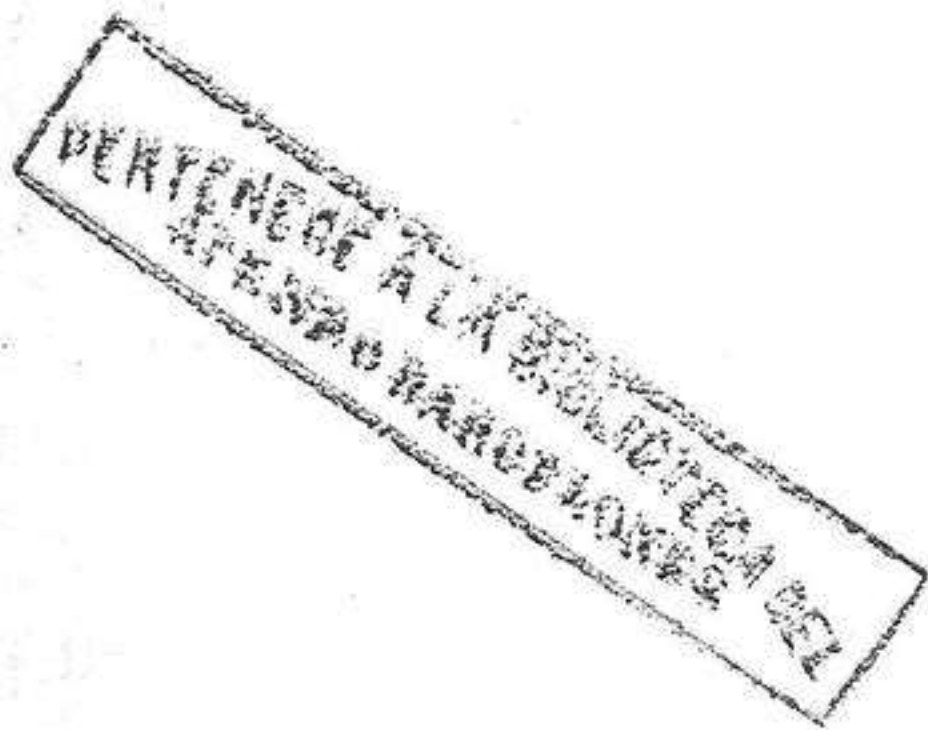
A. DE PONTMARTIN.

EL ARTE



El verdadero arte no consiste solamente en cambiar ó perfeccionar la naturaleza, sino en buscar á través de ella «las cosas que son buenas, las cosas que son puras», y amándolas, poner todo cuanto poderío ó seducción tiene el pintor para expresar la hermosura de ellas, con el fin de hacerlas comprender á los demás. El amor á la belleza expresado por el pintor: he aquí lo que constituye la grandeza del arte, á condición de que este amor no sacrifique la menor partícula de verdad.

(RUSKIN.)



Las más antiguas obras de arte que poseemos son figuras de animales, sin duda groseras, pero asombrosamente características, grabadas ó esculpidas en un hueso ó en un asta de ciervo. Encuéntranse en las cavernas de Inglaterra, de Francia, de Alemania, con instrumentos de piedra, otros objetos primitivos y restos de mamíferos pertenecientes á fines de la época glacial, lo más probable, osamentas de ciervos, de osos y de otros animales que aún habitan en

la Europa templada, así como cuadrúpedos cual el reno, el carnero almizclado y el mammoth, que se han retirado hacia el Norte ó han desaparecido en totalidad. Hasta creo que podemos atrevernos á esperar que más tarde se encontrarán otros dibujos que nos den informes complementarios acerca de los usos y costumbres de nuestros antepasados en esas remotas edades.

En seguida vienen, por orden de antigüedad, las esculturas y pinturas de las tumbas, de los templos y

de los palacios en Egipto y en Asiria.

Sin duda, esas escenas de los siglos pasados, consideradas como obras de arte, tienen muchas imperfecciones; pero ¡qué pintorescas y expresivas son! En la realidad, un rey no es generalmente más corpulento que sus soldados, y siempre se le representa así en esas escenas de batalla. No olvidemos que en las guerras de antigüedad los jefes tomaban evidentemente la más activa participación en los combates. Los relatos homéricos parecen desde este punto de vista á las representaciones de la vida en Egipto y en Asiria. En todos los casos, hasta el espectador más superficial sabe distinguir en seguida quién es el rey, cuáles son los oficiales, qué bando es el vencedor; ve las luchas y los sufrimientos de los heridos, al enemigo en fuga, la ciudad de refugio; al paso que en las modernas pinturas de batallas la acción es menos clara y el ojo inexperto no ve durante un rato nada más que rojo y humo.

Aun cuando no tienen la belleza de un arte más reciente, estas obras es lo cierto que tienen una grandiosidad y nobleza particularísimas.

El arte alcanzó en Grecia una perfección que jamás ha sido superada, y logró una admiración que quizá nunca ha encontrado después.

Quando Demetrio atacó á la ciudad de Rodas, Protógenes estaba ocupado en pintar la quinta de Ialysos. «Lo cual—dice Plinio—impidió á Demetrio apoderarse de Rodas, por miedo á quemar el cuadro. Como no podía poner fuego á la ciudad por ningún otro lado, prefirió salvar el cuadro más bien que conseguir definitivamente una victoria que estaba ya en su mano. En aquel entonces Protógenes estableció su taller en un jardín extramuros de la ciudad y muy próximo al campamento enemigo, adonde á pesar del ruido de los soldados iba todos los días á dar las últimas pinceladas á los cuadros que tenía ya comenzados. Habiéndole hecho Demetrio que compareciese á su presencia, le preguntó de dónde provenía su audacia de pintar así, en medio de los enemigos. Y respondió al rey: «He comprendido que hacías la guerra á los rodios y no á las artes.»

El arte declinó con la caída de la Grecia; no se volvió á levantar hasta el siglo XII, con Cimabue, y desde entonces no ha cesado de progresar de una manera brillante.

El arte es, sin disputa, uno de los elementos más puros y elevados de la felicidad humana. Forma el espíritu mediante los ojos, y los ojos mediante el espíritu. El arte colorea la vida, como el sol las flores.

« En el arte verdadero — dice Ruskin — la mano, la cabeza y el corazón del hombre forman una unidad. Pero el arte no es una simple distracción; no se debe aprenderlo á ratos perdidos, ni estudiarlo á falta de otra cosa mejor que hacer.»

No sólo en Oriente es donde las grandes obras, debidas en realidad al estudio y al trabajo, se han atribuido á la magia.

No basta estudiar y trabajar para llegar á ser un artista, pero nadie puede sobresalir sin eso en el arte. En arte, dos y dos no suman cuatro; y jamás cierto número de cosas pequeñas formarán una grande.

Siguiendo á graves autoridades, se ha dicho que la finalidad del arte consiste en agradar. Esta definición es muy imperfecta. Lo mismo pudiera decirse que una biblioteca está hecha nada más que para recreo y adorno.

El arte tiene sobre la naturaleza la ventaja de que introduce un elemento humano, que desde ciertos puntos de vista es superior á la naturaleza. « Si tomáis un hombre — dice Platón — tal como está formado por la naturaleza, y lo comparáis con otro hombre tal como lo representa una obra de arte, la obra de la naturaleza parecerá siempre menos bella, porque el arte es más correcto que la naturaleza.»

Bacón, en el *Progreso de las ciencias*, habla también « del mundo como inferior al alma, por la razón de que el espíritu necesita una grandeza más imponente, cualidades más reales y una variedad más completa que la que se halla en la naturaleza ».

Los poetas nos dicen que habiendo hecho Prometeo una admirable estatua de Minerva, quedó tan prendada de ella la diosa, que ofreció bajar del cielo lo que quisiera para aumentar su perfección. Prometeo la rogó prudentemente que le llevara con ella, á fin de ser libre de elegir por sí mismo. Minerva consintió en ello, y viendo Prometeo que en el cielo todo estaba animado por el fuego, trajo de allí una chispa que dió vida á su obra.

En realidad, la imitación es el medio y no el fin del arte. La historia de Zeuxis y de Parrasio es una linda anécdota; pero engañar á los pájaros y aun al hombre, ¡ qué objeto tan frívolo, comparado con las elevadas funciones del arte! Imitar la *Iliada*, dice el doctor Young, no es imitar á Homero; aun cuando, como hace observar sir Joshua Reynolds, « cuanto más estudia el artista la naturaleza, más se aproxima al ideal absoluto y verdadero del arte ».

En efecto, el arte debe crear tanto como copiar. Como dice Víctor Cousin, « el ideal sin la realidad

carece de vida, pero la realidad sin el ideal carece de hermosura. Ambos necesitan reunirse, tenderse la mano y firmar su alianza. Sólo así pueden terminarse las más bellas cosas. La belleza es un ideal absoluto, y no una simple copia de la imperfecta naturaleza».

La composición de un cuadro es evidentemente de la mayor importancia. Sir Joshua Reynolds nos demuestra con dos notables ejemplos cuánto puede ser modificada una figura por lo que la rodea. En uno de sus cuadros, Tintoreto ha cogido el Sansón de Miguel Angel, y poniéndole un águila á los pies, el trueno y el rayo en la mano derecha, en lugar de la quijada de un asno, le ha transformado así en Júpiter. El segundo ejemplo es más chocante todavía: Ticiano ha copiado la figura de la bóveda de la capilla Sixtina, que representa la Divinidad separando la luz de las tinieblas, y la ha introducido en su cuadro de la batalla de Cadora para representar un general cayéndose del caballo.

No olvidemos que el artista debe formar el ojo, pero no engañarlo; y que debe proponerse hablar al espíritu más bien que á los ojos. Los que aman la belleza, la verán en todas partes donde esté.

No cabe ningún género de duda que «dorar el oro fino, pintar el

lirio, perfumar la violeta, pulimentar el espejo y añadir un nuevo matiz al arco iris, ó con un cirio encendido querer añadir luz al ojo espléndido del cielo, es una prodigalidad excesiva y ridícula». (Shakespeare.)

Pero no es oro todo lo que reluce, no todas las flores están vestidas como el lirio ni hay tanta libertad para elegir como para representar.

«Lo verdadero, lo bueno, lo bello—dice Cousin—no son más que formas de lo infinito. ¿Qué amamos verdaderamente en lo verdadero, lo bueno y lo bello? El infinito mismo. El amor á lo infinito sustancia se esconde bajo el amor á sus formas. Tan es así, que el infinito es lo que nos seduce en lo verdadero, lo bueno y lo bello, que no bastan estas manifestaciones solas. El artista queda descontento hasta de sus más bellas obras; aspira á más alto.»

Objétase á veces que la pintura de paisaje no es verdadera, pero nosotros preguntamos: ¿qué es la verdad? ¿Consiste en reproducir en el espíritu la misma impresión que la escena real? Si es así, tratad de dibujar de memoria un grupo de montañas y probablemente encontraréis que en la imagen que vuestro espíritu ha retenido de ellas, las montañas son más altas y escarpadas, los valles más profun-

dos y más estrechos que en la realidad; así, pues, un dibujo exacto al pie de la letra no sería verdadero, en el sentido de que no produciría idéntica impresión que la misma naturaleza.

En realidad, el arte—dice Goethe—se llama *arte* precisamente, porque no es la naturaleza.

No basta elegir un hermoso punto de vista y dibujarlo con exactitud. El artista no debe ser un simple copista; es necesario algo más elevado y más sutil; debe crear, ó en todo caso interpretar, tanto como copiar.

Turner nunca se ha limitado á copiar ni aun el más maravilloso paisaje; ha cambiado de sitio y hasta suprimido las montañas.

Cierto caballero estaba muy deseoso de ver el modelo por el cual pintaba Guido Reni sus arrebatadoras figuras de mujeres; éste hizo tomar al que le molía los colores, hombre gigantesco y vulgarísimo, cierta actitud, y se puso á dibujar una admirable Magdalena: «Mi querido conde—dijo—lo bello, el puro ideal debe estar en el espíritu; poco importa en tal caso el modelo que se tiene.»

Pintando el San Miguel de la iglesia de Capuchinos, en Roma, Guido «deseaba tener las alas de un ángel para subir al Paraíso y contemplar las formas de esos espíritus

de una hermosura perfecta, con arreglo á los cuales hubiera podido copiar su arcángel; pero no siendo capaz de subir tan arriba y como hubiera sido tiempo perdido para mí buscar su semejante acá abajo, me he visto obligado á mirar dentro de mí mismo ese ideal de belleza que me había forjado en mi propia imaginación.» (Dryden.)

En tanto que lo permiten los cortos límites de las facultades humanas, la ciencia trata de reproducir los hechos positivos de una manera un poco escueta, si se quiere, pero sincera, sin consideración á tiempos ni lugares. Para conseguirlo, debe someterse á muchas trabas vejatorias y que presentan graves inconvenientes. Por el contrario, el arte debe tratar de hacer resaltar algún aspecto particular del original para producir la viva impresión de éste.

En cierto modo, el arte da, mejor que ninguna descripción, idea clara y viva de una comarca desconocida. En literatura, una roca no es más que una roca; pero en pintura, debe ser de granito ó de pizarra, y no una roca cualquiera.

Desde hace mucho tiempo han reconocido los artistas la necesidad de aprender la anatomía, y esta ciencia siempre ha sido enseñada en la Real Academia; al paso que sólo hace pocos años que han compren-

dido la utilidad de tener conocimientos en botánica y en geología, y aun ahora mismo dista mucho de ser universalmente reconocida la importancia de estas ciencias.

Se ha escrito mucho acerca de los méritos respectivos de la pintura, de la escultura y de la arquitectura. Este examen, poco útil en sí mismo, holgaría aquí del todo.

La arquitectura, no sólo produce un placer intenso, sino la impresión de algo ideal y sobrehumano. Mad. de Staël la ha definido diciendo que es «una música helada», y una catedral es para ella una magnífica muestra del «pensamiento en piedra», cuyos ventanales son muros transparentes de tintes sutuosos.

Carraccio dice que los poetas pintan con palabras y los artistas hablan con sus obras. Estos últimos tienen una gran ventaja, porque una simple ojeada á una estatua ó un cuadro, basta para dar una idea más viva de las cosas, que una larga y minuciosa descripción.

La otra ventaja del arte consiste en ser comprendido en todas las naciones civilizadas, mientras que cada una de ellas tiene un lenguaje diferente.

Además, desde un punto de vista práctico, el arte tiene grandísima importancia. En un discurso reciente, sir Frederick Leighton ha

hecho notar que el estudio del arte se hace de día en día más esencial, si no se quiere que tenga que resentirse la prosperidad material del país; porque la rivalidad entre la industria de Inglaterra y la de las otras naciones, rivalidad áspera y ardiente, que para algunas de las ramas de la industria equivale á una verdadera lucha por la vida, no recae ya exclusivamente en la excelencia de los materiales y la solidez de la fabricación, sino, sobre todo, en el encanto artístico y en la belleza del dibujo.

«El servicio más elevado que el arte puede prestar al hombre es el de darle, á la vez, el medio de expresar sus más nobles aspiraciones y de disciplinar sus emociones; de esta misión, más que de perfección estética, es de lo que hoy nos ocupamos.» (Haweis.)

El arte y la ciencia son como dos hermanas, ó más bien como hermano y hermana. Bajo cierto aspecto, la misión del arte se asemeja mucho á la de la mujer. Su función consiste menos en tomar parte en la dura batalla de la vida que en rodearla de una aureola de belleza y transformar el trabajo en regocijo.

En ciencia esperamos, naturalmente, el progreso, pero en arte ya no es tan evidente la cosa; sin embargo, sir Joshua Reynolds no va-

cilaba en expresar su convicción de que la pintura haría tales progresos en lo venidero, «que el mejor cuadro de nuestro tiempo sólo parecerá la obra de un niño». Podemos esperar que nuestro poder de gozar aumente en la misma medida. Wordsworth dice que los poetas tienen que formar el gusto para sus propias obras; en cierto modo, igual puede afirmarse de todos los artistas.

Hay un dominio en que los pintores modernos parecen superar á sus antecesores; gracias á ellos, tenemos la dicha de gozar con más intensidad las bellezas de la naturaleza.

No tengo la pretensión de hablar sobre este asunto con autoridad, mas paréceme que antes de Turner, hasta en los más grandes maestros, la pintura de paisaje era notablemente inferior á la de figura. Sir Joshua Reynolds nos refiere que Gainsborough amañaba una especie de modelo de paisaje encima de la mesa, con piedras rotas, hierba seca y trozos de espejo «que agrandaba y convertía en peñascos, árboles y masas de agua.» Sir Joshua discute en serio el acierto de tal procedimiento. «¿Hasta qué punto —dice con gravedad— puede servir para evocar ideas? Los profesores de paisaje son los únicos que pueden apreciarlo.» Pero no lo re-

comienda; y estoy dispuesto á creer que, en resumen, es más funesto que útil.

En el cuadro de *Céyx y Alciones*, por Wilson, que, según Cunningham es, con Gainsborough, el fundador de nuestra escuela de paisaje, dícese que el castillo fué pintado teniendo á la vista un jarro de cerveza *porter*, y los peñascos por un queso de Stilton. Según otra versión, aquella pintura fué vendida por un jarro de *porter* y un queso; lo cual no hace formar una idea muy elevada de la estimación en que por aquella época se tenía al arte del paisaje.

Hasta una fecha muy próxima, la opinión general era poco favorable á los paisajes de montaña, y se pensaba con Tácito: «¿Quién querría abandonar el Asia, el Africa ó la Italia para ir á Germania, aquella región sin belleza de líneas y sin carácter, de oscuro cielo, de aspecto melancólico?»

Es curioso leer la opinión del doctor Beathie, acerca de este punto, en su tratado especial *Verdad, poesía y música*, escrito á fines del pasado siglo: «*Los Highlands* son, en general, de un aspecto muy melancólico. Son largas extensiones de montañas cubiertas de matorrales sombríos, á menudo aún más oscurecidas por brumas; estrechos valles poco poblados y surcados por

precipicios donde se precipitan con estruendo los torrentes; un suelo tan abrupto y un clima tan triste, que la mayor parte de la Escocia no posee ni el encanto de los países de pastos, ni la actividad de las comarcas agrícolas; no se oye más que el monótono rodar de las olas que se quiebran en los bordes de los golfos y de los lagos, y ruidos siniestros que despierta cada cambio de viento en aquellas solitarias regiones llenas de ecos, de peñascales y de cavernas. No puede imaginarse hasta qué punto ese paisaje adquiere una apariencia extraña y pavorosa á la luz de la luna; esas formas indistintas proyectan como una sombra en la imaginación.»

El mismo Goldsmith miraba la naturaleza de los Highlands como pavorosa y horrible; en cuanto á Johnson, sabemos que sienta como un axioma que el más hermoso punto de vista para un escocés «es el camino real que conduce á Inglaterra.» Por eso dudamos que haya podido decir acerca de la Calzada de los Gigantes: «Merece la pena de ser vista, pero no de ir á verla.»

Mad. de Staël declaraba que andaría quinientas leguas para encontrar un hombre de talento, pero no se tomaría el trabajo de abrir la ventana para contemplar la bahía de Nápoles.

En otro tiempo, no era el paisaje

lo único que se desdeñaba. El mismo Burke ha dicho, hablando de la ciudad de Stonehenge: «No tiene nada de notable, ni como situación, ni como monumentos.»

En ciertos casos un paisaje feo puede producir desastroso efecto en el sistema cerebral. Se ha supuesto ingeniosamente que si Don Quijote perdió el seso, fué menos por el estudio de los libros de caballería que por el monótono aspecto de las provincias de la Mancha.

El amor á la naturaleza no se debe ciertamente al arte sólo. Una feliz alianza del arte y de la ciencia es lo que nos ha enseñado á ver la belleza de lo que nos rodea.

El arte nos enseña á ver. «Hay centenares de personas que saben hablar, por una que sepa pensar; pero hay millares de ellas que saben pensar, por una que sepa ver. Ver con claridad es á la vez poesía, profecía y religión... Acordémonos siempre de que la grandeza del arte consiste, en primer término, en la comprensión sincera é intensa de los hechos naturales, y después en el arreglo de esos hechos por el poder de la inteligencia humana de manera que resulten útiles, interesantes y bellos para todos los que los contemplen. El gran arte no puede compararse más que á una vida noble y digna, porque el hombre inferior no ve nada con clari-

dad en todo lo que le rodea, no mira nada de frente, y se deja arrastrar por el torrente impetuoso y la fuerza irresistible de las cosas que no ha querido prever ni podido comprender; al paso que el hombre superior mira frente á frente las cosas de este mundo, y sondeándolas con una rara penetración, entra en pugna con ellas, sin premura y sin turbación, gracias á su inteligencia y á su fuerza de voluntad, agente activo é importante en las luchas por el bien y contra el mal.» (Ruskin.)

Esperamos que aún habrá mayo-

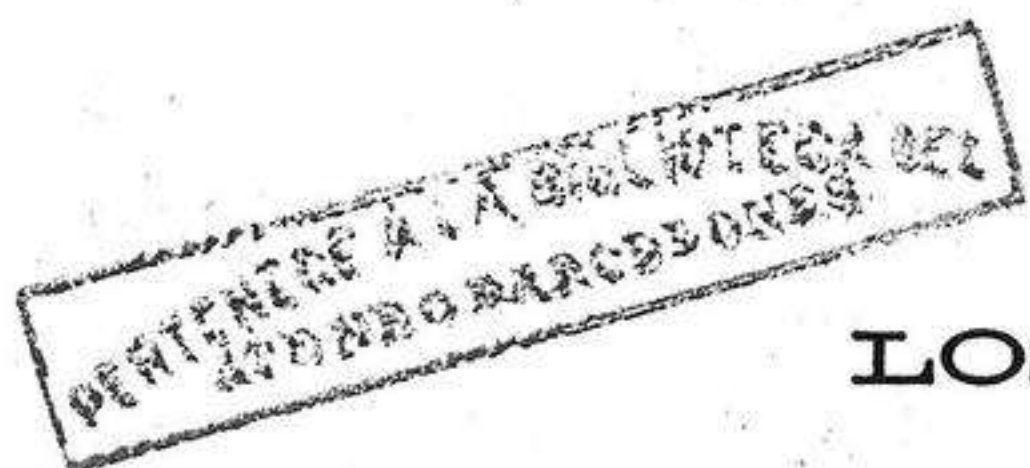
res progresos en este punto, que se revelarán bellezas nuevas, y que hay de reserva placeres desconocidos para que los gusten quienes vengan después que nosotros; placeres que no podemos apreciar, ó de los cuales, á lo sumo, sólo podemos tener superficialísima idea.

Ahora mismo, no hay choza donde no se encuentre algún objeto que, más ó menos, se relacione con el arte (cuadro, fotografía, estatuilla); y, sin temeridad, podemos esperar que si el arte contribuye mucho ya á la dicha de la vida, esto mismo sucederá cada vez más en lo futuro.

JOHN LUBBOCK.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL



LOS CONGRESOS

San Petersburgo.—Amberes.—Berna.—Cristiania.—Periódicos.

Cuando se dice que los Congresos nunca son serios, se exagera ciertamente. Son una dilución de las academias, de las ferias de vanidades; pero nos dan la resultante de las medianías, del hombre de buen sentido; nos enseñan hasta qué punto ha penetrado una doctrina en una época dada, entre la turbamulta de los semisabios que forman su mayoría, y cuáles son los lados más accesibles.

I. — CONGRESO DE SAN PETERSBURGO.—Así, hemos visto en el Congreso penitenciario de San Petersburgo algunos hombres de genio, como Latyschew, Alongi, Sichart, Prins, protestar contra las ilusiones de los juristas rancios. Allí fué donde Sichart formuló las tesis siguientes, con las cuales estamos conformes, pero que no fueron aproba-

das ciertamente por ese Congreso oficinesco:

«1.º Es un hecho probado por la estadística y explicado científicamente por la antropología criminal, que la pena impuesta por la ley es incapaz de enmendar moralmente á un número muy grande de criminales.

2.º Por consiguiente, por conveniencia de la seguridad pública, la ley debiera estatuir penas de una duración indeterminada contra los criminales incorregibles y peligrosos á la vez; y contra los incorregibles, pero no peligrosos para la sociedad, debiera dictar penas de una duración relativamente corta, pero otro tanto más severas en cuanto á su modo de ejecutarse, con el fin de destruir, ó por lo menos atenuar la tendencia perversa que esos

individuos tienen á violar la ley, y ejercer sobre ellos el mayor tiempo posible una influencia intimidatoria.»

También M. Alongi escribió allí:

«Quien nace redondo, no puede morir cuadrado. Todos los criminales por hábito y de profesión son radicalmente incorregibles, y hay que procurar dos cosas: 1.º, hacerlos impotentes; 2.º, disminuir su número por la pena de muerte, ó por el aislamiento y el trabajo.»

Y M. Latyschew:

«El régimen celular se funda en la teoría de la perfectibilidad indefinida de todos los hombres, y en la creencia religiosa de que la soledad provoca inevitablemente el arrepentimiento y conduce por necesidad al bien.

»Los partidarios exaltados del nuevo sistema, inventado más allá del Océano por la secta de los cuáqueros, en su entusiasmo, creían haber encontrado una verdadera panacea universal, capaz de obrar en todas las voluntades culpables y de regenerar para una nueva vida á cada criminal, sean cuales fueren sus antecedentes, su edad, su carácter.

»Sin embargo, los resultados obtenidos en los primeros ensayos de enmienda estaban lejos de corresponder á las esperanzas de los creyentes. Un considerable número de

licenciados, en la enmienda de los cuales se creía, reingresaron en la cárcel para cumplir nueva condena.

» Empezaron á introducirse diversas modificaciones en el sistema, esperando dar con un régimen penitenciario más eficaz desde el punto de vista moralizador.

» Después de haber agotado, sin resultado ninguno, todas las formas posibles del encarcelamiento, comiézase á sospechar que la impotencia del régimen para mejorar á los presos no tiene por única causa lo imperfecto de los medios de aplicación, y que es preciso distinguir tipos criminales en la masa general de los reclusos.»

Pero, lo repito, ante las medianías, ante el montón anónimo, no tiene eco la idea genial. Hasta hubo allí congresistas, y de los más furibundos, que después de negar en público la existencia del criminal congénito, confesaron en particular que sabían muy bien que existe, pero que les conviene admitirlo á los hombres graves, magistrados, directores, etc.

Y después de animadísimos debates, desechóse la idea de una incorregibilidad absoluta y se sustituyó por la idea de una incorregibilidad de hecho.

«Sin admitir que, desde el punto de vista penal y penitenciario, haya criminales ó delincuentes incorre-

gibles en absoluto, sin embargo, la experiencia demuestra haber de hecho individuos rebeldes á la doble acción penal y penitenciaria, los cuales, por hábito y como por profesión, reinciden en infringir las leyes de la sociedad. La sección manifiesta el deseo de que debieran tomarse medidas especiales contra esos individuos.»

Se aceptó por unanimidad. Una gran mayoría votó después proposiciones estableciendo una distinción importante en el conjunto de lo que ahora llamamos reconvictos ó relegables; el Congreso ha querido distinguir individuos menos perversos, como los mendigos ó vagabundos inveterados, recomendando contra ellos la reclusión por tiempo suficiente en establecimientos de trabajo obligatorio.

Otro párrafo proponía una reclusión prolongada, ó, según los casos, el envío á territorios ó posesiones dependientes de los países interesados, pero siempre con las garantías que la autoridad debe otorgar á los que se ven privados de la libertad—y la posibilidad de que recobren la libertad completa—por su buena conducta, sobre todo por el sistema de la liberación condicional.

He aquí las otras proposiciones votadas por el Congreso:

EXTRADICIÓN

1.º Sería de desear que las legislaciones penales particulares adoptasen como regla general el principio de la extradición, hasta sin la condición previa de reciprocidad (salvo las reservas que cada Estado creyese deber estipular).

2.º Tendiendo á convertirse la excepción en regla, de adoptarse en principio por las legislaciones particulares, la extradición, los tratados internacionales acerca de ésta, podrían cambiar de procedimiento, y en lugar de enumerar las figuras de delito sujetas á la extradición, enumerarán las figuras de delito para las cuales no se concediese la extradición.

EMBRIAGUEZ (1)

1.º El estado de embriaguez no constituye delito por sí sólo; no

(1) Diversos oradores parecieron querer considerar la embriaguez como un simple estado patológico que necesita, según se ha dicho textualmente, «de una solicitud especial» y requiere atenderse en un establecimiento *ad hoc*. Si se encarcelase á los borrachos—exclama un miembro del Congreso—muchas veces habría que encarcelar entre nosotros al vecindario entero de un pueblo. Por otra parte, algunos congresistas italianos querían que la embriaguez fuese delito, con la única condición de ser pública y notoria. Según ellos, el Estado, con un fin

da lugar á represión sino en el caso de manifestarse públicamente en condiciones peligrosas para la seguridad, ó por actos propios por su naturaleza para perturbar la tranquilidad y el orden públicos.

2.º No puede negarse la utilidad de disposiciones legislativas estableciendo medidas coercitivas, tales como la reclusión en un hospicio ó una casa de labor, de los individuos habitualmente entregados á la embriaguez y que llegasen á estar á cargo de la asistencia ó beneficencia públicas, ó se entregasen á la mendicidad, ó fuesen peligrosos para sí mismos ó para otro.

3.º Urge hacer á los dueños de despachos de vino ó de espirituosos penalmente responsables por despachar licores fuertes á individuos manifiestamente beodos.

4.º En caso de infracción penal cometida en estado de embriaguez:

preventivo debiera castigar, por lo menos como culpable de una falta de policía y como responsable de todos los desórdenes consecutivos, á cualquiera que se presentase en un sitio público en estado de embriaguez evidente.

Los miembros franceses de la sección pidieron que para ser penada la embriaguez no sólo fuese pública y manifiesta, sino que notoriamente diese margen á un escándalo ó á un peligro.—¿Un peligro para quién?—se ha preguntado.—Para otro ó para sí mismo—se ha respondido. Y estas últimas palabras se encuentran, en efecto, en el texto de las conclusiones votadas por la sección y por la Asamblea general.

I.—El estado de embriaguez incompleta no puede en ningún caso eximir de responsabilidad; como circunstancia que influya en la cuantía de la pena, el legislador no puede declararla atenuante ni agravante, sino que su influjo sobre dicha cuantía debe depender de las circunstancias de cada caso particular.

II.—El estado de embriaguez completa exime de responsabilidad en principio, excepto en los casos siguientes:

a). Cuando la embriaguez constituya por sí misma una figura de delito; y

b). En el caso de las «*actiones liberae in causa*», cuando el autor se embriaga sabiendo que en estado de ebriosidad *debe ó puede* cometer una infracción criminal; en el primer caso se hace responsable de un delito cometido con premeditación; en el segundo, de un delito por negligencia.

ENSEÑANZA DE LA CIENCIA CRIMINAL (1)

1.º El congreso es de parecer que es muy útil la enseñanza de la

(1) Varios oradores han podido establecer que esta enseñanza se daba ya en sus respectivos países, y que la disciplina de las prisiones no se había resentido en manera alguna por la especie de clínica penitenciaria por medio de la cual se trataba de completarla. Joly pidió por vía de enmienda, que el tí-

ciencia criminal y penitenciaria, y muy de desear; y que el estudio científico de la aplicación de las penas puede compadecerse fácilmente con las exigencias de la disciplina penitenciaria.

2.º Hace votos porque en las universidades de los diferentes países se cree una cátedra de ciencia criminal y penitenciaria, y porque la administración penitenciaria ofrezca las facilidades necesarias para sostener y alentar ese estudio.

3.º Es de parecer que conveniría crear bibliotecas de ciencia penitenciaria en los establecimientos penales y para uso de los funcionarios de esos establecimientos.

OCULTACIÓN FRAUDULENTA (1).

Para combatir de una manera eficaz la ocultación de objetos robados, cabe:

tulo de la cátedra reclamada se modificase ligeramente, y que la frase «enseñanza de la ciencia penitenciaria» se sustituyese por esta otra: «enseñanza de la ciencia criminal penitenciaria.» Para combatir á un enemigo, sea el que fuere, ante todo importa conocerle bien. Por eso, la lucha de la sociedad contra los malhechores debe ilustrarse por medio de un conocimiento tan profundo como sea posible acerca de la naturaleza del crimen y del delito, de sus variedades, de sus causas y de su historia. Dicha enmienda se aceptó por unanimidad de votos.

(1) La discusión puso de manifiesto cierto número de hechos interesantes. Esta práctica es antigua, y se ha perfeccionado y extendido. Los delegados de España y Portugal afirman que en sus países la práctica de la

1.º Dictar disposiciones reglamentarias destinadas á precaverla, respecto á ciertas profesiones, tales como las de banqueros ó cambistas, joyeros y corredores de alhajas, etc.

2.º Hacer que la ocultación de cosas robadas no sea un caso de complicidad, sino un delito especial.

ocultación por terceras personas de los objetos robados es un elemento constante de toda asociación criminal. Un delegado de Baviera llama la atención acerca de ciertas casas organizadas para la ocultación clandestina, como otras lo están para el libertinaje clandestino, con diferentes salidas y escaleras. Recuerda que se ha propuesto considerar estas casas como barcos de piratas, y que se ha pedido su confiscación. Pero otros miembros insisten más en el carácter internacional que la ocultación fraudulenta ha tomado en nuestros días. Todo el mundo sabe que las agencias inglesas han organizado muy sabiamente esta fructuosa industria. Centralizan en Londres los objetos robados y sobre todo los títulos; luego fingen haber encontrado esos títulos y haber obtenido la restitución de ellos, y se los ofrecen á sus legítimos propietarios mediante un corretaje de 30 á 60 por 100, según los casos.

A propósito de esto, M. Dumas, director de asuntos criminales en el ministerio de Justicia de Francia, dió á la reunión cifras edificantes suministradas por una indagación de la prefectura de policía. En un solo año, las investigaciones hechas en París han reconstituido un total de 2.500.000 francos, transportados de Francia á Inglaterra, según noticias de la policía, y que han dado lugar á ese tráfico de sedicente restitución, hasta concurrencia de la mitad de dicha suma próximamente. No cabe duda de que un comercio análogo se practicará igualmente en detrimento de Bélgica, y también, sin duda, de Alemania.

3.º Establecer una agravación progresiva de penas para la reincidencia en esta materia.

REPRESIÓN Y DELITOS DE LOS
DETENIDOS

No ha lugar á eximir de la jurisdicción de los tribunales ordinarios los delitos contra el derecho común cometidos por los reclusos durante su encarcelamiento, de cualquiera naturaleza que aquellos fueren; salvo, naturalmente, el caso en que esos delitos tengan señalada una pena especial por las leyes ó los reglamentos concernientes al orden y á la disciplina de los establecimientos penales.

PRISIONES

1. Es de desear que para la detención preventiva se establezcan prisiones especiales en cuanto fuere posible, y en caso contrario, que se destine al efecto un departamento especial en las cárceles.

2. Para la detención preventiva se adoptará como regla general la separación individual, y no podrá reemplazarse por la detención en común durante el día, á petición del detenido, sin que lo autoricen el poder judicial ó el administrativo.

3. Cuando los detenidos fueren menores de edad se les aplicará también el régimen de separación individual, y la detención sólo se ordenará en los casos de necesidad absoluta; es de desear que los menores de diez y siete años beneficien el estado de libertad, hasta el momento en que recaiga fallo definitivo acerca de su suerte.

4. La separación individual será reemplazada por la detención en común para las personas que no pudieren soportar aquélla impunemente para su salud, á causa de edad avanzada ó de indisposiciones físicas ó psíquicas.

5. Los detenidos deben ser tratados con arreglo al derecho común. La detención preventiva sólo traerá consigo las restricciones exigidas por su objeto mismo y para sostener el orden de la prisión.

6. La administración local no podrá aplicar á los detenidos preventivamente más que las medidas disciplinarias previstas en los reglamentos, y estrictamente necesarias para mantener el orden y la tranquilidad.

7. La actividad de las sociedades de patronato organizadas en pro de los cumplidos de condena, debiera extenderse también en pro de los presos que gozan de la libertad provisional.

LIBERTAD CONDICIONAL

1. Estando destinada á la vez toda pena á castigar al culpable, á colocarle en la imposibilidad de hacer daño y á darle medios de rehabilitarse, y permitiendo las penas de larga duración, esperar más que las otras, la enmienda del penado, la organización de estas penas deberá inspirarse en los principios de reforma que rigen á las penas de corta duración.

2. Toda pena de larga duración comenzará por cierto tiempo de reclusión celular.

3. Después de ese tiempo de reclusión celular diurna y nocturna, cuando el penado sea admitido al trabajo en común durante el día, continuará siendo encerrado en celda durante la noche.

4. La administración deberá organizar lo más posible trabajos al aire libre, y de preferencia trabajos públicos, pero con la condición indispensable de que esos trabajos se instalarán de tal manera que los detenidos no puedan estar nunca en contacto con la población libre.

5. La libertad condicional sólo se concederá con todo el tiempo posible y siguiendo una gradación paralela á la enmienda del penado.

6. Se crearán patronatos, por iniciativa privada ó de la adminis-

tración, para proteger á los penados mientras dure su libertad condicional y velar por ellos hasta que, después de su libertad definitiva, parezcan enmendados por completo.

TRABAJO EN LAS PRISIONES

1. Siendo necesario el trabajo útil, y en lo posible productivo, para los detenidos, cualquiera que fuere el régimen penitenciario á que estén sujetos, conviene examinar en cada país, según su situación, cómo puede suministrarse prácticamente el trabajo y dirigirse de modo que corresponda á las reglas y necesidades diversas de la obra penitenciaria, sea por el sistema de administración ó por el sistema de contrata.

2. Siendo el trabajo la parte principal de la vida penitenciaria, debe someterse en su organización y funcionalismo á la autoridad pública, única con atribuciones para inspeccionar la ejecución de las leyes penales. Así, pues, no pueden abandonarse los penados á la explotación de intereses particulares.

3. De una manera general, pero sin que convenga imponer reglas absolutas, el sistema de administración parece facilitar mejor la subordinación del trabajo, como de cualquiera otra parte del régimen penitenciario, á la obra que se trata de

realizar. Pero en razón á las dificultades que puede presentar la organización de los trabajos de interés público, es concebible que la administración recurra á empresas ó industrias privadas, con tal de que la utilización de la mano de obra no constituya el dominio de un contratista sobre la persona y la vida de un penado.

4. En la organización de los trabajos penitenciarios y particularmente en el sistema por administración, es de desear que las ventajas de la mano de obra se le reserven al Estado; y puede manifestarse, por consiguiente, que el Estado sea, en la medida de lo posible, productor y consumidor á la vez de los objetos trabajados por la mano de obra penal.

Dada la obligación estricta de hacer trabajar á los penados, es inevitable y necesario que su mano de obra dé productos útiles, como hubiera de darlos en la vida libre. Sin embargo, el trabajo penal, si está organizado con discernimiento por una administración dueña siempre de regular sus condiciones, parece que sólo puede hacer una competencia de escasa importancia al trabajo libre.

Esta concurrencia parece, sobre todo, que equitativamente no puede ser objeto de reclamaciones, cuando se trata de trabajos agrícolas de

interés público y con la ventaja de evitar el cambio transitorio de profesión de los trabajadores del campo, ó de trabajos industriales que funcionen para el mismo uso de los establecimientos penales ó para otros servicios públicos que corran por cuenta del Estado.

De un modo más especial, y sin pretender fijar reglas absolutas, el Congreso se cree en el deber de recomendar:

1.º Que la mano de obra se utilice en lo posible, y sin perjuicio de los fines penitenciarios de necesidad, en las mismas necesidades de la vida de los penados y en el funcionalismo de los establecimientos penales.

2.º Que las ventajas que puedan resultar de esta mano de obra se reserven lo más posible para el servicio del Estado y no en beneficio de las explotaciones ó empresas particulares.

3.º Que la fijación de los efectivos de cada industria en un lugar determinado, la elección, variedad y reemplazo de esas industrias, la determinación de los salarios y tarifas del trabajo, estén combinados de manera que no permitan constituir protección, privilegio, ni fuerzas abusivas capaces de deprimir las industrias libres correspondientes.

4.º Que la autoridad pública

conservese siempre, de cualquier modo de organización que fuere, el medio de contener toda competencia abusiva que se produjere, llegar al paro de los penados y sin abandonarlos á la explotación ó al poder de cualquier asentista ó industrial.

ESTÍMULOS AL TRABAJO

1. Un sistema de recompensas y estímulos materiales y morales á los penados, que indicase el reglamento y la administración fuese libre de escoger, sería provechoso para la buena disciplina y para la enmienda de los reclusos.

2. Las medidas indicadas debieran ser la retribución de la asiduidad en el trabajo y de la buena conducta, sin perjuicio del carácter y propósito de la pena.

3. Cabe dar la mayor extensión á los medios morales de estímulo y recompensa, como la esperanza de abreviar la pena, la autorización para adquirir libros, para enviar socorros á la familia.

4. En punto á estímulos materiales, es admisible la autorización de sustancias alimenticias que, sin tener el carácter de golosinas, parezcan útiles desde el punto de vista higiénico.

5. El penado pudiera ser autorizado para disponer en beneficio de sus necesidades materiales y mo-

rales de una parte alícuota de su peculio, limitada por el reglamento en general y por la opinión razonada del jefe del establecimiento en cada caso particular.

6. La parte de peculio puesta de reserva debiera depositarse, al dar libertad al cumplido, en manos de las autoridades ó de las sociedades de patronato, quienes se encargarán de írsela entregando por fracciones al licenciado, conforme á sus necesidades.

7. Sólo con autorización del director del establecimiento podría admitirse que el penado disponga de su patrimonio, independiente de su peculio, como medio de satisfacer sus necesidades en el interior del penal.

FUNCIONARIOS DE ESTABLECIMIENTOS PENALES

1. Desde el punto de vista de los intereses de la obra penitenciaria, tiene la mayor importancia el reclutar bien los funcionarios, empleados y agentes del servicio de las prisiones.

2. Respecto al camino que paralelo se debe tomar, debe distinguirse entre el personal superior y el personal inferior.

3. En primer término, importa determinar las condiciones de admisión para esos cargos. Podrán

admitirse con preferencia: para los empleos superiores, las personas que posean la instrucción general que requieren; para las funciones inferiores, en tanto sea posible, antiguos militares que hayan terminado su servicio obligatorio.

4. La preparación de los candidatos á las funciones superiores comprenderá: *a)* cursos de historia y teoría de la ciencia penitenciaria, *b)* el estudio práctico de todos los detalles del servicio de las prisiones, dirigido por los jefes de las cárceles modelo. Concluido el período de práctica, los candidatos se incluirán en una lista de aspirantes, para ser nombrados por quien tuviere atribuciones para ello.

5. La instrucción preparatoria de los candidatos á las funciones inferiores, comprenderá sobre todo un servicio práctico penitenciario, que pudiera equivaler, por ejemplo, á la institución de las escuelas de vigilantes que funcionan en ciertos países; siendo dirigido este servicio por jefes de prisiones experimentados en los mismos lugares en cuyo radio tengan que entrar en funciones los candidatos.

6. Es esencial asegurar al personal emolumentos y ventajas correspondientes á la tarea tan honrosa y tan difícil que tienen que realizar para bien de la sociedad; una parsimonia exagerada no podría

menos de ser perjudicial, desde todos los puntos de vista.

II.—CONGRESO DE AMBERES.—El Congreso internacional para el estudio de las cuestiones relativas á la protección de la infancia, al patronato de los presos y cumplidos, á la mendicidad y vagancia, que se abrió en Amberes el 9 de Octubre, con trescientos setenta y ocho congresistas, dió resultados mucho más importantes, que resumo en estas conclusiones:

PROTECCIÓN DE LA INFANCIA

1. El mejor sistema aplicable á los niños incluseros, abandonados ó huérfanos es, en principio, colocarlos con familias, particularmente del campo.

2. Entiéndese por *niños moralmente abandonados* los que por efecto de achaques físicos, negligencia, vicios de sus padres ú otras causas, se encuentran abandonados á sí mismos y faltos de educación.

3. La colocación de los niños moralmente abandonados irá precedida, por regla general, de una información acerca de la conducta y el carácter del niño, la situación y moralidad de los padres, y si ha lugar á ello, de un tiempo de observación y estudios especiales acerca del niño mismo.

4. Las maneras de educar apli-

cables á los niños moralmente abandonados, según la edad en el momento de admitirlos y según las circunstancias, son:

La colocación en familia, particularmente en el campo;

La escuela, en calidad de interno ó semiinterno;

La colocación aislada, y

La colocación por grupos.

En principio, está reconocido como lo mejor la colocación en familia.

5. Debe pronunciarse la privación de la patria potestad contra los padres ó ascendientes condenados por crímenes ó delitos que puedan comprometer la moralidad, la seguridad ó la salud del niño.

Esa inhabilitación será obligatoria ó potestativa, según la naturaleza y la gravedad de los crímenes y delitos.

La misma inhabilitación podrá pronunciarse contra los padres ó ascendientes cuya notoria mala conducta, embriaguez habitual, malos tratos ó abusos de autoridad, comprometiesen la moralidad, la seguridad ó la salud del niño.

6. Los hijos de padres inhabilitados para la patria potestad serán puestos bajo la tutela de la autoridad pública, á menos que los tribunales no decidan otra cosa.

7. Es de desear que la privación de la patria potestad no se pronuncie *nunca* de un modo absolutamen-

te definitivo ó irrevocable, sino que *en todos los casos* quien ha incurrido en ella pueda ser rehabilitado judicialmente y recobrar el ejercicio de los derechos que le incumben para cumplir con sus hijos el deber de educarlos, que por la naturaleza y por la ley le está impuesto.

8. La detención carcelaria por vía de corrección paterna debe suprimirse.

9. La reclusión del hijo por vía de corrección paterna sólo puede ordenarla el juez, quien debe tener siempre derecho para hacerla cesar (1).

(1) El Código civil, en el párrafo segundo del art. 156, dice que: «Asimismo (*el padre, y en su caso la madre*) podrán reclamar la intervención del juez municipal para imponer á sus hijos (*legítimos, legitimados, naturales reconocidos ó adoptivos*) hasta un mes de detención en el establecimiento correccional destinado al efecto, bastando la orden del padre ó madre, con el V.º B.º del juez, para que la detención se realice.» Según el art. 157 del mismo: «Si el padre ó la madre hubieren pasado á segundas nupcias, y el hijo fuere de los habidos en anterior matrimonio, tendrán que manifestar al juez los motivos en que fundan su acuerdo de castigarle; y el juez oirá, en comparencia personal, al hijo, y decretará ó denegará la detención sin ulterior recurso. Esto mismo se observará cuando el hijo no emancipado ejerza algún cargo ú oficio, aunque los padres no hayan contraído segundo matrimonio.» Y el art. 158, dice así: «El padre, y en su caso la madre, satisfarán los alimentos del hijo detenido; pero no tendrán intervención alguna en el régimen del establecimiento donde se le detenga, pu-

Los niños reclusos serán puestos bajo la tutela de la autoridad pública, á menos de que los tribunales no decidan otra cosa.

PATRONATO DE LOS PRESOS Y DE LOS CUMPLIDOS

1. El patronato de los rematados es el complemento indispensable de todo sistema penitenciario normal.

2. Debe revestir la forma más adecuada á las tradiciones, costumbres y legislación de cada país.

Sin proscribir ninguna de ellas, el Congreso considera que, para producir todos sus efectos, el patronato debe ser obra sobre todo de la iniciativa privada, estimulada y sostenida por el apoyo moral, y, si es preciso, por la ayuda pecuniaria de los gobiernos.

3. El Congreso expresa su deseo de que se creen sociedades de patronato en todos los lugares donde exista algún establecimiento de re-

diendo únicamente levantar la detención cuando lo estimen oportuno.»

Por su parte, el Código penal dispone en su art. 603, párrafo 7.º, que: «Los hijos de familia que faltaren al respeto y sumisión debidos á sus padres serán castigados con la pena de cinco á quince días de arresto y reprensión.» Según el art. 602, se castigará con la pena de arresto menor en su grado máximo á quien causare á su hijo, padre ó cónyuge, lesiones que le impidan trabajar ó requieran asistencia facultativa, de uno á siete días.—(N. DEL T.)

presión, con una organización que permita seguir á los licenciados á los puntos donde se dirigieren.

4. El Congreso expresa su deseo de ver que las juntas de patronato se recluten entre toda clase de profesiones, y que adquieran la cooperación, no sólo de los patronos industriales, sino también de los contra maestros de fábricas ó talleres, y de los obreros ó de las corporaciones gremiales.

5. Recomienda relacionar entre sí las instituciones de cada país por medio de un órgano central que, conservando á cada sociedad su carácter propio y su autonomía, multiplique sus medios de acción con el cambio de impresiones y de informes, y con la asociación de los esfuerzos.

6. Además, es de desear que se entablen relaciones entre las instituciones de los diversos países para favorecer la acción común en los términos del voto emitido por el reciente Congreso de San Petersburgo.

7. El patronato debe estar preparado antes del licenciamiento del recluso. Para ello, se harán visitas á las cárceles por miembros de las sociedades reconocidas por el gobierno, respetando los reglamentos carcelarios y sin usurpar atribuciones del servicio penitenciario.

8. El patronato consiste, ante

todo, en buscar, y, si es posible, organizar el trabajo.

También se recomiendan la reconciliación con la familia ó con los antiguos patronos, la repatriación, la expatriación; y para los jóvenes, el aprendizaje y el enganche en el ejército, según los usos de los diversos países y las circunstancias.

9. Sólo excepcionalmente puede admitirse el socorro en metálico, para una necesidad determinada, y casi siempre á título de préstamo.

10. El patronato debe comprender, en cuanto sea posible, la asistencia de los miembros de la familia á cargo del detenido ó del rematado de condena.

11. Convendría que el peculio del licenciado pudiese confiarse á las sociedades de patronato para entregársele en fracciones y según sus necesidades.

12. El Congreso, en conformidad con los votos hechos por el de San Petersburgo, considera como una traba real para el patronato, como un obstáculo contra la posibilidad de hallar trabajo, y, por consiguiente, como una causa fatal de recaída para los cumplidos, la divulgación que se hiciese con demasiada facilidad á los particulares, de los informes contenidos en los autos procesales ó en manos de la policía.

13. Los refugios ó asilos con el fin de recoger provisionalmente á

los rematados sin recursos, ó de darles trabajo á falta de colocación fuera de ellos, son un medio de acción necesario para las sociedades que tienen que asistir á gran número de patrocinaos.

La división de los rematados en pequeños grupos recomiéndase en todas partes donde pueda establecerse sin grandes dispendios.

Los principios esenciales para la organización de los asilos, consisten en: la libertad de ingresar, la libertad de salirse, un reglamento preciso acerca de la duración de la estancia y los motivos de prolongarse ésta, un régimen sencillo, una disciplina adecuada al fin moral que se proponen, y la instalación de medios para proporcionar trabajo á los refugiados.

14. La sujeción á la vigilancia de la policía es un grave obstáculo para la obra del patronato.

En el estado de la legislación penal, sería de desear que el individuo puesto bajo la vigilancia especial de la policía quedara relevado de ella, mientras estuviere sometido á la acción del patronato, ya por indulto, ya por libertad condicional.

MENDICIDAD Y VAGANCIA

1. a) — Todo individuo reconocido incapaz en absoluto para ga-

narse la vida, tiene derecho á la asistencia pública, y no puede considerársele como mendigo ó vago, ni incurre bajo este título en los rigores de la ley penal.

b)—La asistencia pública tiene el deber de guardar ó de ayudar eficazmente á los convalecientes, hasta que tenga la fuerza necesaria para ejercer su oficio ó profesión.

c)—Los establecimientos ó sociedades de asistencia pública y privada, deben completar su obra ocupándose en buscar trabajo para los indigentes á quienes asisten, y mientras tanto, emplearlos en un trabajo momentáneo que cubra parte de los gastos de la asistencia prestada.

Las administraciones de las ciudades cuidarán de emplear lo más posible á los asilados en los servicios públicos.

d)—Los establecimientos y las sociedades benéficas, deben favorecer la repatriación á los pueblos de su naturaleza, de los indigentes de las grandes ciudades.

Los municipios de donde sean naturales los vagos, deberán coadyuvar á esta repatriación.

Conviene obtener de las compañías de ferrocarriles, para esa repatriación, billetes á precio reducido ó pases gratuitos.

2. Como remedio contra la vagancia y la mendicidad, conviene desarrollar las instituciones de pre-

visión y de beneficencia, no sólo particulares, sino también las de carácter público, tales como las cajas de seguros, las cajas ó los asilos para los inválidos del trabajo, etc.

3. En cuanto, conforme á las leyes de cada nación, se reconoce á un individuo como vago, recidivista calificado, debe permanecer el mayor tiempo posible bajo la tutela del Estado, y ser sometido á un régimen más severo, con facultad, por parte de la autoridad, para aplicar la libertad condicional.

4. Para atajar los progresos de la vagancia y de la mendicidad, conviene alentar la creación de instituciones, y provocar medidas legislativas destinadas á combatir el alcoholismo.

Aspiración general.—El Congreso hace votos porque los poderes públicos favorezcan con la mayor amplitud posible la extensión y la iniciativa individual en pro de todas las obras de beneficencia.

III. UNIÓN ALEMANA DEL NOROESTE PARA LA REFORMA DE LAS PRISIONES (1).—Se ha declarado opuesta á la institución de la «condena condicional», útil tan sólo para reemplazar á las penas cortas; vale más recurrir exclusivamente á la institución de condenas suspensivas.

(1) *Nord-West Deutsch. Verein für Gefangniswesen*, 1890.

Respecto á la necesidad reconocida de una reforma, sólo se ha decidido la transformación racional de las penas de corta duración. La asamblea ha tenido presente los serios peligros que podría producir aquella institución, dado, sobre todo, su carácter potestativo. Por otra parte, una vez admitida la condena condicional, con carácter obligatorio, pudiera asegurar la impunidad del primer delito á gran número de delincuentes.

Por otra parte se ha propuesto, para sustituir á la condena condicional, en ciertos casos, la pena de represión judicial; así como también sustituir, en numerosos casos, las cortas penas privativas de libertad, por la pena de trabajo forzado (pero remunerado), sustituible, en caso de falta de ejecución, por la pena privativa de libertad.

Esta pena de trabajo forzado parece también recomendable como pena eventual, en los casos en que no se hagan efectivas las multas.

IV. CONGRESO DE LA UNIÓN INTERNACIONAL DE DERECHO PENAL.—La Unión Internacional de derecho penal, fiel á su bandera, que es también la nuestra, ha votado estas conclusiones, en su segunda reunión celebrada en Berna bajo la presidencia de M. Ruchonnet, presidente de la República helvética:

1. Hay malhechores en quienes,

por su estado físico y moral, es insuficiente la reacción habitual de la pena ordinaria.

2. En esta categoría entran, en particular, los reincidentes endurecidos, que deben considerarse como criminales degenerados, ó criminales de profesión.

3. Estos malhechores deben ser sometidos, según el grado de su degeneración y el peligro que ofrecen, á medidas especiales destinadas á ponerles en condiciones de no poder dañar y de enmendarlos, si es posible.

Estas proposiciones nos manifiestan que cuanto menos oficiales son los Congresos, más se aproximan á lo verdadero.

V.—UNIÓN INTERNACIONAL DE DERECHO PENAL. (SECCIÓN ALEMANA).—En la reunión de la Sección alemana de la misma Unión, celebrada en Halle los días 26 y 27 de Marzo de 1890, discutiéronse diversas cuestiones importantes, entre las cuales apuntamos las siguientes:

1.º ¿En qué condiciones parece que se debe recomendar introducir la condena condicionalmente en la nueva legislación penal?

Se ha zanjado la cuestión en el sentido que parece necesario modificar el actual sistema penitenciario, restringiendo el empleo de las penas de corta duración; por eso, cabe recurrir á la condena condi-

cional cuando se trata de una pena privativa de libertad menor de *tres meses*.

2.º ¿Cómo debe precisar la ley penal los elementos de la reincidencia, y qué penas deben aplicarse á los reincidentes, en especial á los incorregibles?

Después de una larga discusión se decidió casi por unanimidad extender lo más posible los elementos de la reincidencia, y hasta el caso en que el nuevo delito no sea idéntico al primero. Bastaría que fuese del mismo género, incumbiendo su designación al legislador. Quien ha cometido varias recidivas debe sufrir una agravación de pena, con reclusión ulterior en una casa de trabajo correccional, perpetua en caso necesario para los incorregibles, con libertad condicional después de un plazo de cinco años (1).

(1) Nuestro Código penal castiga la *reiteración* (art. 10, núm. 17) y la *reincidencia* (art. 10, núm. 18), reputándolas como circunstancias *agravantes*. Dicen así, textualmente: «Art. 10, núm. 17. Haber sido castigado el culpable anteriormente por delito á que la ley señale igual ó mayor pena, ó por dos ó más delitos á que aquélla señale pena menor. (Esta circunstancia la tomarán en consideración los tribunales, según las circunstancias del delincuente y la naturaleza y los efectos del delito).—Art. 10, núm. 18. Ser reincidente. (Hay reincidencia cuando al ser juzgado el culpable por un delito, estuviere ejecutoriamente condenado por otro *comprendido en el mismo título* de este Código).»—Como se ve, la reiteración se funda en la *cuantía* de la pena, y la reincidencia en la *calidad* del delito (los dos casos de *recidiva*).—(N. DEL T.)

VI.—CONGRESO DE CRISTIANÍA.—Las resoluciones siguientes fueron votadas por el último Congreso de la Unión en Cristianía (Agosto de 1891):

1. Mediante una organización satisfactoria de la pena pecuniaria, cabe recomendar á la legislación y á la jurisprudencia un empleo más extenso de aquélla, especialmente:

- a) En los casos menos graves, como pena principal potestativa;
- b) En todos los casos, como pena accesoria potestativa.

2. Al fijar la cuantía de la multa, aparte de las otras bases para la determinación de la pena, deben tenerse en cuenta las condiciones de fortuna del culpable.

3. En las legislaciones contemporáneas, cabe aumentar el máximo de la multa y fijar su mínimo lo más bajo posible.

4. Cabe recomendar vivamente á los legisladores que faciliten todo lo posible el pago de la multa, más que nada autorizando para hacer pagos parciales (pago á plazos).

5. Es preciso, en cuanto sea posible, excluir la transformación de la multa incobrable en pena privativa de libertad.

6. Cabe aplicar á las penas pecuniarias el principio de la condena condicional.

1. La legislación penal debe tener en cuenta, más de lo que lo ha hecho hasta hoy, la reparación debida á la persona lesionada (1).

2. Para las infracciones ligeras contra la propiedad no debe pronunciarse ninguna pena si en tiempo oportuno el culpable ha indemnizado á su víctima.

Este principio no es aplicable si anteriormente el culpable ha sido condenado por algún delito contra la propiedad.

3. Merece investigarse, y hasta

(1) El art. 18 del Código penal dice que «toda persona responsable criminalmente de un delito ó falta, lo es también civilmente». El cap. II, tít. II, lib. I, determina las personas responsables civilmente de los delitos y faltas, tanto principal como subsidiariamente. El tít. IV, lib. I, determina cómo se hará efectiva la responsabilidad civil antedicha. El núm. 3.º del art. 121 preceptúa la indemnización de perjuicios. El art. 124 declara que «la indemnización de perjuicios comprenderá, no sólo los que se hubieren causado al agraviado, sino también los que se hubieren irrogado por razón del delito á su familia ó á un tercero». Respecto al trabajo de los condenados, los arts. 107 y 110 preceptúan que los sentenciados á cadena temporal ó perpetua, y á reclusión perpetua ó temporal trabajarán en beneficio del Estado; el art. 111, que los condenados á relegación temporal y perpetua podrán dedicarse *libremente* á su profesión ú oficio; el art. 114, que el producto del trabajo forzado de los condenados á presidio se destinará á *hacer efectiva la responsabilidad civil*, á indemnizar los gastos ocasionados al establecimiento, y para formarles un peculio; el art. 115 determina también lo mismo para la pena de prisión, y el art. 118, para el arresto mayor.—(N. DEL T.)

qué punto, si el peculio puede destinarse á la reparación debida á la persona lesionada.

1. Para el más completo estudio del carácter y nocividad de los delincuentes por hábito, sobre todo de los incorregibles—estudio absolutamente indispensable para la legislación—la Unión encarga á su junta directiva que se dirija á los diferentes gobiernos para hacer resaltar el gran interés que tiene una estadística detallada, precisa, uniforme, de la recidiva, y que se preste á un estudio comparativo.

2. Respecto á los delincuentes por hábito é incorregibles, es absolutamente necesario que el juicio del último delito cometido no estaya en definitiva acerca del tratamiento del delincuente, sino que esta decisión quede para una instrucción relativa á la persona del delincuente, su pasado, su conducta durante un período de prueba que se haya de determinar, etc.

VII.—PERIÓDICOS.—También citaremos como una de las mejores pruebas de los recientes progresos de la antropología criminal, la fundación de *La scuola positiva*, revista quincenal que aparece en Nápoles desde el mes de Mayo de 1891, bajo la dirección de Ferri, Fioretti, Garofalo y Lombroso.

Hasta ahora nuestra escuela sólo tenía un órgano en la prensa científica italiana, el *Archivio di psichiatria e di scienze penali*.

El carácter teórico de los estudios publicados en el *Archivio* hacía de él una revista que interesaba exclusivamente á los hombres de ciencia. *La scuola positiva*, por el contrario, ha querido ponerse al nivel de la gran mayoría de los abogados y de los magistrados, publicando artículos de una importancia enteramente práctica.

La batalla dada contra el nuevo Código penal, y la crítica de la legislación y de la jurisprudencia hecha con un método hasta aquí desconocido para los metafísicos del derecho, han derribado el palenque cerrado de los juristas rancios que no esperaban ver criticar en nombre de la antropología y de la psicología criminal los fallos de los tribunales de apelación y de casación, y que creían ser los estudios de nuestra escuela un simple *ludus scientificus* extraño al derecho y que jamás había de ejercer influjo ninguno sobre la jurisprudencia.

Casi todos los artículos publicados en *La scuola positiva* tienen una importancia relativa y particular á Italia. Y fácilmente se comprende la razón: las discusiones acerca del nuevo Código penal ita-

liano, naturalmente, sólo á los italianos pueden interesar.

Sin embargo, algunos estudios escritos con un espíritu más general merecen llamar también la atención de los jurisconsultos extranjeros. Citemos, por ejemplo, los estudios del consejero de casación, Arabia, acerca de la administración de justicia en Italia; de Ferri, sobre los sustitutivos penales y la criminalidad en Italia; de Garofalo, Carelli y Sancipriano, respecto al Jurado y las reformas del enjuiciamiento; de Fioretti, acerca de la noción clásica del robo; de Singhele, á propósito de la jurisprudencia sobre el porte de armas.

Los colaboradores de la nueva Revista son muy numerosos: la *Scuola positiva* ha publicado ya artículos de corresponsales de casi todas las grandes ciudades de Europa y de América, entre los cuales citaremos á M. Blanchemanche, de Bruselas; el Sr. Pérez y Oliva, de Madrid; Mr. Morrison, de Londres; Van Hamel, de Amsterdam; el señor Vieira de Araujo del Brasil; Mr. Mac Donald, profesor de criminología en la Clark University (Estados Unidos), etc.

Y también tiene corresponsales en las ciudades de Italia, quienes examinan sobre todo los debates desde el punto de vista positivista, como los Sres. Moschini, sustituto

del procurador del rey, Albano, Fabríz, etc.

M. Tarde ha publicado, en uno de los últimos cuadernos, un artículo interesantísimo acerca de las leyes de la imitación. Y monsieur Naquet, el apóstol del divorcio, se ha dignado elegir esta Revista para contestar á una conferencia dada en Roma por el señor marqués Crispolti, un papista inflexible pero muy inteligente.

La *Scuola positiva* no descuida el estudio y las reformas del derecho civil, al cual se intenta ahora en Italia, por muchas innovaciones, aplicar el método experimental para rejuvenecer esta vieja rama del derecho, harto ligada aún con las reglas del antiguo derecho romano. Sobre todo desde el punto de vista penal se quiere reformar el derecho civil, harto apegado hasta aquí al individualismo, por lo que toca á la propiedad, á la sucesión, á los contratos industriales, etc.

Y la *Scuola positiva* ha publicado ya acerca del derecho civil artículos de los señores D'Aguanno, Mortara, Gianturco, Salvioli, Fioretti, Vadalà Papale, Cogliolo, Tortori, etc. La nueva Revista tampoco descuida los estudios económicos, que representan hoy uno de los puntos más importantes del movimiento científico y que tienen vínculos tan estrechos con la sociología criminal

y jurídica en general. Nitti, el autor del *Socialismo católico*, nos ha dado brillantes artículos sobre la manifestación obrera del 1.º de Mayo y sobre el *Salvation Army*; Cavagnari, el autor *I nuovi orizzonti del diritto civile*, ha publicado estudios acerca de la infancia abandonada y de la cuestión obrera en Milán; Alongi, el autor de los estudios sobre la *Camorra* y la *Maffia*, ha escrito á propósito de la vida social en los pequeños municipios rurales; Zerbogli ha escrito acerca de la prevención social del alcoholismo, etc.

Otro periódico que ha hecho mucho en pro de la antropología criminal es el *Centralblatt für Nervenheilkunde und Psychiatrie*, de Kurella, que ha publicado los últimos descubrimientos de Lombroso, Ottolenghi, Sighele, Roucoron, y una revista completa de los últimos trabajos acerca de esta materia, por Kurella y Morel.

La Belgique judiciaire tiene también un magnífico trabajo de Ricke sobre la criminalidad femenina.

Les Archives d'antropologie criminelle de Lyon han publicado los artículos de Gonzar y de Benedickt, que hemos resumido nosotros.

En el *Archivio di psichiatria, antropologia criminale*, etc., han aparecido todos los trabajos de que

hemos hablado en nuestros dos últimos tomos.

La nueva ciencia jurídica publicada hace pocos días por César Silió y Salillas, en Madrid, ha publicado ya tres buenos trabajos de Salillas acerca de un regicida español, con retrato, acerca de los homicidios

por Silió, y acerca del tatuaje de los criminales.

Otro periódico, *A Revista jurídica*, de Bernardo Lucas, aparece en Oporto (Portugal) con magníficos estudios antropológicos de Lucas y de Maltos acerca de una envenenadora típica.

CÉSAR LOMBROSO.



RESPECTO Á LOS POETAS

¡Pueblos, reverenciad al sacro vate!
 ¡Reyes, honrad al genio soberano!
 ¡Desventurado quien con golpe insano
 O venenosa lengua le maltrate!

¡Cuidad, si le ofendiereis, no desate
 Castigos justos misteriosa mano;
 Que los celestes Númenes no en vano
 Quieren que á su elegido el mundo acate!

El sigue en paz su solitaria vía,
 Al imperio y al oro indiferente,
 Adorando y buscando la armonía;

Y cuando airado el Padre Omnipotente
 Rayos á los alcázares envía,
 Alza sereno la inculpada frente.

M. A. CARO.

LA IDEA DE JUSTICIA EN EL REINO ANIMAL

I

El problema que casi me limitaré á plantear en este artículo, exigiría un libro si se hubiera de examinar con el detenimiento que merece. Y aun dando al estudio toda la extensión que un libro supone, dudo que se lograra otra cosa que *ver* el problema en toda su compleja dificultad, llegando á lo sumo á proponer soluciones provisionales, hipótesis más ó menos admisibles y justificadas. Por eso quizá, á pesar de la importancia y trascendencia del problema, el libro no se ha escrito aún, lo cual no impide que haya dispersas, en obras más comprensivas y amplias, valiosos elementos, indicaciones sugestivas, datos para orientarse y hasta vislumbres de una solución posible.

Trátase, en efecto, de lo siguiente: los antecedentes de la vida natural, y aun más concretamente, de

la vida animal, ¿son favorables ó contrarios á la idea del *derecho*, á la idea de la bondad y de la armonía del mundo racional? Tomadas tal como se revelan y manifiestan las relaciones sociales, pueden señalarse dos corrientes distintas, que implican dos maneras ó formas diferentes de resolverse y ordenarse: ya domina la lucha, el imperio del poder material ó de la astucia, con todo su cortejo de crueldades y bajezas, con toda su indiferencia hacia el dolor que causa y su cobardía ante el dolor sentido, ya domina la nobleza y elevación de miras, el espíritu del sacrificio, del *deber*, como impulso con todo su hermoso cortejo de heroísmos ó de bondades, y su benéfico influjo para aliviar el dolor ajeno y afrontar el propio. Pues bien; en la vida no humana ¿cuál de esas dos corrientes impera en la conducta? Si la conducta es, en

definitiva, como quiere Spencer, serie de actos dirigidos á un fin, adaptación de medios á fines, y hay, como el gran sociólogo sostiene, una conducta universal y hasta una ley universal de la conducta, la conducta que no es humana... racional, ¿cómo es? ¿Implica la idea de la justicia, del bien, de la bondad, ó implica el frío cálculo del egoísmo, la *lucha cruenta* y dolorosa?... Porque ¿quién no ve cuánto puede importar para la solidez definitiva de la justicia humana, para el criterio optimista ó pesimista, la solución en uno ú otro sentido!

Mas para plantear el problema de un modo adecuado, sería necesario ponerse antes de acuerdo sobre algunos puntos capitales, entre ellos, por ejemplo, sobre lo que se entiende por *derecho*, y también si á esta idea le repugna ó no verse aplicada á órdenes de la realidad que se reputan inferiores (psicológica, moral y hasta físicamente hablando) al humano... Pero si hubiéramos de atender á todos los antecedentes y de definir todos los términos, en vez del artículo habría que escribir el libro. Así que, contrayéndonos á lo indispensable, he de recordar que por *derecho* hay que entender aquella manera de vivir... buena, virtuosa, ordenada, pacífica, sana, espontánea, que surge de las almas de buen temple y que se produce

por la acción de todas las energías que contribuyen á elaborar una conducta con la misma naturalidad, por ejemplo, que mana el agua de una fuente, brota la flor de un árbol y la planta de su semilla fecundada. Hay que ver la justicia como un resultado y un acicate... como la consecuencia natural del imperio de lo racional en la vida, del triunfo del derecho en todos los momentos y en todas las relaciones humanas.

Siendo esto el derecho, ¿repugna aplicar esta idea sublime á las relaciones que no sean de hombres? El evolucionismo nos aconseja desde luego que vencamos toda repugnancia. Darwin, por ejemplo, nos habla del sentido moral entre los animales, y del sentido moral brota el sentimiento de la justicia. Consecuente con su teoría, así como el organismo fisiológico del hombre lo conceptúa como un resultado de la transformación del de especies inferiores, así también considera sus facultades morales é intelectuales como el resultado de una transformación paralela de las facultades más ó menos análogas de los animales que ocupan un lugar más bajo en la escala zoológica al del hombre (1).

(1) Véase, especialmente, *La descendencia del hombre*.

II

Realmente, sin que se tome el evolucionismo darwinista y spenceriano como dogma irrefragable, lo cierto es que hoy ya no puede señalarse cualidad alguna humana que se repunte como característica *irreductible*. El mejor y más detenido conocimiento de la vida humana en sus manifestaciones más rudimentarias por un lado, y de la vida animal en sus manifestaciones todas por otro, hace imperar en la ciencia más el sentido de la continuidad de la realidad, según lo entiende Spencer, que el de la división y separación de la misma realidad en zonas, por decirlo así, irreductibles que dominaba, por ejemplo, en Comte. Hoy no existe fenómeno alguno del orden fisiológico ó psíquico ni del orden moral, de que no sea dable encontrar ciertas formas análogas en la vida animal y aun en la vida física. De ahí que, sin prejuzgar la cuestión, no hay por de pronto repugnancia alguna que nos impida dirigir nuestra mirada hacia la realidad toda, en busca de argumentos en pro ó en contra del triunfo definitivo del derecho en la vida y aun del triunfo del bien y del placer en la realidad.

¡Qué digo repugnancia! hay hasta una profunda razón metafísica que nos impele á hacerlo. Cuando se siente esa repugnancia es porque se conceptúa la cualidad del derecho como cualidad de un género superior que imprime al ser humano un sello tal de dignidad y de honor, que se sentiría como rebajado con sólo intentar buscarle un antecedente, una preparación, en la vida de otros seres... Pero colocados en una cierta posición de serenidad y de desinterés, al contemplar la realidad como un todo y á todas las cosas en ella, iluminadas, vivificadas por la realidad misma, ¿cómo creer que en la realidad se sube ó se baja, y cómo no ver en toda ella una misma sublime dignidad? Antes bien, parece que se siente más sólida la vida esta, limitada, individual, efímera, flor de un día, del hombre, al considerarla en medio de la realidad, formando parte integrante de ella y siendo eternamente una condición esencial de sus transformaciones y modos.

Mas prescindiendo de tal género de consideraciones, y en el supuesto de que no repugna á la idea del derecho el tener quizá sus análogos, ya que no sus antecedentes en el mundo animal, ¿qué podremos decir respecto del problema principal?

Si quisiéramos inspirarnos en el

evolucionismo, parece como que los antecedentes del mundo animal son contrarios á que el derecho sea la manifestación reflexiva humana de una ley universal de atracción simpática, de bondad y de sacrificio. En efecto, el evolucionismo transformista, en la opinión de su gran maestro, de Darwin, tiene como ley universal la de la lucha por la existencia. Un ilustre cooperador del gran zoólogo-filósofo, Russell Wallace, aprecia la cuestión en estos términos: «No hay quizá fenómeno natural que sea á la vez tan importante, tan universal y tan poco comprendido como el de la lucha por la existencia, que se mantiene continuamente entre los seres organizados. A los ojos de la mayoría de las gentes, la naturaleza aparece en calma, pacífica, regular. Ven los pájaros que cantan en los árboles, los insectos revoloteando alrededor de las flores... y todas las cosas vivas en posesión de la salud y del vigor, gozando una existencia solaz... Pero no ven, y les importa poco saberlo, por qué medios se obtiene la belleza, la armonía y la felicidad de ese mundo encantado. No ven la necesidad de encontrar el alimento cotidiano, ni los que perecen en esta labor incesante... (1)». Otro escritor no me-

nos ilustre y que sigue análogas tendencias, Huxley (1), habla de los miles de miles de generaciones de animales herbívoros que han sido atormentados y devorados por los carnívoros, y de los carnívoros y herbívoros, sujetos también á las miserias de la vejez y de la multiplicación excesiva, concluyendo por afirmar que si nuestro oído fuese bastante fino, oiríamos continuamente suspiros y gemidos dolorosos, como los que Dante oía á la puerta del infierno, y que, por tanto, el mundo no puede estar gobernado por el amor.

Sin duda alguna, de atender á los datos del sentido, de fiarse de estas grandes apariencias del mundo, su ley parece el egoísmo, la misión de la vida, la destrucción de la vida, y el resultado de todos los esfuerzos dominar el dolor propio á costa del dolor ajeno... En realidad, el antecedente del derecho, que es ley de amor, no se encuentra aquí muy claro que digamos.

Pero quizá no se ven bien del todo las cosas con verlas sólo de esa manera. El mismo Wallace, pocas páginas (2) más adelante de aquella en donde dice lo que queda copiado, razona lo que el llama el *aspecto moral de la lucha por la existencia*.

(1) *Nineteenth Century*, Febrero, 1888, página 162 y 163.

(2) Página 50 y siguientes.

(1) *Le darwinisme*, trad. franc., pág. 19.

«Creo — dice, rebatiendo á Huxley — que los *tormentos y miserias* de los animales tienen una realidad más supuesta que efectiva, y reflejan las sensaciones imaginarias de hombres ó mujeres que se figuran pasar por circunstancias análogas á las que se describen en los animales, y que, además, la suma positiva del sufrimiento causado por la lucha por la existencia, entre los animales, es completamente insignificante.» Por de pronto, uno de los orígenes de sufrimiento mayor para nosotros, es la muerte ó la aprensión de la muerte; no existe entre los animales — dice Wallace; — de donde resulta que el animal goza la vida con goce actual pleno. Además, la mayoría de las muertes que suponemos dolorosas para quien las sufre y que son el resultado más inmediato de la lucha por la existencia, no son dolorosas. Tales son las muertes violentas. Hay datos para afirmar, con testimonios de casi muertos (Livingstone bajo las garras del león, Whimper cayendo de gran altura y chocando al caer de roca en roca), que en tales muertes no hay propiamente dolor. Por otra parte, los refinamientos del dolor producido por el ensañamiento reflexivo y calculado del que lo produce con conciencia, no existen en el mundo animal, á pesar de lo que dicen á

veces los criminalistas italianos (Ferrí y Garofalo, por ejemplo). «El enemigo — afirma Wallace — animal no caza por divertirse, por distraerse, sino para comer; es muy dudoso — añade — que en el estado de naturaleza ningún animal comience á perseguir su presa antes de sentir el acicate del hambre.»

Sin salir de este punto de vista general, más bien ampliándolo, acaso sea lícito reconocer que la ley general del mundo, más bien es ley de armonía, de composición, ley de *bien*, en suma. El choque material ó de la voluntad, que es lo que produce la desarmonía y el desarreglo es quizá el último extremo á que el ser acude. Todos viven en paz mientras pueden, y cuando luchan y destruyen, es porque no hay otro camino... para conseguir la paz. Una imagen de la vida, según este criterio, nos lo ofrecé, por ejemplo, el agua de un río. Vedle; su tendencia parece ser la de permanecer quieta, cristalina, tersa, en su lecho natural; corre mansa y suave cuando la pendiente de su lecho se inclina; va impetuosa y en forma de torrente... cuando no puede menos, y aun entonces, vedle cómo busca el surco, cómo se vuelve ante el obstáculo y cuán pronto se ensancha y pierde al encontrar el espacio sin límite de los mares.

III

Pero esta idea general nos separa en parte del asunto del artículo. Mucho es para infundir alientos y despertar esperanzas, poder imaginar la realidad tranquila y armónica; pero la cuestión está ahora en determinar si este fenómeno humano, que consiste en tener la paz y en realizar el bien con conciencia, en este espíritu de justicia, que se elabora en el seno de cada ser racional... y que el ser tantas veces desconoce y trunca, tiene antecedentes ó analogías en la vida de los otros seres. Spencer, en un libro muy reciente, el último que ha salido hasta ahora de su pluma y que se titula *La Justicia* (1), respondiendo á la tendencia general de su filosofía, que tiene, como *metafísica*, el principio de la continuidad de la realidad según la ley de la evolución, no reduce la realización positiva de la idea de *Justicia* al mundo de las relaciones humanas; la *Justicia* abarca muchas manifestaciones de la conducta, y la conducta es, según afirma en los *Fundamentos de la Etica*, conjunto de actos adap-

(1) *Justice being, part. IV, of The Principles of Ethics*. Londres, 1891 (traducción francesa, 1892), cap. I y II y Apéndice D.

tados á un fin, ó adaptaciones de actos á fines, siendo la moral la forma que reviste (ó debe revestir) la conducta universal en las últimas etapas de su evolución... (1). Así, puede hablarse primero de una moral animal y luego de una justicia *sub-humana* (*sub-human justice*). Sin embargo, la idea de la justicia de Spencer, aun cuando en definitiva lleva á un optimismo universal, en virtud del principio utilitario, que hace por una parte triunfar en la vida de los seres al más apto, porque *esto es lo más justo* (2), y en la vida humana lo mismo, y como consecuencia de este mismo principio, que se mantengan y perpetúen aquellas formas de vida superorgánicas ó sociales más útiles; la idea de justicia de Spencer, repito, no me parece clara, y, sobre todo, aceptable como principio de acción racional, como motivo interno de elaboración de conducta jurídica. Atiéndese con demasiado exclusivismo al aspecto de los resultados. Así, al formular la ley de la justicia *sub-humana*, dice: «Cada individuo sentirá los beneficios y sufrirá los perjuicios de su propia naturaleza y de la conducta que de

(1) *Fundamentos de la Etica*, cap. v.

(2) No es posible exponer aquí con todos sus detalles la idea de la *Justicia* de Spencer. Tarea es ésta que pienso realizar en otra ocasión.

esta se desprende.» Entre los animales—añade luego—que llevan una vida solitaria, el principio primordial de la justicia *sub-humana*, que exige que cada individuo sufra las consecuencias favorables ó adversas de su propia naturaleza... principio que lleva á la supervivencia de los más aptos, no se complica más que con las obligaciones relativas al parentesco». Este principio adquiere luego otros desarrollos de conformidad con la mayor complejidad creciente de la vida. Pero debe observarse que se mira la justicia como una noción del medio sobre el ser, en virtud de la conducta, y se atiende poco al elemento activo, es decir, al impulso propio del ser que implica, no ya que comprende cuál dirección debe imprimir á la conducta por razón de los resultados inmediatos, ni tampoco el dominio real inconsciente de las necesidades superiores de la especie cuando se ve al individuo supeditado á los intereses de la especie, sino la intención de obrar según exigencias naturales, pero que pueden suponer el sacrificio de la propia individualidad.

Por otra parte, Spencer, que nunca se detuvo en su *Sociología* á observar el fenómeno del derecho sino como ley positiva, en su último libro, al tratar de la idea de la justicia animal, fijase á lo más en su aspecto represivo: ve la justicia pero no pien-

sa en el derecho. Por ejemplo, reconoce que los resultados de la conducta, según la regla y principio de la justicia que quedan formulados, pueden encontrar una sanción, no sólo en el medio ciego, sino en los seres mismos que reobran por impulso propio con espíritu de justicia. Así, cita «el elefante vagabundo expulsado del rebaño, sin duda á causa de su humor agresivo; el castor (ejemplo tomado de Dallas, *Cassells Natural History*, III, 99) ocioso, que es expulsado de la colonia y puesto de este modo en la imposibilidad de aprovecharse del producto de un trabajo de que no participó; el caso bastante repetido de la ejecución de un culpable, después de ruidoso debate, en una banda de cornejas, etc., etc.

Mucho significa, sin duda, la existencia de esta reacción de la *justicia* animal; pero no es ese el antecedente de la idea del derecho que bastaría para acusar en el mundo animal antecedentes ó analogías satisfactorios. Es preciso buscar otro espíritu más activo, una manifestación de la voluntad más espontánea que nos ofrezca la idea, no sólo de este aprecio de los resultados buenos ó malos, ó mejor, útiles ó perjudiciales, sino además la idea de la sumisión voluntaria del ser á la realización de fines que trasciendan de su interés egoísta. En una palabra, es

preciso ver el fenómeno de lo que llaman los mismos positivistas altruismo, y que es el fundamento del orden moral y jurídico en la vida humana; pues no se mantiene este orden tanto en virtud de la apreciación fría y calculada de los resultados, cuanto de las manifestaciones espontáneas del bien querido con supremo desinterés.

IV

Un autor, citado que Lubbock (1), M. Grote (2), considera como un hecho evidentemente necesario, que es imposible á una sociedad mantenerse sin sentimientos de moral, porque desde el momento en que no se encuentren extendidos por toda ella en una cierta medida, los caprichos, los deseos, las pasiones de cada individuo en particular, harían imposible la existencia común. A estos sentimientos es á los que me refiero, y éstos son los que había que investigar en el mundo animal para poder formular la hipótesis de un antecedente del derecho en la vida infrahumana. Ahora bien; decidir si en las relaciones sociales, imper-

fectas y más ó menos perfectas que los animales tienen, impera el principio de la *moral* ó del derrecho, ofrece siempre una gravísima dificultad. En efecto, la moralidad ó inmoralidad de un acto, su justicia ó injusticia, ó bien su carácter indiferente, depende de condiciones psicológicas internas, tan difíciles de apreciar, que aun tratándose de hombres en pocas ocasiones, fuera de los actos propios, podemos afirmar con plena certeza, cuando un acto es del individuo como ser moral y jurídico, ó bien es un acto producido por estímulos inconscientes ó no conscientes á lo menos.

Sin embargo de esto, las observaciones hechas por los que han estudiado las costumbres de los animales nos proporcionan un inmenso número de ejemplos, en los cuales por comparación con lo que pasa entre los hombres, puede apreciarse si existe ó no en las relaciones animales actos que impliquen lo que en el hombre llamamos orden moral, conciencia moral, fundamentos del orden jurídico. El célebre Agassiz, que no duda en hablar de una moral animal, dice lo siguiente: «¿Quién al ver el Sun-fish (*Pomotis vulgaris*) balanceándose sobre sus huevos y protegiéndolos semanas enteras, ó el gato marino (*Pimelodias catus*) moviéndose con sus pequeñuelos como una gallina con

(1) *Fourmies, abeilles, etc.*, t. I, pág. 79.

(2) *Fragments on Ethicals Subjects.*

sus pollos, no queda convencido de que el sentimiento que los guía en esos actos es de la misma naturaleza que el que lleva la vaca á su pequeño, ó la madre al hijo (1)?» El insigne Lubbock, que ha estudiado tan de cerca y con tanto cuidado las hormigas, esos seres diminutos que viven formando sociedades tan numerosas como Londres ó París, nos cita bastantes ejemplos, de los que se puede inducir que tienen las hormigas un sentimiento activo de justicia que es en el hombre la condición del derecho. Y cuenta que Lubbock (2) no va tan allá como otros observadores, por ejemplo, M. Saint-Fargeau (3) quien afirma que «ninguna hormiga encuentra á otra de su especie herida sin llevarla al hormiguero». Lubbock, en sus curiosísimas experiencias, enumera casos demostrativos de tendencias nada morales, pero al lado de ellas registra otras de hormigas caritativas. Esta tendencia del instinto moral, de la caridad, del desinterés, se acentúa en los animales superiores, entre los vertebrados. La obra de Brehm, sobre la *Vida de los animales*, es un arsenal inagotable de datos, pudiendo verse también no pocos en Darwin, *Descendencia del hombre*, y en Espinas, *Las sociedades*

animales. Hay entre los animales cooperación. «Los cazadores—dice Jäger—saben cuán difícil es acercarse á los animales reunidos en bandos ó rebaños.» «Los pelícanos—advierde Darwin—pescan en común; los bisontes machos de la América septentrional, ante el peligro, ponen las hembras pequeñas en medio del hato y las rodean para defenderlas (1).» El caso citado por Brehm, de la defensa hecha por un papión viejo de otro joven y débil contra los perros con exposición de su vida, indica cierta tendencia hacia la abnegación. También indica algo el caso referido por el capitán Stansbury, del pelícano viejo y ciego encontrado en el lago de Utah, y el cual estaba, sin embargo, muy grueso, lo cual no podía ser sino porque sus compañeros le habían alimentado; como sin duda tienen un alto significado la conducta fiel de los perros, su escrupulosidad, que hace afirmar á Agassiz que poseen algo que se asemeja mucho á la conciencia(2)...

Pero no hace falta que prolonguemos mucho las citas y ejemplos, ni que tampoco para compensar las diferencias comparemosla baja mo-

(1) Agassiz: *De l'espèce*, pág. 90.

(2) Obra citada.

(3) Citado por Lubbock.

(1) Darwin: Obra citada, pág. 121.

(2) Ver á propósito de los perros el interesante Apéndice D. del libro *La Justicia* de H. Spencer. Son curiosísimos los datos que á éste le suministran varios observadores.

ralidad instintiva de las razas humanas más rudimentarias que quizá son ejemplos vivos de lo que fué el hombre primitivo. Lo dicho nos basta para indicar cómo puede interpretarse la vida animal ante la idea de la justicia y del derecho humano.

V

Tenemos, ante todo, la tendencia á la armonía que es sin duda una característica universal de la realidad. Todo es orgánico, todo entraña un principio de concentración expansiva desde el astro hasta la monera. En las manifestaciones de la vida en sus centros de energía individual que constituyen los seres, ocurre un fenómeno notado admirablemente por Espinas. La vida más rudimentaria, es decir, de aquellos seres de estructura menos compleja, es vida que tiene como nota saliente la indiferencia *moral*; vive el ser, cuanto menos desarrollado se encuentra fisiológica y psíquicamente, más para sí, pero también esta vida es menos expuesta al dolor. Es idea ésta que confirma la observación antes copiada de Wallace. A medida que la vida del ser se complica, que surge y se afirma

la conciencia, á medida que el ser siente más estímulos internos suyos, la vida que, por no decir otra cosa más acentuada, diremos sólo que tiene formas morales, aparece y adquiere una mayor importancia. En efecto, puede verse que las ideas de abnegación, de simpatía, de sacrificio, en fin, todo lo que supone esa sumisión voluntaria del yo en beneficio y para el bien de otro, se acentúa conforme subimos grados ó peldaños en la escala zoológica. Más es: parece como que la lucha por la existencia y todo el trabajo mil veces más secular de la evolución, se hace precisamente para convertir aquella armonía espontánea, natural, pacífica, de las cosas sin conciencia individual, en una armonía querida y establecida reflexivamente hasta donde es posible. Ciertas ideas de Hegel adquieren aquí una gran relación positiva. Después de todo, Spencer, al esforzarse en demostrar que la ley de la justicia imperfecta como ley de la conducta animal, es ley que surge espontánea de la conducta misma en razón del influjo de los resultados, tiende á ver en el mundo animal antecedentes favorables al triunfo definitivo del derecho humano (lo más útil).

Acaso lo racional sea creer que esa tendencia hacia la afirmación del sentido moral, que se advierte en los seres inferiores al hombre,

no va á truncarse en el hombre. Antes bien, se puede afirmar que en el hombre (no en todo hombre) se realice plenamente, de un modo reflexivo, con una amplitud creciente, dentro de su evolución particular, ese principio de justicia activa, que rudimentariamente observamos en los animales superiores, y que, como forma total y espontánea, reviste el mundo. Ya que no sea posible hoy señalar una línea de demarcación absoluta entre el hombre y los demás animales, porque no tiene aquél ningún órgano nuevo ni facultad alguna nueva, sobre todo si contamos en la humanidad todos sus hijos, es preciso ver el rasgo distintivo en el mundo de la conciencia en este grado altísimo que el hombre puede llegar á alcanzar, y por virtud del cual, á la vez

que se educa físicamente para adquirir con unas formas más nobles la belleza serena de la armonía del conjunto, procura vivir bajo la ley imperativa del deber, sometiendo á razones desinteresadas é ideales su conducta en todos los momentos de la vida.

Por esto mismo, porque el derecho supone, si no esta plenitud de razón á que aludimos, al menos la razón en alguno de sus grados, es por lo que el mismo constituye un carácter propio del hombre; pero entiéndase bien, con sus antecedentes, en la vida *animal* del hombre mismo, y pudiendo señalarse un orden análogo en las relaciones entre seres que no son el hombre, pero que como él viven bajo las leyes generales de la armonía universal.

ADOLFO POSADA.

FERNAN-CABALLERO

I

Con mucha frecuencia encontramos en sociedad graves y caracterizados personajes, tan cargados de años y de achaques como de negocios, que se preocupan profundamente con la lectura de cuantas novelas llegan á sus manos, y toman tal interés en sus peripecias y se enamoran con tanto entusiasmo de sus héroes, que llegan á esperar el desenlace con la misma ansiedad que si fuera grave suceso de familia.

No hace mucho tiempo fuimos testigos de la verdadera emoción con que dos respetables señoras esperaban cada día el folletín de cierto acreditado periódico, para devorar las páginas de una novela que publicaba, de esas de grandes sensaciones, haciendo cálculos y discutiendo acaloradamente sobre la suerte que alcanzarían aquellos personajes dibujados con brochadas de efecto por un novelista francés, harto conoedor del público para quien escribe, y que por eso, en lugar de estudiar

la novela psicológica ó la fisiológica, se lanza á la narración de aventuras tras aventuras, enmarañando las situaciones para hacerlas interminables, extremando los caracteres y forjando, en cuanto es posible, un libro de caballerías para los lectores de esta época, que parece de suyo apegada á la realidad y á lo positivo, y en la que se encuentra, sin embargo, una gran masa dispuesta á dejarse entusiasmar por cuanto tiene visos de maravilloso, que no pregunta si es verdadero ó bien trazado lo que lee, sino únicamente si le divierte y entretiene.

La exageración de esa curiosidad llega al extremo cuando al interés ficticio del argumento pueden agregar los lectores algún otro más positivo, ora por creer ó sospechar que en el asunto se encierra algún fondo de verdad, ora porque la existencia del autor ofrezca algunas de esas particularidades que señalan la vida de grandes escritores, ó tales misterios que den pábulo á la

investigación, aunque en realidad no lo sean, ó queden reducidos á insignes bagatelas cuando se les despoja de los adornos con que la imaginación los ha revestido.

A todas estas causas reunidas se debe la celebridad que acompaña al nombre de *Fernán-Caballero*. La principal de ellas, y muy bastante por sí sola para rodear de aureola gloriosa el nombre de un escritor, es el mérito indisputable de sus obras; pero si á éstas se agrega que aquel nombre era perfectamente desconocido en la república de las letras, que muy luego comenzó á circular la sospecha de que á pesar de su española construcción no era de un personaje cierto, y que tras de su apariencia clásica se ocultaba el perfil de una dama joven, hermosa y desgraciada, ya se encontraron motivos suficientes para justificar la expectación general y el interés que inspiraron al público las *Novelas, Relaciones y Cuadros de costumbres*, que desde mediados del siglo actual empezaron á circular en España como debidas á la pluma de *Fernán-Caballero*.

II

Hasta aquel momento, hasta que en los folletines del acreditado periódico de Madrid que se titulaba *El Herald*, aparecieron en el año 1849 los primeros capítulos de *La Gaviota*, puede decirse que la novela española no tenía carácter peculiar, ni los lectores otro

gusto que el formado por las obras de los escritores transpirenaicos.

Pocos autores se habían señalado en el campo de las letras escribiendo novelas originales. Ofrecían éstas escaso aliciente á los empresarios ó editores, que con la impresión de ligeras traducciones de las obras de Walter Scott y de Balzac habían encontrado pingües utilidades con corto gasto; y que aumentado el número de lectores con la fama que adquirieron Federico Soulié y Jorge Sand, Mery y Gozlan con otros innumerables, y sobre todos ellos Víctor Hugo, Alejandro Dumas y Eugenio Sué, inundaron de novelas francesas, distribuidas por entregas, todos los pueblos de España, encontrando abundante mina que explotar á poco trabajo. Cualquiera de esas traducciones encontraba mejor acogida que las obras originales españolas, aunque en escribir las se habían ejercitado tan ilustres literatos y poetas como Villalta y Escosura, Villoslada, Espronceda y Mariano José de Larra. Ninguno había logrado alcanzar la boga y renombre de *Nuestra Señora de París* y de *Los tres mosqueteros* ó *El conde de Montecristo*, sin necesidad de acudir al éxito extraordinario de *El Judío errante*, que fué leído no sólo en toda España, sino en toda Europa, por la intención que el autor dejaba ver de oposición á una institución respetabilísima, poderosa y sabiamente constituida, y por el alcance que se le suponía, mucho más que por su mérito literario.

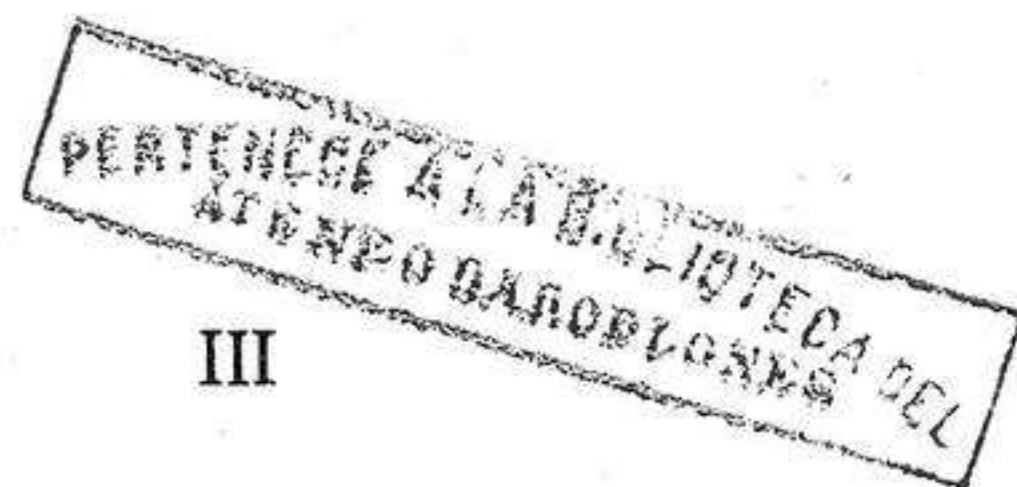
Pero aun el movimiento que produjo aquella novela, aunque más político

que otra cosa, contribuyó á extender la afición á la literatura francesa, y su lectura se hizo general. Ni en los escritores de nuestra patria, ni en la inmensa mayoría de los lectores, se notaba tendencia determinada; el autor que mayores simpatías gozaba por la amenidad y variación de sus argumentos, por el interés que sabía comunicar á sus diálogos y sus inimitables dotes de narrador era Alejandro Dumas. Las ediciones de sus novelas se multiplicaban y corrían de mano en mano, y también servían de modelos á los pocos escritores españoles que empezaban á cultivar el género, aspirando á lograr el aplauso y la aceptación del público.

La aparición de *La Gaviota* fué una revelación. Los primeros que la leyeron comunicaron su extrañeza á otros; se buscaron con insistencia los números de *El Herald*, y en todas partes se hizo mención de aquella obra que embelesaba á los lectores con la sencillez del asunto, la verdad de los caracteres, la vivacidad y gracia del diálogo, y más que todo, y sobre todas las otras condiciones, con la pintura exacta de las costumbres del Mediodía de España, de estos pueblos de Andalucía, sobre cuyos tipos y usos tanto se ha fantaseado y mentido de palabra y por escrito, y que en *La Gaviota* se encontraban palpitantes, vivos, verdaderos, con su color local y sus pasiones ardientes.

Y, lo que era natural, desde la admiración de las obras se pasó al deseo de conocer al autor. Se buscaron otras novelas del mismo ingenio y no se encontraron, ni aun rastro alguno en la

literatura contemporánea de aquel *Fernán-Caballero* que se manifestaba por vez primera con un libro que despertaba la curiosidad y en su género no tenía precedentes en la novela contemporánea.



III

Secreto de muchos, malo es de guardar; y más todavía si esos muchos son literatos, propensos por costumbre á la comunicación de las ideas y muy dados á la caza de anécdotas y de sucesos curiosos. Pronto empezó á susurrarse que el autor de *La Gaviota* no era autor, sino una dama, y corrieron varias versiones acerca de la patria, calidad y linaje de la misteriosa escritora. Se referían con interés muchas inverosímiles invenciones, y los que se preciaban de mejor informados solían ser los que menos sabían de la verdad.

En diferentes periódicos y en volúmenes sueltos aparecieron sucesivamente otras novelas que aumentaron entre los literatos, y aun en el público todo, el deseo, ya muy vehemente, de conocer al autor de *Clemencia*, *La familia de Alvareda*, *Callar en vida y perdonar en muerte*, con que se había enriquecido en poco tiempo nuestro caudal literario; porque á todos desesperaba, y al círculo de escritores más que á otros, el no encontrar entre ellos rastro alguno de aquel novelista

que con tan originales obras se presentaba en la palestra.

A muy renombrados literatos se atribuyeron en un principio las novelas que hemos citado; pero muy luego fueron desechadas aquellas suposiciones, porque ni Bretón de los Herreros, ni Ventura de la Vega, ni Rubí, ni Hartzenbusch, ni ningún otro de nuestros más célebres poetas en quienes se pensaba, tenían las especiales condiciones que brillaban en el novelista que trazara aquellas singulares producciones.

Los más ilustrados críticos convenían en reconocer la sensibilidad de un corazón femenino, en quien había trazado las escenas de *La Gaviota* y de *Clemencia*, pintando con tan sin par delicadeza las gradaciones del amor; pero muchos se resistían á creer que la observación y la inteligencia de una mujer pudieran llegar á la altura de aquel estudio del corazón humano y al conocimiento de la sociedad española, cuya pintura tan magistralmente se trazaba, dibujando con verdad pasmosa la antigua manera de ser de nuestra sociedad, las nuevas ideas que en ella se iban infiltrando y el choque producido en las costumbres y en la familia por la antítesis que entre ambas resultaba.

El velo, sin embargo, se iba descubriendo paulatinamente. Los sucesos políticos del año 1854 hicieron salir de Madrid á gran número de escritores de los que habían seguido fielmente la bandera política del conde de San Luis, y muchos de ellos buscaron tranquilidad y reposo en Andalucía, y allí, en

Sevilla, en Cádiz, en Sanlúcar de Barrameda, conocieron personalmente á *Fernán-Caballero*, trabando con él amistad íntima y cariñosa, que fué de trascendencia en la suerte del novelista.

Ya desde entonces empezaron á correr algunas noticias ciertas del oculto escritor, y supieron muchos que era una señora, hija de aquel docto alemán á quien tanto deben las letras españolas, que estudió con pasión y publicó una de las mejores Antologías, que se imprimió en Hamburgo en 1821 con el título de *Floresta de rimas antiguas castellanas*. Mas como por carácter era naturalmente reservada, poco expansiva, y por varios accidentes de su vida, la hija del ilustrado D. Juan Nicolás Bölh de Faber vivía en cierto alejamiento y retiro, pocos eran los que personalmente la conocían, y menos aún los que gozaban de su amistad, por lo que las noticias eran contradictorias y poco seguras, propalándose muchas falsas por cada una que se aproximaba á la verdad. Unos la suponían nacida en Cádiz, otros la creían inglesa, muchos aseguraban había visto la luz en el mar á bordo de un barco de vela en que viajaban sus padres; y tan varias como acerca de su nacimiento, eran las relaciones que se hacían de sus costumbres, de su edad y de su persona.

IV

Doña-Cecilia Bölh de Faber, hija de D. Juan Nicolás y de doña Francisca

Javiera Larrea, natural de Cádiz, había nacido en Morges, pequeña población del cantón de Berna, en Suiza, en 25 de Diciembre de 1796, pero por mera casualidad.

Natural de Hamburgo, donde vió la primera luz en 1770, y dedicado por sus padres al comercio, D. Juan Nicolás Bölh, después de haber permanecido algún tiempo en Londres, se estableció definitivamente en Cádiz, en donde contrajo matrimonio; y de allí salió con su esposa, dirigiéndose á su país natal en los últimos meses del año 1796. Al atravesar el cantón de Berna, en la aldea de Morges, vino al mundo el primer fruto de aquella unión, y como en la población no había iglesia católica, la niña, que había nacido en la noche del 25 de Diciembre, permaneció sin recibir las aguas del bautismo hasta el día 13 de Marzo del año siguiente de 1797, que fué cuando la madre pudo ponerse en camino; y en aquel día, en la iglesia parroquial de San Juan de Echalens, fué bautizada, poniéndole los nombres de Cecilia, Francisca, Josefa, la que luego había de ser tan célebre en la historia de nuestra literatura.

Esmerada fué la educación que aquella recibiera. Eran su madre y su abuela señoras muy ilustradas, y ambas á porfía se desvelaban por cultivar las dotes naturales de inteligencia y bondad de la niña Cecilia, que pasó su infancia alternativamente en Cádiz y en Hamburgo, al lado de una ó de otra de aquellas señoras, instruyéndose en las lenguas vivas al mismo tiempo que en las más delicadas labores propias de su

sexo, y cobrando afición á las letras con las lecciones de su padre y la lectura de los selectos libros que formaban su rica biblioteca.

Según testimonio de muchos de sus contemporáneos, la hermosura de la joven Cecilia era verdaderamente notable, y llamaba la atención tanto en Sevilla como en Cádiz, en cuya buena sociedad empezaba á brillar cuando apenas contaba veinte años.

Prendóse de ella un capitán del regimiento infantería de Granada, tan joven y gallardo como arrojado y ligero, y concertada en brevísimo plazo la unión, contrajo matrimonio doña Cecilia Bölh, en los primeros días de Abril del año 1816, con D. Antonio Planells y Bardají, y muy poco tiempo después se embarcaron los esposos para Puerto Rico, á cuya capitania general fué destinado el oficial, que deseaba adelantarse en su carrera.

Breve, pero desdichada, fué la unión. No hermanaban los caracteres de ambos esposos; sus gustos, sus aficiones eran muy diferentes; la sensibilidad de la esposa no encontraba eco en el corazón de su marido. Interpretó éste de muy torpe manera la tristeza que se apoderaba del ánimo de aquella niña tan inocente, al verse lejos de su patria, separada de sus padres y de todas las personas de su intimidad; y dando entrada en su corazón á los celos más infundados, y por lo mismo más atroces, privó á su esposa de toda clase de relaciones, encerrándola tan duramente, que ni aun á misa la permitía salir sino en su compañía y antes de que

alumbrara la luz del sol. Por fortuna ó por desgracia, aquel violento estado fué de corta duración. El capitán Planells enfermó y murió en muy pocos días, al año escaso de su permanencia en la isla; su joven viuda, que á nadie conocía ni trataba por la aviesa condición de su esposo, fué acogida noblemente por la señora del capitán general, y acompañada á España hasta que volvió á encontrarse en Cádiz al lado de sus padres.

En su novela *Clemencia*, dejó pintados con tristísima verdad algunos de los sufrimientos que acibararon sus días en aquel año que vivió en América durante su primer matrimonio.

V

Algunos años después de su regreso á España, pasó á segundas nupcias doña Cecilia. Fué su segundo esposo D. Francisco Ruíz del Arco, marqués de Arco-hermoso, capitán de guardias españolas, y el matrimonio se celebró en Cádiz en 26 de Marzo de 1822. A una posesión del marqués, situada en la villa de Dos Hermanas, á dos leguas de Sevilla, se trasladó el matrimonio para gozar la llamada luna de miel, lejos del bullicio de la sociedad; y allí, conmovida por una tragedia reciente que le refirieron testigos presenciales, escribió *La familia de Alvareda*, primera narración en que se ejerció la pluma de doña Cecilia Böhl, sin tener

por entonces ni la más remota idea de darla á la estampa.

Desde entonces no dejó de escribir algunos de los cuentos que oía en boca de la gente del campo, cuyo gracejo especial y característico la encantaba, y de recoger asuntos que más tarde lo fueron para sus novelas y relaciones, en los sucesos que presenciaba ó que los campesinos le referían.

En Sevilla, fué la casa de los marqueses de Arco-hermoso centro de la más escogida sociedad durante muchos años, concurriendo á sus salones, además de la juventud sevillana, cuantos extranjeros de distinción visitaban la ciudad. En aquellos años conoció y trató á doña Cecilia el barón Taylor, enviado por el rey Luis Felipe con la misión artística de recoger cuadros y esculturas de los mejores maestros españoles, para enriquecer su museo particular. Allí concurrieron también Sir William Stirling, Washington Irving, y otros muchos famosos escritores, poetas, literatos y pintores.

Mas ninguno de ellos pudo admirar en la marquesa de Arco-hermoso más que la discreción y la hermosura, y un talento tan elevado cuanto era necesario para brillar en los salones, sin que ninguno pudiera sospechar, como decía más tarde el Sr. D. Antonio de Latour, que también fué gran amigo y admirador de la escritora, que tras la dulce figura de aquella ilustre dama, que con tanta gracia, distinción y finura hacía los honores de su casa, se ocultaba una gran novelista.

Sin embargo, en aquel tiempo, y so-

bre un suceso que fué muy público en Sevilla, escribió la marquesa de Arco-hermoso la obra primera, que dió á la prensa inmediatamente, más sin que nadie pudiera sospechar su procedencia; la intituló *SOLA, cuadro de costumbres sevillanas*; la escribió en alemán, y la hizo imprimir en Viena ó en Hamburgo, en las páginas de un periódico literario, en el año 1831.

Y por cierto ha sido extraña la suerte de esta novelita, muestras primeras del ingenio de la autora, que tan alto nombre alcanzó años adelante. Dada á luz en lengua extranjera, no se ha conocido en España á pesar de la celebridad que consiguieron luego las obras que de su pluma brotaron. El periódico alemán fué olvidado, y aunque doña Cecilia hizo una traducción de su novela, y la publicó en el *Semanario Pintoresco Español* en el año 1849, lo había olvidado hasta tal punto, que no conservaba en su memoria el nombre del periódico, ni pudo darla para que formara parte de la colección de sus obras.

Poco feliz fué en sus enlaces doña Cecilia Bölh. Agobiado por larga enfermedad, que cambió en tristeza la alegría de su casa, falleció al cabo el marqués de Arco-hermoso en Mayo del año 1835, y cuando su esposa, segunda vez viuda, se encontraba entregada á su dolor, y aislada completamente de todo trato, sin poder dominar su pena, nuevas desgracias y no menos sensibles vinieron á turbarla con otros sufrimientos que la hicieron desechar un tanto el sufrimiento anterior.

Enfermó gravemente en el Puerto de Santa María D. Juan Nicolás Bölh de Faber; corrió á su lado su hija, y tuvo el desconsuelo de verle morir, aunque cariñosamente rodeado de su familia, el 10 de Noviembre de 1836.

VI

Todavía contrajo nuevo enlace doña Cecilia, que no permaneció viuda sino dos años, verificándose su unión con D. Antonio Arróm de Ayala en la misma ciudad del Puerto de Santa María, en 17 de Agosto de 1837.

Entre las causas que produjeron este matrimonio y que decidieron á doña Cecilia á dejar por segunda vez el luto de viuda, fué una de las principales la traidora enfermedad que al pretendiente afligía, y que sí por una parte le prestaba el interés que siempre comunica la tisis á las personas que ataca, hizo temer por otra que un desengaño precipitara funesto desenlace, teniendo en cuenta el impresionable carácter del joven Arróm, y la viva pasión que se apoderó de su pecho con el trato continuo con doña Cecilia, cuya casa frecuentaba á la muerte de su padre.

Después de este casamiento fué cuando aquélla se dedicó por entero al cultivo de las letras, contribuyendo á ello muchas circunstancias.

Como remedio á su enfermedad, preceptuaban los médicos más célebres á D. Antonio Arrón, entre otros, el de

que hiciera largos viajes por mar. El primero que hizo con tal objeto, aunque fué breve, pareció que influía favorablemente en la salud del enfermo; y como quiera que en aquella misma época los bienes del matrimonio habían sufrido grave quebranto, por pérdidas ocasionadas en las quiebras de varias casas alemanas donde tenía colocadas doña Cecilia cantidades de alguna importancia, pensaron ambos esposos en reducir sus gastos, retirándose á vivir la mujer modestamente en Sanlúcar de Barrameda, y haciendo el marido el viaje á Australia, para donde obtuvo el nombramiento de cónsul general de España.

En la soledad de su pulcra casita de Sanlúcar, y como esparcimiento y distracción en sus penas, se decidió doña Cecilia Böhl, por consejo del literato D. José Joaquín de Mora, que había sido muy amigo de su padre, á dar á la estampa algunos de los libros que tenía escritos, y á trabajar en otros en los que tenía comenzados, y entonces fué cuando por mediación de aquel amigo envió á la redacción de *El Heraldo* el manuscrito de *La Gaviota*. Pero la escritora, que estaba muy lejos de sospechar el mérito literario de sus cuadros, y que era tímida y modesta por carácter, buscó el medio de que se publicara la obra sin que se conociera al autor, y la dió bajo el nombre de *Fernán-Caballero*, que era el de un pueblecito de la Mancha, aplicado por vez primera á un sujeto que había de hacerle tan célebre en todo el mundo, cuanto hasta entonces había sido ignorado.

VII

La Gaviota tuvo un éxito muy superior á cuantas esperanzas concebieran, no solamente su autora, sino también los amigos que la animaron para que la diese á luz. D. Eugenio de Ochoa, crítico de gran concepto, encargado entonces de las revistas literarias del periódico *La España*, le consagró un detenido estudio, que terminaba vislumbrando para las letras un Walter Scott español.

Y estuvo, en verdad, acertado en su profecía el reputado escritor. Animada doña Cecilia por la acogida del público y la benevolencia de la crítica, dió sucesivamente varias novelas y artículos que fueron acogidos con avidez, y muy luego publicados en colección bajo el cuidado del señor D. Fermín de la Puente y Apecechea, que fué uno de aquellos que habían bajado á Andalucía á consecuencia de los sucesos políticos del año 1854.

Vino también entre éstos el señor D. Manuel Cañete, docto sevillano, cuya reciente pérdida deploran nuestras letras patrias, y que en unión con su amigo el ilustre catedrático de literatura D. José Fernández-Espino, fundó en Sevilla la *Revista de ciencias, literatura y artes*, que alcanzó verdadera importancia por los muchos trabajos interesantes que dió á luz en sus páginas. Uno de sus más constantes colaboradores fué *Fernán-Caballero*, y á

sus artículos debió la Revista gran parte de su fama.

Ya hemos indicado cuál fué el juicio que se formó de *La Gaviota*. Poco tiempo después, en el semanario titulado *Museo español*, apareció una de las mejores novelas de *Fernán-Caballero*, *Clemencia*, y en la citada revista de Sevilla se dió á luz la de *Tres almas de Dios*, que después coleccionó con el título de *Un servilón y un liberalito*, que conserva, en el concepto de muchos lectores, uno de los primeros lugares entre las obras de la escritora, por la viveza de su colorido y el carácter especial que la distingue entre todas.

En el intermedio de esas tres obras había dado á la estampa doña Cecilia algunos *cuadros de costumbres*, con el objeto, según el título lo significa con harta claridad, de poner en relieve los usos y los caracteres de los hijos de Andalucía, especialmente de las clases campesinas, sin que el desarrollo del asunto ni lo complicado del argumento fueran parte á sostener el interés. Sin embargo, en muchos de ellos entran como actores individuos de clases más acomodadas, aunque no por eso pierdan su corte, su índole particular, que el autor escogió para presentar enseñanzas morales, sin más recursos que una narración sencilla y varios caracteres bien delineados.

Porque esta es la tendencia constante, el fin principal que se propone *Fernán-Caballero* en todos sus trabajos. Como síntesis de la obra literaria de esta célebre novelista, puede señalarse el concepto moral, el propósito de se-

ñalar el círculo de sus deberes á las clases elevadas, estimulando en ellas el amor á sus subordinados, la compasión hacia los menesterosos, la caridad cristiana, en una palabra, en su acepción más noble y más elevada, pintando para ello, con hermosos rasgos, los corazones, los sentimientos de los hombres del pueblo, cuyos caracteres estudiaba con amor y retrataba con extraordinaria verdad.

Alrededor de este gran pensamiento gira y se desarrolla y crece toda obra de *Fernán-Caballero*, desde su novela más importante á su más pequeño rasgo; y así lo reconocen los críticos más eminentes de nuestra patria y muchos de los más célebres de Francia, de Alemania y de Italia, en cuyas lenguas corren traducidas sus producciones, siendo tan conocidas como entre nosotros, y habiendo contribuido su popularidad á rectificar el equivocado concepto que de las costumbres de nuestra patria, y sobre todo de Andalucía, se tenía en aquellas naciones.

VIII

Mientras que *Fernán-Caballero* vivía aislada y solitaria en Sanlúcar de Barrameda, su nombre literario adquiría gran celebridad con la publicación de sus obras en aquella colección que ya dijimos había tomado el cuidado de dirigir el Sr. D. Fermín de la Puente y Apecechea, y publicó el editor de Ma-

drid, D. Francisco de P. Mellado, entre los años 1855 y 1857. Su fama crecía sin que ella lo advirtiera, é insensiblemente también, y tal vez porque no lo procuraba, crecían sus relaciones con personas de alta posición y su prestigio entre todos los que frecuentaban su trato.

Fué uno de los principales, y sin duda alguna de los más entusiastas, el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, literato de relevantes condiciones, de sólida instrucción, y gran aficionado de las letras y de las artes españolas, que estudiaba con asiduidad, y en las que era tan entendido como apasionado. Vino Latour á España acompañando á los infantes duques de Montpensier después de los sucesos políticos que en el año 1848 produjeron en Francia la caída del trono popular del rey Luis Felipe; y como aquellos establecieron, poco tiempo después de su venida á Sevilla, una residencia de verano en Sanlúcar de Barrameda, allí fué á establecerse D. Antonio de Latour, y en su afición á las cosas de España le fué agradabilísima y muy útil la amistad de *Fernán-Caballero*. El entusiasmo que le causaron las novelas de aquella dama, fué conocido muy luego por el Duque y por su esposa la Serma. Sra. Infanta doña María Luisa Fernanda. Presentada doña Cecilia Böhl á la ilustre señora, tanto se prendó ésta de su gran inteligencia y de sus elevados sentimientos, que llegó á profesarla un afecto cordialísimo que duró hasta su muerte.

La escritora fué la confidente de las

obras de caridad que la piadosa infanta derramaba á su alrededor con el mayor secreto, fué la mano intermedia por la que llegaban al necesitado los auxilios del poderoso, y la voz amiga que hacía llegar á oídos de ésta las necesidades que de otro modo nunca hubiera conocido. ¡Dulcísima tarea la de ambas señoras, muy grata á sus corazones, y papel muy apropiado á sus sentimientos el que desempeñaba *Fernán-Caballero*, teniendo siempre gran cuidado en que su persona permaneciera ignorada y oculta su mano cuando distribuía los beneficios de la infanta de España!

El entusiasmo de esta señora por la simpática novelista llegó muy pronto hasta las más altas regiones. La magnánima reina doña Isabel II leyó también las obras de aquélla y quiso dispensarla sus favores; pero la escritora rechazó con modestia y dignidad todo ofrecimiento de pensión y aun se opuso á que se hiciera por orden de la reina una edición de sus obras que había de regalársele, y sólo admitió, después de algunas instancias de sus amigos, una de las casas del patrimonio real contiguas al Alcázar de Sevilla, donde pudiera vivir gratuitamente durante sus días.

Impulsó á doña Cecilia para admitir aquella generosa oferta el reconocimiento á la bondad de doña Isabel II; pero también fué parte á decidirla el lugar que se le ofrecía para su morada. Dentro del recinto amurallado del alcázar mauritano, aislada por completo por la forma especial de su construc-

ción, y muy próxima, sin embargo, á la suntuosa iglesia Catedral y al magnífico edificio del Consulado, donde se encuentra el archivo de las Indias; rodeada de jardines, cuyos olores la embalsaman de continuo, aquella casa parecía destinada para vivienda de un escritor.

Resucitan en aquella soledad las figuras más grandes de nuestra historia patria, los recuerdos más gratos y las más poéticas tradiciones. Palpitan allí, si así puede decirse, las voces del santo rey Fernando y la de don Pedro *el Justiciero*; se escuchan las armonías de los cánticos sagrados que resuenan bajo las bóvedas de la Catedral, y á poco que la imaginación se despierte, ve levantarse en toda su imponente grandeza las memorias de la Reina Católica y de Cristóbal Colón y sus heroicos compañeros; como si se cierran los ojos á la realidad se contemplan las tradicionales aventuras de Sancho Ortiz de las Roelas y don Juan Tenorio, y los sucesos de Mañara, de Alonso de Ojeda, de Vázquez de Leca y de tantos otros, sobresaliendo siempre por su especial carácter las de don Pedro I de Castilla, que evocan las memorias de doña María Coronel, de doña Blanca y doña María de Padilla y la del infante don Fadrique rodeado de los célebres ballesteros...

No hay necesidad de lanzarse á suposiciones aventuradas para comprender que *Fernán-Caballero* aceptara con gozo el ofrecimiento de vivir en tal lugar, dentro de los muros del Alcázar, y que en él se entregara por entero á

su afición á las letras y escribiera gran número de sus celebradas producciones.

IX

Allí se deslizaban tranquilas y dulces las horas de la novelista; allí recibía las visitas de sus amigos y las de muchas personas de distinción, tanto de España como del extranjero, que movidas de curiosidad deseaban conocer al misterioso actor de tantas obras amenas; allí se dedicaba á escribir continuamente, ora por su propio deseo las novelas cuyos argumentos ya tenía trazados, ora los artículos que para muchos periódicos le pedían, cuando un triste suceso vino á turbar la paz de su ánimo y á acibarar por mucho tiempo su existencia.

Aunque no de una manera definitiva, sino con el propósito de arreglar algunos asuntos difíciles, ampliar el círculo de sus relaciones comerciales y regresar á Australia, donde todavía sus negocios le obligaban á residir por algún tiempo, había venido á España en el verano de 1858 D. Antonio Arróm. Después de haber permanecido algún tiempo al lado de su esposa, salió precipitadamente para Madrid, donde le llamaban asuntos de su consulado, con ánimo de volver de nuevo á Sevilla; pero noticias graves le obligaron á marchar á Londres, donde adquirió la triste evidencia de un desastroso suceso que arruinaba su comercio, y no pu-

diendo soportar aquel golpe... puso fin á sus días.

.....
 Preciso es hacer un largo paréntesis, al llegar á este punto desgraciado, en la vida de *Fernán-Caballero*. Siempre piadosa la escritora, de sensibilidad exquisita, hasta el extremo de aparecer excesiva, aquel grave acontecimiento la produjo una alteración indescriptible. Meditando de continuo en la pérdida que acababa de sufrir y en las horribles circunstancias que la acompañaban, se encerró en la soledad de su casa, donde solamente recibía las visitas de sus sobrinas que acudían á llevarle los consuelos de su afecto, y las de algunos amigos predilectos; de éstos, pocos, muy pocos, pues rompió casi por completo con todas sus amistades. Dejó también la pluma; y en aquellos días de aislamiento nació en su mente la aspiración de consagrarse á más forzosa reclusión retirándose á un convento; resolución *que maduró durante mucho tiempo*, como ella decía, y trató luego de llevar á efecto con la tenacidad propia de su convicción, aunque al cabo hubo de desistir de ella, tanto por los obstáculos que se le opusieron, cuanto por los deberes que en el claustro eran de obligación, y no se sintió con fuerzas para aceptar.

X

Después de este suceso de familia, que tan gran perturbación causó en su

modo de ser en el interior de su casa, y cuando se iba serenando algún tanto con el transcurso de los años y la continua ocupación literaria, la revolución de Setiembre del año 1868 fué otro gravísimo suceso que sorprendió grandemente á *Fernán-Caballero*, dando un golpe á sus convicciones, á sus sentimientos más arraigados. Ni encontraba las causas, ni sospechaba los móviles, ni alcanzaba las consecuencias de aquel acontecimiento, ni aun quería dar fe á lo que ante sus ojos pasaba. Era profunda y candorosa su convicción monárquica, y no comprendía que todo el pueblo español dejase de abrigar igual sentimiento y de amar la institución y respetar á la augusta señora que ceñía la corona; y sus correspondencias de aquellos días y aun de mucho tiempo, cuando lamentaba las convulsiones políticas y el malestar del pueblo español, demuestran claramente que buscaba sus causas en diferentes circunstancias, sin fijar ni por asomo sus miradas en el trono, ni creer que pudiera peligrar nunca su existencia; y esto explica las afirmaciones absolutas contenidas en muchas de sus obras, y más todavía en alguna que tal vez por esta razón no ha visto ni verá la luz pública. Para *Fernán-Caballero*, la fe monárquica del pueblo español era artículo de fe.

El movimiento anti-religioso que señaló los primeros tiempos de la revolución de Setiembre en toda España, pero en especial en Sevilla y Cádiz, fué también causa de profunda pena en el ánimo de la escritora, y queda de su

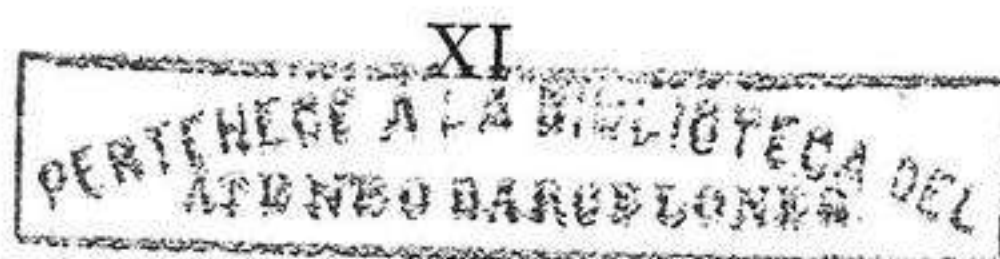
sentimiento una prueba que por verdadera casualidad podemos ofrecer como dato curioso y como escrito desconocido de Fernán-Caballero.

Antes de que, declarados en venta los bienes que pertenecieron al real patrimonio, se notificara á la novelista la orden de que abandonara la habitación que había merecido á la magnanimidad de doña Isabel II, dispuso la Junta revolucionaria de Sevilla se destruyesen todos los signos de devoción que aún quedaban en diferentes sitios de la ciudad. Ordenes de igual naturaleza se habían dictado en varios periodos revolucionarios desde el año 1840, y aunque muchos retablos, cruces y ex-votos habían desaparecido, conservábanse algunos que se habían salvado, por los grandes recuerdos que conmemoraban, por su mérito artístico ó por algunas particulares circunstancias.

Mandó el alcalde algunos operarios que procedieron á quitar los dos retablos que en la entrada del Patio de Banderas y en el Apeadero del alcázar se conservan; resistiólo el alcaide, administrador del patrimonio, por estar aquéllos dentro de los muros de la casa real, aunque en tránsitos francos para el público y no creer que alcanzaban sus facultades á permitir se causara novedad alguna en el palacio confiado á su custodia, y *Fernán-Caballero* aprovechó aquella ocasión para hacer alarde de sus sentimientos y acudió á la esposa del ministro D. Juan Bautista Topete, con una carta en que la rogaba se apoyara al alcaide del alcázar, impidiendo que la revolución destru-

yera aquellos emblemas religiosos que tan grandes recuerdos conservaban.

La carta decía así:



«Señora: La envidiable fama que V. E. goza de piadosa, me da valor para molestar su atención con estos renglones, en los que le voy á hacer una petición en nombre de todos los que habitamos en el regio alcázar de Sevilla, hoy propiedad del Estado, á cuyo frente se halla con sus compañeros el señor esposo de V. E., general Topete.

» Este ayuntamiento ha mandado al señor administrador de este histórico monumento que destruya los retablos que en él existen; el administrador contestó que esto no estaba en sus atribuciones, lo que es bien claro, puesto que el municipio no tiene el menor derecho á disponer de este alcázar puertas adentro.

» Difícil sería pintar á V. E. la desolación de *todos* los que en este alcázar habitamos, al ver que á pesar de la negativa del Sr. Terán, el municipio impío, no contento con haber destruido cuantos retablos y capillas existían en esta católica Sevilla, insiste en su obra de destrucción sin causa ni razón, ni aun pretexto. No le arredra siquiera el respeto á la historia: pues estos retablos fueron aquí colocados por la gran reina Isabel la Católica, ni el interés de

la tradición, que afirma que en el retablo que está á la entrada rogaba Colón á la santa Madre de Dios y amparo de los afligidos que favoreciera su magna empresa, y que á su regreso del Nuevo Mundo se postró agradecido á su patrocinio á sus pies, con dos indios cristianos ya, que traía consigo.

»Estos retablos son, señora, parte integrante de este histórico monumento; forman ó le dan su fisonomía. ¿Qué dirán los viajeros que de todas naciones acuden á ver esta joya curiosa, este monumento histórico, al ver arrancado de sus muros el sello de su época grande y piadosa?

»Muchas cosas, al ver el giro que las públicas han tomado, no habrán podido evitar los hombres cultos y cristianos que están al frente de la nación, pero el real patrimonio no tiene ni debe reconocer otra autoridad que la de estos señores, y aquí están ampliamente en su derecho para impedir un mal grave y trascendental.

»Que V. E. influya en que así lo hagan, es la súplica que en nombre de los habitantes del alcázar me atrevo á dirigir á V. E., asegurándole que si lo consigue habrá merecido bien de la religión, de la historia, de la cultura y de la razón.

»Perdóneme V. E. mi atrevimiento, y discúlpelo con la confianza que inspiran la bondad y la virtud para esperar de ellas bondades y virtudes.
B. l. m. de V. E. s. s. s.

Fernán-Caballero.

SEVILLA 20 de Febrero 69.»

XIII

No sabemos si obtuvo resultado esta instancia. Lo que sí fué cierto, que declarados en venta los bienes del patrimonio y vendidas en pública subasta las casas del Patio de Banderas, se comunicó á la escritora la orden de desocupar su habitación, y después de doce años próximamente abandonó Fernán su morada en el alcázar y se trasladó á la modesta cuanto agradable casita de la calle que entonces se nombraba de Juan de Burgos, donde pasó el resto de sus días.

Los años de la revolución fueron de continuada zozobra y de verdadero sufrimiento para *Fernán-Caballero*. No desconocía los trabajos que se dirigían á preparar la restauración, porque muchos de sus mayores amigos estaban comprometidos en ellos y animaban sus esperanzas. Proseguía en su labor literaria, pero con cierto desaliento; la falta de fuerzas físicas, el decaimiento de su cuerpo, vencido por los años y por las penas, se reflejaba en su espíritu, y no le permitía consagrarse con asiduidad al trabajo, que era su único recreo, y tal vez lenitivo y aun medicina de sus males.

Cuando el que se llamó *golpe de Estado* del 2 de Enero de 1874 puso fin al gobierno republicano y creó nuevamente aquella interinidad sin nombre que durante un año rigió los destinos de España, doña Cecilia sintió reani-

marse sus esperanzas, y se atrevió á pedir á algunos de sus amigos que habían entrado en la corporación municipal restablecieran la antigua costumbre de que los vigilantes nocturnos al cantar la hora dieran antes la voz de *Ave María Purísima*, como siempre se había practicado durante siglos, y cuya supresión habían ordenado los ayuntamientos de la Revolución.

Por la moción que hizo la escritora en su nombre y en el de muchas señoras de la ciudad, se acordó restablecer la tradicional invocación; y ya poco después esperaba confiada y ansiosa el momento de saludar al hijo de doña Isabel II ocupando el trono de sus mayores. Su impaciencia era tan grande, que no pasaba día sin que se informara con insistencia de los pasos que adelantaba la restauración, y bien claramente dejó pintada toda su alegría en la carta que dirigió al Excmo. Señor D. Leopoldo A. de Cueto, que figura al frente del *homenaje poético* de Alfonso XII.

«Estimadísimo amigo: Salgo de la cama, en que me han tenido muchos días fuertes calenturas. Estoy tan débil y nerviosa que apenas puedo escribir, y Dios sabe si podrá V. leer estos temblorosos renglones.

»Contesto á su grata y apreciadísima carta.

»¿Una *corona poética*? ¡y compuesta por literatos reunidos con este objeto en casa de V., es decir, la flor y nata, las primeras espadas de los escritores y poetas! ¡Una corona de laureles con

hojas de oro!... ¿Qué parecería entre ellas una hojita de césped del campo? Yo no escribo versos, y las prosas no deben desarmonizar tan bella y completa obra como será la que se proyecta.

»Además, ¿qué diría?... Cuando prostrada en el lecho oí el magnífico repique de nuestra catedral, tantas veces profanado, lo oí tan alegre, tan glorioso en esta ocasión, que parecía que las campanas repicaban solas y por su propio impulso. No pude hablar, pero mis lágrimas expresaron los sentimientos de mi corazón. Lo levanté á Dios, dándole gracias por lo que patentemente ha sido obra suya, y repetí con el gran poeta francés:

«*Celui qui met un frein à la fureur des flots, saura bien des méchants arreter les complots.*»

»Así ha sido. ¡Bendito mil veces el iris de paz que Dios manda á España en ese rey, tan joven de años y tan maduro de saber, de prematura experiencia y tan rico de virtudes! Esto es lo que siento y quisiera expresar de manera más escogida, que no lo puede ser la que usa una pobre convaleciente, que ni siquiera ve lo que escribe.

»Ya ve V. que yo no puedo ocupar un puesto en tan elevada y noble *Corona*, que aun antes de salir á luz va cobrando renombre y fama. Me aterra la idea de presentar al público, al público culto y literario, un escrito *en prosa y prosaico*, que no tendría más en su favor que el ser alfonsista. No me es dado, pues, corresponder á la inmerecida honra que V. y sus ilustres amigos me dispensan,

sino con mi corazón, mis simpatías, y mis votos por el joven y dignísimo príncipe, que, como enviado por la providencia, viene á ocupar el trono secular de sus antepasados, trayendo en una mano la espada para defenderle, y en la otra la rama de olivo, símbolo de la paz, que tanto anhela nuestra España. Mucho cumple y mucho promete para el porvenir. Tiene en su favor el sagrado apoyo:

Dieu et mon droit.

»En cuanto á la expresión del sentimiento poético popular de que V. me habla, lo único que en tan poco tiempo, en mi encierro, he podido recoger, son estas coplas que cantaban cuadrillas de máscaras por las calles:

Don Carlos quiere corona,
Que la haga de papel,
Que es la corona de España
Para el hijo de Isabel.

.....
Si Carlos quiere corona,
Que soñando se la forme,
Que es la corona de España
Para el rey Alfonso doce.

»Termino mi carta dando á V. y á esos señores las más sentidas gracias por la tan lisonjera distinción que me han hecho, juzgándome digno de unir mi insignificante nombre al suyo tan claro y distinguido en las letras de nuestra patria.

Ruego á V. de nuevo me perdone, por la imposibilidad en que estoy de mostrar en una obra literaria, como yo quisiera, mi cordial y calurosa adhe-

sión al hijo de mi reina doña Isabel, y créame su más agradecida y sincera amiga,

FERNÁN-CABALLERO.»

XIII

Esta carta lleva la fecha de 9 de Febrero de 1875. La célebre escritora se encontraba muy débil de cuerpo, aunque conservaba la plenitud en su inteligencia. Los años por una parte, pues contaba ya muy cerca de los ochenta, y los disgustos que habían turbado su existencia por otra, habían agotado las fuerzas en aquella naturaleza, bastante más fuerte y sana de lo que á primera vista podía creerse. Desde aquella fecha, aunque mucho más complacida por la marcha de los negocios públicos y por ver consolidada la restauración monárquica, su vida comenzó á hacerse más penosa, y su familia y sus amigos comprendían con dolor que no se había de prolongar por mucho tiempo aquella existencia tan querida en todos ellos.

La muerte de una de sus hermanas, la última que le quedaba, vino á acibarar los postreros días de su existencia. ¡Triste impresión producen en el ánimo las últimas cartas de Fernán-Caballero! Con fecha 26 de Octubre de 1876, decía doña Cecilia á su excelente amigo el Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel, que le había escrito

procurando consolarla un tanto en su aflicción:

«Mil gracias por sus sentidas palabras de pésame. Creí que ya en mi trabajada vida no llegaría el caso de que se me pudiesen dirigir, pues era la mayor de mis hermanas, ¡pero Dios lo ha dispuesto de otro modo! La muerte es una separación temporal, por lo que mientras más anciana se verifica más corta es... ¡Qué consuelo!»

Sus fuerzas continuaban acabándose; la fiebre se iba apoderando de ella... Sin embargo, siempre se encontraba dispuesta á favorecer á los que acudían á su amparo y valimiento. Léase la carta que en aquellos mismos días dirigió á otro de sus constantes amigos, cuyo original tenemos á la vista:

«No sé cómo escribo.—Diez días de calenturas, cama y dieta me tienen hecha una pavesa.—Pero la hija de mi portera, que he criado, se ha casado con un cabo de municipales, Miguel Velasco, que es una persona fina y excelente, hermano del cura de Marchena.—Es soldado cumplido con brillante hoja de servicios.—Está destinado en el distrito de la puerta de Carmona, y, por consiguiente, á una legua de mi casa, en la que moran, y me dicen sería una cosa fácil para V. el pedirlo para el distrito de la Magdalena, que es mi parroquia.»

»No veo lo que escribo;—me tiembla el pulso; nada, nada puedo, sino querer y apreciar á V. muchísimo

FERNÁN.»

XIV

Agravándose el padecimiento y postrada completamente la enferma, sin poder abandonar el lecho, la noticia de su estado produjo penosa impresión en toda Sevilla. No contentos con recibir frecuentes informes, la reina doña Isabel, y su augusta hermana la Serenísima Infanta Duquesa de Montpensier visitaron personalmente á la ilustre escritora, que consagrada por entero á las prácticas religiosas, entregó su alma al Creador en la mañana del 7 de Abril de 1877.

XV

No es fácil ni posible en estrechos límites analizar las obras de *Fernán-Caballero*, ni formar juicio de cada una de ellas. Los escritores más eminentes de nuestra patria y muchos extranjeros ilustres han tomado á su cargo ese trabajo quilatando los méritos de las novelas principales, y manifestando su opinión sobre las dotes de la original novelista.

Como síntesis, recogeremos cual verdad reconocida é indudable la intención moral de *Fernán-Caballero*, su entusiasmo religioso, su ardiente fe y la consoladora filosofía que, cual dulce luz, se desprende de todos sus escritos. En este punto es intachable y modelo.

Su cualidad más excelente es la de trazar los caracteres con pasmosa verdad, poniendo de relieve la figura del personaje y su fisonomía moral, de manera tan gráfica, tan apropiada, tan natural, que se graba indeleble en el ánimo de los lectores. En este punto se iguala á los más célebres escritores, á Shakespeare y á Cervantes. La María protagonista de *La Gaviota*, el D. José Mentor de las *Tres almas de Dios*, *Clemencia*, y Perico *Alvareda* con otros muchos que forman numerosa galería, son personajes vivos que no tienen movimiento ni palabra que no sea propia de sus carac-

teres respectivos, retratos sorprendidos á la naturaleza misma con la luz de un genio observador, más expresivos que las fotografías, porque tienen voz y animación.

Con tales condiciones, *Fernán-Caballero* es en nuestro concepto, y en el de muchos críticos de merecido renombre el eslabón inmediato á Cervantes en la sucesión de los novelistas españoles. Ninguno ha poseído en tal grado la finísima observación, ninguno ha trasladado al papel con mayor verdad y exactitud el fruto de sus observaciones.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

COSTUMBRES LITERARIAS DEL TIEMPO PRESENTE

Cierto día, formando parte del cortejo que iba en pos de ilustres funerales (1) que fueron un acontecimiento público en este París, tan frívolo de ordinario, tan fácilmente olvidadizo é ingrato, me puse á reflexionar sobre los destinos diferentes de las generaciones intelectuales que se han sucedido en Francia hace medio siglo, y á comparar las circunstancias en que se han producido y sobre la escena y papeles diversos que han desempeñado. Cuando se ve desaparecer uno á uno los representantes de un pasado tan reciente todavía, nos sentimos tentados á creer que hay una decadencia intelectual en la raza y que el siglo se empequeñece. Los grades antepasados que se retiran delante de las nuevas generaciones, sin que se pueda ver bien qué consuelos nos reserva el porvenir, ¿dónde quedará la superioridad manifiesta de las inspiraciones, la novedad incontestable de los puntos de vista, la amplitud y la altura de las concepciones, cuando los últimos supervivientes de esta fuerte generación hayan desaparecido? ¿Dónde estará la originalidad del talento y la autoridad que es su signo revelador? Distingo una multitud de nombres que se presentan á mi memoria confusamente apiñados en los confines de la celebridad; pero en esa multitud de escritores de diversas opiniones y distinto origen hay algunos que traspasan el límite en que se detiene la multitud, y que una superioridad decisiva de talento reserva el privilegio de esas situaciones consagradas por el asentimiento público, elevado sobre la controversia pública y como al abrigo de ella. ¿A quién le corresponde, en las nuevas genera-

(1) Los de M. Coussin.

ciones, el reinado intelectual? Y, en primer término, ¿este reinado corresponde á alguien? Las condiciones que se habían fundado hace cuarenta años estas soberanías del espíritu no existen. A la desgracia de perder estos hombres que han sido durante tantos años investidos por la opinión de una especie de magistratura intelectual, parece juntarse otra desgracia, la de no verles reemplazados. El examen de las condiciones nuevas en que se encuentra la generación presente comparadas con las condiciones anteriores, es el asunto que quisiera tratar rápidamente sin ilusión retrospectiva y sin otro propósito que el de ver las cosas con justicia. Se ha producido un singular fenómeno en la región del espíritu: tiende á reinar cierta nebulosa democracia. El rasgo saliente de este nuevo régimen en el orden intelectual, y que acaso no es del todo conveniente, consiste de una parte en la transgresión de ciertas reglas de las que en otro tiempo era guarda celosa la opinión pública, y de otra parte el olvido de la autoridad del talento que en cada generación estaba representada por grandes nombres. Actualmente la individualidad de los escritores puede producirse en plena independencia con sus riesgos y peligros fuera de toda tutela y disciplina. Esta emancipación abso-

luta, ¿es un bien ó un mal? Enunciado el hecho, tratemos de explicar las diversas causas antes de apreciar las consecuencias, siquiera éstas no se desarrollen aún más que de una manera bastante confusa ante nuestros ojos, y de las cuales sólo el porvenir podrá juzgar los desastres ó los beneficios.

Cosa fácil es á un observador imparcial comprender hasta qué punto han cambiado entre nosotros las costumbres literarias desde hace veinte años. Es un síntoma significativo oír, como nosotros hemos oído, desde el día mismo de estos funerales que llevaban hacia el eterno silencio una de las voces más elocuentes de este siglo, irónicas protestas contra la emoción de la multitud. ¿Qué habrá respetable si no se respeta, ni al día siguiente de su muerte, á esos hombres que han sido grandezas visibles de un país? En torno de sus féretros, las simpatías del público no imponen, como en otro tiempo, el silencio y la actitud voluntariamente desarmada de los adversarios; no se ve reinar esta tregua de Dios, que parecía de buen gusto á la hora de esas muertes históricas, que son una fecha en un siglo. Hay entre los cantores de todas categorías como una emulación de indiferencia burlona ó de hostilidad sistemática, un impulso de triste agonía por mostrarse libres

de toda superstición á la consideración del poder caído. De aquí esa multitud de anécdotas, de dichos vulgares esparcidos por manos crueles sobre una ilustre memoria, á fin de proyectar sobre ella algunos rasgos del ridículo.

Es la venganza de los espíritus pequeños contra todo lo que es grande. De aquí también esas sentencias densas, altaneras, implacables, pronunciadas desde lo alto de un aparente puritanismo. Es la venganza de ciertos orgullos austeros, que por su propia autoridad privada han tomado entre sus contemporáneos la carga de grandes jueces, y se han atribuido en el presente la misión de la posteridad. De aquí, en fin, esa crítica, de la cual admiraría yo el frío desdén si reemplazase lo que destruye y que aplica las formas del dogmatismo más altivo á la demostración de los dogmas en filosofía. Es la venganza de los escépticos y su desquite contra la larga dominación de las ideas detestadas. Al ver semejante concurso de escritores sin ilusión, tan inclinados á exponer al día las miserias secretas del hombre ó los desfallecimientos del talento, parece que cada uno de ellos no se propone otra cosa que mostrar que no se deja engañar, que el enternecimiento de la multitud no es contagioso para las gentes de talento, y

que el privilegio de la crítica es conservar su sangre fría ante una tumba ilustre. ¿Qué ventajas tiene esto? ¿Qué se gana con ello? Una cosa solamente: se habrá matado la última forma de respeto en Francia, ese respeto que sobrevivía á tantas ilusiones destruidas, el respeto al talento. ¡Gran provecho! ¡Cómo podrán aplaudirse á sí mismos los escritores que conspiran en favor de ese resultado! Deben, sin embargo, tener cuidado. Los que se han constituido en los primeros jefes é instigadores de esa revolución en nuestras costumbres literarias, podrán convertirse alguna vez en víctimas. La justicia de la opinión tiene terribles adivinaciones y toma á veces severas represalias.

En estas manifestaciones de la crítica frívola ó apasionada, veo un signo nada equívoco de las disposiciones del público literario, cada vez más enemigo de las aristocracias intelectuales, mirando con ojeriza cuanto se eleva por encima del nivel común. Parece que estas superioridades inquietan ese amor á la igualdad que jamás se había visto reinar en las letras con tan ardiente celo. Qué cantidad de mezquinos intereses heridos y miserables rencores, cuántas vanidades alarmadas y envidias literarias entran en esta disposición de los espíritus no trato de calcularlas. Intento hacerme la

ilusión de que en el fondo de ese movimiento vivísimo de la opinión contra toda autoridad de doctrina ó de talento, no hay otra cosa que el culto austero de la independencia del pensamiento, que teme verse amenazado por la tiranía de las grandes inteligencias. Quiero creer que ese excepticismo ante la gloria, oculta sólo nobles pasiones. Si otra cosa oculta, quiero ignorarlo. Todo ello no es más que un síntoma particular que revela un estado general de la sociedad. Penetremos más hondo bajo esta superficie móvil de la vida literaria hasta el corazón del público mismo, analicemos sus tendencias y sus inclinaciones, las secretas pendientes en que se abandona, ese conjunto de disposiciones, de *hábitos* y de gustos que componen las costumbres intelectuales de un pueblo ó de un país. Encontraremos de este modo explicación verdadera del fenómeno que estudiamos y que se produce bajo una forma singular: un contraste marcado entre la población siempre creciente de escritores y el número cada vez menor de talentos superiores reconocidos y consagrados. Jamás ha existido en Francia mayor cantidad de hombres dedicados á la profesión de escribir. Hasta me atrevería á añadir que jamás ha habido mayor facilidad literaria, dones más felices pa-

ra la improvisación, más apariencias de talento, más ingenio bajo formas ligeras que por todas partes penetran; pero al mismo tiempo nunca ha habido errores más manifiestos de esas inteligencias que llevan en sí mismas algo parecido á un signo real, que parecen haber nacido para tomar la dirección filosófica ó literaria de una época y para ejercer una especie de dictadura sobre las ideas. Justo es suponer que el público no es completamente responsable de este estado de cosas. ¿Hasta qué punto y en qué medida lo es?

Esas inteligencias soberbias no habían creado ellas solas su imperio; lo habían encontrado preparado por las circunstancias, y cuando se las ha visto elevarse tan fácilmente es que todo estaba dispuesto en su favor. Para que un gran talento se desarrolle y se imponga, es preciso que sea ayudado por la sociedad; debe encontrar en la opinión una parte de sus recursos y de sus fuerzas. Es necesario que el gusto público no esté en oposición flagrante con el del escritor, ni con sus instintos de grandeza. Y cuando la inspiración personal de un autor se siente en relación con las simpatías de la multitud inteligente, aquélla recibe un singular acrecentamiento de poder y de extensión. De este concurso feliz entre ciertos

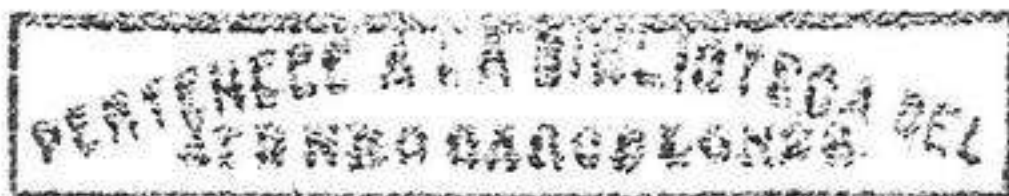
espíritus superiores y el público preparado para comprenderlas, es de donde nacen, en el orden intelectual, esas dinastías de talento y de idea que, como acabamos de ver, no se encuentran tampoco, como las otras dinastías, al abrigo de golpes imprevistos y de revoluciones.

Transportémonos con el pensamiento á los años ya lejanos de 1820 á 1830, y veamos si jamás ha existido un medio más favorable, un conjunto de circunstancias más feliz para el brillo y desarrollo de los grandes talentos. Yo he tratado de pintar otra vez ese movimiento pro-

digioso que acaso no volverá á ver este siglo. Fué aquella una época única para la libre y fecunda variedad de los talentos, para todas las nobles curiosidades á un mismo tiempo despiertas y todas las emociones de lo bello al mismo tiempo excitadas, para la actividad casi heroica del espíritu que se precipitaba en todos sentidos á la conquista de lo desconocido y también por el ardor serio y el candor del público entusiasta entonces hasta la ilusión. Los testigos de esta edad ya casi legendaria sólo con emoción hablan de ella.

E. CARO.

(Se concluirá)



RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Cambio de decoración.—Canarias.—Puerto-Rico.—Habana.—Navegación de las carabelas.—Cómo se han portado.—Aplausos merecidos á los tripulantes.—Viaje de los Infantes y del duque de Veragua.—Colón sigue también viajando.—Más estatuas y más libros.—Sácense del polvo los antiguos.—Oro y poesía.—Isagoge de un fraile retórico.—Geografía sublime.—Alonso Sánchez de Huelva en carne y hueso.—Navegación velocísima.

En el intervalo de tres meses, transcurrido desde que dimos cuenta de clausura de la Exposición americana en el palacio de Recoletos, cesando por aquí los actos externos, se han preparado escenarios donde continuarlos sin tregua. Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, en las islas Canarias, luego Puerto-Rico, después la Habana, han ejercitado la inventiva festejando con galas y espectáculos el paso de las carabelas, al repetir el derrotero de las imitadas del siglo xv, sobre todo el de la *Santa María*, capitana que, dejando respirar libremente á los desconfiados y á los pesimistas, ha hecho la navegación á la vela sin escolta, sola, con su vetusto velamen, y habiendo experimentado malos tiempos y sufrido por remate un huracán en la bahía de Cheasapeake, bizarramente y con oportunidad ha llegado á su destino, dando ocasión á los que la tripulan para aña-

dir una página honrosa á los hechos de los marinos españoles; mereciendo el aplauso que los de todas las naciones les han tributado en la revista naval de Nueva York y la satisfacción que con su lucimiento siente la patria.

En pos de las carabelas ha marchado el hermoso trasatlántico *Reina Cristina* conduciendo á SS. AA. los Infantes doña Eulalia y don Antonio, y con ellos la varita de virtudes de que las hadas se sirven en los cuentos infantiles para alegrar los ánimos y vestirlo todo con risueños colores.

La recepción que en los Estados Unidos han tenido, corresponde, por lo que el telégrafo anticipa, á lo que de aquel gran pueblo debía esperarse, y á las expresivas manifestaciones hechas en el momento solemne de inauguración y apertura de la Exposición universal de Chicago.

En aquel acto recibieron los señores duques de Veragua un homenaje que

excede á cuanto puede decirse; una ovación elevada al glorioso ascendiente suyo, iniciador de la vida, de la civilización y de la historia de la nación americana, pero que en alguna manera se extiende á la nuestra. Por doquiera ondeaba la bandera española junto á la de las estrellas y las fajas, presidiendo al clamor de los hurras y los cañonazos.

Colón, el insigne descubridor, ha repetido con este motivo los viajes, emprendiendo uno más su efigie esculpida por el académico D. Jerónimo Suñol y fundida en bronce en los talleres barceloneses de Masriera, para permanecer en la ciudad neoyorquina.

Difícil es ya calcular el número que hace la estatua entre las que se han erigido y siguen levantándose al marino inmortal. Hay que contar además otra que en el distrito nombrado Colón, de la isla de Cuba, se ha descubierto en estos días, y la que en la fundición citada de Masriera se está moldeando con destino á Salamanca, sobre el modelo del escultor D. Eduardo Barrón. ¿Habrá en la historia de la humanidad persona que tantas haya inspirado, comprendiendo á los emperadores endiosados?

La pregunta habrá de extenderse á los libros, porque continúa creciendo la biblioteca del Centenario, no ya sólo aumentada con las piezas sueltas, hijas de la oportunidad del momento, sino con las que, por mayor alcance, necesitaron preparación y trámites que han retrasado necesariamente la salida á luz. De las primeras suelen dar noti-

ticia los periódicos locales; llegan aquí por rareza, ajenas como son al comercio de librería (1), cuando no figuran por duplicado en revistas literarias, receptáculo general de estudios sueltos, que ya en este caso alcanzan ma-

(1) De estas, son:

Velada celebrada por la sociedad «Escuela literaria» el día 11 de Octubre de 1892, en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Panamá, 1892.

Reseña de las fiestas que con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América han tenido lugar en Toluca los días 11 y 16 de Octubre de 1892.

Sur quelques documents peu connus relatifs à la découverte de l'Amérique, por Gabriel Marcel. París, 1893, 8.º, 8 páginas.

La astronomía en España antes del descubrimiento de América, por don Rafael Delorme. Salto, 1892.

Address delivered on Columbus Day, October, 21, 1892, at the Library and Museum Building of the University of Pennsylvania, Philadelphia, by Daniel G. Brinton. Philadelphia, 1892, 8.º, 8 páginas.

Gabriel D'Almeida. *A Ilha de Santa Maria (Em que esteve á tripulação dos navios de Colombo no seu regresso da descoberta da América), 1432-1893.* Typographia popular. San Miguel (Açores), 4.º, 24 páginas.

Descubrimiento del Nuevo Mundo. Crónica dialogada de la conmemoración secular de este grandioso descubrimiento, por Luis Vidart. Madrid, imp. de Enrique Rubiños, 1893, 8.º, 101 páginas.

Le congrès de Huelva. Rapport de Adrien Planté. Orthez, 1893, 8.º, 44 páginas.

Christophe Colomb et la découverte de l'Amérique. Bulletin de la Société Royale belge de Géographie, 1892, núm. 6.

El descubrimiento de América, poema en tres cantos, por Diego Teso Ramírez. Caracas, 1882.

Christophe Colomb, sa vie, ses voyages, sa mission religieuse, par l'auteur des *Deux nouveaux martyrs, Perboyre et Chanel.* París, Casterman, 1892, 8.º, 144 páginas.

yor circulación y ofrecen facilidad de consulta á los curiosos.

Así, en *El Centenario* (1) se ha publicado una disertación interesante de D. Calixto Oyuela, de Buenos Aires, titulada *Colón y la poesía*, y otro artículo de D. Carlos Amer, cuyo título, *El confesor de Colón* (2), ha engañado la esperanza de algún descubrimiento reciente, porque repite novela forjada, al parecer, en una de tantas genealogías fantásticas del siglo XVI, novela mucho tiempo ha conocida por el manuscrito de la Biblioteca Nacional, que el reverendo P. Fita dió á la imprenta, nombrándola *La primera misa en América* (3), como en el manuscrito se lee.

La Ciudad de Dios, en estudio del P. Fr. Manuel F. Miguélez, titulado *Fr. Luis de León y el descubrimiento de América* (4), merece más atención por testimonio del juicio que el insigne maestro tenía formado del singular suceso. Creyendo que, tanto como otros de escasa significación, había de estar anunciado en las Sagradas Escrituras, repasa las profecías, singularmente las de Isaías y Abdías.

«Porque si los Profetas nos predijeron cosas de menor cuantía que no atañen tan de cerca á la historia y progreso de la religión cristiana, ¿habían de callar acerca del acontecimiento más

grande y memorable que en la Iglesia de Dios se ha verificado después de la redención? Nadie creía en la existencia de otras regiones tan espaciosas y dilatadas como las nuestras; y si alguno llegó á sospecharlo, daba por cierto desde luego ser imposible que estuviesen habitadas por hombres. Y he aquí que casi en nuestros días se ha realizado este prodigio; un Nuevo Mundo ha salido al encuentro de los españoles, después de atravesar vastísimos mares en busca de él; por ellos sabemos que está habitado por innumerable multitud de hombres tantos siglos ocultos en las tinieblas de los vicios; y que cuando se creía haber llegado el eco del Evangelio á los oídos de todos los que pueblan la tierra, vemos que ni siquiera un leve rumor tenían de la doctrina evangélica los habitantes de aquellas islas, cuyos ferinos corazones son hoy amansados con la predicación. Sin duda alguna los Profetas en sus escritos mencionaron estas cosas admirables, sólo que no las hemos conocido hasta que los hechos han venido á servirnos de luz y guía en las sinuosidades y tinieblas de sus escritos.»

El maestro, nada blando en ciertos conceptos con los conquistadores, desarrolla su pensamiento de que fueron los españoles elegidos por Dios para secundar y cumplir los planes de la Divina Providencia en los destinos de tan gran parte del mundo, y por raro que parezca, ni cita ni alude para nada á Cristóbal Colón, caudillo de los expedicionarios descubridores.

En vista de este escrito y de los de

(1) Madrid, núm. 32.

(2) Idem, núm. 31.

(3) *Boletín de la Academia de la Historia*, t. XVIII, pág. 551.

(4) *La Ciudad de Dios*, revista religiosa. Madrid, 5 Febrero, 1893.

Abraham Ortelio, manifestando (1) que «lo único hecho por el navegante genovés fué poner el Nuevo Mundo en comunicación estable de comercio y utilidad con Europa», se forma idea de la opinión general al cumplirse el Centenario primero, como para conocerla en el tercero sirve la cita anteriormente hecha de la *Historia política* del duque de Almodóvar (2) y todas para corroborar que el concepto colombino exagerado (3) empezó á formarse en nuestros días.

A la refutación de exageraciones y extravíos de índole distinta que van dando fama singular en Francia á M. Henry Harrisse, acude el Sr. Vidart en la *Revista contemporánea* con dialéctica seria, meditada y contundente que no deja en el mejor lugar al crítico norteamericano (4) antes controvertido en LA ESPAÑA MODERNA y en el *Nuevo Teatro Crítico* de la señora Pardo Bazán (5).

Otro error acreditado por el historiógrafo italiano Luigi Bossi, al divulgar que la nao grabada en Roma con la leyenda *Oceanica clasis*, que apareció ilustrando la carta de Cristóbal Colón á Gabriel Sánchez, estampada en el

año 1493, representaba á la capitana de la expedición según dibujo de mano del Almirante, ha sido destruido por la revista inglesa *The Athenæum* (1) con la evidencia de hallarse el mismo grabado, si bien invertido ó al revés, en las *Perigrinationes* de Breydenbach, impresas en 1486. Así, poco á poco se van rectificando y corrigiendo especies que han circulado y pasan todavía por válidas sin más fundamentos que la autoridad de los autores que las echaron á volar.

Al mismo fin propende el libro especial titulado *Cristóbal Colón, Historia del descubrimiento de América*, obra compendiosa de D. Francisco Serrato, escrita con vista de mucho de lo escrito durante el período del Centenario, con criterio desapasionado y con el mejor deseo de acierto, según con razón dice en el prólogo D. Roque Chavás, canónigo de la Metropolitana de Valencia (2), siendo de notar que el defecto denunciado por la bondadosa consideración del padrino, á saber, la firmeza con que sostiene la creencia del origen ilegítimo de D. Hernando Colón, no es defecto tal, siendo el Sr. Chavás el que se equivoca por bondad también, suponiendo entre D. Cristóbal y Beatriz, no doña Beatriz Enriquez, lazos legales que la crítica tiene perfectamente definidos. Otros lunares hay en la obra del Sr. Serrato, que al fin es obra humana, en general originados

(1) *Theatr. Orbis terr.* Edic. de 1601, páginas 5 y 6.

(2) LA ESPAÑA MODERNA. Marzo, 1893, página 185.

(3) Idem. Marzo, 1892, pág. 166.

(4) *Los aciertos del Sr. Pinheiro Chagas y los errores del Sr. Harrisse*, por D. Luis Vidart. *Revista contemporánea*, Madrid, Febrero y Marzo de 1893, tirada aparte. Imp. de los hijos de M. G. Hernández, 1893, 8.º, 62 pág.

(5) Madrid, Diciembre, 1892.

(1) Londres, Jan. 28, 1893.

(2) Madrid, *El Progreso editorial*, 1893, 4.º XIV,—422 páginas con láminas.

por seguir opiniones de autores de crédito, entre ellas la de que volvió Colón á Portugal cuando recibió la carta del rey D. Juan dándole seguro para emprender el viaje, pero en sucesos de más importancia sigue su propia impresión, componiendo con ella una historia *española*, adjetivo que por desgracia no puede aplicarse á todos los libros dedicados al descubrimiento del mundo occidental, escritos como están, por lo común, con vista y con servil pauta de obras extrañas, propensas á infamar á nuestra nación y á sus hijos. Por historia *española* se distingue y se recomienda la del Sr. Serrato, sin otras condiciones no menos de alabar.

La que casi al mismo tiempo ha aparecido en Londres, redactada por M. Federico Saunders (1), difiere naturalmente en este punto de vista, estando por cualquiera otro en nivel de inferioridad palpable. El autor piensa que Colón tuvo en Islandia noticia de los viajes de los escandinavos, y por este estilo acoge muchas creencias refutadas, incluso la de la autenticidad de los restos últimamente exhumados en la catedral de Santo Domingo.

Tiene carácter más amplio el tomo de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, dedicado expresamente al Centenario (2). Contiene un Manual de ministros para conocer y extirpar las idolatrías de los indios; memoriales y cartas de autori-

dades de varias regiones, Perú, Nueva España, Paraguay, Uruguay, con firmas tan estimadas como de Hernán Cortés, Hernando Pizarro, Sebastián Benalcázar, el duque de Alburquerque, etc., y una de D. Diego Colón, el segundo almirante de las Indias, muy curiosa, comunicando al arzobispo de Toledo las primeras nuevas de los secretos de Cuba y Puerto Rico. De don Cristóbal no faltan tampoco noticias, y aunque incidentales, de las que hacen saber cosas ignoradas.

El licenciado Rafael de Torres Marañón, juez de la majestad del rey D. Felipe II, y uno de tantos arbitristas que andaban en corte, enderezó un memorial sobre la moneda, escribiendo:

«Los cronistas Oviedo, Gómara, Herrera y otros dijeron en sus crónicas, que Colón encubría y encubrió las minas, y en alguna manera pudo ser verdad; porque cuando lo tuvo descubierto, luego con émulos y relaciones envidiosas le fatigaron, maltrataron, enviaron preso á España desautorizadamente, y con grillos, y dieron muchos disgustos, aunque muy fuera de la intención del santo y católico rey D. Fernando; y agora se halla de su mano y letra de Colón una Memoria de todas las minas que él supo, en lo que descubrió, la cual ha estado sepultada hasta agora, y mirando en ella y poniendo trabajo, se cree sería de gran fruto, y porque las más minas son de oro, para su recomendación no uso sino de lo que el mismo Colón escribió en sus cartas al rey D. Fernando. Dijo, pues: «Señor, el oro es muy estimado

(1) *The story of the discovery of the new World by Columbus*, by Frederick Saunders. London, Astor, library, 8.º menor.

(2) Tomo civ. Madrid, 1892.

de las gentes, y es bueno, tanto, que Dios no se desdenea de llevar por él al Paraíso.» Quiso Colón decir que el cristiano, teniendo oro, hacía obra pía, y Dios por ella hacía misericordia. Estas minas son las que aquí se pondrán.

» Allende desto, he visto unas cartas misivas de Colón, de su mano y letra, duplicadas de todas las que envió al rey D. Fernando, que las minas de Veragua y Dorado, se cree era parte de Urabá, confinan con las de Salomón, y eran continuadas. Dos lindas razones tuyas y de Josefo, lectura de estimar, que á su tiempo podría ser de fruto y alegrarse con ello S. M., lo uno, para confirmar cosas, lo otro, para investigar unas y otras tener presentes, y mejor guiallas todas, si la persona que las tiene las quisiere mostrar, que no prometo dallas ni hacellas dar.»

Parece, por de pronto, en este memorial, la existencia de un documento autógrafo de Colón, la *Memoria de las minas*, que nadie conocía, y compruébase la del original de la carta fecha en Jamaica á 7 de Julio de 1503, llamada entre los bibliófilos *Lettera rarísima*, por la que impresa se encontró en la biblioteca de San Marcos de Venecia. La indicación de citas de Josefo y de las minas de Salomón bastan para reconocerla, y como no ha sido visto el escrito autógrafo, que debía poseer el licenciado Porres, es de importacia la variante de la frase estampada en la de Venecia; «el oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo,

y llega á que echa las ánimas al paraíso», variante que hubo de suavizar Lope de Vega en su comedia *El nuevo mundo descubierto por Colón*, escribiendo:

«Señor, dineros, que el dinero en todo es el maestro, el norte, la derrota, el camino, el ingenio, industria y fuerza, el fundamento, y el mayor amigo.»

Trae el recuerdo del verso como de la mano, mención de la *Antología de poetas hispano-americanos*, publicado por la Real Academia Española, tomo 1 de la obra con que la corporación literaria perpetúa el recuerdo de las fiestas, reuniendo florestas de México y de América central, con introducción escrita por D. Marcelino Menéndez y Pelayo que bien pudiera titularse historia de la poesía en las regiones citadas (1).

Asimismo encaja la noticia de haber terminado su ardua tarea el jurado compuesto por la señora Pardo Bazán y los académicos Castelar y Valera, eligiendo entre los cuatrocientos y tantos sonetos que optaban al premio de mil pesetas, ofrecido por el Sr. Vizoso, el que mejor les pareció. Abierto el pliego que encubría el nombre del autor, resultó ser obra del difunto insigne poeta Zorrilla, y con él también resulta que no es ya sólo el Cid en ganar victorias después de muerto. Algo recuerda el soneto, en los tercetos, al que escribió Quevedo por epitafio al gran duque de Osuna. Es así:

(1) Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1893, CLXXXII, 397 págs. 4.º

Á ISABEL LA CATÓLICA

POR EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Vencedora en Granada, hallas mezquino el mundo antiguo, en la sublime idea que de tu pueblo tienes, y desea abrir tu alma á su expansión camino.

Proteges á Colón, y el peregrino plan se logra por ti, que la europea ciencia extendiendo, en cuanto el mar rodea planta la cruz del Redentor divino.

Así tu gloria América proclama, y á las naves de Hiran causa desdoro y al bienhechor ejército de Osiris.

Sorata te alza al éter: Tequendama se hunde en tu aplauso: Niágara sonoro como nimbo de luz te ciñe el iris.

Trasladándonos con la imaginación al continente de los montes y ríos citados, tropezamos con nuevo libro y esta portada:

Isagoge histórico apologético general de todas las Indias y especial de la provincia de San Vicente Ferrer, de Chiapa y Guatemala en el orden de Predicadores. Libro inédito hasta ahora, que con motivo de la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América, ha mandado publicar el gobierno de la República de Guatemala, siendo presidente de ella el general D. José María Reina Barrios (1).

Carece de prólogo ó introducción en que se indique quién fué el autor del manuscrito y las vicisitudes de éste hasta el momento de salir á luz. Por la lectura puede conjeturarse que es

(1) Madrid, tipog. de Tomás Minuesa de los Ríos, 1892, 4.º mayor, 445 págs.

obra de un fraile de la Orden de Santo Domingo, que residía en alguno de los conventos de Guatemala corriendo el siglo XVIII, y que no solamente tuvo á la vista los libros impresos de los Padres Remesal, Cogolludo, Torquemada, Acosta, Marroquín, y los de Bernal Díaz del Castillo, Solórzano, Martínez y Herrera, sino también los manuscritos del Padre Las Casas, los del mismo Bernal Díaz, por copia que poseía su descendiente, el capitán de caballos, D. José de Torria y del Castillo, estante en la misma ciudad de Guatemala, y el que allí habría compilado don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán con título de *Recordación florida*, que es la fuente principal de que se sirvió para historiar.

De todos estos escritores hay algo en la segunda de las dos partes en que la obra se divide, que tiene por título especial, *De la conquista de este reino de Goathemala, fundación de la ciudad de Santhiago de los Cavalleros, venida de la Religión de N. P. S. Domingo á la Nueva España, y fundación del Convento de dicha ciudad, hasta la muerte de su Fundador, el P. Fray Domingo de Betanzos*. Lo original, lo curioso, demostración de que las aficiones retóricas del autor no se extendieron á profundizar en ciencias físicas y naturales más que en ortografía, se contiene en la parte primera, designada con este otro título significativo: *De el origen y venida de los Indios y de otras Naciones á estas tierras, y controverzias de los antiguos acerca de ello, hasta su descubrimiento por el Almirante D. Christova*

Colón y venida de la Religión de N. P. Sto. Domingo.

Es singular la idea que se había formado de la figura de la tierra, prolongada hacia el Sur por una eminencia en que coloca al paraíso (aunque algo se acerca á las de Aristóteles, á las del Stagirita y á las de Dante), no menos que la teoría de la distribución y diferencia de nivel de las aguas en muchas leguas, singularidades razonadas, porque hasta el presente, dice, «no se sabe que alguno ayga rodeado el mundo de el norte al sur. Ni aun sabemos que alguno ayga navegado de el polo ártico al antártico, siendo así que de uno á el otro polo están más patentes los mares sin rodeos ni embarazos de tierra, como los ay grandísimos para dar la vuelta de oriente á poniente. Y aun se dice que ningunô ha llegado á ponerse perfectamente debajo del polo de el norte y mucho menos debajo de el polo de el Sur, pues ni aun se ha llegado á él en más de treinta grados de distancia. De estas experiencias se convence que es mucho mayor la distancia de el Orve de el norte á el Sur, que de el oriente al poniente».

Teniendo por suficiente la muestra de la geografía del Padre Dominico, es de saber que refiere cómo, después de expulsados del paraíso terrenal en el lejano Sur, los padres del género humano fueron marchando, pian piano, desde la Tierra del Fuego hasta el estrecho de Anian, caminito de Damasco, donde habían de parar, y como llamaron al trayecto por las tierras de la primera etapa *Arsareth*, nombre apro-

piado y significativo, más que lo son los de Indias Occidentales, Nuevo Mundo, América y otros de que se ha servido la general ignorancia para designar las regiones por mucho tiempo desconocidas; nombre que empleó el profeta Esdras al consignar por qué fueron á poblarlas las diez tribus de Israel, cautivas de Salmanasar, por ruta inversa de la de Adán y Eva; nombre que por lo mismo adopta y repite el guatemalteco fraile en el fruto de sus meditaciones.

Los fenicios y los españoles visitaron á su tiempo las tierras de *Arsareth*, dejando en Copan, Quiché y otras poblaciones de ruinas subsistentes, huella de su arquitectura y representación exacta de sus trajes, armas y tocados; mas todo esto llegó á borrarse de la memoria de las gentes, y aun del recuerdo de los españoles, distraídos con la guerra de reconquista de los moros, hasta que el temporal que arrasaba la nao de Alonso Sánchez de Huelva enseñó como cosa nueva lo que de puro viejo estaba apagado. Colón, importunando en España primero, en Inglaterra y en Portugal sucesivamente, al fin con fruto en España otra vez, consiguió las naves, y después de muy larga y peligrosa navegación descubrió tierra de los lucayos.

En este primer viaje fueron religiosos de la orden de San Francisco, llevando por prelado al R. P. Fr. Juan Pérez de Marchena, guardián del convento de la Rábida, que tomó posesión de todo el Nuevo Mundo por la Igle-

sia, en una que se formó de ramas, donde celebró misa.

Merece especial consideración lo que el autor escribe tratando de los críticos que rechazan las noticias del inca Garcilaso relativamente á la tradición de Alonso Sánchez, en esta forma :

«La verdad de la relación de el Inga Garcilasso, se halla en esta ciudad (de Guatemala) tan corroborada, que ninguno prudentemente la puede dudar; pues como dice Don Francisco de Fuentes y Guzmán en su *Recordación Florida de las historias de este reino de Guatemala*, tomo I, lib. III, cap. VI, uno de los fundadores de esta nobilísima Ciudad de Santhiago de Goatemala fué Juan Sanchez de Güelba, que fué el piloto derrotado y que reconoció primero estas tierras, y el que dió las noticias y demarcación de estas regiones al almirante Don Cristóval Colón; de todo lo cual tenía testimonios auténticos juntos con los de su legitimidad, el dicho Juan Sánchez de Güelba. Esta noticia ninguno otro author la trae ni la puede traer, porque ninguno podía tener razón de los papeles de Juan Sánchez de Güelba, fundador de esta ciudad, sino su historiador Don Francisco de Fuentes; mas no por eso se puede negar el crédito á tan auténtico testimonio. Esta misma noticia pudo tener por algún camino el Inga Garcilasso, y no porque no lo dicen otros historiadores se le ha de negar el crédito.»

Compulsando las citas he visto que lo escrito por D. Francisco de Fuentes y Guzmán es muy distinto, en la

primera edición impresa con notas y aclaraciones del Sr. D. Justo Zaragoza (1) y habrá que pensar que el manuscrito de que disfrutaba el P. Dominicano era otro, ó bien que se distrajo al verlo. D. Francisco de Fuentes consigna en el libro impreso, tomo I, lib. III, cap. V, pág. 96, que habiendo examinado el antiquísimo becerro fundación de la ciudad de Guatemala, copió los asientos, y había uno del tenor siguiente:

«Juan Sánchez de Huelva descendiente de Alonso Sánchez de Huelva, que fué el piloto que dió las demarcaciones á Colón.»

En descargo del fraile apologético hay que decir, en cambio, que no pensaba menoscabar los méritos del almirante de las Indias, probándolo las declaraciones que copio, de suyo importantes.

«El almirante Colón no pudo conocer por demostraciones que aquí había tierras, y si no hubiera tenido las noticias ciertas por la experiencia de alguno que hubiese llegado antes á reconocerlas, aunque en el descubrimiento de estas Indias fuese muy afortunado, el intento de descubrirlas hubiese sido muy imprudente, lo cual no se puede decir de tan discreto varón. En cuanto á la Divina revelación, no es dudable que pudo tenerla. También se ha de en-

(1) *Recordación Florida*, escrita por el capitán D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, publicada por primera vez por don Justo Zaragoza. Madrid, Luis Navarro, editor, 1882, 4.º

tender que Colón, por sí, y por medio de otras personas santas, encomendaría á Dios un negocio tan grave, y que su Divina Majestad lo fortalecería para tan ardua empresa; pues quien en el nombre de Cristóforo le había prevenido su empleo de pasar á Christo de una á la otra parte de las aguas, no le negaría sus inspiraciones y auxilios necesarios para emprender, continuar y conseguir tan grande obra. Mas el reducir todo esto solamente á Divina revelación y negar por eso todos los otros medios humanos y naturales, es muy ajeno de razón; pero siendo necesario que Colón comunicase sus intentos con soberanos reyes, con príncipes y con grandes letrados, no es creíble de un hombre de juicio que para cosa de tanto peso fuese fundado solamente en su revelación privada, que ni Colón podía prudentemente declarar, ni hombre alguno de seso debía creerla. Ni se puede entender que fortaleciese Dios á Colón para esta empresa con sobrenaturales auxilios y le faltase los humanos y naturales medios tan necesarios para tratar esta materia con los hombres y para persuadirlos á que entrasen en el empeño

de descubrir estas tierras. Siendo, pues, el único medio humano por el cual solamente pueden certificarse los hombres de la existencia de estas tierras, la relación de alguno que hubiese llegado á registrarlas, no se debe dudar que la Divina Providencia se lo dispuso al almirante Colón, y esto fué mediante la derrota de el piloto Alonso Sánchez de Güelba, cuyo suceso refiere el Inga Garcilaso.»

Quede el contenido del *Isagoge* para solaz de curiosos desocupados, mas sea perdonado al marino que antes de cerrarlo se fije todavía en la navegación de dos Padres del orden de Predicadores, que habiéndose metido, perseguidos de los indios, en un bergantín destrozado y sin velas, en veinticuatro horas anduvieron las doscientas leguas que separan á la isla Margarita de la Española. En memoria de este maravilloso suceso, dice el autor, tiene por armas la provincia de Santa Cruz de la isla Española, una nao con sólo el mástil, y una imagen del santo Crucifijo en la proa, y la de N. P. Santo Domingo en la popa y dos religiosos arrodillados junto al mástil.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA

Veamos ahora de tratar de los restantes tapices que pertenecen al siglo xv.

Hay uno muy curioso y de carácter verdaderamente típico por el colorido y aun por el dibujo, que pertenece al señor conde de Valencia de Don Juan. Le he visto en la sala XIX y lleva el número 6. Es flamenco: su materia, seda y lana, sin que se conozca á punto fijo el sitio de sus telares. Bajo un dosel hay dos figuras que parecen mirarse como de medio lado y las cortinas del dosel levántanlas dos ángeles alados que visten sendas capas. Créese que las figuras centrales son las imágenes del duque de Orleans, asesinado en 1405, y de su esposa Valentina de Milán, hija de Galeazo Visconti. El fondo tiene flores.

Hay inscripciones: VISCONTI y.... AL,.... que prueban lo indicado; y está sin orla: no sé si será completo.

Los demás tapices ya todos son de orla, dentro de la Exposición. Para no salir de la misma sala, el que lleva el

número cuatro, que es un tapicito precioso, representa á la Virgen sentada teniendo al niño sobre sus rodillas. En la parte superior dos ángeles sostienen una corona sobre la cabeza de María y otro en la derecha una corona de espinas, y á la izquierda está San José. Es ya de orla. (Sala XIX).

Sin salir de la misma sala, indicaré la existencia de un frontal tapiz, de muy completa conservación y dividido en tres compartimentos, en los cuales se ven las representaciones de San Cristóbal llevando al Niño Jesús, de Santiago y la Fé. El Santo patrón de los españoles aparece con una indumentaria que he visto repetida mucho en la imaginaria religiosa de la misma exposición. Se lee en el tapiz: SOLA FIDES SUFFICIT.

La sala XV encierra parte de la colección de la Casa Real. Primeramente cuenta con dos telas de tapiz, próximamente de un tercio de metro de altas por tres metros cincuenta centímetros de anchas. Las escenas que en ellas se

advierten son escenas campestres, y los que intervienen en ellas son personas de nota, pues hasta músicos amenizan la reunión. Las materias son, oro, seda y lana. Considéranse como elementos suplementarios de la tapicería conocida por la Tapicería de David y Betsabé.

El que precede, número 5, de la herencia de Felipe el Hermoso, pertenece en sus cartones á la escuela de Juan Van Eyck. El argumento desenvuelve varios pasajes de la Vida de la Virgen María, dividido en seis compartimentos. Casi domina el oro, acompañándole la seda y la lana. Tanto de ancho como de alto excede de tres metros.

El tapiz compañero número 6 técnicamente es un todo idéntico al anterior, y en cuanto á lo que expresa no es más que la continuación de la vida de María. En el cuadro central superior, hállase representada la coronación de la misma Virgen, mientras los coros angélicos la celebran.

Todas las escenas se colocan dentro de arcos de preciosa labor ojival.

El tapiz de San Jerónimo, vestido de cardenal y orando ante un crucifijo, y en medio de varios animales ya es muy diferente en cuanto al colorido. El paisaje se compone de árboles, flores, un río y un hermosísimo convento. También aparece lleno de rusa severidad el mochuelo. Es casi un cuadrado de próximamente tres metros de lado. Dominan el rojo, el azul, verde y amarillo. La cenefa es de flores.

El tapiz del lado opuesto aún es de menores dimensiones pero ¡qué her-

moso! Su cenefa es de flores y racimos, encuadra admirables escenas y admirablemente dibujadas en los cartones y pasadas al tapiz con maestría. El dibujo corresponde á la escuela de Roger de Van der Weyden.

En el centro se ve cómo los discípulos de Jesús le bajan de la cruz. El sentimiento de María, que al pie y arrodillada, espera á su hijo, raya en lo sublime.

A la derecha del espectador aparece el santo entierro, y á la izquierda, Jesús triunfador que saca del seno de Abraham á los santos Padres. Es el todo una obra maravillosa del arte textil.

Con muy buen acuerdo el señor conde Valencia de Don Juan, jefe de la Armería Real, buen arqueólogo é instalador inteligente y pulcro de cuanto hay en la Exposición que pertenece á la Corona, ha colocado cerca una hermosísima tabla del mismo Roger Van den Weyden, tabla que representa la Crucifixión y que es una obra maestra pictórica.

Así se pueden comparar las dos labores del pintor flamenco: la perpetuada de sus cartones en el tapiz y la pictórica en la tabla.

Los que representan pasajes de la vida de San Juan Bautista también caen dentro del siglo xv. (Sala XVI.) No son los de palacio solos. Zaragoza ha presentado dos y pertenecen á la iglesia catedral.

Trataré de todos.

Riquísima la cenefa: admirable todo el arquitectónico elemento, encantador

el fondo. Allí se expresa el Nacimiento del Precursor; toda la riqueza y habilidad del arte flamenco han desplegado sus maravillas. La armonía del colorido encanta.

Se lee en la cenefa superior:

SANCTUM INFANTULUM STERILIS PER MIRACULUM PARIT ELIZABETH QUEM MARIA VIRGO HUMILIS ZACHARIE NOMINANDUM EXHIBET.

En efecto, entre los cuadros en el en el tapiz representados se ven dos escenas. La madre en el lecho: las mujeres que la asisten y que lavan al niño: y en el centro la presentación del Bautista que María hace á Zacarías (número 3).

Le sigue el que lleva el número 16, segundo de la colección que se compone de cuatro piezas. San Juan pide licencia para ir al desierto y hacer penitencia.

Lo mismo que el anterior ejemplar nos enseña la inscripción el contenido del argumento y en el mismo sitio de la cenefa superior, así dice:

PETIT LICENCIAM Á SUIS DEVOCIUS
AD PENITENCIAM MATURAT OCIUS.

El cuadro principal corresponde á la despedida y en el ángulo superior (derecha del que mira), se ve al Bautista arrodillado ante una reina que sostiene en la mano un zurriago. ¿Será la Penitencia?

Aquí cuadraba el describir la tela que representa *El Bautismo de Jesús*. No ha sido traído á la Exposición, y le

sigue en el orden el del *Bautista en el desierto*.

Aparece encabezado con la siguiente leyenda:

SI PER PRISTUS IPSE SIT QUERUNT PHARISEI
PREDICANS CUNCTIS DICIT ECCE AGNUS DEI

Como es natural, nada aparece aquí de ornamentación arquitectónica, pues todo ocurre en el desierto, aunque no tan deprovisto de arbolado que el paisaje no aparezca muy ameno. Las dimensiones no pasan de cuatro metros cuadrados.

Esta colección nos lleva de la mano á la de Zaragoza compuesta de dos piezas: en la una vemos á San Juan bautizando á los que deseaban seguir sus enseñanzas, y en la otra se ve al Precursor llevado á la prisión; luego que se le presenta delante de Herodes y después al banquete del mismo Herodes en el que Herodías baila ante él.

El estilo varía. Se cree sean los cartones de Lucas de Holanda. Ambas llevan inscripciones siendo las de la primera. (Núm. 57, sala X.)

TU ACCINGE LUMBOS
ET ABIECIT VESTIMENTUM SUUM A SE

Y las de la segunda (numero 56, sala X).

IMPIUS PREVALET ADVERSUS IVSTUM
ARGUIT TE MALICIA TUA

Repito que no me salgo del siglo xv. Otro que pertenece á la tapicería que consta de cuatro paños y denominados *Moralidades* lleva el número dos en la

misma sala XV. Sobre fondo rojo y con letras blancas se hace constar que

OMNES INCLINAT NATURA HOMINES AD HONORES
QUOS VIRTUS PRECLARA VIRIS INSIGNIBUS OFFERT

Todo el campo del tapiz vese lleno de representaciones de grandes personajes históricos y mitológicos, en medio de un campo lleno de árboles.

El del milagro de la *Misa de San Gregorio* también es una pieza de singular belleza.

En los ángulos anteriores aparecen David y San Agustín; ambos con filacterías y en ellas las siguientes leyendas:

PANEM ANGELORUM MANDUCAT HOMO (DAVID)
SACRAMENTUM EST PASSIBILIS JESU CHRISTI VISIBILIS FORMA

Tres cuadros contiene: El primero, presenta el acto de besar Judas al Maestro, después de la oración de Huerto: el segundo, la ida al Calvario con la cruz acuestas y también la Crucifixión.

En el centro el acto mismo de la Misa en la que San Gregorio vió delante de sí á Jesucristo con todos los atributos de la Pasión.

Otros de cartones correspondientes á la Escuela italiana se pueden ver en la sala XXI. La representación es alegórica y denota la Fama. Domina en ellos el color azul.

Sin que fácil sea determinar el argumento, otro tapiz representa pasajes de la vida de un rey, en tres secciones: bajo hermosa arcada ojival, es de

carácter íntegramente flamenco. Está en la sala XX.

Un banquero, el Sr. Salcedo, ha presentado uno también de la misma época y de argumento correspondiente al origen de Roma. A estar completo sería muy bueno, pues en la restauración le han truncado en el paño inferior: se le puede examinar en la sala XXVI, núm. 161.

El de la sala primera, que es una pieza pequeña y que pertenece á Palacio, representa el Nacimiento de Jesús. Es de los más primorosos del siglo xv. También tiene inscripciones.

El del señor marqués de Casa-Torres merece mención especial por el argumento que contiene; parece ser la confirmación de un fuero si bien no puede asegurarse.

La sala VIII ofrece también algunos ejemplares del siglo xv, un tapiz que pertenece á Tarragona, de regulares dimensiones. Comprende parte de la historia de José hijo de Jacob.

Bien pueden ser colocados entre los del siglo xv los tapices de Palencia (Catedral), sala IX. En el episcopologio palentino se da cuenta de que el señor obispo Fonseca regaló á la Catedral el año 1503 unos tapices con asuntos de *Historia eclesiástica* y con la *Salve*. Todos son flamencos y regular conservación los mantiene en buen estado. No sé por qué los de Burgos figuran como del siglo xvi. En los argumentos convienen también con los de Palencia, y además llevan inscripciones.

Ya del siglo xvi son dos prendas de singular valía, ambas de Palencia, y

son dos tapicitos flamencos de seda, lana y plata. En ambos se halla representada la Crucifixión. Uno lleva marca B. B. (Bruselas, etc.).

Burgos presenta los tapices de los Vicios y Virtudes; algunos llevan inscripciones y en ellas los nombres de los mismos personificados vicios y virtudes. El que está en la sala XIV, que pertenece á *La Fe*, ya es de otra colección y carácter diferente.

Y volvemos á Zaragoza, pues entre las piezas del siglo xvi contiene otras varias propias suyas y son tapices de valía. El uno de argumento pagano, calcado en la Iliada de Homero, los antecedentes y parte de la guerra de Troya. El argumento está dividido en cinco compartimentos. Todo se desarrolla sobre hermosas arcadas rebajadas de estilo ojival (núm. 149, sala VIII).

Semejante en un todo la colección siguiente á la que expone la Real Casa, se halla no también conservada, pero demuestra que la Catedral zaragozana posee hermosas joyas del arte textil.

En el centro del tapiz hay pasajes de la vida de María Santísima, y á ambos lados la escena de la Samaritana y de la mujer adúltera, manifestando así el contraste de la pureza de María (núm. 148, sala VIII).

Los otros dos restantes se encontrarán en la sala X, núms. 62 y 63. Hay en la sala XVII, correspondiente á Palacio, una pieza idéntica en estilo y factura y en argumento al de la sala VIII, y como en Palacio aún queda otro sin exponer y diferente de todos en cuanto á lo que representa, se desprende que

tal colección repetida en Madrid y Zaragoza se componía, por lo menos, de cuatro piezas. No es muy fácil deslindar los argumentos. Eso sí, entran en el dominio religioso del Antiguo y Nuevo Testamento.

Veamos ahora los tapices del siglo xvi. Campean en primer término dos ejemplares de la Casa Real (sala XV, núms. 7 y 8). En el primero está Jesús en tierra con la cruz á cuestas. El segundo nos representa el descendimiento. Esta colección consta de cuatro paños, tejidos por Pannamaker. Los cartones del tapiz del descendimiento recuerdan el cuadro de Roger Van der Weiden. Claro es que son flamencos.

La colección romana es notable en los fondos, y más aún para mí en las orlas. ¡Qué belleza! ¡Qué pulcritud!

Los argumentos son conocidos desde que se dan las leyendas de cada uno; así dicen:

Núm. 9.

REMUS Á LATRONIBUS CAPTUS TRADITUR.
AMULIO QVI PER ROMULUM ET REMUM DOLOSÉ
CEDITUR. NUMITOR REX CONSTITUITUR.

Núm. 10.

ROMULUS ET REMUS URBE ARATRO DESIGNANT.
ACCIPIUNT AUGURIA. ROMULUS FIT REX. DAT NO-
MEN CIVITATI. OCCIDIT REMUM.

Núm. 11.

ROMULUS NEGATIS PER VICINAS CIVITATES
UXORIBUS ALLICIENDIS PUELLIS INSTITUIT
NEPTUNALIA. CÆNVT UTRIVSQUE SEXUS.

Núm. 12.

RAPIVNTUR Á ROMVLI MILITIBUS
 VIRGINES SABINAE. ADDUCITUR ROMVLO
 HERSILIA. PARENTES AC MARITI DOLENTES
 ABEUNT.

Las cenefas de estos tapices son hermosísimas y contienen flores, hojas, frutos y algunas representaciones humanas. Las inscripciones hállanse en la parte superior sobre fondo azul y letras de oro.

La técnica es de primer orden respecto del tejido, color y dibujo. La composición un conjunto armónico, admirable. Tanto en los países, como en la ornamentación arquitectónica, la perspectiva lineal revela conocimientos superiores y aun la aérea encierra primores dignos de estudio.

No se crea, que en cuanto al argumento, se sigue en todo lo que dicen los historiadores romanos. Se aparta el autor de los cartones, pero no son variaciones muy extravagantes.

La cenefa del tapiz núm. 10 es de lo más delicado que se conoce y en un todo igual la del núm. 12.

He querido dejar para este sitio los tres tapices del armado solio ó dosel que en la ya citada sala XVI, aparece tanto el superior en el que campea la imagen del Padre Eterno, como los dos restantes, uno le creo del siglo xv; como los dos restantes son delicadísimos.

El de la Crucifixión figura entre los mejores que se conocen.

La cenefa, compuesta de guirnaldas,

tiene amorcillos en los ángulos. Así como el de las santas mujeres contienen en las mismas hojas, flores y racimos.

Bien merecen ponerse al lado del tapiz de la Crucifixión los dos tapicitos de Palencia; en nada desmerecen de que recuerda la composición de Van der Weiden

De la admirable tapicería de la Apocalipsis, sólo un paño aparece expuesto en la sala XV. En la franja superior y en su centro, sobre fondo rojo y letras de oro, se encuentran los siguientes dísticos.

ILLA DIES VENIET CHRISTO CONTRARIUS ILLE
 IN COETUS FIDOS ULTIMA BELLA CIET
 VICTA RUET BABILON SED PROLES PERDITIONIS
 SUPPLICIUM AETERNUM CUM BABILONA LUET

Jesús cercado de los cuatro animales, y abajo, como en un círculo, los ancianos todos coronados. La prostituta sobre el dragón de siete cabezas; éste varias veces representado. Los de la mesa están con el cordero, etc. Todo ello es un conjunto de singular valía. Es el núm. 9.

El tapiz de la cena lleva el núm. 10. San Juan está en él recostado en el pecho del Salvador; dos Apóstoles le proveen de vino; el todo, bajo una habitación cuyo techo sostienen columnas y pilares.

Llego á la colección de Ciro y trato de ella según el orden de colocación que presenta en la sala XIV. Primero daré las inscripciones latinas y luego el contenido de cada tela.

Núm. 1.

NOVIT AMPLISSIMA REGNA ASSIRIORUM CUM BABILONE NON SINE MV(sic)TU DEI SIBI CONCESSO CVIVS GENTEM AD REDIFICANDUM CAPTIONE LAXATA HIEROSOLIME RHANUM CVM THESAURO CRATERIS ET SACRA VASA DIMISSIT.

Ciro sentado, vestido de rey y de amplio ropaje y tiara aparece á modo de principal personaje; delante de él hay un sujeto que tiene desarrollado un papiro y leo en la parte superior, á modo de encabezamiento de orden real HEC DICIT CIRVS REX. Lo restante imita letras pero no lo son. En la esclavina de uno de los presentes se halla SAB(B)ATA SANTIF(ICATE)-HAB(ACUCH).

Ciro está en su tienda: la escena se representa en el campo en medio de un arbolado. La composición expresa el presentarle los vasos sagrados de Jerusalém.

Las franjas son anchas y muy ricas, con hojas, flores, frutas y figuras humanas.

Las inscripciones están en la franja superior en fondo, al parecer azul muy oscuro; y en la inferior en dos rectángulos también se dice:

1.º FAMA CONSTAT BELLUM.

2.º REGNUM AUTEM JUSTITIA ET LIBERALITATE.

Leyendas que se repiten en todas las piezas de la colección.

Todos los tapices en las franjas exteriores hállanse adornados de emblemas con sus correspondientes figuras y leyendas.

Así son las del que ahora describo:
1.º Una cigüeña con una serpiente en el pico y al pie, en su correspondiente cartela se lee:

CUIQUAM NOCEAT.

Sigue otra ave con las alas extendidas y que encima tiene el sol, y ella coloca las patas en fuego, y la inscripción nos da:

QUIA SOLA INFELIX.

En un tapiz de Badajoz, sala V, se lee lo mismo.

El medallón que sigue presenta una mujer al pie de un árbol en cuyo tronco enroscada está una serpiente.

El emblema adjunto representa un águila en el aire luchando con una garza tendida en el suelo, y se lee:

EXITUS IN DUBIO EST.

El que falta ofrece dos ánades volando y un mochuelo muy tranquilo en el suelo, y allí se dice:

TEMERITAS NON DIU FELIX.

En el siguiente hallo:

REX MEDIORUM ASTIAGES EX FILIA NEPOTEM CIRUM NECANDUM MANDAT HERPAGONI QUI NEGARE NEC REGALI PROLI SEVIRE AUSUS REM PER REGIS BUBULCUM AGERE PUTAT CUIUS UXORIA PIETATE SERVATUR CUNCTE ORIENTIS IMPERIO REGNATURUS.

Una mujer con dos niños, y además una cabaña. En el campo corren y andan diferentes cabezas de ganado. Ante la mujer que tiene el niño hay un guerrero con espada y lanza.

Los emblemas son:

1.º Una cierva y su cría, y se lee:

RATIONI NON FERITATI FIDENDUM.

2.º Un caimán y una serpiente, y

MORSUS ARTE LEVABO.

3.º Un cuadramano raro,

DISSIMILIS ANIMO.

4.º Gallinas riñendo, y un águila que viene en su ayuda,

NON TALE AUXILIO.

TAPIZ 3.º

CROESUS ROGO IMPOSITUS FIT MEMOR DICTI SOLONIS QUO CIRUS ADMONITUSQUE VICISITUDINE RERUM PERPENSA CROESUM CUM COETERIS IUBET DEPONI.

Hay dos personajes sobre una peña. Un edificio derruido y ardiendo. Un río del que soldados sacan agua con herradas para extinguir el fuego. Dos personajes en el primer término. Soldados. Campo abierto.

TAPIZ 4.º

CIRUS IN EUROPAM COGITANS CLASSEM STERNIT HELLESPONTEM CUI BELLATRIX ARTHEMISIA FERT SUPPETIAS.

En efecto; aparece el Helesponto con embarcaciones. Ciro está acompañado de un guerrero, y Artemisia arrodillada, á la que siguen sus damas.

En el pendoncillo que llevan los soldados en sus lanzas se lee: CARIA, y

en la franja que remata la vestidura en su parte inferior, ARTHEMISIA REGINA CARIE.

En los emblemas se lee:

UT QUIESCANT ALY (sic)
DEBITA PARENTI PIETAS
VICTOR VICTUSQUE CADENT
NEC QUIDQUAM NOCENT.

TAPIZ 50

La inscripción nos da:

ADULTUS CIRUS AD IMPERIUM ASCITUS VICIT ASTRAGEM QUEM NON UT VICTOR SED HUMANITATE FRETUS PROPO-SUIT MAGNO (sic) HIRCANORUM GENTI AC MEDORUM SOLIUM AC TERSAS (sic) TRANSFERENS REGNUM VALDE AUXIT.

Después los que en todos se hallan:

FAMA CONSTAT BELLUM
REGNUM AUTEM IUSTITIA ET LIBERALITATE.

Los emblemas encierran lo siguiente:

NATURA REPUGNAT.

Hay un elefante y un ratón.

DURUM ALIENA VIVERE OPE
AGILIOR QUIA SOBRIUS

Un dromedario.

TOTIS NON VIRIBUS.

En el vestíbulo que corresponde á la entrada de la calle de Serrano hay dos paños de la reproducción de la indicada tapicería hecha en Madrid por los hermanos Van Dergoten, el de Creso y el de Artemisia.

En el vestíbulo que corresponde á la entrada principal, puede ser estudiada

la famosa colección que representa la Conquista de Túnez por Carlos V, obra de Juan Vermeyer y Guillermo Pan-nemacker. Dos telas se han perdido. Las expuestas así indican sus argumentos en versos exámetros. La traducción castellana se ve en la parte superior.

1.^a

IMPIA TURCARUN CUIPIENS CONTUNDERE CESAR
ARMA VIRUMQUE SIMUL SOLY MANNI IUSSA SEQUENTEM
ET PROCUL HESPERIE REGNIS FERA BELLA MOVENTEM
AUSPICIO DIVUM CAROLUS COGNOMINE QUINTUS
COMPARAT HINC CLASES ET SIGNA MINANTIA POENIS
SIGNIS HESPERIASQUE RATES LIGURUMQUE CARINAS
SICQUE MORE IMPATIENS DUM TEMPUS ET HORA FEREBANT
IMPIGER AT NAVES PROPERAT FIDOSQUE SODALES.

2.^a

MADRITI CAMPOS AC TECTA RELINQUIT AVITA
CAESAR ET IN LAETIS BARCINNI CONSTITIT ARVIS
SIGNAQUE DUM LUSTRAT PROCERES TURMASQUE RECEN-
EN PIA VOTA FACIT-EXPANDENS VELA FER AURAS [SET
UT FRETA BINA SECANS BALEARES EXPLICET UNDAS
SARDOASQUE SIMUL QUO CLASSIS IUSSA COIRE
GERMANOS ITALAMQUE MANUM VETERESQUE COHORTES
PORTAT IBERORUM ET LYBICIS ADVERTIT ARENIS.

3.^a

ERUMPIT TURCA ATQUE ITALO CUSTODE REPULSO
ET DUCE SUBLATO VALLUM TRANSCENDIT IBERO
PULSUS ABIT: POST HUNC COELI CALIGINE FRETUS
AGGREDITUR VALLOQUE FUGAT. SED PULSUS IBERO
TURCA ITERUM CEDIT: TENUI COMITANTE CATERVA
REX VENIT HASSAMUS, LUDOVICUS MARCHIO PUGNA
SANCIUS EXCEDIT: CAROLUS QUUM TURBA LABORET
SUBVENIT: AT PULSUM TORMENTIS EXUIT HOSTEM.

4.^a

HIC QUESITA PRIUS MAGNO DISCRIMINE FRUSTRA
PABULA: PRAESIDIO MULTO MAIORE PETUNTUR
DUCTORE ALBANO VALLUS PRODUCITUR, HOSTES
ERUMPENS ITERUM TELIS INFESTAT IBERUM.
HIC IRA RAPITUR ANIMOS STIMULANTE FEROCES
TENTAT OPUS COEPTUM PREMIT URGET FERVIDUS INSTAT
IMPIGER AGGERIBUS GOLETTE PRELIA MISCENS
A TERGO REDIENS HOSTILI A MOLE LABORAT.

5.^a

UT REPETIT CAESAR GOLETTAM ET PRISTINA CASTRA
HANC MUNIRE IUBENS CUSTODI TRADIT IBERO
INQUE FIDEM RECIPIT PERCUSO FOEDERE POENUM
REGIBUS HISPANIS QUID VECTIGALIS IN ANNOS
PENDAT, DECERNIT COMPLEXUS LEGE NEPOTES
LAETI DEINDE DOMUM RELIQUI IAM CLASSE REDIRE
QUISQUE SUA IUSSI DISCEDUNT ET VETERANA
IPSE MANU DREPANUM TRANSMITTIT VICTOR AD URBEM.

Como sería extendernos demasiado si entráramos en las inscripciones de toda la tapicería, remitimos al lector al Catálogo general de la Exposición y en él se tendrá cuanto se desee. El Sr. Martín Mínguez, auxiliar agregado á la delegación para tales trabajos, no ha dejado ningún paño sin examinar.

Cerraremos el artículo con una síntesis de toda la tapicería. Así podremos en otros dos condensar todo lo restante de la Exposición Histórico Europea.

CASA REAL

Las telas presentadas son las siguientes:

El Nacimiento de Jesús, El triunfo del Tiempo, El triunfo de la Muerte (sala I). Campañas y Triunfo de Escipión contra los Cartagineses (sala III). Los pecados capitales, dos series, y una la del conde de Egmon (salas IV y XXII). Una de las colecciones llamada de Moisés (sala XI). La grande y principal de Ciro (sala XIII). La tela de Coriolano, Las de David y Betsabé; otras dos con pasajes de la Vida de la Virgen, Las de San Jerónimo, La del descendimiento de Jesús, La cena y una

de la serie del Apocalipsis, tres con la historia de San Juan Bautista, ocho telas de la serie llamada de los Honores (seis en la sala XVIII). Una de *Las moralidades*, *La misa de San Gregorio*, *La colección de Rómulo*, *La Pasión del Señor*, *El descendimiento y el dosel de Carlos V*, y *el paño de las profecías acerca de Jesús y María* (sala XVI).

Otra colección diferente acerca de la historia de Moisés (sala XVII) y la *Colección pequeña de Ciro* (sala XIX).

En las salas XVIII y XXII se ven los paños de las tentativas de San Antonio, por el Boscho.

En los vestíbulos campean la colección magna de la conquista de Túnez por Carlos V (vestíbulo principal), y en el otro la reproducción que los hermanos Vandergoten hicieron en Madrid de la de Ciro que está en la Sala XIII. La de los asuntos de la vida mitológica de Teseo y Ariadna, y la Historia del hombre, juntamente con tres sobrepuestas de la sección de David, Absalón y Salomón, etc., y los fabricados según los cartones de Rafael (sala VII).

Conocidas son por los sabios las maravillas artísticas encerradas en tantos paños. Bueno fuera que la casa real mandase publicar una obra acerca de sus tapices.

CABILDOS

ZAMORA

Dos admirables ejemplares presenta. Ambos de historia profana: *La toma y el incendio de Troya* y *Tarquino, rey de Roma*, del siglo xv, sin cenefas.

ZARAGOZA

Se halla en la misma categoría: Asuntos de la Virgen y de Jesús en tres cuadros semejantes á los de palacio. Pasajes de la vida del Bautista, en dos. Los dos de la redención y otros dos del triunfo de Heraclio contra Cosroes por recuperar la Santa Cruz, y las soberbias telas acerca del libro de Ester. Los ejemplares de la redención de Heraclio y éste no tienen cenefas (salas X, IX y VIII).

TOLEDO

El astronómico de la catedral primada es también un ejemplar precioso por su carácter técnico y por su contenido científico. Aun sólo dentro de la historia de las ciencias, merecerá siempre un lugar distinguido. Siglo xv.

SIGÜENZA

En la sala II hay un paño de tumba, regalo del cardenal Zapata á la catedral de Sigüenza. La parte histórica y el dibujo, juntamente con los dos tapices, de argumento de la historia y religión romanas. Los tapices están en la sala V y fueron hechos en Bruselas. Son de poca importancia. En el uno se lee JUAN LE CLERE, y D. EG. en el otro.

PALENCIA

Cuatro son los tapices de la catedral, dos pequeños y los restantes de buenas dimensiones; los primeros, tal vez destinados á doseles, representan La crucifixión, El triunfo de la Gracia sobre la Ley Antigua. Los mayores pertene-

cen por su contenido á la historia eclesiástica según el mismo Episcopologio manifiesta. Estos son regalos del obispo Fonseca, así como los de la colección llamada de *La Salve* y que guarda la misma catedral palentina.

Corresponden al arte flamenco. Siglo xv, dos de ellos de Bruselas.

TARRAGONA

El tapiz de la arzobispal catalana pertenece á los comienzos del siglo xv ó al finalizar el mismo. Es flamenco. Representa pasajes de la vida de José, hijo de Jacob.

BURGOS

La catedral burgalesa cuenta también en la Exposición con telas de gran valía dentro de la tapicería. En la sala VI expone dos: uno de argumento bíblico, y el otro perteneciente á la historia de Roma. En la sala X se encuentra otro de argumento alegórico moral religioso.

Cuatro más se dan en la sala IX, muy hermosos, y revelan el mismo carácter que los de Palencia. Uno es idéntico al que publica *Muns*, de la colección de Erlanger.

JACA

Son ambos del siglo xvii, hechos en Bruselas por Martín Reymbouts. El contenido manifiesta el *Rapto y Recuperación* de Elena. Cenefas bastante buenas, ornadas de estípites y figuritas. Están muy mal arreglados.

SANTIAGO

Dos tapices caen dentro de un gusto muy decadente. Pertenecen por su argumento á la mitología griega. Son de Juan Raes, Bruselas.

En la sala VIII hay otros tres, propios de la misma catedral, núm. 5, 145, 146 y 150.

El que está hecho en Bruselas por Antonio Leyniers, es muy hermoso. Su argumento pertenece á la historia de Roma y de Cartago. Los otros dos son de carácter arquitectónico.

BADAJOS

Ya de época más reciente son los tapices de Badajoz, números 170-169.

El contenido se refiere á escenas campestres. No son de mucha importancia.

OSMA

Un solo tapiz, pequeño: Santa Ana, La virgen y San José. Muy bien conservado, lleva leyenda. Flamenco, siglo xv.

HUELGAS DE BURGOS

Toda la tapicería es de aplicaciones y bordados. Las banderas dan á la colección de telas subido precio científico é histórico.

MONJAS DE SANTA CLARA DE PALENCIA

Curiosas y notables son las alfombras mudéjares que han presentado. Su tejido, su ornamentación geométrica,

entomática y zoológica, las dan un crecido interés, y esto sin contar con el escudo del Almirante de Castilla (sala XXII).

Particulares.

EXCMO. SR. DUQUE DE SEXTO

Crecida riqueza presenta el Sr. Marqués de Alcañices. Las salas XIII, XXIII y XXIV ofrecen preciosos ejemplares de todas clases, dentro de la tapicería.

EXCMO. SR. CONDE DE VALENCIA DE DON JUAN

Aunque no en tanta abundancia, en calidad y gusto igualan los paños del Sr. Conde á los del Sr. Marqués de Alcañices y uno bien puede compararse, que carece de cenefas, ó sea el de *Valentina*, con las telas de Zamora (sala XIX).

MARQUÉS DE CASA-TORRES

Tres tapices. Uno del siglo xv (1) ya al final, y otros dos del Renacimiento, siglo xvi. Los dos últimos hermosísimos, y sobre todo en sus cenefas. Son pasajes de la mitología, referentes á Diana y Neptuno (sala II). En palacio hay tres tapices de la misma colección.

D. MARIANO HERNANDO

Los tres tapices que presenta, dos sobre todo, los que ya están en Roma,

(1) ¿Es la confirmación de un Fuero?

todos del siglo xv, eran de singular valía é importancia. El uno contiene un argumento teológico, *La creación de la naturaleza y de la gracia* (sala XXII).

EXCMO. SR. MARQUÉS DE CASTRO SERNA

Siete paños ha presentado. El de la Crucifixión se acerca á los de la Redención de Zaragoza, aunque de menores dimensiones (Sala XX), y el de la Verónica y otros dos de fines del siglo xv y principios del xvi, y de no aclarados argumentos que se ven en la misma sala, son del arte flamenco también y de muy buena clase. Decae el que corresponde al siglo xvii. Su argumento es: *César lleva cautiva á Cleopatra*. La marca es *M. D. Broe*.

En la sala XXI tiene otros dos: los de *La Fama*, siglo xv. Su colorido es muy especial. Muy buenos, llevan leyendas.

D. JUAN JOSÉ ESCANCIANO

El tapiz (siglo xv), de argumento religioso. Tapiz frontal, por sus dimensiones es muy lindo. Pertenece al arte flamenco.

SR. D. ALBERTO SALCEDO

De la misma época también, y de mayores dimensiones, es el tapiz de argumentos de la *Historia de Roma*, que ha presentado el Sr. Salcedo. Corresponde también al arte flamenco. Está incompleto en la parte inferior ó base.

D. PEDRO BOSCH

Ya de estilo decadente los paños *Historia de Tito y Vespasiano*, que presenta el Sr. Boch. Son tres, mas uno de otra clase que no merece especial mención. Son del artista G. VAN, LEFEDAEL. (Bruselas) B. B.

EXCMO. SR. D. JOAQUÍN GONZÁLEZ

FIORI

Representaciones profanas contienen los tres tapices. Forman una misma colección y de muy poca importancia. Proceden del arte flamenco siglo xvi.

Alfombras.

Las alfombras persas de las salas XXI y II y la mudejar con el escudo de los Reyes Católicos (sala XXI), entran en el número de los buenos ejemplares.

Museo arqueológico.

Los paños que hallamos en el Museo Arqueológico Nacional, uno es del siglo xv, procedente de Zaragoza; flamenco. Representa á la Virgen con el Niño Jesús. Hermosísimo.

De carácter decadente, aunque de labor muy diestra y suma riqueza, figuran los tapices llamados del Conde duque de Olivares. Al que con rigor los examina, no deben llenarle, aten-

diendo al carácter técnico y del buen gusto, aunque por bellezas de perspectiva no dejan de llamar la atención.

Tal es, en abreviada forma, la síntesis de la tapicería.

Y el gobierno español para nada se ha preocupado de sacar reproducciones por medio de la fotografía, ni de que se haya hecho el estudio, publicado oficialmente, que merecen. Sólo se ha contentado con poner por agente y director principal de la Exposición á un político, desconocedor de tales materias, y que ni siquiera ha cumplido con el deber reglamentario de publicar la memoria exigida. Se llama D. Juan Navarro Reverter, ingeniero de montes, y profano en los asuntos arqueológicos y artísticos. Así ha salido ello: todo queda á su disposición, y un ministro, que no vigila, le da alas para que aun los archiveros, bibliotecarios y anticuarios hayan sido pospuestos á los que los han tomado nada más que como simples factores de colocación de objetos.

El ministro haría bien si desde luego los anticuarios, los archiveros y los bibliotecarios se hicieran cargo de sus secciones y pusiera en la calle á los intrusos políticos. Así caerá artísticamente la Exposición. De lo contrario, ni aún con música se ablandará la Parca.

NICOLAO STURMALOF.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Repugnancia invencible á ocuparnos en los asuntos españoles.—Causas de esta repugnancia.—Reservas necesarias del historiador cuando es actor en los hechos referidos.—La coalición republicana.—Características de sus grupos.—Imposibilidad en ella de acción y pensamiento común.—Democracia práctica.—Evoluciones y fases de las ideas.—Necesidad de una inteligencia con los monárquicos en las repúblicas conservadoras y con los republicanos en las monarquías democráticas.—Confirmación de tal tesis por las sendas índoles de ambas clases de gobierno y por los ejemplos diversos de la historia contemporánea.—Solidaridad universal.—Lo que fué la República en 1873.—Necesidad de una política que pueda impedir el readvenimiento de tal catástrofe.—Conclusión.

Pocas, muy pocas veces hablo en estas crónicas internacionales de los asuntos relativos á mi patria, recelando crean los lectores parcial é interesada una historia, en cuyos capitales hechos tanta parte ha tenido el historiador que los relata. Por años enteros elido la nación española de mis anales; y si alguna vez derogo tales reglas y llego á mentarla, suelo hacerlo en virtud y por obra de la relación y concordancia entre los hechos particulares hispanos y los capitalísimos hechos europeos. Mas atravesamos ahora una tan crítica situación, y representa por algún tiempo en esta crisis papel tan frecuente quien estas líneas escribe, que no puede sustraerse á la obligación de historiarla, é historiándola, no puede por menos que señalarse á sí mismo la parte correlativa con sus ideas y con sus obras. Llegó el partido liberal en fines de noventa y dos al gobierno, sin que le llamara directamente la corona cual otras veces; llegó por una crisis parlamentaria, independiente y aparte del influjo ejercido por los demás poderes públicos. Y al llegar de nuevo, desvaneciendo toda veleidad hacia las reacciones y fortificando los derechos individuales con el gobierno de la nación por sí, á cuyo logro contribuyéramos nosotros en primera línea, creyeron muchos aquella la oportuna sazón para el ingreso de mis correligionarios en el gobierno, como legítimos

representantes de la legalidad democrática y seguros vigías así de su conservación como de su desarrollo. No creí oportuna yo la hora del ingreso, y con agradecimiento decliné sincerísimas ofertas y quedéme dentro de la misma posición que antes ocupaba y ejerciendo en la democracia un ministerio idéntico al que antes ejercía. Pero si los compromisos míos y la historia no me permiten dejar el carácter y el nombre de republicano, permítenme un patriotismo fervoroso y un lazo con la historia de los últimos veinte años muy estrecho contribuir á la clausura y término del período constituyente, cuya reanudación traeríanos males sin cuento; y contrastar las tendencias revolucionarias, amortiguadas pero no extintas, de nuestro pueblo, con el culto á la estabilidad, áncora de nuestros grandes bienes, áncora del gobierno parlamentario, de la democracia progresiva, de la libertad omnimoda. No todos los viejos republicanos piensan como yo, no todos. Las experiencias últimas nada les han enseñado; y el dolor, que tantas revelaciones guarda para el común de las gentes, no les ha dicho cosa ninguna, y por ende no ha enderezado en ellos ninguno de sus añejísimos entuertos. Porque han formado entre sí una coalición accidental con los tres

grupos militantes en la democracia radicalísima, como pudieran haberla formado con los teócratas ó con los conservadores, creen sus contradictorias ideas un sistema encadenado y sus disueltas fracciones un organismo viviente. Pero, ¿qué sistema puede resultar en la multiplicación de cantidades incongruentes y heterogéneas? ¿Ni qué proceder metódico cabe allí, donde tres procedimientos en guerra tiran cada cual por su lado, y se anulan mutuamente dentro de una contradicción y combate, internos hoy, en los cuales únicamente puede contenerse y encerrarse la guerra civil futura?

Con ánimo de no sacar mucho á plaza las personas, sólo atendibles cuando aparecen como personificaciones de las ideas, debo decir que Zorrilla, Salmerón y Pi representan tres repúblicas, tan irreconciliables cada cual con las otras dos, como puedan serlo todas ellas con la monarquía. Viejo monárquico, Zorrilla, presidente de la Cámara, que reproclamó el principio hereditario cuando estaba en tierra, y lo puso por corona de una democracia liberal recién manumitida por la revolución de Setiembre, no profesa la república como dogma, sino como instrumento superior á la monarquía para producir cierta dictadura, contraria en todo régimen constitucional moderno, venida con

el firme propósito de hacer la felicidad entera de la democracia contra su voluntad y mal de su grado, bajo un boulangierismo civil, ó, mejor, bajo un balmacedismo, inadaptable á la complexión y á la historia de nuestra libre patria. Orador Salmerón, publicista Pi y Margall, saben á maravilla cómo tal régimen absurdo no podría subsistir sino suprimiendo prensa y tribuna; por lo cual se oponen á él con la misma fuerza que me opongo yo, y en resumidas cuentas, con la misma franqueza. Muy vago y confuso el sistema de Salmerón, hay que calificarlo por adivinaciones más que por estudio; pues cuanto con mayor empeño lo explica y más lo define, tanto menos lo esclarece, por causa de una oscuridad, en cuyas tinieblas os exponéis á topar con todo, menos con la razón y con la ciencia. Se me alcanzará poco á mí en materia de achaques políticos; si Salmerón no establece un semisocialismo y un semifederalismo, dentro de cuyas laberínticas sinuosidades jamás encontraréis el hilo conductor que os oriente y mucho menos una salida de verdadera solución que os satisfaga. Pero lo que debe ahora mismo decirse, y sin temor á equivocarse, ¡oh!, es que la escuela salmeroniana opone al partido zorrillista la prensa y el parlamento libres, con los cuales no pueden

compadecerse y compaginarse las dictaduras en sus varias manifestaciones ó especies. Más claro, más concreto, más lógico, más de suyo sabio y en materia de política competente Pi y Margall. En él cesan las sendas vaguedades á sus dos émulos congénitas. Con él nos encontramos dentro de pleno socialismo intransigente y en plena democracia federal pactista. Pi y Margall quiere hacer á imagen y semejanza de su sistema desde las apropiaciones del suelo hasta la organización del Estado. Quiere que sea, la tierra como el aire, propiedad común de todos, y no respeta la nación, tal como se ha hecho en el espacio por el tiempo; quiere suspenderla, pretensión, de suyo tan vana, como si quisiera suspender la vida; y luego renovarla por un pacto, aunque hubiera en esta labor de la renovación y en los ajustes del contrato, aunque hubiera de perderse y acabarse para siempre. Las mismas contradicciones que los zorrillistas y los salmeronianos entre sí tienen, súmanse luego para contradecir y contrastar la república de Pi. Yo pregunto á todos los conocedores de la política, y espero confiado su respuesta: ¿creen posible un gobierno, de unidad necesitado siempre, con tres factores tan contradictorios y en pugna? Quienes apenas pueden hacer

oposición á los que tienen de suyo en frente y en contra, porque les falta tiempo para combatir á sus afines, ¿podrían fundar un gobierno en paz? Y no me digan tener de común la república, porque los federales aseguran sus preferencias por cualquier monarquía sobre la república unitaria; y los unitarios su tristísima seguridad de que la república federal trae aparejado el carlismo. Y si en lo referente á principios están desacordes, estánlo más aún en lo referente á método. Mientras Zorrilla, educado en las conjuras españolas y en sus pronunciamientos, quiere á toda prisa la revolución; Azcárate, instruído en la política inglesa por sus lecturas predilectas, no la quiere jamás; y Salmerón la proclama condicional en teoría, sin encontrar nunca la condición propicia de su comienzo; mientras Pi y Margall la proclama incondicional siempre, pero en esta incondicionalidad se reserva dentro de su inercia olímpica el derecho de no principiarla nunca. Si, por desear la revolución, es ya uno revolucionario, desde mañana por la mañana, todos los pobres, que deseamos ser ricos, y no obstante tal deseo, no hacemos nada para serlo, debíamos llamarnos millonarios. Acabemos: no están los conocidos con el nombre de republicanos por antonomasia concordés en

cosa ninguna; y ante su discordia permítanme los lectores dirigirles algunas observaciones sobre mi política, observaciones que no deben echar en saco roto. Figuraos que me hallo presente ahora en la Cámara, de donde me alejan propósitos anunciados hace seis años y puestos por mí en obra desde entonces. De haberme allí hallado, hubiese dirigido, poco más ó menos, á mis afines antiguos estas observaciones, que creo provechosas al conocimiento y explicación de nuestra política.

Después de haber hablado mucho, ignoro si por lo avanzadísimo ya de mi edad, ó si por lo alcanzado allende las esperanzas mías en política, siento á la tribuna y á la palabra tales invencibles repugnancias, que no pueden vencerlas, ni un deseo tan vehemente como mi deseo, ni una voluntad tan firme como mi voluntad, las cuales, en este momento, para moverme á orar, cual hicieran tantas otras veces, necesitarían colocarme bajo la fuerza imperiosa é incontrastable del mandato categórico de la conciencia, que me constriñese al cumplimiento estricto de deberes sagrados para con la democracia y con la patria. Pero yo no necesito hablar ahora en el Parlamento. Los ideales, cuando están en el período de sus radiantes difusiones, en su

período de propaganda y apostolado, necesitan del pensamiento y del verbo, especie de soles, que cumplen su cometido con irradiar calor y luz; pero así que penetran por el desgaste y el enfriamiento que les traen el tiempo y el espacio, ó los roces con ellos, en el período de su completa realización, han de reducirse á estrechos límites, han de acomodarse á cien impurezas irremisibles, han de ir apagándose poco á poco y extinguiendo sus antiguo esplendores, para que puedan dar de sí aire vital, no demasiado puro, pues el aire demasiado puro no lo podemos resistir nosotros, aire respirable; y vida, no eterna, porque todo en el tiempo cambia y muere, vida sujeta por necesidad á las imperfecciones connaturales con toda contingente realidad. La idea es, primero, cual un sol, teórica; después, cual un cometa sin órbita cognoscible y sin curso calculable, revolucionaria; y, por último, como un planeta, frío y oscuro, pero real y vívido, práctica. Así, cuando pasa la idea por el primero y segundo período, necesita del Verbo, del apostolado, de la predicación; y cuando llega de suyo al último, necesita del esfuerzo, de la constante acción, sólo de la constante acción, que ha de recortar los ideales, y encerrarlos dentro de condiciones y límites, en cuyas estrecheces apa-

recerán menos encendidos y luminosos, que cuando eran cometas ó soles, pero mucho más vivideros y vívidos. El ideal aparece como los planetas; á medida que menos luminosos, también más habitables. En principio es el Verbo, como San Juan dice, pero al Verbo sucede la natural acción, jamás tan pura como el pensamiento y la palabra. Hombres de pensamiento, los renovadores sociales, hombres de palabra también, pues cada especie política tiene las facultades en correspondencia con sus destinos, como cada especie orgánica los órganos; habiendo llevado el ideal como una lengua de fuego sobre su cabeza; tenido el verbo de todas las ideas progresivas en sus labios; puesto su voz al servicio de todos los oprimidos y de todos los esclavos; al salir del cenáculo de los Apóstoles, donde el Espíritu Santo de la libertad los ha esclarecido y sustentado para la obra del progreso común; y encontrarse con que todos sus ensueños se han cumplido; con que no hay un solo siervo en esta tierra, llena de horrorosas ergástulas antes; con que se ha desvanecido la última sombra de la Inquisición extendida por las instituciones reaccionarias y se ha hundido en el abismo la barca del negrero y se ha cerrado la ignominiosa venta de seres humanos que ayer todavía se

verificaba á nuestra vista en los babilónicos mercados de la esclavitud; no tienen más remedio que reconocer esta feliz emancipación; y reconociéndola, no tienen más remedio, en cumplimiento de sus obligaciones, que conservarla; y para conservarla, no tienen más remedio que cederla, videntes, idealistas, profetas, no tienen más remedio que cederla, por las misteriosas divisiones del trabajo, á los partidos hoy de acción y á los hombres hoy de gobierno.

¿Digo yo esto ahora, por casualidad, ahora que me hallo por vetos de mi conciencia íntima y de mi historia personal alejado por completo del gobierno? Lo dije, cuando yo tenía en mis manos, aunque sin merecerlo y por brevísimo tiempo, la suprema dirección del Estado. Entonces llamé á una situación puramente democrática, cual aquélla que presidía yo usando las fracciones y escuelas monárquicas; y lo declaré así, declaré que las llamaba para repartir con ellas el gobierno, con la franqueza propia de mi particular índole, y en voz muy alta, y en tonos muy resonantes, á todos mis correligionarios y amigos. Nave recién hecha la república y velerísima, como antes decíamos de los barcos ligeros; con una caldera de vapor altamente impulsiva, necesitaba lastre; y no podía encontrarlo sino en

los viejos elementos históricos, para que así nos respetaran el espacio, contrario á toda celeridad suma, y el tiempo, enemigo de toda súbita creación, los cuales, tiempo y espacio, entidades más ó menos subjetivas, no por esto dejan de tener una certeza evidentísima y castigar, como los antiguos dioses mitológicos, á quienes intentan, desatinados, ó desconocerlos ó burlarlos. Aquella tripulación republicana conocía mucho el álgebra, mucho el cálculo, mucho lo absoluto y abstracto; estaba industriadísima en todas las ramas del saber teórico, aparecía digna de cualquier escuela y universidad científica; pero carecía de lo esencialísimo al gobierno, de práctica y experiencia, sólo adquisitables, admitiendo en su seno y compañía otros menos sabios navegantes, pero más conocedores de los bajíos que debían evitarse, de los derroteros que debían seguirse, de los puertos adonde se necesitaba estar al paio y echar el ancla, para que la tempestad no pudiera sorprendernos con sus asaltos y sobrevenirnos el consiguiente naufragio. En la inexperiencia, propia de teorizantes y profetas, aquellos republicanos querían, unos descoyuntar la nación en porciones disyectas y enemigas, obra tan difícil como descoyuntar el planeta en sus terrenos diversos, y organizarla separando

sus organismos en la vida como pudiera separarlos una tabla ó un Museo de Historia Natural; en medio de una guerra tripartita, la cual, como toda guerra, solamente obedecía de suyo á la fuerza, y resultaba en su esencia siempre un despotismo frente á otro despotismo, proponían otros, sin parar mientes en que indisciplinaban el ejército, la increíble abrogación de un factor, al ejército y á su disciplina tan indispensable como la pena, base de las ordenanzas militares; cuando más se necesitaba del clero para conjurar moralmente la prepotencia de los carlistas, señoreados de pueblo y suelo en media Península, proponían otros la separación de la Iglesia y el Estado, quitándole al gobierno toda intervención en el mundo eclesiástico y exponiéndose á que se hubieran sentado los curas cabecillas en todas las sedes vacantes: errores enormísimos provinientes de la edénica inexperiencia, que aqueja por necesidad á los partidos teorizantes ó profetas, y que sólo podía remediarse con la suma de aquellos estadistas y partidos, más puestos al cabo de los secretos de la viva realidad y más autorizados para conformarse con ella y para someterlos á su imperio. Aparte otras muchas, la principal causa del rompimiento entre las demás fracciones republicanas y la fracción que yo, sin méritos para ello, dirigía, estuvo en esto, en la propensión nuestra inevitable á entendernos, desde la gobernación del Estado, con los partidos monárquicos, por creerlos aquel sólido lastre, necesario de suyo á prestarnos la solidez de que nosotros carecíamos, y traernos aquella seguridad que absolutamente nos faltaba, inexpertos, á nosotros. Y luego, cuando por la intransigencia y la ignorancia de los partidos extremos y revolucionarios, marró esta inevitable transacción, vino la monarquía; y dentro ya nosotros de tal institución, como hay que colocarse dentro siempre de toda legalidad, aconsejamos á los monárquicos que procedieran con los republicanos como los republicanos jamás quisieran proceder con ellos, y admitiesen, ya que no sus personas, sus principios sustantivos, á fin de que se llegase á una transacción, ya que no entre todos los españoles, por quedarse fuera de ella, desgraciadamente, los carlistas, entre todos los liberales en sus diversas fracciones y matices, que no habrían de contender sobre lo fundamental; contienda siempre grave, pues nos condenaba por necesidad á un período constituyente gravísimo; y no teniendo que contender sobre lo fundamental ni que atravesar períodos constituyentes largos, podrían consagrarse á lo exigido por la salud y el bien

de nuestro pueblo, á las prácticas en administración y hacienda, y descuidadas maltrechas entre las oscilaciones violentas de la revolución á la reacción y de la reacción á la revolución, en que hace ochenta y más años están metidos desde nuestro suelo hasta nuestro espíritu.

Nave la monarquía menos vele- ra y movida que su contraria, como ésta pide lastre para no naufragar, ella pide impulso para moverse, y no puede no encontrarlo, sino en la democracia, innovadora y progresiva por su naturaleza y por su historia. De suerte que aconsejamos á los republicanos una transacción indispensable con las fracciones históricas, y los republicanos, en su victoria, no nos oyeron, por lo cual marraron; y más tarde á los monárquicos les aconsejamos una transacción análoga con los principios y los partidos democráticos, y como los monárquicos nos oyeran, los monárquicos se han salvado. Pero seamos francos y leales, hablemos con la conciencia desentrañada de su clausura natural y con el corazón en la mano. Los fundamentos y bases de toda transacción estaban en esto, en que los monárquicos hicieran dentro de la república todo lo posible por los principios conservadores, menos destruir la república misma; y los republicanos hicieron dentro de la

monarquía todo lo posible por los principios progresivos, menos destruir la monarquía misma. ¿Y qué resultó de este pacto, no propuesto por nadie, no escrito en papel sellado ni por mano ninguna, no registrado en escribanías ni metido en protocolos? Pues resultó lo que decía con frase gráfica el ilustre presidente de nuestro Congreso en la sesión inaugural: que somos el pueblo más libre de la tierra. Y como yo escribí siempre por la libertad, como yo hablé por la libertad, como yo padecí por la libertad, como yo por la libertad me desvivo; ahora con esta libertad me ufano á tanta costa conseguida; y fiando en Dios que habré de vivir muchos años, no me cansaré nunca de poseerla y de gozarla, para lo cual sostendré desde cualquier parte donde yo me halle, á cuantos gobiernos la conserven, conservando con ella lo que más al hombre honra en este mundo y lo que más en la historia dignifica y engrandece á los pueblos.

Yo pregunto: ¿qué monarquía liberal de las recién fundadas vive sin el concurso de los republicanos, y qué república existente de las recién fundadas vive sin el concurso de los monárquicos? ¿Será por ventura la monarquía de Italia, será la monarquía de Austria, será la monarquía de Suecia, será la monarquía misma de Alemania? ¿Cuál de

los republicanos españoles podrá parangonarse con Garibaldi? Ninguno de nosotros ha luchado como él por la república en el Plata y en el Tiber; ninguno como él sobre las ruinas de Roma y entre las selvas y ventisqueros de los Alpes. Sin embargo, cuando acababa de lanzar un trono en tierra con su sola presencia, nada le fuera tan fácil como establecer una república parthenópea, república ya con antecedentes y con historia; pero, en el minuto de la ocupación, cuando podía decidirse por un partido ó por otro partido, se le aparecieron la república de sus ensueños y la patria de sus conciudadanos, y optó por la patria, merced á lo cual tiene una estatua en cada encrucijada de la Península y forma en el coro inmortal de los grandes fundadores de Italia.

Diréisme: Garibaldi era hombre de acción y conocía poco la política. Pues más hicieron todavía los hombres de pensamiento. Ninguno de nosotros escribió jamás sobre Filosofía de la Revolución y sobre República Federal esos libros magistrales de Ferrari, que aparecen como la fórmula brillante del saber político moderno; y sin embargo, este inmortal teorizante del derecho y este historiador del triunfo de las democracias aceptó de la monarquía italiana y del rey un cargo tan de gracia real como el cargo de

senador vitalicio en aquella monarquía parlamentaria. ¿Pero á qué cansarnos? El más brillante jefe de la izquierda italiana, el más activo de los primeros ministros con que ha contado el rey Humberto, es Crispi, el discípulo de Mazzini, quien odiaba mucho á todos los reyes, pero ponía sobre su aborrecimiento de los reyes el amor á la Italia, en cuyo seno pudo morir tranquilo y tener hoy un sepulcro de verdadera inmortalidad. Y lo que ha pasado en Italia, también ha pasado en Alemania, donde se han reclutado lo mismo el partido liberal que el partido conservador gobernantes en aquellos revolucionarios de Francfort y de Baden y de Stutgardt, que se habían pasado un transcurso de tiempo tan largo, como el mediante entre la reacción del cincuenta y la guerra del sesenta y seis, proponiendo bajo una república la unidad alemana y el sufragio universal, que luego debieron aceptar de la victoria militar y del Imperio cesarista. Y lo que pasara en Alemania, pasó en Austria-Hungría. También allí se conservaba como un mito sacro el recuerdo de todas las revoluciones contra la dinastía y como un pontífice de las reivindicaciones por venir al patriarca sublime Kossuth, que personifica la patria separada del Austria y de los Hapsburgos: con la soberanía nacional ejercida por

un régimen y un gobierno republicano. Sin embargo, vino como un inesperado accidente, la batalla de Sadowa, y se dieron con un canto en el pecho aquellos partidarios y discípulos de Kossuth, el republicano, viendo la patria libre con la monarquía y los Hapsburgos, que penetraban en Buda-Pesth á ceñirse la corona de San Esteban entre las delirantes aclamaciones del pueblo. Mas ¿por qué citar las monarquías liberales recientes, cuando lo mismo han hecho las monarquías liberales antiguas? No hay ninguna, por la solidez de sus bases y por la expansión de sus principios, como la monarquía inglesa, producto feliz de la razón pura combinada con la experiencia secular. Diríase que sus fundamentos arraigan hasta en la raíz de aquel suelo y que su solio lo consideran tan necesario á su existencia los ingleses como el aire de su atmósfera. Y sin embargo, tuvo que recurrir á los republicanos. El joven, que había propuesto se levantaran en las calles de Londres á Mazzini estatuas; el economista que había soñado con juntas federadas de trabajadores muy parecidas á los cantones helvecios; el cuákero, cuya elocuencia recordaba los sermones calvinistas y puritanos de la primera república y que bendecía el Occidente, ó sea, el Nuevo Mundo, pidiéndole un re-

greso de los peregrinos que llevarsen á los horizontes de su madre patria, de su metrópoli augusta, las estrellas del pabellón americano; todos han pasado por el ministerio, sin desdoro suyo ni de nadie, y todas se han impuesto á la reina, más reina que hay en el mundo, por mandatos incontrastables de la voluntad y de la conciencia nacional. Pero esto que pasa en las monarquías, ¿no pasa en las repúblicas también? Si las monarquías contemporáneas están servidas por republicanos, á su vez, ¿no están las repúblicas servidas por monárquicos? La única que hay de reciente fundación en Europa es la república francesa. Pues bien; la república francesa se debe principalmente á la previsión de Thiers, á la lealtad de Mac-Mahón, á la sabiduría económica del orleanista León Say, á la ciencia militar de un viejo partidario del imperio, que se llama Freycinet, á innumerables monárquicos, puesto que en aquella tierra de la democracia pura y del sufragio universal sólo habían tenido los republicanos durante el Imperio un grupo relativamente corto, y una ilustre, nobilísima, imponderable, pero escasa representación en la Cámara. Mas ¿á qué buscar extraños ejemplos? Lo mismo que ha pasado fuera, pasó entre nosotros. Yo, dentro del Congreso de 73,

encontré un decidido apoyo, un concurso franco, un ministerialismo á toda prueba en el monárquico señor Ríos Rosas, en el monárquico señor Romero Robledo, en el monárquico Sr. Becerra, en el monárquico Sr. Salaverria, en el monárquico Sr. Estéban Collantes, en toda la fracción constitucional que desde fuera dirigía el monárquico Sr. Sagasta, en toda la fracción conservadora que desde fuera dirigía el monárquico Sr. Cánovas, en toda la fracción radical que desde fuera dirigía el monárquico señor Zorrilla, y lo que pasó conmigo pasó también y á su vez con el gobierno Salmerón, votado, mantenido por todas las fracciones monárquicas, sin que á nadie se le haya ocurrido darles en rostro con tal concurso, con tal ministerialismo, con tal proceder, porque se hallaba todo ello en la lógica de los hechos diarios, en la moral de los procedimientos políticos, en la necesidad inevitable de las cosas humanas, en la serie que junta y enlaza las ideas, extiende los minutos del tiempo y los puntos del espacio, agrupa los seres orgánicos en especies, los astros en constelaciones, las ciencias en sistemas; y reina con un implacable vigor sobre todos los aspectos de la vida y sobre todos los seres de la naturaleza, como también sobre la sociedad, y especial-

mente sobre la política: que desde la estrella Sirio hasta el átomo último obedecen á esta ley universal de la evolución y de la serie.

Yo ignoro de qué sirven la filosofía en el mundo, si no sirve para demostrarnos las fatalidades invencibles del universo, y la interna lógica de los hechos, y la solidaridad y comunidad entre las naciones, y la fuerza del movimiento universal, y la existencia de innumerables elementos, á cuyo poder nos sustraeríamos tan difícilmente como al poder del aire y de la luz. Cuando un hecho, como el antes apuntado, coexiste con esa inmanencia en el tiempo y con esa extensión en el espacio, es porque se halla en el organismo interno de la sociedad y en las facultades varias del alma. Lo sucedido ahora sucederá en todos los tiempos hasta la consumación de los siglos; creedlo, creedlo. Como tras la caída de los carlovingios el feudalismo surgió con grandes coincidencias de varios hechos en Europa entera; como el terror milenario se apoderó del Norte al Mediodía de todos los ánimos y determinó la teocracia con su omnímodo influjo; como las monarquías se sometieron todas á la Iglesia para que les ayudase contra el feudalismo, y tras un hecho tan eclesiástico, cual fueron las cruzadas, se aliaron á una con los municipios para comen-

zar su emancipación de la Iglesia misma; como coincidieran los reyes santos, Don Jaime, San Fernando, San Luis, en el siglo XIII, y los reyes crueles como los Pedros de Castilla, Portugal, Aragón, en el siglo XIV, y los descubridores como Magallanes, Colón, Gama en el siglo XV, y como Luis XI, y Fernando el Católico, y Carlos el Temerario, y Enrique VII parecen una persona misma en diversos tronos; y como coinciden las reacciones religiosas en la abrogación del edicto de Nantes y en la expulsión de los moriscos; y como la enciclopedia se sienta con Carlos III, José II, Luis XV, Federico y Pedro el Grande bajo los solios europeos á un mismo tiempo; la coincidencia del gobierno de las monarquías por las radicales y del gobierno de las repúblicas por los conservadores aparece con estos mismos caracteres y toma este universal imperio porque tiene algo de aquella necesidad fatal, cuyos decretos no han contrastado, desde el Cáucaso hasta Santa Elena, ni Prometeo, ni Napoleón, es decir las primeras fuerzas y las primeras inteligencias del mundo.

Creer que con el esfuerzo aislado de un individuo, ni siquiera con el mayor y más fuerte de un partido, por conjuraciones de mayor ó menor entidad y por pactos de mayor ó menor lógica; vais á contrastar

corrientes impulsadas por hechos innumerables y decisivos desde remotos siglos, es como si creyerais que con el aliento de vuestra boca vais á modificar el aire, con los fluidos de vuestros nervios la electricidad, con los relampagueos de vuestros ojos el éter, con los átomos de vuestro cuerpo el medio ambiente, con el sistema de vuestro cerebro el sistema general de nuestro complicado universo, cuando nadie ha menester en esta pícara vida de tanta circunspección en sus procedimientos y de tanto espíritu conciliador en su ánimo como aquel que, nacido para innovar y para impeler, se encuentra con generaciones hechas á costumbres, tan pegadas al espíritu, como las carnes al hueso; con tiempos viciados por los miasmas desprendidos de innumerables cadáveres; con supersticiones creídas como un dogma y adoradas en verdadero culto; con espacio, no como aquellos del Nuevo Mundo abiertos á toda idea, rebeldes al progreso por endurecidos en una secular tradición y en una gloriosa historia. Cuando se tiene una sociedad como la cera de blanda, y un poder como el poder divino de omnímodo; cuando es uno César, autócrata, dictador, puede llevar al mujick ruso, como Pedro I, en un santiamén, la filosofía germánica; por un rescripto á lo Enrique VIII

cambiar en anglicana la religión católica; coger los campesinos y las campesinas de Pomerania como Federico I y ayuntarlos en matrimonios oficiales á guisa de caballos en remonta para el progreso de la casta; expulsar en una noche los jesuitas, cual Carlos III los expulsara, y después de haberles secuestrado sus bienes, dejarlos en desvencijadas naves, á merced de los vientos y de las olas para ver si todos se ahogaban; eso pueden hacer los autócratas cuando les venga en mientes y les pase por la voluntad; pero un demócrata, que deberá consultar á todos, necesita valerse de todos, ir con todos, especialmente con el pueblo, de una grande ignorancia por su larga servidumbre, de un apego á sus propias cadenas que ayer aún las aclamaba y bendecía al déspota que las remachaba, de un instinto simio casi á la imitación y de una obediencia servil á las diversas clerecías; un demócrata, si se empeña en llegar á ser abstracto; en hacer la federal por haber traducido un libro de Prudhon; en abolir la pena de muerte en medio de una guerra civil porque contra la pena de muerte ha tronado desde su cátedra de Metafísica; en hacer una revolución porque se la pide á los maquinadores de pronunciamientos el cuerpo; en prescindir del estado de los tiempos y del es-

tado de los ánimos, francamente, lo creo condenado, ó bien á un período extático de contemplación que confine con la nirvana, ó bien, si el gobierno cayere sus manos, á producir unas procelas tales, una tempestad en el aire tan intensa, un terremoto en el suelo tan profundo, un descoyuntamiento de todo y una sublevación de todos tan atroces, que á los pocos días de su dominación tendríamos que optar entre un absolutismo impuesto por la necesidad ó la disolución de nuestra patria.

¿Por ventura necesitamos nosotros emplear el cálculo de las probabilidades para saber qué sería en España una política de secta sobrepuesta con artificio á las ideas, á las costumbres, á las tradiciones, á la complexión de nuestro pueblo? ¿Basta con la concepción por un sabio de una república teórica para que pueda en la realidad cumplirse y animarse de suyo en la vida? Los tránsitos de un estado político á otro estado político cuestan enfermedades mortales, pues las instituciones que mueren y las instituciones que nacen juntan á los achaques de la vejez y á los trances de la muerte todos los horrores del parto y todos los contingentes del costoso crecimiento y de la frágil deleznable infancia. Para saber esto, para en esto industriarnos, ¡ah!, no hemos

necesidad alguna de acudir á libros de filosofía é historia; bástanos con volver la vista del espíritu á los recuerdos que llevamos en la memoria y la vista del rostro á las cicatrices que llevamos en el cuerpo. Evoquemos el período nunca con bastante insistencia evocado, evoquemos el setenta y tres. Hubo días de aquel verano en que creímos completamente disuelta nuestra España. La idea de la legalidad se había perdido en tales términos, que un empleado cualquiera de guerra asumía todos los poderes y lo notificaba á las Cortes; y los encargados de dar y cumplir las leyes desacatabanlas, sublevándose ó tañendo á rebato contra la legalidad. No se trataba allí, como en otras ocasiones, de sustituir un ministerio al ministerio existente, ni una forma de gobierno á la forma admitida; tratábase de dividir en mil porciones nuestra patria, semejantes á las que siguieron á la caída del califato de Córdoba. De provincias llegaban las ideas más extrañas y los principios más descabellados. Unos decían que iban á resucitar la antigua coronilla de Aragón, como si las fórmulas del derecho moderno fueran conjuros de la Edad Media. Otros decían que iban á constituir una Galicia independiente, bajo el protectorado de Inglaterra. Jaén se apercibía á una guerra con Granada. Salamanca

temblaba por la clausura de su gloriosa Universidad y el eclipse de su predominio científico en Castilla. Rivalidades mal apagadas por la unidad nacional en largos siglos, surgían como si hubiéramos retrocedido á los tiempos de zegríes y abencerrajes, de agramonteses y viamonteses, de Castros y Laras, de Capuletos y Montecos, de guerra universal. Villas insignificantes apenas inscritas en el mapa, citaban asambleas constituyentes. La sublevación vino contra el más federal de todos los ministerios posibles, y en el momento mismo en que la Asamblea trazaba de prisa un proyecto de Constitución, cuyos mayores defectos provenían de la falta de tiempo en la comisión y de la sobra de impaciencia en el gobierno. Y entonces vimos lo que quisieramos haber olvidado; motines diarios, asonadas generales, indisciplinas militares, republicanos muy queridos del pueblo muertos á hierro en las calles, poblaciones pacíficas excitadas á la rebelión y presas de aquella fiebre, dictadura demagógica en Cádiz, rivalidades sangrientas de nombres y familias en Málaga, que causaban la fuga de la mitad casi de los habitantes y la guerra entre las fracciones de la otra mitad; desarme de la guarnición en Granada, después de cruentísimas batallas; bandas que salían

de unas ciudades para pelear ó morir en otras ciudades sin saber por qué ni para qué seguramente, como las bandas de Sevilla y Utrera; incendios y matanzas en Alcoy, anarquía en Valencia, partidas en Sierra Morena; el cantón de Murcia entregado á la demagogia y el de Castellón á los apostólicos; pueblos castellanos llamando desde sus barricadas á una guerra de las comunidades, como si Carlos de Gante hubiera desembarcado en las costas del Norte; horrible y misteriosa escena de riñas y puñaladas entre los emisarios de los cantoneros y los defensores del gobierno en Valladolid; la capital de Andalucía en armas, Cartagena en delirio, Alicante y Almería bombardeadas, la escuadra española pasando del pabellón rojo al pabellón extranjero, las costas despedazadas, los buques como si los piratas hubieran vuelto al Mediterráneo, la inseguridad en todas partes, nuestros parques disipándose en humo y nuestra escuadra hundiéndose en el mar, la ruina de nuestro suelo, el suicidio de nuestro partido, y al siniestro relampagueo de tanta demencia, en aquella caliginosa noche, la más triste de nuestra historia contemporánea, surgiendo como rapaces nocturnas aves de los escombros, las siniestras huestes carlistas, ganosas de mayores males,

próximas á consumir nuestra esclavitud y nuestra deshonra, y á repartir entre el absolutismo y la teocracia los miembros despedazados de la infeliz España.

Así, de los escarmentados salen los avisados. Y aquellos que fuéramos heridos por sucesos tales, no haremos nada, ni directa ni indirectamente, para traerlos otra vez al seno de la patria. Determinados por el propósito consciente de evitarlos, hemos puesto en práctica la evolución, y opuesto este método moderno y científico al antiguo revolucionario; ya fuera condicional, ó ya incondicional esta revolución. Y para con el ejemplo acreditar este método, hemos tratado de conseguir en cuatro lustros y hemos á la postre conseguido la restauración, una por una, de todas las democráticas libertades individuales y el gobierno de la nación por sí misma en el sufragio universal, complemento y corona de la igualdad política. Mas para conseguir esto, como quiera que formáramos un pequeño grupo los conocidos por posibilistas, hemos llamado en todas las Cámaras de los cuatro lustros corrientes al partido liberal y lo hemos encontrado dispuesto á practicar nuestro programa en todo cuanto á la monarquía no se opusiese; oposición que nosotros, en los grandes sentimientos de honor, no podíamos pro-

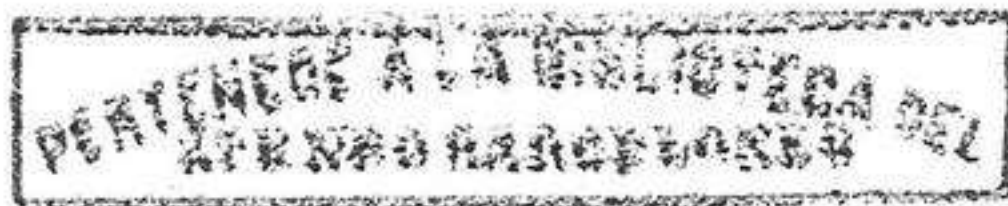
ponerle, ni aceptar él con traición é indignidad manifiestas. Y como quiera que, por la derecha, nos encontramos con una suspicacia de los conservadores, tan fundada en la historia personal nuestra, como que intentábamos todo aquello para traer la república; y por la izquierda, nos encontrábamos con un empuje continuo á fundarla venido de la coalición republicana, pusímonos un límite al trabajo nuestro con grande anticipación, y lo declaramos concluido así que se proclamara como ley en la *Gaceta* el sufragio universal. Desde tal hora, viéndonos con una democracia viva, siquier estuviese rematada por una monarquía tradicional, hemos puesto punto á nuestra obra retirándonos del Congreso que forma parte de los poderes públicos, para no aspirar por ningún camino á la gobernación del Estado, vedada por leyes del honor á republicanos cual yo; pero no hemos renunciado á influir en la sociedad española con nuestra palabra y nuestra pluma á favor del progreso pacífico y del continuo mejoramiento social. Para nosotros, ha concluido el período constituyente; para nosotros, la política del pueblo español hoy responde á las necesidades doble de movimiento y estabilidad que tienen las sociedades contemporáneas; para nosotros, el país

debe concentrar todo su pensamiento y reconcentrar toda su actividad en las cuestiones de Administración y Hacienda; para nosotros, después de haber fundado la libertad, la paz, hay que prosperarlas, estableciendo un presupuesto congruente con la paz y con la libertad; para nosotros, escarmentados en la ruina de nuestra Europa, la cual no puede tirar más de sus armamentos universales y de sus ejércitos enormes, como lo prueba el conflicto entre la corona y el Reichstag en Alemania, y lo corrobora el que, armados todos los pueblos hasta los dientes, ninguno se atreve á declarar la guerra, no hay gloria comparable á la grande conseguible por el comienzo é iniciación de un presupuesto nivelado, verdadero comienzo de la solución del problema social, cuyo continuo despejo de incógnitas, interminables como la vida humana, sólo debe fiarse á la libertad proveniente de nuestra naturaleza fecunda siempre, y no á fórmulas cabalísticas de un socialismo trasnochado que puede agravar todos los males del pueblo, no aliviando en realidad ninguno. Por esta fórmula salvadora, por esta fórmula del presupuesto nivelado, nuestro partido se halla en coincidencia con el partido liberal; y nuestros amigos prestan el homenaje debido por gentes expertas á la Constitu-

ción y á la estabilidad, lo mismo que á esas impersonalidades augustas llamadas leyes, dignas de obediencia en todas partes, dignas de culto allí donde contienen las fórmulas del derecho y de la libertad. Pecaríamos de fantaseadores, si nos ocultáramos á nosotros mismos y ocultáramos á los demás, cómo nunca podrá plantear ningún partido el presupuesto nivelado sin tropezar con intereses provenientes de antiguos privilegios, que han de revolverse contra nosotros, y modernos. Así necesitamos por escudo contra esta rebelion moral, un poder

fuerte; y no hay cosa que debilite á los poderes públicos y mantenga las agitaciones insanas, como un período constituyente, capaz de revolver Málaga con Malagón, y de juntar el cielo con la tierra. Y, como nada bueno puede hacerse allí donde reina el deshonor consiguiente al olvido de los compromisos, todos mis correligionarios estarán dentro de la legalidad y apoyando al partido liberal, mas cada uno de ellos con las reservas por su conciencia personal impuestas, y en aquel sitio que crea congruente con su tradición y con su historia. Ni una palabra más.

EMILIO CASTELAR.



IMPRESIONES LITERARIAS

«LA CRISIS DE LA AGRICULTURA», POR D. S. S. MARTÍNEZ Y GONZÁLEZ

Cuántas personas hayan pasado mientes en la angustiosa y desastrada vida de los agricultores castellanos y echado de ver las calamidades de diverso género que los asedian y afligen, de seguro que habrán sentido por ellos no poca compasión. La antigua abundancia de los campos castellanos hase convertido en precaria estrechez; los surcos, fecundos en otro tiempo y empapados con el sudor de tantas generaciones, no recompensan ya el trabajo del agricultor. Dijérase al verlos producir tan poco fruto á cambio de tantos y tan improbables esfuerzos, que nunca como al presente se ha cumplido la maldición divina: «Maldita será la tierra en tu obra.» Sobre esa tierra casi agotada trabaja sin tregua ni descanso la población rural de Castilla. Movido á piedad ante el doloroso espectáculo, y después de estudiarlo concienzuda y profunda-

mente, el catedrático salmantino Sr. Martínez y González, ha dado cima á la ardua empresa de señalar los males de la agricultura, las relaciones que estos males tienen con el actual estado de la sociedad, y los remedios que conviene y urge aplicar á tan graves dolencias.

No es *La Crisis de la agricultura*, como por el título pudiera colegirse, un estudio árido y de carácter técnico; es un cuadro lleno de vida y rico en atinadas observaciones, es la obra de un escritor que á una gran fuerza de pensamiento une una extraordinaria de vigor y de expresión. Por esto, aun siendo ajeno el asunto al objeto de estas *Impresiones*, he creído que no es inoportuno llamar hacia tan interesante libro la atención de mis lectores. No me propongo juzgarlo. Temerario sería en mí semejante propósito; me ceñiré tan sólo á dar una idea de su contenido, añadiendo,

sin pretensión alguna científica, las observaciones que me ha sugerido su lectura. Soy un lector que piensa en voz alta, no un juzgador que analiza ordenada y minuciosamente una obra con la pretensión de dictar sentencia.

*
* *

Procede el Sr. Martínez en su obra á la manera como procede el médico con la enfermedad: la primera parte de *La Crisis de la agricultura* es el diagnóstico del mal. Su origen y raíz, según el autor, arrancan del concepto moderno del Estado. Desde el instante en que se supone á la sociedad fuente del derecho de la propiedad civil, se va lógicamente camino del socialismo, puesto que si la propiedad de la tierra depende de las leyes civiles, la ley que la estableció puede ser derogada por otra ley, y como ésta no es más que el resultado de la voluntad del mayor número, y las clases proletarias son las más numerosas, ellas llegarán á ser, por consiguiente, árbitro del Estado. De esta concepción del derecho se derivan, al decir del Sr. Martínez, todos ó la mayor parte de los males que pesan sobre la sociedad y la agricultura. Como se ha supuesto que en la ley civil descansaba el derecho de propiedad, el Estado ha dispuesto de los bienes colectivos vendiendo los predios ó fincas que per-

tenecían á comunidades y corporaciones, con lo cual ha contribuido al desarrollo de un feroz individualismo. «Todos aquellos bienes que por espacio de siglos dieron á los labradores auxilio, á las viudas y menesterosos pan, á los afligidos consuelo, á los municipios desahogo y poder, á la Iglesia independencia y firmeza al Estado, se entregaron á la libertad de los mercados.» Sin este auxilio, encontróse el hombre del campo abandonado á sus propias exclusivas fuerzas, y por todo consuelo, cuando se queja de su suerte, lánzansese á la faz las sarcásticas palabras con que los judíos increpaban á Jesús: «*Sálvate á ti mismo.*»

Demás de esto, reprimida la libertad de testar y rotas todas las trabas que se oponían á las transmisiones de dominio, la propiedad pasa de mano en mano, el interés por el mejoramiento de la tierra es escaso ó nulo, la población agrícola no se fija en los campos y la familia campesina no se perpetúa. Los propietarios, ansiosos de placeres ó de disfrutar de la vida cómoda de las ciudades, abandonan sus haciendas en manos de administradores, tanto más estimados por sus amos cuanto más esquilman á los colonos, y como los susodichos propietarios no ven por sus propios ojos la miseria de los labriegos, ni entre señores y arrendatarios exis-

te el afecto que engendran el trato y comunicación continua, acontece que ni aquéllos guardan consideración alguna á sus colonos ni éstos tienen estimación hacia sus dueños. Qué clase de relaciones existen entre unos y otros, decláralo elocuentemente la fórmula de arrendamiento usual en las notarías de Castilla, «entendiéndose que por ningún caso de cielo y tierra se consideran los colonos desligados del cumplimiento del contrato». Como si esto no fuese bastante, pesa sobre los agricultores castellanos con inmensa pesadumbre la plaga cancerosa de la usura, esto es, *tomar dinero á daño* según la antigua frase oportunamente recordada por el Sr. Martínez. «Los usureros de profesión—dice el autor de *La Crisis agrícola*—no se contentan con menos del diez, veinte y treinta por ciento, cuando el préstamo se realiza en dinero.» Cuando los préstamos se hacen en especie, el despojo es aún mucho mayor.

A agravar todavía más la penuria del labrador contribuye el crédito, «ficción mediante la cual, una y misma cantidad tiene dos usos y dos frutos: uno el del verdadero dinero, otro el del fingido». «¿Quién podrá calcular—sigue diciendo el autor de *La Crisis agrícola*—las veces que el crédito puede multiplicar la acción del numerario en un momento da-

do? Consta de un balance de la casa de liquidación *Caring Housse* de Londres, que con solas doscientas mil libras esterlinas saldaba diariamente operaciones que importaban quince veces esta suma.» Consecuencia de semejante artificio es el desequilibrio entre el trabajo y el dinero, la facilidad del acaparamiento y de los monopolios, y como mal mayor entre otros muchos, la ruina del pequeño propietario y la esclavitud del trabajador... esto sin contar los negocios de mala fe, las quiebras fraudulentas y los *kracks* criminalmente preparados.

Nada hay que oponer respecto á la existencia de estos males: todos ellos son rigurosamente verdaderos, y todos, con los demás que luego expone el autor, agobian y debilitan y sacrifican á la agricultura. No se contenta—como ya he indicado—el Sr. Martínez con la enumeración descarnada de estas desdichas. La vista de tantas miserias le arranca frases de dolor salidas del alma, concisas y amargas protestas, y le sugiere rasgos tan enérgicos como verdaderos con que pintar cuadros conmovedores y dramáticos; todo lo cual da á su libro subido valor literario. Páginas hay en que el sabio profesor, sin echar mano de lacrimosas sensiblerías, sabe llegar hasta lo más hondo del corazón de los lectores. Con

estas palabras, describe un embargo judicial en una aldea: «...El padre se aflige ante el porvenir incierto de la mujer y de los hijos, puestos por Dios á su providencia y á sus cuidados, la mujer ante la tristeza del marido y la suerte de los hijos y éstos ante el hondo pesar y la ansiedad de los padres. Los circunstantes que han sido testigos de la laboriosidad y buen orden del despojado, se conducen también al considerar cómo por las injusticias de los hombres y el desconcierto social, falta á aquella familia lo que se concede á las aves del aire, los frutos del trabajo. Hasta la vaca y la mula parece como si dieran muestras de pena y desolación. Aquellos animales, compañeros de su estéril fatiga, al ser espectadores de la revolución que tiene lugar en la casa de su dueño, aunque inconscientes, sea que la tristeza del ánimo de los concurrentes bañe, como sucede, con sombríos colores los objetos que al hombre triste rodean, sea que al extrañar las horas y las personas, su instinto les haga barruntar males á bulto, es lo cierto que dan señales inequívocas de dolor. Las prendas de familia, por pobres y sin valor que sean, tienen siempre uno inapreciable en el recuerdo de sus poseedores, y provocan entonces en ellos, tanto más dolorosos ayes, cuanto mayor es la

incertidumbre sobre las manos á que irán á parar en la subasta y los usos á que serán destinados.» En medio de todo este desastre evoca el autor la fiera y despiadada figura del usurero gritando: «Yo no como con lágrimas, como con monedas de cinco duros.» ¡Tiene razón el señor Martínez: el acto, aunque llevado á ejecución á la sombra de las leyes, es injusto!

La pintura, como se ve, está copiada de la realidad; es una triste página arrancada de la historia del campesino, más conmovedora y más verdadera que las pinturas naturalistas trazadas por Zola en su célebre libro *La terre*.

*
* *

Antes de pasar adelante en el examen de tan interesante obra, he de consignar aquí algunas observaciones que, como suele decirse, saltan á la vista. Muy exactos son los males enumerados por el catedrático de Salamanca; pero ¿puede atribuirse la misma exactitud á las causas ó á la causa de donde, sin excepción, los hace dimanar? Sea cualquiera la concepción que del Estado se tenga, ya se considere, como el Sr. Martínez afirma, que el derecho de propiedad es anterior al Estado, ya se haga provenir todo derecho de un contrato social, ¿es justo deducir en buena lógica que el egoísmo, el absen-

teísmo, la usura, las demasías del crédito proceden de tal ó cuál escuela filosófica ó política? ¿No son todos esos defectos hijos de la naturaleza humana? Acaso se dirá: «La libertad de interés, por ejemplo, no ha existido hasta época reciente.» Podrá recordarse con textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, y con los decretos de los Concilios III, IV y V de Letrán, y con el II de Lyon y el de Viena, y con los testimonios de Santo Tomás, de San Buenaventura, de Suárez, y con el Sínodo diocesano y con las opiniones de multitud de escritores y textos eclesiásticos, que la usura, ó sea el *beneficio del préstamo*, era cosa prohibida á los cristianos y perseguida en los códigos. Pero si esta forma de la usura era castigada, ¿no ha existido el mismo vicio de la ganancia excesiva explotando la necesidad en todos los tiempos y en todas las sociedades? La famosa venta de la progenitura de Esaú por el plato de lentejas, ¿no fué una especie de usura en que mediaron el hambre de una parte y de otra el abuso? ¿No son también casos de usura los incluidos en lo que San Agustín calificaba de *vili velle emere et caro vendere*? Lo esencial de la usura, que es el lucro exorbitante, ha existido siempre.

¿Qué culpan tienen las escuelas liberales del absentismo? Sin contar las épocas en que los jefes de las

más grandes casas de Castilla guerreaban lejos de su patria por cumplir sagrados deberes, y también por alcanzar gloria y riquezas, no hay más que abrir la historia por cualquiera de los reinados de los Austrias para ver que, por regla general—como ahora sucede—los más nobles y acaudalados apetecían mejor el brillo y regocijo de los saraos cortesanos que la vida austera y ruda del campo. ¡Qué pocos García del Castañar encontramos en la historia!...

Tampoco era muy envidiable en otros tiempos la condición del campesino. Cuál era la consideración social que se le otorgaba, pruébalo el sentido despreciativo de la palabra *villano*. El Sr. Martínez habla, sin precisarla, de otra época de ventura, especie de edad de oro en que los labradores vivían sin duda según la fantástica descripción que en su famoso discurso hizo Don Quijote á los cabreros; pero ¿dónde está esa época, qué fechas la limitan, en qué siglo se encuentra? No hay que buscarla en tiempo de los godos: entonces, los que más tarde habían de llamarse castellanos apenas si eran de mejor condición que los antiguos esclavos. Durante la reconquista, las algaradas continuas, las banderías, la ambición de los nobles, la necesidad de guerrear, causas fueron de que las tierras cas-

tellanas más que campos de pan llevar fueran campos de batalla. No he de enumerar yo aquí, por demasiado sabidas, las mil vejaciones que pesaban entonces sobre los agricultores. Sin necesidad de acudir á otros textos, basta, por ejemplo, para dar idea de la felicidad de otros tiempos con leer las famosas coplas de Mingo Revulgo, y en siglos posteriores las razones que oponían los representantes castellanos á las continuas exacciones de los monarcas. El absentismo de los nobles, el interés personal, ó sea el espíritu aventurero, las guerras sostenidas en todo el mundo, el empobrecimiento de todas las industrias, y en particular de la industria agrícola fueron tales y tan continuados, que ya bien entrado el siglo xviii escribía el festivo Gerardo Lobo ciertas famosas décimas, entre las cuales elijo la siguiente, que da por cierto una bien triste idea de lo que era un pueblo de Castilla durante el reinado de Felipe V:

«Aquí nació la carencia,
madre de la poquedad;
parió á la necesidad
en brazos de la abstinencia.
Si de Dios la omnipotencia
me saca de esta ensenada,
quedará glorificada
otra vez, pues es lo mismo
el sacarme de este abismo
que el hacerme de la nada.»

La transcrita décima no es ciertamente un modelo de poesía, pero

tanto ella como todas las demás que forman la composición á que me refiero, dan, no obstante su forma burlesca y exagerada, idea bastante exacta de la desastrada vida de los labradores en el siglo xviii.

En todo tiempo la condición del campesino pobre fué penosísima. Tierras de lágrimas fueron siempre sus tierras y más abrojos que espigas cosecharon. Ciertamente que hoy, como el Sr. Martínez dice, los pobres todos son ó están además desesperados. Ciertamente también que la producción es menor, ¿pero qué culpa tiene de ello el liberalismo? ¿Por ventura las buenas cosechas y la fecundidad del terreno dependen de las ideas políticas ó religiosas? Injusto es atribuir al liberalismo las causas de tanta desesperación y de tal agotamiento. Estos males tienen su origen en una ley histórica, reflejo y como copia de una ley natural. No por muy repetida deja de ser cierta la afirmación de que es nuestro tiempo puente de transición entre una sociedad que acaba y una sociedad que quiere nacer. La nueva evolución de la actividad reclama nuevo ambiente, y como éste no se ha formado todavía, sentímonos mal hallados con instituciones y costumbres que en otro tiempo respondían perfectamente á nuestras aspiraciones y necesidades. Efecto de esta transición, todo lo antiguo flaquea ó

se desacredita. La ciencia jurídica moderna está en oposición con lo que los códigos vigentes establecen; la medicina nos muestra enfermos en los que antes creíamos ver criminales; la economía ha destruido sistemas que contaban siglos de antigüedad; las ciencias naturales y los descubrimientos de todo género que se suceden sin interrupción, transforman por completo las relaciones de los hombres. La nueva sociedad, al brotar del seno de la sociedad pasada, la destruye como el ave al nacer rompe y abandona el huevo que la contuvo. No hay nacimiento sin dolor y sin lágrimas, y el paso de una existencia á otra, de un medio á otro medio, produce siempre malestar y tristeza. Mas por encima de las angustias del presente debe alzarnos y sostenernos la fe en el porvenir: las perturbaciones momentáneas que ahora nos afligen contienen gérmenes de nueva y lozana vida. La historia nos confirma en esta creencia. En rigor no hay catástrofes, sino evoluciones.

*
* *

Haciendo derivar del liberalismo todos los males de la agricultura y de la sociedad, sigue el Sr. Martínez, en la segunda parte de su libro, estudiando la organización actual del Estado. Los gobiernos, lejos de procurar el bien de sus gobernados

y de respetar sus derechos naturales, los quebrantan con perjudiciales tratados de comercio y con la imposición de onerosos tributos. Así como es entre los individuos el egoísmo la norma que regula las transacciones, entre los pueblos las relaciones comerciales están sujetas á la ley del más fuerte. La libertad de comercio deja á las naciones débiles á merced de las más poderosas. ¿Cómo España habrá de competir en punto á cereales con las tierras vírgenes de América ó con las inmensas estepas de Rusia? De esto se sigue que los precios á que el labrador de Castilla puede vender sus granos no son bastantes, no ya á premiar su trabajo, pero ni aun á satisfacer sus más urgentes necesidades. No es este el único perjuicio que los actuales tratados de comercio ocasionan al labrador. Como en ellos no está protegida ninguna industria agrícola, y como á cada paso varían, el campesino tantea sin cesar nuevos cultivos; pasa del de los cereales al de los viñedos y de éste á la cría de ganados, con lo cual, destruida ó debilitada la unidad del esfuerzo, ninguna de estas industrias medra ni prospera.

Bien claro se ve que en esta parte de su libro, como en la anterior, el Sr. Martínez, siguiendo su criterio sistemático, achaca también á las ideas liberales defectos en mu-

chos siglos anteriores á la aparición del liberalismo. No es de ahora que los débiles opriman á los fuertes, y para no amontonar pruebas históricas, basta con recordar la clase de relaciones comerciales que en tiempos eminentemente cristianos tuvo España con los pueblos de América. Podrá ser triste, pero es una verdad incontrovertible aquello de «que la fuerza oprime al derecho». Cierto que el catolicismo ha protestado siempre contra esta iniquidad, pero su divino influjo no ha podido impedirla ni casi atenuarla. Es un corolario del tremendo *Væ victis!*, grito que viene resonando de generación en generación y de gente en gente, lo mismo en las luchas prehistóricas de las selvas, que entre el fárrago de fórmulas cancillerescas de los gabinetes europeos.

Muy atinadas son las reflexiones que el autor de *La Crisis agrícola* consagra al crédito público. Verdad es, ó por lo menos por tal la tengo, la creencia expuesta por el Sr. Martínez de que la deuda nacional acarrea á España más inconvenientes que ventajas. Es muy difícil que el capitalista, sabiendo que con el sólo trabajo de cobrar el cupón cada trimestre puede obtener un beneficio por lo menos de un 5 por 100, es muy difícil, digo, que quiera aventurar su dinero en empresas

industriales de dudoso éxito y mucho menos en explotaciones agrícolas. ¡Es tan agradable vivir sin trabajar!... De aquí el verdadero furor que se ha apoderado de todos los capitalistas grandes y chicos, y más desde el momento en que se crearon los títulos pequeños. Al paso que vamos, será maravilla que dentro de poco haya un solo capital que no se emplee en papel de la deuda. ¡Triste cosa es que tantas riquezas como podrían fecundar nuestros campos ó nuestros talleres, se aparten de día en día de la actividad fecunda del trabajo! Poco se me alcanza de estas cuestiones, pero sinceramente creo, contra lo que generalmente se piensa, que el alza sostenida de los valores públicos, á pesar de los males que pesan sobre la hacienda española, es un síntoma por todo extremo alarmante.

De notar son las reflexiones que en presencia de esta fase de la vida moderna expone el Sr. Martínez, y oportuna la cita que hace de las palabras de cierto diputado austriaco, quien recientemente ha dicho: «El labrador se cuida más de su bestia que el gobierno de su bestia de carga, el labrador», pues mientras que se agobia á éste con todo género de tributos, se deja libre de cargas al negociante de papel, y en tanto que el rentista disfruta de todos los

placeres y de todas las comodidades, el hogar del campesino «es un moderno ergástulo lleno de horrura y de necesidad, en donde no hay camisa para la limpieza, ni luz, ni aire para la salud, ni lecho para el descanso, ni abrigo contra el temporal, ni educación para los hijos, ni ternura entre los esposos, ni fe, ni esperanza...» Y más ennegrecido se nos presenta aún este cuadro, cuando nos hacemos cargo de la pesadumbre de los impuestos que se llevan la sustancia del trabajo de los labradores. «Por todo se le impone contribuciones exorbitantes, paga como colono, como propietario, por lo que consume, por la cédula personal, por la entrada de sus granos en las ciudades, paga al medidor, al descargador, paga por vender sus granos... En una palabra, no puede dar un paso sin tropezar con agentes y satélites del Estado que le molesten, detengan y secuestren sus géneros á la menor negligencia». Consecuencia de todo esto es que «el labriego se echa ya con su carga», y renegando de la patria, que es para él mala madrastra, abandona la tierra en que nació, los campos que él y sus mayores labraron, y parte á lejanas tierras, diciendo á su manera, al ver hundirse tras del horizonte la playa del patrio hogar, como el legislador griego: «¡In-

grata patria, no guardarás mis huesos!...»

No sólo perjudican al labrador las anteriores calamidades; también dejan en los montes, en los ríos, en el clima mismo sus huellas desoladoras. El interés personal, falto de trabas que le sujeten, y espoleado por la codicia, ha querido quebrantar las leyes naturales en beneficio propio, y estas mismas leyes son ahora su azote y su castigo. Despoblados los montes por la codicia á fin de utilizar los maderos y de roturar el terreno que los árboles ocupaban, hase privado el país de las barreras que le defendían contra el embate de los vientos, han disminuido las lluvias, se han hecho más frecuentes las tempestades que en el espacio de una hora destruyen el trabajo de un año, y se han aniquilado ó ahuyentado las aves que exterminaban antes los insectos enemigos de los frutos. Desembarazados los cauces de los arroyos y torrentes de la resistencia que á las aguas oponían troncos y raíces, ha aumentado el número de inundaciones, y á causa de ellas ha desaparecido, de las en otro tiempo fecundas riberas, gran parte de la tierra vegetal, ocupando su lugar estériles arenas. Sumado todo esto con el cansancio natural de la tierra, con la necesidad en que se ve el labrador para la mayor cantidad

posible de frutos y con las demás causas que más arriba quedan enumeradas, fácilmente se comprenderá cuán triste es el cuadro que de la agricultura castellana ha pintado el Sr. Martínez y González.

Y como la miseria material suele ser engendradora de la miseria moral, y como además el viento de la impiedad que desde hace tiempo sopla sobre España hace oscilar, cuando no la apaga, la luz de la fe en las aldeas de Castilla, síguese como consecuencia final el estado de aflicción rayano con el del envilecimiento á que ha llegado en estos últimos tiempos la población rural.

*
* *

Aunque es imposible desconocer el exagerado pesimismo en que moja su pluma el autor de *La Crisis agrícola*, y aunque, como ya he dicho anteriormente, encuentro un poco injustificado el origen que asigna á tantos males, es innegable que la pintura de éstos encierra no poco valor real, muy digno de ser tenido en cuenta por las personas que tienen el deber de velar por la prosperidad de la nación. Sea cualquiera el origen de esos males, procedan del liberalismo ó de otra cualesquiera causas, hayan ó no existido antes, es lo cierto que se han agravado, es lo cierto que si á ellos

no se pone el oportuno remedio, la riqueza agrícola convertiráse en terrible miseria, y que llegará el día en que las pasiones socialistas se desencadenen con más furia en los campos que la con que ya ha estallado recientemente en las regiones fabriles y mineras de Bélgica. Por necesarias y fatales que sean las evoluciones históricas, deber es, y deber sagrado, impedir que se conviertan en crueles y sangrientas revoluciones.

Trazado lo que, según he dicho, puede llamarse diagnóstico de la enfermedad agrícola, pasa el docto catedrático salmantino á estudiar los remedios y medicinas que en su opinión deben aplicársele. No hay que buscar estos remedios en la *panacea* liberal. La medicina, si ha de ser provechosa, es preciso buscarla en los principios del derecho natural tal como existe alumbrado, ampliado y explicado por el cristianismo. El liberalismo es impotente para curar el mal. Inútil es la iniciativa individual, tanto «porque el vulgo es incapaz de reflexión, cuanto porque en las sociedades en crisis se ven los hombres en una especie de necesidad de hacer lo que todos hacen y reprueban». Inútiles son también, al decir del autor, las ligas agrarias, sociedades de seguros, contratos de mutuo socorro y todas las demás asociaciones infor-

madras por el espíritu liberal. Todas estas agrupaciones tienen fines exclusivamente económicos y ninguna de ellas se eleva á la necesidad de *reformular, de volver á fundir y hacer nacer de nuevo la sociedad.*

No siendo eficaces estos remedios que nacen de la iniciativa particular, siendo asimismo estéril el crédito territorial y agrícola, y no teniendo fuerza el Estado liberal para otra cosa que para conseguir un expediente artificioso, un lenitivo al mal, pero no una verdadera solución á tan pavorosa crisis, ¿á dónde volver los ojos? ¿Cómo apartar á la sociedad de esta pendiente por donde se precipita hacia el abismo en progresión geométrica? ¿Cómo contrarrestar el impulso que le comunicaron Rousseau y Hobbes, Kant y Hegel, y posteriormente Buchner, Moleschot, Straus, Darwin, Spencer y todos los demás pensadores de la escuela liberal? Al llegar á este punto vuelve el autor al axioma que le sirve de punto de partida. «La propiedad—dice—está sobre la ley civil y es anterior á ella. Dios la constituyó, y al precepto divino desarrollado y explicado por la Iglesia deben ajustarse los pueblos. Sólo cuando los organismos sociales, la familia, el municipio, la provincia y el Estado funcionen armoniosa y desembarazadamente y cumpliendo de una

manera estricta los preceptos católicos, podrá conseguirse que las gentes, hoy desalentadas y ciegas, vuelvan al camino de la verdad y al logro de su bienestar. La religión hace que el pobre en su hogar cumpla con sus sacratísimos deberes, crea y desarrolla sentimientos de caridad entre pobres y ricos, resuelve los conflictos que nacen de la desesperación y fortalece las bases sobre que descansa ó debe descansar todo el orden social.» «Es preciso restaurar como lema de la vida humana, el que los antiguos monjes de Occidente escribieron en los pendones de la Edad Media: *Cruce et aratro...* Con la cruz por lema de la vida social y con el arado por tipo del precio de los productos, ni habrá que lamentar la opresión del pobre, ni serán posibles los capitales improvisados, y, por decirlo de una vez, no existirán las crisis sociales ni mucho menos la de la agricultura.»

Tales son, sumariamente expuestas, las principales afirmaciones contenidas en *La Crisis de la agricultura*. En toda la obra brillan una sinceridad nunca desmentida, una lealtad digna de todo elogio, una elevación de pensamiento nunca desfallecido y un convencimiento verdaderamente sugestivo. La trabazón de los razonamientos es tan estrecha, la fuerza dialéctica tan grande,

que una vez aventurado el pensamiento del lector en el camino trazado por el Sr. Martínez, le es difícil sustraerse al influjo de su elocuencia. A esto hay que añadir el estudio detenidísimo que el autor ha hecho del problema agrícola, los libros que ha consultado, el cuidado con que ha seguido todas las cuestiones que tienen enlace más ó menos remoto con la cuestión que le sirve de asunto, y la meditación que á tan interesante trabajo ha consagrado. Podrá disentirse de sus opiniones; pero aun los que más distantes se hallen de los puntos de vista elegidos por el autor, aun aquellos, más que adversarios, enemigos irreconciliables de la fe católica, encontrarán, de seguro, en *La Crisis agrícola* mucho que aprender y no pocas cuestiones en que pensar.

Grande es el exclusivismo del señor Martínez y González; intransigente se muestra en sus negaciones, y tan optimista en lo que afirma como pesimista en lo que niega. Confía quizá demasiado en la eficacia de una fase determinada del cristianismo, fase que desaparecerá para dar lugar á una nueva evolución... Mas á pesar de lo absoluto de su criterio, á pesar de lo sistemático de sus opiniones, á pesar de su afán por detener el tiempo sin contar con la ley fatal del mudar continuo á que están sometidos los se-

res, las colectividades y todas las instituciones, su libro, como todo lo que es producto de un espíritu sano, reflexivo y honrado, encierra un verdadero caudal de utilísima doctrina. Tan cierto es esto, que, en verdad, puede considerarse la obra del catedrático salmantino como una de las de mayor provecho de cuantas se han publicado en estos últimos tiempos y de más sabrosa lectura. Porque debe advertirse que el Sr. Martínez posee un estilo excelente, en cuya concisión, en lo gráfico de los vocablos, en la energía de la frase, y, en general, en la elocución, muestra no pocas afinidades con la prosa de Quevedo, no el Quevedo de las jácaras y de las cartas de *El Caballero de la tenaza*, sino el profundo pensador, autor de *La Política de Dios y gobierno de Cristo*.

Lástima que en la parte material del libro se hayan padecido varios descuidos. El texto está lleno de erratas de tanto bulto como la de haberse impreso en el epígrafe del artículo segundo *Vienes* por *Bienes*, y en diferentes lugares *admósfera* por *atmósfera*, *esbelted* por *esbeltez*, y otros muchos semejantes despropósitos que afean el texto, aunque en nada amengüen el mérito literario de *La Crisis de la agricultura*.

F. F. VILLEGAS.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>Victoriano Sardou</i> , por Julio Claretie.....	5
<i>La perla negra</i> , por V. Sardou.....	20
<i>La marquesa de Aurebonne</i> , por A. de Pontmartin.....	53
<i>El arte</i> , por John Lubbock.....	93
<i>Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal</i> , por César Lombroso.....	102
<i>Respeto á los poetas</i> , por M. A. Caro.....	121
<i>La idea de justicia en el reino animal</i> , por Adolfo Posada.....	122
<i>Fernán-Caballero</i> , por José María Asensio.....	133
<i>Costumbres literarias del tiempo presente</i> , por E. Caro.....	151
<i>Reseña crítica del Centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	156
<i>La Exposición histórico-europea</i> , por Nicolao Sturmalof.....	166
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar..	179
<i>Impresiones literarias</i> , por F. F. Villegas.....	196
